

**MIGUEL GARNETT**

**CAÑADAS OSCURAS**

Cañadas Oscuras  
Miguel Garnett

## **Cajamarca, julio**

© Reservados todos los derechos, Miguel Garnett,

© Servicios Editorial  
Asociación “Obispo Martínez Compañón”  
Cajamarca-Perú

Caratula:

Foto de Contra-carátula:

“Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo,  
porque tú vas conmigo:  
tu vara y tu cayado me sosiegan”.

(Salmo 23)

## NOTA DEL AUTOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN

Sin duda es un atrevimiento ubicar una novela en un periodo tan traumático de nuestra historia como fue el de la Guerra del Pacífico, con su secuela en el norte del conflicto entre los *Azules* y los *Montoneros*, porque hasta el día de hoy estos acontecimientos provocan discusiones apasionadas. Sin embargo, la fascinación de aquella época me ha tentado y me he atrevido meter en ella. Entre la gente que encontramos hubo héroes, personas muy sacrificadas y con un hondo sentido de patriotismo. También hubo mezquindades, cobardías y salvajadas. Todo esto me parece ser parte de la condición humana que está presente hoy en día en los lugares y los conflictos del mundo actual, como en aquel entonces en el Perú. Y, en última instancia, es esta misma condición humana tan interesante que atrae al novelista como una polilla a la luz de la vela. Por supuesto hay el peligro de quemarse; pero mejor es correr ese riesgo que quedarse inactivo en la oscuridad.

La familia Miranda y algunos personajes más de esta novela, son el fruto de mi imaginación, pero también hay personas que jugaron papeles importantes en la historia de Cajamarca o del país, y espero no haber atribuido a ninguno de ellos algo que no concordara con la verdad de sus vidas. En cuanto a la trama histórica de la novela he tratado de ser fiel a lo que sucedió en Lima y en el norte, sobre todo en Cajamarca, durante un periodo de tres años a partir de enero de 1881. Muchos de los sucesos que describo son históricos pero, como aquí se trata de una novela y no de un trabajo de investigación, no he incluido notas a pie de página. Si el lector quiere saber más sobre el periodo histórico puede recurrir a la bibliografía que figura al final de la obra. A la vez debo manifestar claramente que algunos pasajes y descripciones incorporados en el texto de la novela provienen directamente de estas fuentes y no de mi creación como se pudiera pensar.

Agradezco a Monseñor José Dammert Bellido por haber revisado el manuscrito para asegurar la autenticidad de la dimensión histórica. Al mismo tiempo agradezco al Dr. Luzmán Salas Salas por sus valiosas sugerencias y al seminarista Jorge Calderón García por haberse esforzado para entender mis garabatos y procesarlos ordenadamente en la computadora.

Como en ocasiones anteriores, tengo una deuda de agradecimiento con todo el equipo que trabaja en la Asociación Obispo Martínez Compañón, especialmente con el padre Alois Eichenlaub y Marcela Soriano Ortiz; además, con el profesor Carlos Sánchez Espinoza, quien me ha animado y estimulado en este trabajo y ha tenido la gentileza de cuidar la edición.

De igual manera, expreso mi profundo reconocimiento al señor Esteban Quiroz Cisneros de Lluvia Editores por su apoyo y sugerencias para la edición del presente libro.

Finalmente, expreso mi gratitud a las Hermanas de la Misericordia, que en el distrito de Ichocán me han brindado su generosa hospitalidad y gracias a ellas he tenido el espacio y la tranquilidad necesarios para elaborar la versión definitiva de esta obra.

Miguel Garnett

Ichocán, 2 de abril de 1994.

## I

Ya se veía la ciudad y Andrés frenó la mula para gozar de la escena. Desde que había pasado los Frailones casi una hora antes, aquellas formaciones rocosas fantásticas e impresionantes que parecían ser procesiones de frailes petrificados en silenciosa oración, Andrés se sentía más animado. Allá en la jalca, golpeado por el fuerte viento fresco que silbaba y retorció el ichu, experimentó una limpieza del alma y ahora, con Cajamarca al frente, se tornó aún más optimista después de aquella pesadilla, aparentemente interminable, que había sufrido.

Era el mes de febrero de 1881, y Andrés Miranda Espinach venía desde Lima, de aquella patricia ciudad que era la capital de la república y que padecía bajo el inmisericorde taco del invasor araucano. Él hubiera querido borrar de la memoria todo lo que vivió durante este último mes y medio, a casi dos años desde que Chile declaró la guerra al Perú.

En el año 1878, Andrés había desafiado la misma cuesta por donde venía ahora, y se fue a Lima con el propósito de estudiar la profesión de Derecho. Dejó la provincial y remota Cajamarca con la ilusión de apreciar y disfrutar de cuanto sus desorbitados ojos podían ver en la capital. A los pocos meses se dio la declaración de la guerra y luego las cruentas derrotas, heroicas quizá, pero de todas maneras derrotas. No aceptó que la letanía de tragedias enturbiara su vida de estudiante, y mientras que las tropas enemigas estaban lejos, en el sur del país, Andrés trataba de cerrar sus oídos a cada mala y angustiante noticia. Tenía, como tantos otros, la esperanza de que esta guerra totalmente absurda terminaría pronto, o que el gobierno lograra la formación de un ejército capaz de expulsar al invasor. Pero no, poco a poco el enemigo se acercaba a Lima. En esta coyuntura era imposible estudiar y cuando los chilenos saquearon e incendiaron Chorrillos, Andrés se ofreció para la defensa de la capital, juntamente con otros estudiantes imbuidos de fervor patriótico. Participó en la batalla de *Miraflores* el 15 de enero y también presenció la capitulación de Lima dos días más tarde.

En un momento fue un civil, un estudiante interesado en hacer realidad sus ideales y que, a la vez, se dejaba cautivar por las efervescentes ideas de sus amigos. En otro instante se perfiló como un soldado decidido a matar y fue testigo de una bárbara e inexcusable destrucción.

A las pocas semanas de la ocupación de Lima por los chilenos, Andrés pudo salir de la ciudad humillada. Tomó un barco hasta Puerto Salaverry y de allí caminó hasta Trujillo, mas sin olvidar los días que la capital le había deparado. Ahora faltaban escasos kilómetros para el término de un fatigoso viaje a su tierra natal que ya se divisaba cobijada al pie del Cumbe. Contemplaba el bello panorama: su inconfundible y esmeraldino valle, los cerros circundantes, portadores del mensaje de sus cálidas añoranzas y los cuales, en pétreas olas, desaparecían en la lejanía. Las montañas emergían impotentes del caserío de Otuzco y como en heroica marcha no cesaron hasta llegar al gran cañón del Marañón. A la derecha, a unos ochenta kilómetros de distancia, con las justas, se veían los picos detrás de Cajabamba. Los cerros hacia la izquierda se alzaban abruptamente de la ciudad y no permitían tan lejana vista. El valle era como un gran anfiteatro, escenario digno de una epopeya. Ya hacía tres siglos y medio que se había presentado una: la captura del Inca Atahualpa y el ocaso del Tahuantinsuyo. ¿Lo esperaría otra, hoy, o en el futuro?

Andrés sentía que el olor de la vida le picaba las narices ¡Qué contraste ante aquella hediondez de muerte que había sentido un mes atrás! Había llovido durante la noche y los campos izaban hacia el cielo los frutos de su fertilidad: cebada, frijoles, y papas. Al borde del camino bailaba la retama en la brisa ligera. Sí, Cajamarca exhalaba vida, cariño y seguridad.

El cielo era de una azul nítido, con el sol que brillaba como siempre lo había hecho en los Andes, iluminando los colores vibrantes de los cerros, la tierra y los sembríos. Aquí no había nada de tonos suaves, sino un despliegue de rojos y amarillos, verdes y ocre, cada uno aplicado a brochazos con coraje y gozo al lienzo del Divino Pintor. Grandes tajos en las rocas ofrecían escalinatas por donde caían alegres cataratas, y fueron los cantos de estas y de bulliciosos pájaros los únicos sonidos que el joven notaba.

Si Andrés se hubiera puesto a pensarlo en ese momento, tendría que admitir que en sus primeros meses en Lima él no había extrañado su tierra, con su vida provincial lenta, ceremoniosa y, muchas veces, aburrida y vacía. En la capital todo era tan movido, tan novedoso, tan

fascinante que entre tertulia y tertulia, copa y copa, y algo de estudio, se había echado al olvido este rincón del Ande. Los jóvenes inquietos no se quedaban aquí, sino tenían que emigrar a la capital donde fermentaban las ideas, se hacían y se perdían fortunas, y donde los políticos jugaban los destinos del país como en un partido de bacarrá. En sus primeros meses en Lima, Andrés se había interesado por la política hasta que se dio cuenta que mientras externamente se ejecutaba con gestos elegantes, esto no era más que el encubrimiento de las maniobras oscuras de los latifundistas y los salitreros que se preocupaban por sus propios intereses en vez de los del país.

La guerra había revelado esto en toda su cruel realidad y ahora las botas chilenas pisaban el país y acabaron de destruir lo que quedaba de las ilusiones que Andrés había cultivado. Durante las últimas semanas del año pasado y las primeras de este año, había visto a su tierra natal con nuevos ojos; recordaba su hogar Cajamarquino en aquella casona amplia, con su hermoso portón de piedra, sus patios y sus huertos, comparable sólo con el cielo. A su memoria volvían con claridad los pasos suaves de su madre, sus instrucciones a los sirvientes con voz dulce mientras ellos servían el almuerzo o la cena: cada cual un succulento banquete que siempre terminaba con un postre preparado por ella misma, y con bizcochos que parecían haber sido amasados por los ángeles, un queso delicioso y un licor de anís, o de níspero, o de melocotón.

Todo eso pudo Andrés contrastar con el infierno que era el reducto en *Miraflores* donde luchó denodadamente para defender Lima. Por un instante cerró los ojos y escuchó los gritos y los disparos de la batalla, olía la muerte, la sangre, y el humo y las llamas de las casas encendidas. Resonaban en sus oídos los lamentos y los quejidos de los heridos, las vivas por la Patria, las blasfemias y las groserías.

—Ya pasó, —suspiró a sí mismo—. Gracias a Dios, ya pasó.

Cajamarca estaba a la vista con los techos rojizos y las paredes blanqueadas de las casas, las cúpulas de las iglesias y las torres, la plaza y las calles como damero.

—¿Por qué esperamos? —Gritó alguien atrás en el grupo—. ¡Vamos! ¡Falta poco!

Andrés volteó y sonrió diciendo:

—Sí, vamos. Solo quería detenerme un minuto acá para apreciar la vista.

—¡Qué vista ni vista, hombre! Yo quiero un buen poto de chicha, jamón de Hualgayoc y una chola gorda para acariciarme después de

todos los golpes que he recibido de este maldito animal. De veras creo que me han dado una mula chilena.

Hubo risas, y de nuevo el grupo emprendió viaje, avanzando cautelosamente debido al escabroso camino que descendía hasta las primeras calles de la ciudad.

Bajaron por la calle de La Cruz de Piedra, y los cascos de las bestias resonaban sobre los adoquines. Pasaron la Cruz que daba su nombre a esta calle y Andrés se persignó. No era religioso y seguía a su padre en su libre pensamiento, pero algo le impulsó a hacer la señal de la cruz y la hizo como acto de fe que la guerra había concluido, y por delante estaban la paz, la esperanza, y la vida.

—¿Vas hasta la plaza, joven? —Preguntó el de las nalgas dolidas.

—No, mi casa está por el barrio San Pedro. Tomaré la próxima calle a la izquierda.

—Entonces nos despedimos. Ha sido un placer viajar en tu compañía, —se adelantó el viajero y extendió la mano—. Seguro que nos veremos. Cajamarca no es tan grande y en una semana estaremos jugando carnaval.

—Carnaval, —se rió Andrés—. Me había olvidado por completo.

—Sí, jugar con agua florida y talco será más divertido que recibir las balas chilenas. Bueno amigo, nos despedimos por ahora y ojalá podamos echarnos unos agradables tragos.

—Ojalá, —contestó Andrés sin mucha convicción. Los otros también se despidieron y él siguió avanzando solo a su casa.

Había poca gente en las calles y Andrés sentía el contraste con las calles de Lima. “*¿Es posible vivir tan lentamente como lo hacen aquí en Cajamarca?*” Pensó. Pero ya no le caía nada pesado. Más bien las paredes silenciosas de adobe y los adoquines de la calle reflejaba un sol que le acariciaba. Mil veces mejor esto que una calle limeña movida donde resonaban las botas de los chilenos.

Andrés llegó a la casa y paró la mula, y, antes de desmontar, contempló a la fachada, solida, aún como había sido el día que la construyeron en el siglo pasado: de un solo piso, el techo de teja colgado casi en forma ondulante y las ventanas protegidas por hermosas rejas de fierro como encajes. La portada con sus adornos tallados en piedra se erguía orgullosamente, y la puerta misma, masiva, con su aldabón de bronce exhalaba la seguridad y la paz del hogar. Andrés desmontó. Golpeó y, mientras esperaba que le abrieran la puerta, dejó su ojo correr arriba y abajo mirando la calle desierta.



Un sirviente abrió la puerta y por un instante miró al joven sin reconocerlo.

—¿No me conoces, viejo Manuel?

—¡Por Dios, es el patroncito Andrés! —Volteó y gritó: —¡Amo, ha venido Andresito!

En un instante el patio se llenó de gente: su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, más los sirvientes. Todo era abrazos, besos, risas, lágrimas y un fuerte apretón de manos de don Lizandro Miranda.

—Bienvenido a casa, hijo.

—Gracias, papá.

—¿Has venido solo, muchacho? —Preguntó su madre, doña Mercedes.

—Vine con un grupo desde Chilete.

—¿Por qué no avisaste que venías? Hubiéramos mandado a Castinaldo con las acémilas.

—No tuve tiempo para avisarles, porque vine de un momento a otro.

—¿Y mi hermana en Lima? —Inquirió su padre ansiosamente.

—Mi tía está bien, papá. Bueno tú entiendes, lo bien que se puede estar en una ciudad bajo ocupación militar.

—¿No le ha pasado nada?

—No, te lo aseguro, está bien.

—¡Gracias a Dios!

—Vamos, vamos Andrés. Debes estar cansado del viaje, —insistía su madre, mientras sus hermanos le acariciaban y se revolcaban a su alrededor—. ¡Déjenlo, muchachos! ¿No ven que su hermano está cansado?

Comenzaron a caminar por el corredor que circundaba el patio, mientras los sirvientes jalaron la mula y bajaron las alforjas.

—¿No has traído más equipaje?

—No, mamá. Vine tal como pude.

—¿Y has peleado como soldado, Andrés? —Preguntó su hermano de diecisiete años.

—Sí, Juan.

—¿Y has matado a algunos Chilenos?

—¡Ya no fastidies, Juan! —Interrumpió doña Mercedes.

Y así, entre preguntas y jalones, lo condujeron a la que siempre había sido su habitación. Órdenes volaban para que le trajeran agua tibia, para que le buscaran ropa, para que le tendieran la cama, y para que cuanto antes aviven el fogón en la cocina.

—Dejen a su hermano para que se lave y cambie de ropa.  
—Refunfuñó su madre ahuyentando a sus hijos como una gallina con sus polluelos—. Hijo voy a ver que preparen comida.

—Gracias, mamá.

Sólo quedaba su padre y los dos se miraron, como evaluarse mutuamente. Fue don Lizandro quien habló primero.

—Fuiste muchacho, pero parece que has venido todo un hombre.

Su hijo sonrió y luego se puso serio.

—No sé, papá. Lo único que sé es que fui hace dos años a Lima lleno de ilusiones, y que ahora no las tengo.

—¿No tienes ninguna ilusión, hijo?

—Por lo pronto, no.

—Entonces, Andrés, ya eres mayor que yo. Te hacen falta las ilusiones en la vida, porque cuando ya no las hay, uno se ha hecho viejo.

Andrés se rió: *“¡Cuán típico de su padre!”*

—¿Por qué te ríes, Andrés?

—Me encanta escucharte, papá. Me encanta ver que no has cambiado en nada. Sigues soñando en esta hermosa Cajamarca que fue creada por Dios para ser cuna de soñadores como tú.

—Hablas tonterías, hijo. Soñar y tener ilusiones hacen al hombre digno y noble.

Andrés comenzó a desvestirse y dos sirvientes le trajeron el agua tibia, toallas y jabón.

—Seguramente tienes razón, papá, —contestó Andrés con tono frío—. He visto la insensatez y la incompetencia de los líderes de nuestro país y he visto la barbarie del invasor. Por lo pronto mis semejantes me dan asco.

—Comprendo, hijo. No te olvides que yo también he visto muchas cosas aquí en Cajamarca. Lo recuerdo como si fuera ayer nomás lo que aconteció aquel triste 21 de noviembre de 1867, cuando las fuerzas de Balta atacaron la ciudad. Yo estuve en el balcón al lado de Toribio Casanova, y una bala enemiga lo alcanzó en el corazón, precisamente cuando agitaba un pañuelo blanco para señalar nuestra rendición..., pero no te voy a cansar más ahora. Lávate, refréscate, y cuando te hayas cambiado de ropa, vente al comedor donde tu madre quiere llenarte con sus asados y sus dulces. Más tarde conversaremos a solas y compartiremos un buen licor.

—Gracias, papá.

Andrés, ya solo, siguió desvistiéndose y luego se sentó y dejó que sus ojos corrieran lentamente por esta habitación tan familiar que había sido suya desde que fue niño. El piso de ladrillos con una alfombra al lado de la cama, las paredes blanqueadas con cal donde colgaba uno u otro cuadro, el crucifijo de nácar sobre la cama, el armario macizo para su ropa, la mesa cerca de la ventana donde había estudiado, y las lámparas de kerosene que prendidas más tarde impartirían una luz acogedora. No había nada especial acá, solamente una amplia y sencilla comodidad que ahora a Andrés le parecía un gran lujo.

Se puso a lavar y sentía que el cansancio y las dolencias de su cuerpo iban desvaneciéndose. Se iba relajando conforme se secaba con las toallas grandes, suaves y frescas; luego las dejó caer al suelo y cruzó la habitación al gran armario donde estaba la ropa que había dejado aquí cuando se fue a Lima. Ya no era el muchacho delgado de hace dos años y con dificultad encontró una camisa y un pantalón que no le apretaran demasiado.

—Tendré que pedirle a mi padre que me proporcione un saco.  
—Musitó. Luego salió. Cruzó el patio principal donde la familia lo esperaba en el comedor.

Apenas ingresado en la habitación, sus hermanos le lanzaron un bombardeo de preguntas.

—¡Oigan, ustedes! —Les reprendió doña Mercedes—. Dejen a su hermano comer en paz. Después que haya comido pueden preguntarle, pero uno por uno y no todos juntos como aves en el corral. —Volteó hacia su hijo mayor—. Siéntate, hijo y come.

Era un banquete, sobre todo para alguien que venía desde Lima privado de todas las comodidades, y que había realizado un viaje largo y duro. Hubo un rico caldo de res, choclos...

—Son los primeros, hijo, que llegan este año de *Santa Ana*. Había cancha tostada en manteca, jamón de Hualgayoc, papas doradas y vino de la bodega de la casa. Tomando un choclo, Andrés preguntó:

—¿Cómo está la hacienda?

—Bien, felizmente, —contestó su padre—. Admito que yo voy poco por allí, pero mi hermano la está trabajando como debe ser.

—Me gustaría ir.

—Primero vas a pasar algunos días con nosotros, —intervino su madre.

—Claro, tenemos que jugar carnavales, —interrumpió Adelaida de dieciséis años.

—Calla, niña.

—Pero mamá, hay todo un año para que Andrés visite *Santa Ana* y sólo hay unos días en que podemos jugar carnaval.

—Como siempre, tienes razón, señorita Adelaida, —rió su madre—. Pobre el hombre que se case contigo.

—¡Bah! Yo no me voy a casar.

—¡Cómo que no te vas a casar! ¿Qué vas a hacer? ¿Meterte de monja?

—¡Qué monja, ni monja! —Interpuso Juan—. Todos sabemos cuánto le encanta a mi hermanita quebrantar los corazones de mis compañeros en *San Ramón*.

—¡Oh, cállate tú! —Contestó Adelaida con una risita y dándole un lapo ligero.

—¡Ya basta, basta! —Dijo don Lizandro levantando la mano—. Una vez que los miembros de esta familia comienzan a discutir son como caballos briosos que no quieren parar por nada.

Andrés se rió entre bocados de comida. Se sentía feliz de ver a sus padres y a sus hermanos. La discusión le hizo recordar a las que tenía antes, siempre sobre cosas triviales, siempre con mucha bulla, y siempre con Adelaida en la brega. Era todo tan familiar que le dio una sensación de tranquilidad, la cual le hacía falta desde que la guerra lo había alcanzado.

¡La guerra! Aquí en Cajamarca, la guerra muy bien podría estar en otro planeta o en otro país.

—¿Estás bastante cansado, hijo? —Preguntó su madre.

—Sí, un poco, pero no tanto como para ir a la cama ahora. Con toda franqueza me encanta escucharles y verles. Me siento tan contento al estar entre ustedes de nuevo.

—Y cuando te fuiste, dijiste que Cajamarca era aburrida. —Dijo Adelaida haciendo un pucherito.

—Seguramente, —contestó su hermano—. Pero parece que ya no va a ser así.

—Cuéntenos de las batallas y cómo es ser soldado—, intervino Juan otra vez, con su juventud de diecisiete años llevada con orgullo—. Cuando llegó la noticia de la tía Elisa que te habías metido en el ejército yo sentía una envidia enorme.

—Juan, me vas a disculpar, pero no quiero hablar de las batallas. —Contestó Andrés con un profundo suspiro—. Créeme, ser soldado no es nada agradable. Muchos de mis compañeros murieron y me da pesadillas pensar en todo aquello.

Un silencio embarazoso siguió, como si repentinamente una capa delgada de hielo hubiera cubierto el ambiente y doña Mercedes la rompió diciendo.

—Quizá desearías conversar con tu padre a solas, Andrés. Entre hombres hay confianzas que es mejor que las mujeres y los niños no las escuchen.

—¡Yo no soy niño! —Explotó Juan

—Yo tampoco, —añadió Adelaida.

—Su madre tiene razón, —interpuso don Lizandro con su calma y autoridad habitual—. Andrés pasemos a la biblioteca y puedes tomar tu anís y café allí.

—Gracias papá.

La reunión en el comedor se disolvió. Don Lizandro y su hijo pasaron a la biblioteca contigua, los jóvenes salieron al patio, y doña Mercedes se puso a dirigir a los sirvientes y arreglar la próxima comida.

—Siéntate hijo, por favor, —dijo don Lizandro, cerrando la puerta—. Tu madre siempre sabe suavizar las tensiones. Ahora, cuéntame la verdad sobre la situación de mi hermana y de lo que ha pasado en Lima.

Andrés no respondió inmediatamente, sino miró al suelo y suspiró:

—¡Papá, ha sido terrible!

—Toma tu tiempo, hijo, pero dime la verdad, —dijo caminando hacia el pequeño armario donde guardaba unos licores. Sacó una botella de anís y llenó dos copitas—. Aquí, hijo, toma.

—Gracias. ¡Salud, papá!

—¡Salud, hijo!

Andrés tomó un sorbo y luego miró directamente a su padre y dijo:

—Los chilenos entraron en Chorrillos y pronto todo se convirtió en un infierno. No respetaban a nadie y nada. Violaban a las mujeres hasta en la iglesia. Saquearon las tiendas y tomaron licor a pico de botella hasta estar totalmente ebrios. Rompieron las puertas de las casas, destrozaban todo y luego las incendiaron.

—¿Tú estuviste allí?

—No, papá. Me fui después de la rendición de Lima.

—¿Y mi hermana?

—Sí, mi tía Catalina estuvo allí.

—Ella ha mandado a decir que está bien, pero no ha dado ningún detalle.

—Los soldados chilenos entraron en su casa...

—¿Y la saquearon?

—Sí. Primero comieron y bebieron y, según mi tía, cuando ya estuvieron borrachos se divirtieron destruyendo todos los cuadros en la sala y el comedor con sus bayonetas. Hicieron añicos a los muebles finos.

—¿Y mi hermana?

—La obligaron a mirar la destrucción de su casa.

—¿Las sirvientas?

—Huyeron. Felizmente, porque si los soldados las hubieran capturado las hubieran violado.

—¿Pero no pasó nada así con mi hermana?

—No, papá.

—¡Gracias a Dios!

—Pero una vez que habían destrozado los muebles, incendiaron la casa. Las únicas partes que no fueron quemadas son las habitaciones que la servidumbre había ocupado. Es allí que mi tía Catalina está viviendo ahora. Por el resto, todo está reducido a escombros y parece ser una escena del Apocalipsis. Me llené de tanta cólera cuando lo vi lo que habían hecho los invasores que decidí ofrecerme para la defensa de Lima.

—Me alegro que lo hiciste, hijo. Nunca he sido un hombre violento o de guerra, pero hiciste bien en ofrecerte para la defensa de nuestro honor.

—Te agradezco papá y no quiero parecer cínico, pero no sé qué estábamos haciendo allí en *Miraflores*. No sé nada de la guerra, ni de la estrategia militar, pero a mí todo me parecía ser un caos. A nuestros muchachos no les faltaba el coraje, pero sí nos hacía falta un liderazgo coherente. Me han contado después, que la Reserva no recibió ninguna orden. Parece que culpa de esto tuvo el Coronel Echenique y circulaba en Lima el rumor que él era el responsable de la derrota.

—¿Tú crees que fue así, hijo?

—Con toda franqueza, no. A mi manera de ver las cosas, todo estaba mal, comenzando con el Dictador Piérola que nada sabe de la guerra. En la confusión del repliegue hacia Lima después de la batalla, me encontré con un señor llamado Manuel González Prada que se desempeñaba como capitán en la Reserva. El hombre estaba furioso por la mala organización y la franca cobardía de algunos. Me preguntó qué clase de preparación había recibido para participar en la batalla y le expliqué que por haberme ofrecido al último momento no había recibido casi nada. “Igual yo”, me dijo, “Aunque yo ingresé en la Reserva el año pasado. Imagínate, joven, solo una vez hicimos ejercicio de fuego. Las maniobras tenían más de francachela que de preparación al combate porque se consumió más sándwiches y licores que pólvora y plomo”.

—Qué pena me das, hijo, en relatarme estas cosas.

—Papá, lo que me da tanta rabia es que estoy seguro que hubiéramos podido hacer mucho más porque a nuestros soldados no

les faltaban ni empeño, ni coraje. Lo que sí faltaban fue la planificación de la estrategia de defensa y un buen liderazgo.

—¿No estuvo nuestro paisano Iglesias?

—Él fue tomado preso en *El Morro Solar*, antes de la caída de Chorrillos.

—¿Y Cáceres?

—Dicen que él quiso caer sobre los chilenos mientras estaban borrachos saqueando Chorrillos. Pero no se hizo. No sé por qué.

—Como tú dices, hijo, un caos.

—Exactamente, papá. Pero esto no se ha visto solamente en la defensa de Lima. Para mí ha venido desde antes de la guerra y se ha manifestado durante toda la conducción de ella. ¿Cómo se puede esperar que el país responda cuando el primer mandatario lo abandona? ¿Qué ha hecho la clase dominante sino conspirar el uno contra el otro? Cada uno ha buscado su propio provecho y ventaja. ¿Y el ejército? Mal equipado, mal preparado, más ha sido como un ejército de la edad media con cada jefe juntando a su gente para formar una fuerza particular. Sí papá, un caos.

—¿Y qué dicen ahora en Lima? Ya que se ha caído la ciudad, ¿habrá paz?

—No tengo idea. Hay opiniones de toda clase. Algunos apoyan a Piérola que ahora está por Dios-sabe-dónde. Otros dicen que hay que instalar un gobierno nuevo. He escuchado decir que hay que hacer la paz sea como sea, y cueste lo que cueste. Otros dicen que no y que tenemos que seguir luchando.

—Felizmente estamos lejos del escenario de la guerra y no creo que corramos ningún peligro que los chilenos vengan hasta acá.

—¡Ojalá! Porque si vienen será la misma historia: incendios, saqueos y violaciones.

—¡Qué triste, hijo! Tú sabes que yo siempre he creído en el progreso de la humanidad y que en mis estudios he leído a los pensadores modernos, sobre todo a los positivistas como el señor Augusto Comte. Tú y yo hemos mirado los grabados que nos mandaron de esa gran exposición que hubo en Londres hace treinta años, con todos los inventos modernos. De veras —dijo con gran suspiro—, yo he esperado más del hombre.

—Papá, los chilenos han aprendido mucho de Europa y su ejército es moderno, por eso nos están venciendo. El progreso de la humanidad es poder matar a más personas y más rápidamente. Chile se ha equipado con el mismo tipo de armamento alemán que venció a los franceses hace diez años, mientras nosotros hemos seguido a estos últimos solo con sus nociones de caballerosidad y gloria...

—Nociones civilizadas, Andrés, —interrumpió su padre.

—Sí, como las tuvieron también los del sur de los Estados Unidos, pero los yanquis los aplastaron. Por eso te digo, el progreso no es ser más civilizado, sino ser más brutal.

—¿Eso es lo que has aprendido en Lima? ¿Ser cínico? Ahora comprendo por qué has perdido tus ilusiones.

—¿Cínico o realista? Papá yo siempre he admirado tus ideas y tu erudición, pero la guerra me ha enseñado que son sueños. Sueños que se pueden tener en Cajamarca, pero ya no en Lima.

—¡Ojalá que te equivoques, hijo! —Dijo don Lizandro con voz casi apagada.

—¡Ojalá! —Contesto Andrés sardónicamente.

Un silencio cayó entre los dos. Andrés tomó unos sorbos de anís y miraba a su padre, a este hombre que había sido la figura admirable y columna recia de su existencia. Los Miranda siempre habían sido una familia muy unida desde el día en que Lizandro se casó con la niña Mercedes Espinach en la Iglesia Matriz de Santa Catalina, ya hacía casi veintidós años. Don Lizandro era el dueño de la hacienda *Santa Ana de Chonta* y doña Mercedes traía una gran dote gracias a los intereses de su familia en las minas de Hualgayoc. Sí, los Miranda-Espinach constituían una familia adinerada que podía darse el lujo de vivir con muchas de las comodidades físicas e intelectuales de Europa. La loza sobre la mesa los días de fiesta era inglesa, el mantel era un encaje de Brujas, los vestidos de doña Mercedes y sus hijas seguían de cerca las modas de París. Pero lo que más distinguía a esta casa era la modernidad de las ideas de sus dueños. Un buen porcentaje de los ingresos de don Lizandro se gastaba en los libros y aquí estaban en esta biblioteca, con sus elegantes empastes de cuero repujado, libros en inglés, alemán, francés y español; libros sobre la agricultura, la botánica, la ciencia y la filosofía. La religión no figuraba entre los temas que interesaban a don Lizandro, pero por amor a su esposa y en diferencia a sus ideas, había gastado una buena suma de dinero en crear un hermoso oratorio al otro lado del patio principal de la casa. Allí había colocado un retablo colonial con imágenes policromadas y los libros de devoción eran las mejores que se podía conseguir en Madrid o en Roma. Don Lizandro aceptaba que la religión era útil para inculcar la moral y las buenas costumbres, y aceptaba plenamente las ideas del señor John Stuart Mill al respecto. De veras, Mill era un autor favorito de don Lizandro y él admiraba profundamente al *Santo del Positivismo*.

Andrés también había bebido en esta fuente, pero ahora sus aguas cristalinas se encontraban contaminadas por la sangre de sus compañeros de combate y las cenizas amargas de Chorrillos. Quería olvidar el último mes de su vida, quería regresar mentalmente a la seguridad de las ideas humanistas de su juventud como había regresado físicamente a esta casa, aunque en el fondo de su corazón sabía que ya no eran más que sueños que se habían desvanecido para siempre.

Miraba los libros ordenados en sus estantes, los muebles sólidos y confortables, el escritorio de su padre, meticulosamente ordenado. La habitación exhalaba comodidad, seguridad y confianza. Era como saborear un licor francés y dejarse embriagar por las ideas modernas: un estado etílico delicioso que tendría que rendirse ante los golpes



duros de la realidad de la vida. Sin embargo, lo que no se veía, y lo que a don Lizandro ni siquiera le había ocurrido, era que todo dependía en última instancia del trabajo duro de varios cientos de indios en la hacienda de *Santa Ana* y en las minas de Hualgayoc.

Andrés respiraba el ambiente y anhelaba que las certezas y las seguridades de hace poco regresaran a formar parte de su vida gracias a la influencia de esta casa. Pero era imposible y lo sabía.

—Te has quedado pensativo, hijo.

—Sí, gozando de estar sentado aquí.

—Me alegro y espero que te quedes un buen tiempo en esta tu casa.

—Espero que sí, también.

—¿Qué te parece si ahora vamos a la sala? Tendremos otras oportunidades para conversar a solas. Sé que tu madre se muere de ganas de engreírte y, por supuesto, tus hermanos quieren saber algo de tu estadía en Lima. Aunque no cuentes de los últimos sucesos.

—Tienes razón, papá. Vamos.

Juntos salieron al corredor del patio, con sus pilares de madera sosteniendo el techo de teja. Aparte del zaguán, el corredor daba la vuelta entera del patio que era de piedras macizas, pulidas por más de cien años del paso de la gente y de las acémilas. En el centro del patio estaba una pileta tallada de la piedra cantera que abunda en Cajamarca y esta dejaba caer el agua lentamente en su estanque. Entre el patio mismo y el corredor había macetas con flores: geranios, claveles, y rosas. Mientras que en los pilares trepaban jazmín y madre selva. Bajo el calor abrasador del sol andino y las caricias de las lluvias, todas estas flores crecían en forma exuberante y permitían a los moradores de la casa inhalar siempre un aire perfumado.

Los dos hombres caminaron por el corredor a la sala que, con la capilla adyacente, formaba el dominio especial de doña Mercedes; así como la biblioteca era el reino de don Lizandro. La sala relucía como la habitación más señorial de la casona, grande, con paredes cubiertas de papel estampado y retratos de los antepasados Miranda y Espinach. Dos hermosas arañas de cristal colgaban del techo, cada una con seis lámparas de kerosene. Sobre las mesas había candelabros de plata y los muebles habían sido adquiridos en su mayoría de la mejor casa comercial en Viena. La extensa alfombra que cubría el piso era de la China y las cortinas en las ventanas era de un rico terciopelo francés, color guinda. Al fondo de la habitación una puerta de dos hojas daba a la capilla.

Adelaida estaba tocando el piano cuando los dos hombres entraron y Juan le estaba acompañando con su guitarra. Doña Mercedes estaba bordando una tela y los hijos menores, Miguelito y Marujita, estaban jugando naipes.

—¡Por fin! —Exclamó Adelaida, dejando de tocar—. Pensaba que iban a conversar hasta mañana.

—¡Adelaida! —Amonestó su madre.

—¿Qué estás tocando, hermana? —Preguntó Andrés—. Sigue, y te acompañaremos.

Y así comenzaron dos alegres horas. Andrés cogió la guitarra, y con la voz barítono de don Lizandro y el contralto de doña Mercedes, las armonías flotaron desde la sala hasta el patio interior y la cocina atrás.

—Los amitos están bien contentos, dejuro, —comentó Rosalía, la cocinera.

—Y qué buen mozo ha venido el joven patrón Andrecito—, añadió Segunda, la hija de Rosalía.

—Tú ten cuidao, —advirtió su madre—. No quiero líos con los amos porque tú te metas en estupideces con el joven.

—Y no voy a hacer nada, —contestó la hija con cara de indignada—. Pero puedo decir que es buen mozo pues.

—Por onde los ojos andan, pronto sigue el resto y das señorita, estarás revolcándote en la cama. Por eso te digo, cuidadito.

Esta última palabra pronunció Rosalía con mucho énfasis, agitando un cucharón en dirección de su hija.

—Eres india de pura cepa y no te lo olvides. Nada de meterte con los blancos.

Segunda se sonrió a sí misma. Este gesto era típico de su madre. A primera vista estaba amonestándola para que no hiciera nada inmoral con el amo, pero luego se dio cuenta que, a pesar de toda la lealtad que Rosalía podría guardar hacia los Miranda, lo que más importaba era que su hija mantuviera su superioridad de raza india.

También estaba sentado en la cocina el viejo Manuel que le había abierto la puerta para Andrés cuando este llegó. No tenía parentesco con Rosalía y su hija, pero había trabajado con la cocinera desde que ella era una niña de servicio.

—Yo lo veo al amito preocupao, —observó

—Cansao del viaje dejuro, —dijo Rosalía.

—Algo más, ña Rosalía. Escuchamos cosas feas de Lima con todo esto de los chilenos.

—¿Qué es chileno, Manuel? —Preguntó Segunda.

—Chileno es..., —comenzó Manuel portentosamente y luego se desinfló—, bueno, chileno es malo, —pontificó con autoridad.

—¿Se lo come, o es una enfermedad?

—Te lo comerá a ti si no tienes cuidao.

—¡Es un animal, entonces!

—Sí, —intervino el joven Castinaldo que entró en ese momento con un par de gallinas.

—¿Qué tipo de animal, Castinaldo?

—Un animal feroz, —ladró, dando un salto hacia la chica.

—¡No me asustes!

—Querías saber y das lo sabes, —se rió Castinaldo, mostrando una línea firme de dientes como marfiles que brillaban en contraste a su piel

de color cobrizo y su pelo negro y lacio. Era el más guapo de los sirvientes de la casa de los Miranda, también indio de pura cepa, y Rosalía no veía mal que cortejara a su hija; pero esto sí, a la cama por el altar y nada de cortes de camino. Y nada de obstáculos y enredos con el joven amo.

—Aquí está lo que más pidió usted, ña Rosalía, —dijo el joven alcanzando las gallinas.

—Gracias Castinaldo. ¿Me puedes traer un par de cuyes también?

—¿Con todo esto, vamos a festejar esta noche?

—Claro, con el joven Andrés de regreso, la niña Mercedes quiere darle su buena comidita.

—¡Ojalá sobre bastante! Y chicha también.

—Anda, vete, Castinaldo.

—¿Estás de acuerdo conmigo, Manuel? —Lanzó el indio desde la puerta y luego salió.

El viejo se sonrió. Conocía bien a Castinaldo. El joven siempre hablaba como si no pudiese más, ni quería otra cosa que tomar, comer y tumbar a las chinas. Pero en realidad raras veces se emborrachaba, comía bien sí, y ¿eso de tumbar a las chinas? Por lo menos nunca había llegado una queja, pese a que era buen mozo.

Rosalía llevó las gallinas para prepararlas, dando órdenes a su hija para que trajera el cuchillo, que pusiera el agua a calentar, que fuera a la huerta a buscar culantro, que pelara papas, que moliera ajos en el batán. Total tenía a la muchacha corriendo por un lado y otro, mientras el viejo Manuel se mecía tranquilamente en su silla, feliz al ver a su gente contenta. Así siempre había sido cuando Andrés llegaba de un día de caza en el campo con sus amigos, cuando era colegial, y así siempre había cantado la familia en las noches cuando llegaban visitas. Seguramente pronto correría la noticia del regreso del patroncito y las visitas vendrían *como cancha*.

## II

La casa estaba de fiesta. Doña Mercedes había cedido ante los ruegos de Juan y Adelaida para que realizaran un baile de disfraces durante el carnaval.

—Mamá, queremos celebrar el regreso de Andrés, —susurró Adelaida un día después de la llegada de su hermano.

—Tienes que hablar con tu padre.

—¿Pero tú dirás que sí, mamá? —Le rogó Juan.

—Yo diré lo que dice tu padre.

—Bueno, bueno, ya hemos hablado con papá, —dijo Adelaida, sonriente—. Entonces la decisión es tuya.

—Pero, ¿qué dijo tu padre?

—Que todo depende de ti. ¡Vamos mamá, no seas malita! —Dijo Juan—. Te prometemos toda la ayuda que necesitas y verás que la fiesta será estupenda.

Y así fue, sencillamente estupenda.

Inicialmente los vecinos se sorprendían porque no estaban acostumbrados a fiestas bullangueras en la casa de los Miranda. Visitas de cortesía con frecuencia, también a veces partidos de whist. Pero nadie recordaba en años un baile con orquesta. Quizá fue por eso que todo el mundo acudió con entusiasmo y la casa se llenó, con cada cual presentándose disfrazado. Las risas y la música llenaban no sólo las habitaciones y los patios de la casa, sino la calle entera. Fue toda una celebración de la familia y del barrio.

Los hermanos de Andrés estaban alegres con el éxito de la fiesta y tan ocupados bailando, comiendo y jugando que no se fijaron en que el agasajado poco participaba en el alboroto. Disfrazado de caballero de la corte Versallesca de Luis XVI, había estado en el patio con sus padres recibiendo huéspedes cuando llegó una joven vestida elegantemente como la reina María Antonieta. Desde ese momento, él no tuvo ojos para otra persona y la joven respondió a sus atenciones con gusto. Era Eugenia Zaldívar, sobrina de don Mariano Castro Zaldívar que por tres veces había sido alcalde de la ciudad y era cuñado del Coronel Miguel Iglesias Pino de Arce.

Si los hermanos de Andrés estaban demasiado ocupados gozando de la fiesta para percatarse que él se había enamorado a primera vista, otras personas presentes eran más observadoras y tras de los abanicos

de las damas mayores hubo susurros y sonrisas. De hecho no les caía mal que estos dos jóvenes hagan pareja: provenían de familias distinguidas de la ciudad y la participación de Andrés en la batalla de *Miraflores* le había dado una aureola de heroísmo.

—¿Puedo visitar tu casa mañana? —Suplicó Andrés a su reina.

—Habla con mi mamá. Mira está allí conversando con tu padre.

—¿Piensas que me dirá que sí?

—No te puedo decir nada. Pero ¡Vaya! ¿Un hombre que ha luchado contra los chilenos tiene miedo a preguntar a una dama si puede visitar su casa?

—Si un chileno se pondría rebelde recibiría un balazo de mi parte, pero no creo que puedo hacer eso con tu madre, —observó Andrés, acariciando la mejilla izquierda de Eugenia con el dedo.

—Espero que no. Mira, mamá está riéndose, sería una buena oportunidad para hablar con ella, antes de que ocurriese algo que la pusiera seria.

—Tienes razón. Vamos juntos. —La cogió de la mano. Bajaron por las gradas del corredor al patio y se acercaban a la pileta donde la madre de Eugenia conversaba con don Lizandro Miranda. Andrés hizo un ademán de lo más caballaresco ante la señora y dijo:

—Doña Octavia, vengo a pedirle un favor grande y espero que me lo conceda.

—A ver, a ver. ¿Qué están tramando ustedes dos? ¿Qué me dice usted don Lizandro?

—Señora, no sé a ciencia cierta, pero puedo adivinar algo.

—Antes de decirlo, papá, mejor que yo mismo lo diga. —Interpuso Andrés—. Doña Octavia, estaría de lo más agradecido y feliz si usted me da permiso para realizar una visita a su casa para saludar a su hija Eugenia.

En cuestión de una fracción de segundo la señora Octavia Santolalla de Zaldivar hizo unos cálculos: la condición económica de la familia de don Lizandro, sus status social, y su linaje. Andrés logró pasar el examen, pero no totalmente invicto. Si bien era cierto que los Miranda tenía una buena posición económica, gracias a la hacienda en Chonta, y en cuanto a sangre eran españoles por lo menos por tres de los cuatro costados, se habían casado muy jóvenes y había el problema de las ideas de don Lizandro. Por supuesto, nadie jamás había visto a don Lizandro en copas hasta bambalearse. No había el más mínimo estigma de mujeriego. Al contrario, era todo un caballero hecho y derecho, pero no era tan adicto a la Santa Madre Iglesia que digamos, y, en resumidas cuentas, doña Octavia sí se daba por serlo. Lamentablemente, según rumores, Andrés seguía las ideas de su padre. Bueno, como en cuanto al dinero y la sangre, Andrés estaba bien, esta dificultad de su libre pensamiento podría tomar segundo lugar por lo pronto.

—Encantada de recibirte en mi casa, Andrés. Sé que tocas la guitarra y que cantas muy bien, entonces vente a acompañar a Eugenia que toca el pianoforte divinamente.

—Muchas gracias, señora, —contestó Andrés con otro ademán profundo.

Eugenia dio un beso a su madre, sonrió a don Lizandro y los dos jóvenes regresaron a paso ligero a la sala para bailar de nuevo.

—Me da gusto ver a Andrés tan apuesto y tan alhaja. Es todo un caballero ahora. Usted debe estar muy orgulloso de él, —susurró doña Octavia a don Lizandro.

—Gracias por sus palabras doña Octavia. Sí, el muchacho se ha convertido en hombre, pero debo confesar que me preocupa un poco.

—¡Ah, sí!

—Vamos, sentémonos en el corredor. ¿Quizá una copa de vino? Le explicaré.

—Muchas gracias, don Lizandro. Sentarme sí, pero ya he tomado su excelente vino y si tomo más la cabeza comenzará a dar vueltas.

Caminaron lentamente hacia el corredor y tomaron asiento. Luego don Lizandro dijo:

—Si mi hijo va a tener entrada en su casa, por lo que le agradezco a usted, creo que debe saber que la experiencia de la guerra le ha afectado. Ha visto cosas terribles.

Doña Octavia bajó la vista y expresó en voz baja que era apenas audible sobre la música y las carcajadas que venían de la sala y del comedor:

—Ya me han dicho que Chorrillos fue saqueada en forma bárbara. Mi hermano tenía una casa allí y me han mandado decir que él está muy enfermo en Lima después de lo que hicieron los chilenos. Han quemado todo. ¡Cómo es posible! —Estaba tan furiosa que golpeó una mesa al costado del sillón causando la caída al suelo de una copa de cristal que se hizo añicos. El gesto asustó a doña Carolina Puga que pasaba en esos momentos cogida del brazo de su esposo, el Dr. José Mercedes Puga.

—Mil disculpas, Carolina, —balbuceó doña Octavia.

En seguida don Lizandro se puso de pie y ofreció su asiento a doña Carolina. Llamó a Castinaldo que venga a quitar los fragmentos de cristal.

—Doña Octavia me estaba contando lo sucedido con la casa de su hermano en Chorrillos, por eso estaba nerviosa, —dijo don Lizandro.

—¡Los chilenos son bárbaros! —Tronó el doctor—. No hay castigo demasiado severo por lo que han hecho.

—Yo ya no duermo tranquila, —dijo doña Octavia estremeciéndose—. Imagínense, ¿qué será de nosotros si no hacemos las paces con los chilenos?

—¡Paz! —Gritó don José Mercedes—. ¿Paz con esos vándalos, esos bárbaros? ¡Jamás, jamás, jamás!

Su cara se había puesto casi morada y golpeaba una mano contra la otra con fuerza.

—¿Qué más nos queda? —Preguntó en tono más suave don Lizandro—. Lima ha caído en las garras del enemigo. No tenemos ni

flota, ni ejército, para seguir resistiendo. Me parece que tendremos que pedir la paz.

—Don Lizandro Miranda, me llama la atención que un caballero como usted piense así. Yo no aceptaré ninguna paz con Chile hasta que el último de sus soldados haya quitado sus botas cochinas de nuestro suelo patrio. Lucharé con todo lo que tengo hasta la última gota de mi sangre para expulsar al invasor y restaurar la honra de nuestra Patria.

—Mi querido doctor, me parece que sus sentimientos son admirables y por supuesto no hay nadie más ansioso que el que habla para ver al Perú libre de nuevo; pero en la práctica, ¿qué podemos hacer? Tenemos que reconocer que nuestros líderes han descuidado la defensa del país, y mientras los chilenos han comprado armas y preparado su ejército y su flota, nosotros hemos perdido el tiempo con las riñas internas entre políticos. A Balta, uno de los mejores presidentes que hemos tenido, lo fusilaron como a un perro; mientras a los salitreros lo único que les ha interesado ha sido sacar dinero a como dé lugar. No hemos tenido una política ni coherente, ni clara. Insurrecciones e intereses personales son los que siempre han prevalecido. ¿Qué pretendían los Gutiérrez? ¿Qué pretendió Piérola?

Los dos hombres se miraron coléricamente. Hablaron desde lo más hondo de sus convicciones, mientras desde el sillón las damas se quedaron mudas y un tanto asustadas hasta que doña Carolina intervino y dijo a su esposo:

—Por favor, mi amor, olvidemos la política y la guerra por un momento. Sé que son importantes, pero dejémoslas por un rato para gozar de esta fiesta y la hospitalidad que la casa nos brinda con tanta generosidad.

Felizmente también en ese instante se acercó doña Mercedes buscando a su marido, y se pinchó la discusión como a un globo carnavalesco. Todo volvió a ser sonrisas y palabras agradables, aunque don José Mercedes siguió refunfuñando un poco debajo de su amplio bigote. El grupo se disolvió. Doña Mercedes y don Lizandro pasaron hacia la sala de baile, y doña Carolina llevó al doctor hasta el comedor en compañía de doña Octavia. Una vez allí, doña Carolina buscó un plato de comida para su marido y dijo en voz baja a doña Octavia:

—Todo esto de la guerra nos va a volver locos. Temo que si no termina pronto estaremos como perro y gato aquí en Cajamarca.

—Tienes razón, Carolina. Todavía hay llagas por el levantamiento del Coronel Iglesias en 1874.

—Sí y, entre otros, mi esposo no le tiene nada de cariño.

—¡Ojalá que pronto haya un acuerdo de paz y que podamos vivir tranquilos!

Con eso partieron. La música, el baile y los juegos se intensificaron. No era el momento, ni el lugar, de estar conversando sobre temas como la guerra y la paz mientras el carnaval estaba en pleno vuelo. Las copas

se llenaban y se vaciaban más aceleradamente, y desde la cocina llegaba un desfile de platos de los más variados.

Una de las personas que más se divertía era Adelaida. Desde el momento que la fiesta arrancó hasta que el último de los invitados se despidió ella, disfrazada de gitana, se encontraba rodeada por un grupo de jóvenes, cada uno ansioso de alcanzarle una copa de vino o un plato de comida y, sobre todo, deseoso de bailar con ella. Casi todos estos jóvenes eran estudiantes en el Colegio *San Ramón*, igual que su hermano Juan. Los dos más audaces del grupo eran los amigos Gregorio Pita y Enrique Villanueva, y Adelaida se divertía en provocarlos, observando cómo los ojos de los dos centelleaban y chisporroteaban en rivalidad.

—Adelaida, ahora me toca este baile, —insistió Villanueva.

—Hmmm, —contestó ella pensativamente. Agitó ligeramente su abanico y luego dijo con voz provocativa—: No te lo creo, Enrique. Me parece que le toca a Gregorio.

—Sí, sí, tienes razón Adelaida, —replicó Pita dando un codazo a su amigo para que se pusiera de lado.

—¡Oye, no te hagas! —Dijo Villanueva—. Sabes muy bien que a mí me toca.

—Mejor, para evitar líos, que no baile con ninguno de los dos, —intervino Adelaida riéndose—. Creo que voy a ceder este baile a José Manuel Quiroz.

—¡Cómo puedes hacer eso, Adelaida!, José Manuel es un muchachito, —protestó Pita.

—No lo creo, —contestó Adelaida, sacudiendo ligeramente la cabeza.

Quiroz, que tenía apenas catorce años, se adelantó. Sacó pecho y tomó a Adelaida de la mano diciendo:

—Con su permiso, amigos. La señorita me ha favorecido a mí con este baile.

—¡Vaya! —Explotó Pita.

—Si quieres un duelo, búscame más tarde, —dijo Quiroz con una sonrisa amplia.

—Yo me voy a consolar con otra copa, —observó Villanueva—. Vamos Gregorio, nos vengaremos contra José Manuel después. Es una pena que no haya venido Amalia Puga, porque si ella estuviera aquí podríamos por lo menos hincar un poco a Adelaida.

Afortunadamente los tres jóvenes eran tan amigos en el colegio que sabían que todo el intercambio se hacía en son de broma, y Pita y Villanueva dejaron a Quiroz que baile con Adelaida sin más molestias.

—¿Me acompañas con un trago? —Preguntó Villanueva a Pita, tomando un par de copas del azafate que le alcanzó Castinaldo.

—Claro.

—Sabes, por lo pronto todo esto es broma, pero Adelaida no puede casarse sino solo con uno de nosotros.

—Que sea con quien ella escoja, —contestó Pita—. Por lo pronto, los tres podemos divertirnos con ella.



Seguía la música y los dos amigos observaban a Adelaida y a José Manuel bailando mientras sorbían el vino.

Nunca se había visto una fiesta como ésta en la casa de los Miranda y al día siguiente fue el comentario de medio Cajamarca.

\*\*\*\*\*

La mañana siguiente, la familia descansó hasta tarde y cuando Andrés se despertó, encontró que la luz brillante del sol de febrero ya llenaba su habitación. Se estiraba en la cama y pensaba en Eugenia. No era la primera chica que le había atraído, pero sentía por ella algo que jamás había sentido por otras. El flirteo en Lima con diversas jóvenes había sido un juego agradable, pero sabía que con Eugenia no cabría esto porque era totalmente diferente. Sus ojos negros como carbones de piedra con chispas de fuego, su sonrisa, a la vez sincera y juguetona, sus palabras sencillas, pero también profundas, quedaban impresas en su memoria. Hasta la fragancia de su perfume parecía quedarse flotando aún aquí donde ella nunca había entrado. Andrés tenía ganas de tomarla en sus brazos y bañarla de besos, aunque sabía que la etiqueta no permitía tal conducta con una señorita de dignísima familia. Se estiraba de nuevo y colocaba sus manos en la almohada tras de su cabeza. Miraba el techo e imaginaba a Eugenia estampada en el cielo raso entre las vigas macizas que cruzaban de un lado al otro de la habitación.

Había sido la decisión más sensata de su vida dejar la capital con sus humillaciones, y con sus propias dudas e incertidumbres, para encontrarse de nuevo en la sierra. Si era verdad que se había probado como hombre en la batalla de *Miraflores*, sabía que en cierto sentido se había vuelto como un niño, atemorizado y asustado. Cerró los ojos y conforme le venía a la mente los recuerdos del quince del mes pasado, la imagen de Eugenia que había danzado ante ellos, se iba desvaneciendo. ¿Sería capaz de retomar la lucha si la guerra continuara? Sí, lo tenían aquí por un héroe porque había luchado: *un héroe de salón*, se dijo así mismo con una mueca. Ya no tenía las ilusiones de antes. Las horas de su vida de adolescente que había pasado con su padre en la biblioteca conversando, refinando ideas y puliendo conceptos le habían dado el hábito de pensar con seriedad y honestidad. Sabía que durante la batalla había tenido miedo, había sufrido casi un desprecio hacia los jefes que no supieron dar las debidas órdenes que hubieran permitido el triunfo. Sentía un odio profundo contra el enemigo que había matado a sus compañeros milicianos sin piedad, y sentía un asco después de la batalla cuando la soldadesca peruana, abandonada por sus oficiales, se dedicó al saqueo como si fuera el mismo enemigo. Él había sido de la misma compañía que los hermanos Pignatelli, Maximiliano y Carlos. Juntos se habían ido a defender la capital y, casi a su lado, ellos murieron. Luego supo que su establecimiento comercial en la calle de Melchormalo fue saqueado por soldados peruanos después de la batalla.

Volvió a abrir los ojos y se preguntó:

—¿Hasta cuándo voy a tener estos recuerdos y pesadillas?  
—Esperaba que con llegar a Cajamarca todo quedaría en el olvido pero no, las imágenes de la batalla volvían a flotar en la superficie de su mente como una hediondez fétida.

Tiró las frazadas atrás y se levantó. Cruzó el dormitorio y abrió las cortinas para dejar entrar la luz plena del sol. Miró el patio afuera lleno de flores y escuchó en la distancia las voces de Castinaldo y Segunda. Estaban alegres y se reían.

—*Así seré yo con Eugenia esta tarde*, —musitó y pasó al lavatorio para limpiarse la cara.

Cuando se había vestido se fue al comedor donde todo estaba en orden como si no hubiera habido ninguna fiesta anoche. Solo estaba don Lizandro tomando café y comiendo unas tajadas de asado de res.

—Buenos días, papá

—Buenos días, Andrés. O mejor dicho, buenas tardes, —dijo con una sonrisa y mirando su reloj.

—Gracias por la fiesta de anoche. Creo que todo salió muy bien.

—Creo que sí, hijo. Pero, no debes agradecerme a mí, sino a tu madre. Fue ella quien lo preparó todo. Una mujer extraordinaria tu mamá, y ojalá que te toque a ti a una como ella. Sabe organizar la casa y la cocina, y hacer que la vida sea sumamente agradable. Ella se desvive por nosotros.

—Así lo veo. Parece que su felicidad está en su familia. —Andrés se sirvió una taza de café, cogió un biscocho y sentándose prosiguió—. Pero a veces me pregunto si debe ser así.

—¿Qué debe ser cómo?

—Si las mujeres deben dedicarse exclusivamente a sus familias papá. Siempre has estado en la vanguardia de las ideas modernas.

Don Lizandro frunció la frente y tomó un sorbo de Café. Luego dijo con deliberación:

—Mira, hijo, no creo que sea saludable ser destructivo con el pensamiento...

—¿Cómo destructivo, papá?

—Tú estás cuestionando la sociedad establecida, y eso llevará a su destrucción.

—Yo pensaba que tú eras crítico de nuestra sociedad, y que sería un gran avance que cambiara radicalmente.

Don Lizandro no contestó sino siguió comiendo deliberadamente. Andrés se sintió incómodo. Toda la vida desde que había podido leer había gozado de las lecciones de su padre. Ahora, desde su regreso a Lima se estaba dando cuenta que este hombre a quien admiraba tanto era más que nada un erudito de biblioteca; un radical sólo con tal que pudiera seguir viviendo con comodidad y atenciones. Cambios en la sociedad no implicaban que las mujeres pudieran ocupar un lugar en

ella, ni mucho menos los indios. Andrés no sabía de dónde le venían estas ideas tan subversivas contra el orden establecido. Sólo sabía que, como los recuerdos horribles de Chorrillos y *Miraflores*, estas eran nociones que llegaban a la superficie de su conciencia. Respiró rudamente y decidió cambiar el tema de conversación.

—¿Hay más noticias de Lima, papá?

—No hay nada muy claro, hijo. Parece que Piérola está tratando de hacer las paces con los chilenos.

—¿Qué te parece a ti eso?

—Como le dije al Dr. José Mercedes Puga anoche, me parece que lo único que nos queda es pactar.

—¿Y qué dijo el doctor, papá?

—Se puso furioso. Creo que si no hubiéramos estado en mi casa me hubiera insultado. Según él, no podemos hacer las paces, sino que tenemos que proseguir la guerra. ¿Pero, cómo? ¿Qué dices tú que has visto el ejército enemigo?

—Mi mente me dice que es imposible seguir como hemos estado y que no hay manera de organizar un ejército capaz de hacer frente a los chilenos. A la vez mi corazón me dice que tenemos que rechazarlos.

Su padre se sonrió ligeramente y luego dijo:

—Hace unos momentos tú estabas pensando que yo no soy consecuentemente porque mi mente va por un camino y mi corazón va por otro. ¿Verdad?

El joven se ruborizó y contestó:

—Algo por el estilo, sí

—Ya ves, hijo, no es tan fácil ser un hombre plenamente sincero y consecuente. Tú sabes que el dramaturgo Shakespeare puso en los labios de Polonio unos consejos a su hijo que son, al fondo, consejos de puro interés personal: que camine con cuidado, que no diga abiertamente lo que piensa, que mantenga una buena apariencia exterior, y cosas por el estilo. Luego concluye diciendo algo totalmente contradictorio: que sea fiel a sí mismo y, —preguntó don Lizandro, levantando la vista hacia su hijo—: ¿te acuerdas lo que añade poéticamente?

—Sí, papá. “*Y seguirá, como la noche sigue al día, que no puedes ser falso a nadie*”. Ocurre en el drama Hamlet.

—Así es. Hijo. Pero, ¿ves la contradicción? El padre le ha dado toda una serie de consejos a su hijo que conducen precisamente a la falsedad, a las apariencias, a decir una cosa y pensar otra. Luego le da una blanqueadita al final, proponiendo la honestidad y la fidelidad. Creo que así somos todos, tú y yo, y aun nuestro paisano Puga.

—Eso quiere decir, papá, que en el fondo no tienes una muy alta estima del ser humano, tú que siempre me has dicho que el hombre puede progresar y que los filósofos del siglo pasado nos han abierto nuevos horizontes para poder perfeccionarnos. Ahora parece que piensas que somos agrietados sin posibilidad de remedio.

—Quizá.

Andrés se rió ampliamente.

—¿Por qué te ríes muchacho?

—Eso me huele a pecado original y de la necesidad de la gracia de Dios. Hubiera pensado que esas nociones estarían muy lejos de ti. Don Lizandro también se permitió una sonrisa.

—¡Vaya Andrés! Me hace bien discutir contigo. Es como hacer esgrima con alguien que sabe manejar la espada. Sabes que en nuestro ambiente provinciano no es fácil entrar en debate serio y creo que has descubierto que tengo la mente un tanto oxidada.

—¿Quién habla de estar oxidado? —Preguntó doña Mercedes, entrando en la habitación con un crujido de faldas amplias—. Si eres tú, Lizandro, estoy de acuerdo, porque no creo que diste siquiera una vuelta de baile anoche.

—Carnaval es para los jóvenes, mi amor.

—Y ¡ya te has dado por viejo!

—Mamá —interpuso Andrés, levantándose y dándole un beso—, quisiera agradecerte por la fiesta de anoche, fue estupenda.

—Hijo, tú sabes que por ti haría cualquier cosa para verte feliz. Doy gracias infinitas al Señor y a la Virgen Santísima de los Dolores por tu regreso sano y salvo. Ahora solo quiero verte contento aquí.

—Gracias, mamá.

—Siéntate, Meche, y toma un cafecito, —le dijo su marido.

—No, Lizandro. Yo ya tomé desayuno temprano cuando tú estabas roncando como un condenado. Tengo varios asuntos para ver y quisiera pedirte un favor, Andrés.

—¿Cuál es mamá?

—Que me acompañes a la capilla de la Virgen para darle mis gracias por tu regreso. Todavía no lo he hecho.

Por un instante el joven se puso incómodo. Respetaba la piedad de su madre, pero no tenía ganas de compartirla. Miró a su padre, quien le dijo en voz suave:

—Vete, hijo, acompaña a tu madre. Le darás un gran contento.

—¿Cómo no? —Se levantó—. Ya vamos, mamá, cuando tú digas.

—Termina tu desayuno e iremos enseguida. Ahora Lizandro, me disculparás porque quiero ver al viejo Manuel antes de salir a la calle.

—Sigue nomas, mi amor.

Don Lizandro le hizo un ligero ademán mientras ella salía del comedor. Luego dijo a su hijo:

—Aunque yo no la entienda y mi mente no la acepte, debo admitir que la fe que tiene tu madre es probablemente lo que la hace la gran mujer quien es. Yo no haría nada para ofender o lesionar esa fe.

—Comprendo, papá

—Cuando la veo en las procesiones de Semana Santa o en la fiesta de Corpus con tantas otras madres de acá, sé que ellas tienen algo especial, algo que yo no lo tengo. A veces tengo la tentación de reírme y burlarme de las damas y de su religión porque me parecen ser tan irracionales, tan absurdas. Pero doy gracias al Dios, en quien casi no

creo, que nunca lo he hecho porque también las tengo envidia. Ellas tienen un gran don.

—Y siempre me has guiado a seguir tu incredulidad papá. ¿Por qué?

—Porque sé que la razón es lo superior en el hombre. Es la mente que tiene que mandar, no el corazón y el sentimiento.

—Y ¿no se puede hacer una armonía entre ellos?

—Sólo debe mandar la mente. Si el corazón la sigue, muy bien, pero si quiere dominar, estamos mal.

—Papá, parece que hemos vuelto a lo de antes.

—¿En qué sentido?

—Ser intelectuales, muy radicales, mas no ser muy consecuentes. Quizá estamos construyendo sobre arena.

Con eso Andrés se limpió la boca con la servilleta, se despidió cortésmente de don Lizandro y salió en búsqueda de su madre.

\*\*\*\*\*

A pocos minutos, salieron de la casa y caminaron lentamente hasta el centro de la ciudad. Era la primera vez desde su regreso que Andrés había salido a la calle, y la observaba con atención.

—Parece que nada ha cambiado, mamá. Cajamarca se ha quedado congelada en el tiempo: los mismos adoquines, las mismas casas con mismos balcones.

—Así es la lenta vida de la serranía, hijo. No estamos para cambiar todo a cada rato. Espero que poco a poco, comprendas que lo mejor y lo tradicional de tu tierra tienen su valor. Aquí somos como los árboles que rodean la ciudad. Orgullosos de nuestro ser y con amplias raíces, si no, nos tumbará el primer viento que sople por aquí... —Pausó para saludar a una dama que se acercaba en la dirección opuesta—. Buenos días, doña Carolina. —Luego volteó a Andrés y dijo—: Hijo, ¿conoces a doña Carolina Puga?

—Por supuesto, mamá. —Andrés se quitó el sombrero y se inclinó a besar la mano de la señora con quien se habían encontrado. De una de las familias más notables de Cajamarca, Carolina Puga hacía notar la fuerza de su personalidad hasta en su manera de caminar por las calles de la ciudad—. Muy buenos días, doña Carolina.

—Buenos días, Andrés, —contestó ella. Luego volteó hacia doña Mercedes y dijo—: ¡Qué bonita fiesta anoche!

—Gracias, me alegro que te haya gustado.

—Sí, nos ha dado una alegría y un gozo que hacen falta en estos tiempos tan tristes. Espero que don Lizandro no se haya molestado con lo que dijo mi marido. Realmente José Mercedes se pone demasiado vehemente a veces y no sé a dónde nos van a conducir sus cóleras y sus convicciones.

—No se preocupe usted, —intervino Andrés—. No creo que mi padre se haya molestado en lo más mínimo. Él reconoce que estamos viviendo momentos difíciles y respeta las ideas de cada uno.

—¡Ojalá que sea así! pero, cómo les digo, temo que un día José Mercedes vaya a hacer algo descabellado. Se apasiona demasiado y eso no sirve.

—¿Cómo está su hijita Amalia, doña Carolina? Fue una pena que no haya podido venir a la fiesta anoche.

—Ya está mejor, muchas gracias. Parece que no ha tenido más que un resfrío, pero quise que guardase cama y que no saliera de noche.

—Por supuesto.

—Naturalmente se moría de ganas de estar en la fiesta, porque tiene mucha amistad con tu Adelaida. Además quería ver al héroe de la batalla de *Miraflores*, —añadió con un ademán ligero hacia Andrés.

El joven no contestó nada y su madre intervino:

—Para nosotros siempre es un gusto tener a Amalia en la casa. Es una muchacha tan ocurrente y lo más me sorprende es que es que le encanta visitar la biblioteca de mi esposo; mientras no creo que mi Adelaida abra más que un libro en todo un año.

—Oh, Amalia vive en su mundo. Nunca he conocido una niña tan aficionada por la lectura.

—Y ¡qué habilidad para escribir, Carolina! Debes estar muy orgullosa de una hija que siendo aún niña ya haya publicado sus cuentos.

—Claro que sí. Pero te confieso que tal como el papá de la niña me da preocupación, también me pregunto a veces qué será de ella en el futuro.

La conversación siguió unos minutos más. Luego se despidieron y Andrés y su madre bajaron a la plaza. No había mucha gente y todo estaba como lo había dejado hacía más de dos años: la catedral con su fachada de fantástica escultura pétrea. La hermosa casa de doña María Iglesias de Santolalla en la esquina, y la casa de los Gálvez, donde había nacido don José que murió en el conflicto del Dos de Mayo. Se veía en frente la cárcel, donde se conservaba todavía la piedra sobre la cual se decía que lo habían matado a Atahualpa. Se veía también la iglesia de San Francisco, con la capilla al lado de la Virgen de los Dolores. La casa de los Matute, desde donde se proclamó la Independencia el 8 de enero 1821, se levantaba en otra esquina. Sobre todo, estaba la plaza misma, escenario histórico del ocaso del Tahuantinsuyo.

Andrés respiró hondamente el aire del lugar, como inhalar algo de los conocimientos y personajes históricos vinculados con él. Con su madre, cruzó al costado de la gran pileta en el centro de la plaza, y los dos se acercaron a la capilla de la Virgen de los Dolores. Entre uno y otro saludo ingresaron a la capilla, un tanto oscura, pero hermosa en sus proporciones masivas y talladas, con la imagen colocada sobre el altar.

Andrés dejó a su madre adelantarse mientras él se quedaba atrás. No intentó rezar, sino se puso a observar a la gente que venía e iba. Doña Mercedes se arrodilló, tomó un rosario y se puso a orar un buen rato. Luego se levantó, sacó un par de velas del retículo que llevaba, las prendió y las añadió a las muchas otras con sus llamas agitándose en

la ligera brisa que soplaba por la capilla. Se reunió de nuevo con su hijo y los dos salieron.

—Gracias Andrés por haberme acompañado.

—Un placer mamá—, contestó él con una sonrisa abierta.

—No te lo creo, hijo. Yo sé demasiado bien lo que piensan tú y tu padre. Juan va por el mismo camino, y me imagino que Miguelito irá también.

—Mi padre quisiera creer más y yo también. Sé que mi padre te tiene envidia porque tu fe te da seguridad y serenidad: cosas que hacen mucha falta hoy en día. Por lo pronto, el país se ha venido abajo y todavía no sabemos qué es lo que va a suceder, pero yo te veo a ti serena, porque sabes que las cosas están en manos de Dios.

—Y ¿no puedes compartir mi fe, hijo?

—No sé si haya Dios o si no haya y, después de lo que yo vi en Chorrillos lo encuentro más difícil aceptar que lo haya. Si Dios es bueno y todopoderoso, ¿cómo es posible que hay permitido que una horda de salvajes destruyera un pueblo tan tranquilo y un balneario tan hermoso? Cuando vi a la amiga de mi tía Catalina llorando entre las ruinas de su casa y la escuché decir que se sentía abandonada por Dios, no podía hacer más que estar de acuerdo con ella. Entonces, ¿tú crees que si los chilenos llegan acá, nosotros estaremos protegidos con tus oraciones?

—No sé qué contestarte, hijo. De repente sí. De repente no. Sólo no puedo olvidar que la Virgen estuvo al lado de su hijo cuando él murió en la cruz, habiendo gritado “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” Pero es difícil entender estas cosas, eso te lo admito.

En el atrio de la capilla una campesina pedía limosna y doña Mercedes le alcanzó una moneda.

—Que Dios y la Virgen te bendigan, niña, —dijo a la mujer.

Cruzando el gran atrio del templo con sus árboles y flores, doña Mercedes indicó que quería hablar con el fraile que atendía en la portería del convento con el fin de separar una misa para sus intenciones. Habiendo cumplido con esta misión dijo:

—Creo que todavía hay tiempo para ir donde las monjas. Quiero pedirles que nos hagan algunas dulces para la Pascua.

Otra vez se rió Andrés diciendo:

—Así recuerdo Cajamarca, mamá. Caminar para visitar a los frailes y luego a las monjas; y me imagino que luego hay que dar una vuelta por *La Merced*. Nada ha cambiado. Hemos perdido Arica y Tacna. Lima también está en manos de los chilenos, pero Cajamarca sigue como siempre, viviendo su vida como si no pasara nada.

Su madre volteó la cabeza y, con la barbilla firme, dijo con mucha convicción:

—No te rías, Andrés. No dudo que Cajamarca sabrá lo que tendrá que hacer cuando sea necesario. De nada servirá estar todos en zozobra cuando ni siquiera sabemos bien lo que suceda en el país.

—Tienes razón, mamá, discúlpame.

—Y si nos toca vivir malos momentos como en otras partes del país, sé que puedo depender de ti para dar la respuesta como es debido. Ya lo has hecho en Lima.

—Espero no tener que repetir lo que hice en Lima, mamá. Con un solo día de batalla he tenido suficiente experiencia de la guerra para curarme de toda ilusión respecto a ella.

—Hijo, sólo los muchachos piensan que la guerra es uniformes, trompetas, cargas de caballería, y gloria. Las mujeres nunca pensamos eso, pero, siempre hemos sabido sostener a nuestros hombres cuando ellos han decidido luchar.

Habían llegado ya casi al monasterio de las monjas y Andrés sentía sorpresa por lo que su madre le había dicho. Nunca la había escuchado hablar así y casi lo desconcertaba. Se sacudió y se dio cuenta repentinamente que era no sólo por su sorpresa sino también por el frío. Ya no había sol y las primeras gotas de lluvia caían. Se apresuraban a llegar al monasterio antes de que se desate la tempestad. El viento silbaba por la calle y se veían los grandes árboles en la parte baja de la ciudad meciéndose. Iba a llover fuerte, como solía hacerlo en esta temporada.

Llegaron al monasterio con las justas, porque cuando tocaban el torno de servicio en el patio de entrada ya caía la lluvia con toda furia.

—Ave María Purísima, —vino la voz suave de una monja adentro.

—Sin pecado, concebida, —contestó doña Mercedes. Luego explicó quién era y qué quería.

—Ah, doña Mercedes Espinach. ¡Qué gusto escucharle!

Por motivo de la lluvia fue invitada a pasar con Andrés al locutorio y allí, entre ricos dulces y un excelente café, la abadesa escuchó lo que Andrés tenía de noticias de Lima. Le dio una versión escueta, pero aún la religiosa agitaba las manos y la cabeza, y comenzó a llorar por las monjas de su congregación en la capital.

—¡Ay, pobrecitas! ¿Qué habrá de ellas? ¡En qué tiempos vivimos, Dios mío!

\*\*\*\*\*

Más tarde Andrés se presentó en la casa de los Zaldívar y fue admitido como un huésped de honor. Desde el momento en que cruzó la portada y entró en el patio se encontró rodeado de atenciones de parte de los sirvientes, de doña Octavia Santolalla misma y, por supuesto, por Eugenia. La casa seguía el plano de todas las casonas antiguas de Cajamarca, con sus patios y las habitaciones agrupadas alrededor de ellos. Al contraste con la casa de los Miranda, esta tenía dos pisos y las columnas que rodeaban el patio principal era del estilo dórico, pintadas blancas, creando así un ambiente señorial y elegante.



Eugenia llevaba un vestido de seda verde, amplia sobre un miriñaque que daba una ondulación seductiva a su avance por la sala cuando Andrés fue anunciado. Una sonrisa iluminó su cara y sus ojos brillaban con el mismo fuego que el de anoche. En sus cabellos había colocado unas ramitas de jazmín.

—Andrés, ¡qué gusto!

—El gusto es mío, Eugenia, —contestó él, haciendo una reverencia ante ella. Luego se volteó para saludar a doña Octavia cortésmente, aunque pasó por su mente que la madre tenía aspecto de negociante de ganado fino. Una sonrisa escapó por sus labios, pero supo disimular el motivo y hacer una y otra observación de etiqueta.

Los tres se sentaron y Andrés hizo lo posible para ser el más aceptado galante y ganarla plenamente a doña Octavia, porque sabía que sin ella nada iba a poder hacer. Había sido consciente de que la mirada que le había dado la noche anterior no era de una aprobación cien por ciento. Obviamente la faltaba algo y quería saber lo que era.

La conversación corría ligeramente sobre los estudios realizados en Lima, las amistades, y los parientes, y cuál había sido la moda el último verano.

—Aunque, qué tonta soy —se sonrió doña Octavia—, ustedes, los caballeros, nunca se fijan mucho en esas cosas que significan tanto a nosotras.

—De veras, señora, cuando empezó el verano, los chilenos estaban demasiado cerca de Lima para interesarse en las modas, —contestó Andrés amargamente y de inmediato se mordió el labio: *¿Cómo he podido ser tan estúpido de hostigar a la vieja así?* —Añadió—: Seguramente, señora, como patriota tan destacada, usted comprenderá el sentimiento.

—¡Por supuesto, por supuesto! Solo te pregunté por si acaso. Al fin y al cabo, a veces un caballero puede darse cuenta de las preocupaciones de las damas, aunque choque con sus intereses personales.

—Claro que sí, señora, —asintió Andrés en tono neutral y pensó: *¿Cuándo podremos salir de este campo maldito de minas sembrado por la vieja?*

Nada de esto todavía. Con una sonrisa, doña Octavia comenzó a preguntar sobre las iglesias de Lima, las procesiones y las misas. El pensamiento de Andrés ya bordeó de lo grosero, pero trató de capear lo más elegantemente que pudo.

—Si, la misa de once en la iglesia parroquial era siempre de lo más edificante y la gente de la más selecta.

—¡Qué interesante! ¿A qué iglesia asistías?

—¡Mi...! *La Merced.*

—Ah, sí, en el Jirón de la Unión.

—Así es.

Con una mirada subrepticia de reojo, Andrés se dio cuenta que Eugenia estaba luchando para evitar estallar en carcajadas de risa, y el

próximo codo en el interrogativo felizmente condujo a temas menos espinosos, como el tiempo, las noticias de las haciendas, y la rutinaria vida de Cajamarca.

Después de tomar un chocolate rico y espumante, con unos panes exquisitos, con mantequilla y una mermelada de fresas, doña Octavia les dijo que iba a retirarse a la habitación vecina para bordar, si ellos querían seguir conversando en la sala.

—Muchas gracias, doña Octavia, es usted de lo más comprensiva, —contestó Andrés, poniéndose de pie. Luego se adelantó y abrió la puerta que conducía a una salita.

Doña Octavia pasó adentro y cuando él se disponía a cerrar la puerta ella lo detuvo.

—Deja la puerta abierta, por favor.

—Cómo no, señora.

Andrés regresó al sofá donde estaba Eugenia y di a la chica una mirada interrogativa.

—Creo que has pasado la entrevista, —dijo ella, divertida—. Sabes que mi madre te considera a ti y a tu padre como un par de ateos y eso le tiene muy preocupada. Apuesto que jamás has pisado la iglesia de *La Merced* en Lima.

—Sí, he entrado allí, pero no durante la misa de once. A decir la verdad, no sé si hay una misa de once.

—Seguramente la hay. Aquí todo lo mejor de Cajamarca va a la misa de once en Santa Catalina.

—Pero, ¿por qué le interesa a tu madre tanto este asunto? Me tomó un examen como si yo iba a ser cura. Lo que a mí me interesa eres tú, no los hábitos religiosos.

—A mi mamá siempre le han fascinado las cucufaterías y espera que su yerno la apoye en eso.

—¡Librame, Dios!

—Bueno ahora podemos hablar de otras cosas.

—Con tal que tampoco sean las modas de las damas en Lima, —contestó él, disimulando seriedad.

—Tienes que perdonar a mi pobre madre que realmente no tiene nada importante en que se preocuparse acá. Sabes, cuando estábamos en la hacienda ella era diferente. Conocía bien de los animales, se preocupaba por los peones y sus familias, y cabalgaba por un lado a otro. Pero aquí en la ciudad no tiene nada que hacer, y la ociosidad es su ruina.

Andrés se quedó pensativo un momento. Se le vino a la memoria una conversación susurrada entre sus padres que él había escuchado poco antes de viajar a Lima. Si bien recordaba hablaron de una historia en que don Pedro, el marido de doña Octavia, la había encontrado en brazos de un capitán del ejército que estaba de visita a la hacienda.

—Pobre Octavia, —había dicho doña Mercedes—. Don Pedro es el hombre más seco y no me sorprende lo que había sucedido.

—Pero Meche, lo que ha hecho Octavia es imperdonable.

—Así dicen los hombres cuando es una mujer que lo hace, pero cuando ellos lo hacen, no pasa nada.

Había rumores que don Pedro ordenó a su capataz que diera una latigueada al oficial y luego, por el bien de su hija, había tratado de tapar todo. Pero desde esa fecha él se había quedado en la hacienda y doña Octavia había vivido en Cajamarca con Eugenia.

Andrés sonrió y pensó: *“Parece que la apariencia glacial y las beaterías de doña Octavia Santolalla de Zaldívar no son más que una fachada para esconder la sangre caliente que corre por sus venas. ¡Ojalá que la haya también en las de Eugenia!”*

—¿De qué te sonríes? —Le preguntó Eugenia.

—Oh,.. nada, —tartamudeó Andrés. —No me di cuenta que estaba sonriendo.

—No sólo estabas sonriendo, sino vi algo más.

—Se llama *pasión*, mi amor, —sopló Andrés en su oído.

Eugenia lo miró por un momento con desconfianza. Luego ella también sonrió.

Los dos que habían estado sentados a una corta distancia en el sofá, pero observando la puerta de la habitación donde estaba doña Octavia. Disimuladamente se acercaron mirándose a los ojos con intensidad. Ahora, en voz baja, la conversación comenzó a correr como un río en tiempo de lluvia, rápido, lleno, deteniéndose un momento con un remolino, y luego pasando por cataratas hacia el lejano océano. El tiempo pasó sin que se dieran cuenta y fue sólo cuando entró una criada con un par de velas encendidas que se repararon en la hora.

—Mira cuán tarde es, Andrés.

—Por mí nos quedaríamos toda la noche.

—¡No seas indecente!

—Quisiera ser mucho más indecente pero basta por ahora. Dame un beso.

—¿Y si viene mi mamá?

—¡Rápido!

—Pero...

Él la tomó, le dio un beso en los labios y se paró diciendo en voz alta.

—Eugenia, ha sido una tarde encantadora estar contigo y con tu queridísima mamá.

La señora Octavia entró en el acto y preguntó:

—¿Ya te vas Andrés?

—Sí, doña Octavia. No quisiera abusar de su generosidad y de su hospitalidad. Espero que me conceda el privilegio de volver.

—Con todo gusto, Andrés. Eres un joven de buena familia y tu presencia en esta casa es una honra para mí y para mi hija. Sé que jamás se te ocurría a ti hacer algo que podría manchar nuestras respectiva familias.

—¡Jamás, señora! —Afirmó Andrés, cruzando una mirada jocosa con Eugenia.

Vino luego toda la etiqueta de la despedida: el besamanos, las inclinaciones, las cortesías. Andrés recibió su sombrero y sus guantes y salió. A fuera en la calle dio unos cuantos brincos de pura alegría y corrió rápidamente a su casa, silbando como cualquier joven enamorado. Un borrachito que lo vio murmuró:

—Provecho joven y ¡salud!

Como el amor no respeta las clases sociales y es tan activo entre los sirvientes como entre los patrones, al mismo tiempo que Andrés y Eugenia conversaban en la sala de la casa de los Zaldívar, Castinaldo y Segunda hacían lo mismo bajo el ojo severo de Rosalía.

—*Si cierro mi ojo un minutito, el cholo tumbará a la china, de juro, — mordiscó la cocinera—. ¡Qué barbaridad! No hay respeto entre los jóvenes hoy en día.*

Claro que cada vez que Segunda preguntaba por su padre y por qué era que él no vivía con ellas, Rosalía esquivaba el asunto. De nada iba a servir que Segunda sepa que su concepción fue el resultado de un enamoramiento veloz con un buen mozo que cuidaba los caballos del patrón. Un buen día ella se encontró encinta y ni noticias del mozalbete, ni tampoco de uno de los caballos del establo de la hacienda. Entonces, ¿qué contar a la patrona? El cuento del duende resultó en una soberana maja y Rosalía no quería que algo parecido sucediera con la Segunda. Mientras pensaba todo esto se había distraído y cuando miro de nuevo vio que el cholo atrevido del Castinaldo estaba acariciando a Segunda disimuladamente.

—¡Segunda!

—Sí, mamá.

—Anda, trae la mantequilla.

—Sí, mamá.

—*¡Cholo desgraciado! ¡Castinaldo!*

—¿Si, ña Rosalía?

—¡Anda, corta leña!

—*¡Ya voy! ¡Vieja entrometida!*

---

### III

Las noticias llegaban gota a gota a Cajamarca. Por un lado, el Dictador Nicolás de Piérola seguía activo, buscando cómo salvar al país de la catástrofe en que se encontraba, y en marzo se supo que había convocado a los pueblos del Perú a una Asamblea que se reuniría el 6 de junio en Ayacucho. Mientras tanto, por otro lado, también se supo que en marzo, en reunión especial, una junta de vecinos notables había elegido al Dr. Francisco García Calderón como Presidente Provisorio del Perú.

—Dos gobiernos y ninguna capital, —comentó don Lizandro a su hijo, al haberse enterado de estas noticias.

—Parece imposible que los chilenos traten con Piérola y probablemente esperan hacerlo con el Dr. García Calderón, —contestó su hijo.

—Tú sabes mi postura, con tal que se haga la paz y podamos estar tranquilos otra vez, no me interesa mucho con quien se entiendan los chilenos.

Estaba don Mariano Castro Zaldívar visitando a los Miranda. Como uno de los vecinos más notables de Cajamarca, su opinión siempre tenía peso. Mirando a su huésped, don Lizandro le preguntó su parecer y este le contestó:

—Lizandro, muy bien lo sabes que siempre me he opuesto a la arbitrariedad y la prepotencia. Como alcalde de esta ciudad tuve que oponerme al prefecto que quería hacer las cosas a su gusto y antojo, ahora debo confesar que me huele mal la idea de negociaciones con los chilenos mientras tengan la sartén por el mango. Van a imponer condiciones inaceptables. Van hacer alarde de su poder y sufriremos de sus arbitrariedades.

—¿Piensa usted, don Mariano, que el Dr. García Calderón se someterá a eso? —Preguntó Andrés.

—Por lo pronto, no tengo idea, pero figúrate, ¿Qué va a hacer el Dr. García Calderón en La Magdalena? No tiene ejército, no tiene nada, y los chilenos en Lima pueden hacer con él lo que quieren.

A eso, el viejo Manuel anunció la llegada del Dr. José Mercedes Puga que entró en la biblioteca de don Lizandro con su acostumbrada energía.

—¿Qué tal, Lizandro? ¡Gusto de verte, Mariano! Buenas tardes, Andrés.

—Buenas tardes, doctor.

—Toma asiento, José.

—Gracias, gracias y ¿de qué están conversando? ¿Las ultimas noticias de Lima?

—Efectivamente, —contestó don Mariano Castro. Estábamos observando que este gobierno del Dr. García Calderón no puede ser más que un títere de los chilenos.

—No lo tengas por seguro, mi querido Mariano. Don Francisco García Calderón tiene su propio margen de coraje y dudo que baje la cerviz o se humille ante los chilenos. Por supuesto que yo no aceptaría eso jamás, y si el “*Gobierno de La Magdalena*”, como lo están llamando al del Dr. García, firma una paz con Chile a costo de la cesión de territorios peruanos, me levantaré en su contra y otros también harán lo mismo.

—Espero que tenga usted razón con respecto al Dr. García Calderón, don José, y que él no permita que los chilenos le dicten los términos de una paz, —interpuso Andrés (su día de soldado le daba una autoridad para opinar en la presencia de sus mayores)—. Pero me pregunto si no sería mejor que apoyemos a Piérola porque hay más posibilidades de resistir desde la sierra que en la costa.

—Tú sabes muy bien lo que yo pienso de Piérola, —gruñó Puga—. Es un abusivo. A mí me boto de ser Vocal de la Corte Suprema de Justicia, gracias a una mala información dada por tu cuñado Iglesias, Mariano, —dijo, volteando la cabeza hacia el ex-alcalde.

Un silencio incomodo siguió esta intervención hasta que Andrés rompió el mutismo diciendo:

—Señores, lo importante es quitarnos a los chilenos de encima. Si lo puede hacer pacíficamente el Dr. García Calderón sin aceptar sus condiciones, en buena hora. Si lo puede hacer Piérola dándoles un puntaje en el trasero, mejor.

—¡Bien dicho, muchacho! —Aprobó Puga—. Eso es lo que yo quisiera hacerles, darles un puntaje bien dado en el culo.

Los otros tres miraron con sorpresa al Dr. José Mercedes después de esta grosería. Así se podía hablar en copas, pero este no era el caso. Puga ni cuenta se dio y siguió:

—¿Saben? A mí me gustaría que vengan hasta aquí, a Cajamarca, y que seamos nosotros los que le demos su maja.

—Con tal que no caigamos en el mismo error de Atahualpa, —dijo don Lizandro—. Recuerden que él también esperaba dar una lección a los españoles y todos sabemos muy bien que el tiro le salió por la culata.

—No estamos en los tiempos de Atahualpa, Lizandro, —refunfuñó José Mercedes Puga—. Él solo tuvo arcos y flechas para enfrentar los cañones y los arcabuces de los españoles.

—¿Y tú piensas que estamos bien armados para enfrentar a los chilenos? —Preguntó don Mariano—. Me imagino que Andrés sabe cuál es nuestra situación.

—No, no estamos bien armados, —interpuso Puga—. Los chilenos tienen buenas armas, pero yo diría que en la sierra podemos resistir porque el terreno nos favorece. Con un poco de esfuerzo de nuestra

parte podemos equipar un ejército aquí en Cajamarca y tenemos que hacer entender a los chilenos que no vamos a cederles ni un centímetro de nuestro suelo patrio. Justamente yo he venido aquí, Lizandro, para invitarte a asistir a una reunión mañana en el colegio *San Ramón* a fin de suscribir una acta que algunos hemos preparado y en que rechazamos radicalmente cualquier paz impuesta bajo las bayonetas chilenas y de acuerdo con sus condiciones.

—Con todo gusto, José.

—Tú también estás invitado, Mariano.

—Muchas gracias.

Al día siguiente, el 24 de marzo, se llevó a cabo la reunión en *San Ramón*. Hubo sendos discursos en la línea de Puga. Mucha emoción y patriotismo y finalmente se firmó el acta que decía:

*“En la ciudad de Cajamarca, capital del departamento del mismo nombre, a los 24 días del mes de marzo de 1881, reunidos espontáneamente los ciudadanos que suscriben, y teniendo en consideración que es incompatible con la honra y con la dignidad nacional ajustar con Chile una paz impuesta por las bayonetas de su ejército invasor.”*

.....  
ACORDARON:

1°. *No se acepte en ningún caso la paz.*

2°. *No reconocer ningún gobierno que intente ajustarla.*

3°. *Continuar la guerra hasta agotar el último recurso.*

4°. *Contribuir para este objeto con sus intereses y personas, sin restricción alguna.*

.....  
Luego de este incidente, marzo cedió el pase a abril. La rutina agrícola cajamarquina siguió su curso y el maíz y las papas sembradas en octubre y noviembre de 1880 iban cosechándose. Las lluvias del invierno se rindieron ante el sol de verano y repentinamente Cajamarca se puso de revuelta. Don José Mercedes Puga irrumpió lleno de entusiasmo en la biblioteca de don Lizandro.

—Lizandro, ¿has escuchado la última noticia?

Don Lizandro Miranda le ofreció una sonrisa fría y expresó con calma:

—Puga, últimamente ha habido una infinidad de noticias. ¿A cuál de ellas te refieres?

—Montero ha llegado aquí.

—¿El Contralmirante Lizardo Montero?

—Efectivamente. Dicen que los chilenos están extendiendo su ocupación por la costa y que han desembarcado en Eten.

—¿Y ahora qué?

—Montero va a construir un ejército aquí en el norte y a mí me ha ofrecido el mando del batallón, “*Manco Cápac*”.

—Pero mi querido doctor ¿Qué sabes tú de las tácticas militares y de maniobras?

—Yo sé manejar un fusil y con eso puedo matar a chilenos; entonces, sé más que suficiente.

Don Lizandro no se dejó convencer tan fácilmente, pero tampoco había manera de hacer ver a Puga que éste iba a ser otro ejército de aficionados más que profesionales, como lo describió desdeñosamente, al manifestarlo a su esposa:

—¿Meche, no ves? ¿Cómo vamos a vencer a los chilenos con un manojo de peones de hacienda? Francamente me parece completamente descabellado.

—Así es nuestro querido doctor, —contestó doña Mercedes con una sonrisa—. Con tal que pueda hacer algo contra los chilenos, no le importa con quienes, ni con qué.

—Lo más curioso es que Montero sigue leal a Piérola, y no reconoce el gobierno del Dr. García Calderón.

—Hubiese pensado que esto no le caería simpático al Dr. Puga.

—No, pero me dijo que Montero le ofrecía la posibilidad de hacer algo contra los chilenos y si esto sería al precio de aceptar el gobierno de Piérola, que lo sea así.

—A mí me da mucha pena toda esta división entre nosotros.

—Y más inmediatamente a nosotros que nos toca pagar cupos para mantener las tropas que el contralmirante viene organizando. Al paso que vamos estaremos arruinados en una par de años.

\*\*\*\*\*

Mientras Montero organizaba su ejército en Cajamarca, durante el mes de abril de 1881 llegaron noticias que decían que Piérola había visitado Bolivia con la esperanza de activar la Federación con el Perú que él mismo que había puesto en marcha el año anterior. Aunque se había firmado en junio de 1880 un protocolo que expresaba las bases de esta Federación, nunca había suscitado mucho entusiasmo entre la población, ni en Lima, ni tampoco en La Paz. Para los vecinos de Cajamarca el asunto les parecía ser de lo más remoto y lejano.

Y había rumores, como siempre, rumores, rumores sobre la lealtad de Montero. Había rechazado reconocer al “*Gobierno de La Magdalena*” del Dr. García Calderón en términos casi rimbombantes: “*porque no quedarían satisfechas las exigencias del patriotismo, ni mi honra militar, ni aun la delicadeza de caballero*”. Pero a mediados del año se sospechaba que el contralmirante podía cambiar de parecer.

—Todo me huele mal, —se quejó don Lizandro a Andrés—. No se sabe en quien confiar o a quien seguir. Piérola nunca me cayó simpático porque tomó el poder a través de un golpe. Es dictador. No respeta la Constitución...

—Pero sigue luchando contra Chile y tiene a Cáceres en el sur y Montero aquí en el norte, —acotó Andrés.

—Así es, hijo.



—Mientras, por una parte el Dr. García Calderón está más vinculado con constitucionalidad, por otra es impotente ante los chilenos.

—Pero mucho peor, hijo, son las maniobras políticas, y me da asco pensar que las haya mientras el país está por los suelos. Muchos de los nuestros sólo buscan su propio provecho.

\*\*\*\*\*

Las maniobras de los políticos no tenían nada en comparación con las de Castinaldo para acostarse con Segunda. Ya era un reto. Había tenido a varias chicas y ninguna se había quedado embarazada, entonces para Castinaldo era un juego. ¿Cómo encontrarse con Segunda a solas? ¿Cómo convencerla? Porque eso sí, Rosalía le había metido en la cabeza de la chica que nada de cama sin el matrimonio, de tal forma que no había manera. Entonces, con la cabeza llena de tácticas, los días pasaron para Castinaldo en casi total ignorancia sobre lo que sucedía en el país, y cuando escuchaba a los patrones hablar en tono ansioso sobre los chilenos que tomaban lo que querían, se sonreía y se decía así mismo:

—Yo chileno, porque voy a tomar lo que quiero: a la chinita Segunda.

Una noche de julio, cuando el cielo se había salpicado de estrellas y una brisa fría penetraba en los patios y las huertas de las casas, Castinaldo sorprendió a Segunda que estaba cortando algunas verduras para llevarlas a la cocina.

—¡Oww! —Gritó ella—. Me asustaste, tremendo cholo idiota.

—¿Tienes frío?

—¡A ti qué te importa!

—Yo tengo calor, —contestó, acercándose más y agarrando el brazo de la muchacha.

—¡Suéltame, pue! —Dijo ella con falsa modestia.

Castinaldo captó el tono y se rio:

—Hablas como la china que dijo al cholo: *“Deja de hacerlo porque me va gustando”*.

—Bien sobrao eres. ¿Por qué piensas que tú me gustas?

—Yo conozco a las hembras.

—Oye, yo no soy ningún animal para que me hables así.

Y se dejó de abrazar por Castinaldo. Era verdad, tenía calor y ella sentía cómo la sangre picaba en sus propias venas y cómo el corazón latía más fuerte.

—Vamos chinita, vamos a mi cuarto, —susurró Castinaldo—. Allí no tendrás frío.

—Me da miedo, Castinaldo.

—¿Por qué?

—Mi mamá me ha dicho cosas.

—¿Qué cosas?

—Guaguas

—¡Qué tiene que ver!

—De repente tú me darás una, dejuero.

—Mentira. Vamos.

—¡Segunda! estoy esperando el repollo, —vino la voz de Rosalía desde la cocina.

—¡Tu madre, carajo! —Suspiró Castinaldo con cólera—. Siempre jode y jode, —Y la soltó.

En la sala de la casa se había reunido todo un grupo de jóvenes para tocar el piano, la guitarra y el arpa. Adelaida compartía el piano con Eugenia Zaldivar. Andrés, Juan, y Gregorio Pita tenían las guitarras. Amalia Puga tocaba el arpa, mientras Enrique Villanueva y José Manuel Quiroz se apoyaban en la cola del piano para cantar. La luz suave de las lámparas de kerosene y de las velas en los candelabros iluminaba la alegría en los ojos de los jóvenes mientras cantaban baladas y valsos.

Doña Mercedes y don Lizandro miraban la escena contentos, recordando aquellas veladas cuando habían sido enamorados, sobre todo las que se realizaban en la casa de los Espinach, una de las más señoriales de toda la ciudad.

Se habían pasado un par de horas cantando y recitando poesías cuando Castinaldo y Segunda entraron con azafates, sirviendo platos de bizcochos y galletitas de maíz, vasos de caliente y espumoso chocolate, y copitas de anís. Los dos sirvientes atendían con una formalidad de la más correcta, y los jóvenes dejaron de cantar y se sentaron en un círculo para comer y charlar.

—A mí me da ganas de dejar el colegio e inscribirme en el ejército que el contralmirante está organizando, —dijo Gregorio Pita.

—Por favor, no hablemos de la guerra, ni de los chilenos. —Protestó Adelaida—. ¿Qué dices, Amalia? ¿Y tú, Eugenia?

—Hasta que termine la guerra, Adelaida, los hombres van a pensar en ella, —contestó Amalia—. Está demás esperar que piensen en nosotras.

Andrés y Eugenia intercambiaron sonrisas y guiños.

—¿No sienten ustedes por la Patria como nosotros sentimos? —Preguntó Enrique Villanueva.

—No sé, —respondió Amalia—. Lo que yo me pregunto es si ustedes piensan realmente en la Patria, o en su propia vanagloria.

—Eso no es justo, Amalia, —protestó Juan.

—¿Por qué no? —Intervino su hermana, Adelaida.

—Mira, Adelaida, ustedes las damas, no tienen los sentimientos de honor que laten en nuestros corazones, —replicó Juan.

—¡Vaya, vaya! —Expuso Eugenia—. Yo creo que nosotras las mujeres tenemos un sentido de honor y amor a la Patria mucho más alto que ustedes.

La conversación pronto se redujo a una serie de ataques y contra ataques, aunque nadie perdió los estribos y se mantenían un tono de buen humor y de amistad, hasta que intervino don Lizandro, que se acercó diciendo:

—Damas y caballeros, por favor, que tengamos una tregua. —Todos lo miraron. Luego él continuó—: Estoy seguro de que entre ustedes no haya ninguno que no tenga un hondo patriotismo, y que responda a los sentimientos y las acciones más nobles si la Patria se los pide. Además, no creo que nadie deba abandonar el colegio y los estudios, sino más bien debería aplicarse con más ahínco a ellos.

Esta intervención efectivamente puso fin a la conversación y poco después los huéspedes se despidieron.

\*\*\*\*\*

Más tarde, en agosto se supo algo sobre las deliberaciones de la Asamblea que Piérola había convocado en la ciudad de Ayacucho. Había noticias que él quería la paz, pero que los chilenos no estaban dispuestos a negociar con él. Luego llegó la información que había quitado del escalafón general del ejército y de la armada a cuantos habían contribuido a la creación y el sostenimiento del Gobierno del Presidente García Calderón en La Magdalena.

Al mismo tiempo había noticias de otra Asamblea Nacional. Esta fue convocada por el mismo García Calderón y trató sobre las facultades del Presidente Provisorio para que pactara la paz con Chile, pero a la vez rechazaba toda posibilidad de ceder alguna parte del territorio nacional.

—Tiene que ser así, —suspiró Andrés en otra tertulia en la biblioteca de don Lizandro—. Con toda franqueza, me llama la atención que el Presidente García Calderón haya tenido el coraje de decirlo cuando tiene las bayonetas de los chilenos casi en su garganta, pero me alegro que lo haya hecho.

—Yo pensé que estabas a favor del gobierno de Piérola, hijo, —contestó don Lizandro.

—Creo que tiene más probabilidades de defender el honor y la dignidad nacional, sí. No creo que el "*Gobierno de La Magdalena*" tenga la más mínima posibilidad de arreglar nada porque no tiene con qué hacerlo. Pero por lo menos si le dice a los chilenos en sus narices que no se doblegará ante ellos, esto recibirá mi voto de aplauso.

\*\*\*\*\*

Las semanas seguían pasando. Don Lizandro, con Andrés, hicieron una visita a la hacienda en Chonta y allí los problemas del país estaban tan lejos de las tareas agrícolas y tras de tanta cordillera que los dos dejaron de hablar de ellos. Se abocaron más bien a ver cómo estaban los animales, qué iban a sembrar una vez que comenzaran las lluvias, cómo mejorar el riego, y así cosas por el estilo.

El hermano de Lizandro, Felipe, era un hombre taciturno y de hábitos sencillos. Casi nunca viajaba a Cajamarca porque no le agradaba la vida social de la ciudad. Había nacido aquí en *Santa Ana de Chonta*, se

había casado con una campesina y estaba feliz como agricultor. Lizandro lo quería y tenía cuidado de no herir sus susceptibilidades. No se metía nunca en el manejo de la hacienda y su llegada anual era poco más de una visita de cortesía, y también una manera de hacerle saber a Felipe que jamás había cedió sus derechos como hermano mayor.

Para Andrés la visita era vigorizante. Ya la rutina del círculo social limitado de Cajamarca lo había comenzado a aburrir y sus visitas a Eugenia era el eje de su diario quehacer. Pero se había dado cuenta que su cortejo a la chica tenía barreras infranqueables por el momento.

—¿Cuál será su profesión, Andrés? —Había preguntado doña Octavia.

—Quiero seguir estudiando Derecho, señora. Pero por lo pronto es casi imposible hasta que la situación del país se arregle.

—Hmm, —había contestado la mamá de Eugenia en forma pensativa.

—Bueno señora, usted sabe que mi familia tiene una hacienda. Siempre tendré de qué vivir y puedo ofrecer todas las comodidades a su hija.

—Ah sí, ya lo sé —contestó doña Octavia rápidamente—, pero no sería nada correcto que usted piense en llevar a mi hija, que es una señorita de la más delicada y refinada, a vivir en *Santa Ana de Chonta*. Una hacienda está muy bien para darnos de comer pero no para vivir allí.

Andrés recordaba lo que había escuchado de doña Octavia y se le vino la tentación de echar un anzuelo para ver como reaccionara la señora. Con aire inocente probó ventura.

—Yo he escuchado que usted sabía manejar su hacienda a carta cabal.

La señora se ruborizó un tanto. No iba admitir a este jovenzuelo que se sentía mil veces mejor galopando por los campos que sentado aquí haciendo bordados. Una dama no podía decir eso en ningún momento. Además había el otro secreto, ojalá bien secreto, porque no quería que nadie lo supiera. Galopar y sentir el viento en la cara era estimulante; dejarse acariciaren los brazos de un apasionado joven oficial del ejército era todavía más estimulante y la aparentemente muy decorosa doña Octavia ya tenía de qué contar. Pero, no quería nada de eso para su hija. Eugenia era una señorita de la sociedad y sería mantenida como tal. Sonrió ligeramente a Andrés.

—Sí, yo iba a nuestra hacienda cuando recién me había casado. Por eso sé de mi propia experiencia que el campo no es el lugar adecuado para una dama.

—*Pero, sí, para una mujer con sangre caliente en las venas,* —pensó Andrés.

Doña Octavia lo miró intensamente y luego prosiguió:

—¡Ojalá que puedas reiniciar tus estudios una vez que se firme la paz con Chile!

—*Y ¿cuándo será eso?* —Musitó Andrés.

—Además aún eres muy joven. Yo sé que tu padre se casó joven, pero en mi familia nunca ha sido así. Siempre los hombres han esperado hasta tener treinta años.

—¡Treinta...! ¡Car...! —Tragó el expletivo y se preguntó—: *¿Y cómo voy a franquear esa barrera?*

Ahora en *Santa Ana*, cabalgando a toda velocidad, saliendo a pescar y a cazar, regresando en las noches cansado a comidas amplias con bastante chicha, le devolvían a Andrés las energías y el gozo de la vida. Se cuidaba de no emborracharse en la presencia de su padre porque sabía lo que eran los sentimientos de don Lizandro al respecto. Pero una vez se embriagó tanto con su tío Felipe que tuvo que esconderse hasta el día siguiente. Fue durante esta borrachera que Andrés encontró un acercamiento con su tío quien usualmente era muy hermético.

—Salud, sobrino, —dijo Felipe, dejando otro pote de chica deslizarse rápidamente por la garganta.

Estaban sentados como un par prófugos en un depósito tras de los almacenes principales de la hacienda. El ambiente furtivo y el licor permitían a los dos bajar la guardia y franquear.

—Entonces, ¿luchaste en la defensa de Lima, sobrino?

—Sí tío, estuve en la batalla de *Miraflores*. No sé si se puede decir que luché. Francamente me orinaba de miedo.

—Te comprendo.

—¿También has participado en una batalla, tío? ¿Has sentido las balas como si vinieron directamente a uno? ¿Has metido tu bayoneta en el pecho del enemigo?

—Sí y fui mucho más joven que tú. Pues, sólo tuve catorce años; mocoso nomás.

—Cuéntame cómo fue.

—Toma primero, muchacho. —Le alcanzó el pote de chicha que lo había llenado de nuevo.

—Salud, tío, —dijo Andrés recibéndolo. Ya sentía que la cabeza se estaba dando vueltas y no quiso emborracharse demasiado pronto, sino escuchar a su tío.

—Fue cuando crearon el Departamento.

—¿La revolución del 3 de enero de 1854?

—Más bien en lo que sucedió después. —Pausó y vio que todavía quedaba chicha en el pote—. Toma, toma.

—Ya voy tomando, tío.

—¡Como hombre, carajo!

Andrés vació el pote y lo lanzó a su tío. Este volvió a llenarlo y lo tomó de un solo trago.

—Te estaba diciendo. —Pausó, como recordando. Luego continuó—: Un mes después que se declaró que Cajamarca era Departamento, llegó el General Vigil con tropas del gobierno para aplastarnos. Bueno, yo escapé de mi casa y me metí en la refriega. Como era mocoso, pensé

que se trataba de una diversión. Pero para Vigil no fue así. Él no aguantaba pulgas y a la persona capturada le sacaba la chochoca.

—¿A ti te capturaron, tío?

—Éramos un pequeño grupo y cuando nos dimos cuenta de que estábamos rodeados, uno, que se llamaba José Vílchez, voló los ceos para no caer preso. Te digo, sobrino, allí sí, literalmente me orine de miedo y me desmayé. Las tropas del gobierno pensaron que estaba muerto y me dejaron. Cuando volví a mí mismo y me di cuenta de lo que había sucedido, me pegué una carrera a mi casa y nunca más he querido meterme en cosas de política. Yo estoy feliz cultivando la tierra y criando animales y no quiero hacer otra cosa.

La visita se extendió más de lo previsto porque don Lizandro se encontró mucho más a gusto en *Santa Ana* este año que en ocasiones anteriores. Quizá era la presencia de su hijo, quizá era la oportunidad del olvidar los problemas del país. Sea cual fuera el motivo se encontraba estimulado.

En noviembre decidieron regresar a Cajamarca y al día que entraron en la ciudad la encontraron de revuelta y media. Las calles estaban llenas de gente y de movimiento. Apenas cruzaron el río San Lucas, don Lizandro preguntó a un transeúnte:

—Amigo, ¿qué sucede?

—Dicen que hay nuevo presidente y que está aquí.

—¡El presidente aquí!

—Así dicen, pues.

—¡Vamos, Andrés! ¡Vamos a casa para que nos informen!

—Trotaron rápidamente, y una vez en la casa y concluidos los saludos, don Lizandro preguntó:

—Mercedes, ¿qué pasa?

—Ha venido el Contralmirante Lizardo Montero y hoy en la mañana juró ante la Corte Superior como Presidente de la República.

—¿Qué? Es verdad entonces lo que nos dijo un sujeto a quien preguntamos por allí.

—Sí, es verdad.

—Pero explícame. No sabemos nada. ¿Qué hay de Piérola? ¿Qué hay del Dr. García Calderón?

—Mira mi amor. Don Mariano Castro está aquí y mejor que él les explique todo y yo voy a ver que tengas algo de comer esta noche.

Sin esperar más don Lizandro y Andrés corrieron a la biblioteca donde encontraron a Mariano Castro leyendo tranquilamente.

—¡Mariano! ¿Qué tal? Ahora dinos lo que está sucediendo aquí en Cajamarca. ¿Qué es esto del Contralmirante Montero jurando como Presidente de la República?

—Siéntate, Lizandro. Aunque no soy yo el indicado para invitarte a tomar asiento en tu propia casa, pero hazlo y te lo voy a contar.

Don Lizandro y su hijo se sentaron y escucharon cómo en la última reunión que el Dr. García Calderón había logrado tener con los miembros de la Asamblea que él tuvo a bien convocar (y que eran los mismos diputados que habían sido elegidos en 1876 antes que el golpe de Piérola de 1880 había cerrado el Congreso) se había acordado nombrar al Contralmirante Montero como Vicepresidente. Luego los chilenos habían detenido al Presidente García porque éste no se doblegaba ante sus exigencias y fue deportado a Chile. Por eso ahora Montero tenía que asumir la Presidencia de la República.

—Y ¿lo ha hecho acá?

—Así es.

—Y ¿qué hay de Piérola?

—Según tenemos entendido casi nadie lo apoya ahora.

—Realmente me atolondras Mariano con estas noticias.

Don Lizandro bajó la cabeza, pausó un rato. Luego preguntó de nuevo—: ¿Cómo es eso del Dr. García Calderón? Me parece increíble.

—De acuerdo con lo que sabemos, los chilenos esperaban intimidar al Presidente Provisorio y hacerle firmar un tratado de paz en el que Perú cediera territorio a Chile. Como se ha negado a hacerlo, lo han llevado allá.

Andrés se había quedado callado durante esta conversación, pero ahora, preguntó:

—Y ¿qué es del Dr. Puga? ¿Está aquí en Cajamarca?

—Sí, regresó a fines del mes pasado.

—Desde julio ha estado por Chachapoyas como Prefecto y ha tratado de organizar una fuerza armada. Ha hecho mucho, y creo que Montero lo va nombrar para el mando político militar del norte.

—Me imaginaba que el buen doctor no se quedaría quieto, —observó Andrés.

—Y todo esto quiere decir que de la noche a la mañana Cajamarca viene a ser la sede del gobierno. Esto va concitar la atención nada deseada de los chilenos, —dijo don Lizandro.

—Me parece que sí, —contestó don Mariano.

—Y tu cuñado Miguel Iglesias, ¿por dónde anda?

—Eso, mi querido amigo, es otra historia. ¿Sabes que fue capturado en *El Morro Solar* cuando los chilenos asaltaban Chorrillos?

—Claro y que fue a Chile. Pero luego, justo antes de irme para *Santa Ana* alguien me dijo que se había venido a Cajamarca.

—Efectivamente. Nos vimos aquí y me dijo que se iba a su hacienda de *Udima*. Desde esa fecha no lo he vuelto a ver.

—De todo lo que me has dicho, Mariano, parece que estamos muy lejos todavía de lograr un tratado de paz con Chile.

—Así, parece.

—¿Qué hará Montero?

—A decir verdad, no lo sé.

—Creo que los próximos días serán muy interesantes, —afirmó Andrés.

—Demasiado interesantes, —contestó don Mariano secamente y levantándose añadió—: Ya debo retirarme. Ustedes estarán cansados después del viaje desde Chonta.

Don Lizandro lo acompañó hasta la puerta mientras Andrés se fue a lavarse y cambiarse de ropa. Luego, dentro de pocos momentos estuvo tocando la puerta de los Zaldívar. Eugenia lo recibió, feliz de verlo después de tantas semanas de ausencia y como no había nadie en la sala pudieron abrazarse y besarse como querían.

—¿Y tu madre? —Preguntó Andrés—. ¿Cómo es que no está como perra guardiana de su tesoro?

—La verdad es que nadie te esperaba a ti. Ella piensa que todavía estás en el campo. Además con eso del juramento del nuevo presidente, mamá y otras demás están organizando un banquete.

Andrés se rió a carcajadas.

—Tu madre es especial, Eugenia. No hay nadie, ni nada que la pudiera distraer de las modas, las comidas elegantes, las recepciones musicales y no sé cuánto detalle más de la vida social. Me imagino que si hubiera estado en la Revolución Francesa se hubiera preocupado sobre qué vestido ponerse para subir a la guillotina.

—Andrés, ¡no digas eso de mi mamá!

—Debes admitir que tiene sus cosas

—Como todo el mundo, —contestó Eugenia con una mueca.

—Vamos, no peleemos sobre tonterías. Aprovechemos de estar solos, —y la jaló nuevamente a sus brazos.

Los días siguientes estaban llenos de actividad, y la ciudad se encontró con una vida inusual. Hubo movimiento de tropas, mensajeros iban y venían, los ciudadanos más notables se reunían con el Contralmirante Montero, y la casa de don Mariano Castro, ahora la sede de la Corte Superior, vino a ser un reflejo pálido del Palacio de Gobierno en Lima. Don Lizandro se mantuvo al margen de toda esta actividad. Una vida acostumbrada al estudio y la erudición no era una buena base para meterse de lleno en los acontecimientos que estaban desarrollándose en Cajamarca. No estaba en contra del gobierno de Montero, pero sentía que alguien que había jurado en Cajamarca un día tan fatídico como el 15 de noviembre, día en que Francisco Pizarro había llegado al cerro “*La Shicuana*” en 1532, y luego había entrado en la ciudad, no pronosticaba nada bueno.

—Papá ¿qué es esto de supersticiones en un hombre tan racional y acuerdo como tú? —Dijo Andrés.

—No sé, hijo. Yo tampoco lo puedo explicar. Pero siento en mis huesos que todo esto terminará mal.

—Y ¿prefieres mantenerte al margen de lo que está pasando?

—Así, es hijo.

—¿Qué dirías si yo ofrezco mis servicios a Montero?

—Eres un hombre, Andrés y por supuesto tienes mi permiso para hacer lo que a ti te parece bien después de pensarlo con seriedad. Una de las cosas que he tratado de enseñarte es el respeto hacia los demás y



sus ideas. Si tú piensas que el gobierno del contralmirante es la mejor garantía para la salvación del país, puedes ofrecer tus servicios.

—Pero, ¿tú no piensas que este gobierno vale?

—Efectivamente.

—Entonces, ¿qué me aconsejas hacer? No quiero regresar a Lima hasta que se hayan ido los chilenos y me da vergüenza de no hacer nada.

—Siempre puedes seguir estudiando aquí en casa. Yo tengo algunos libros y podemos pedir otros. No te olvides que yo también he estudiado Derecho, aunque no terminé la carrera.

—¿Por qué no la terminaste, papá?

—Vino un momento en que la carrera me disgustó. Veía demasiado interés personal, demasiado afán de fines de lucro. Entonces lo dejé.

—Pero papa, no hay carrera en esta vida donde no se metan el interés personal. Si uno quiere ser cien por ciento altruista la única carrera posible sería ser religioso; aunque aún allí tengo mis dudas.

—Tienes razón hijo. Por eso no he hecho nada en la vida.

Andrés captó un tono de honda tristeza en la voz de su padre y notó que los ojos se iban humedeciendo. Sin quererlo, había entrado donde sabía que no le tocaba ingresar. Aunque ya había observado varias veces que la otrora perfecta imagen de su padre tenía algunas fisuras, nunca se le había ocurrido pensar que don Lizandro mismo podía considerarse un fracasado. Recordaba aquel desayuno hace meses, después de las fiestas de carnaval, cuando había notado una falta de consecuencia en sus ideas. Ahora sentía que estaba descubriendo algo peor, que su padre mismo sabía que su erudición era emasculada. Se permitía un comentario irónico sobre la vida y la sociedad, pero éste no conducía a nada constructivo o creativo. Andrés veía a su padre como un hombre de vocación frustrada, como un pintor que no pintaba, o un escritor que no escribía, podría ser un Voltaire, pero en la práctica no era nadie.

Andrés tragó la saliva seca que llenaba ahora su garganta. Sudaba frío porque había cometido el pecado de los hijos de Noé, había descubierto la desnudez de su padre y había visto que donde debería haber un fuerte miembro viril no había gran cosa. Sacudió la cabeza para salir de este túnel de pensamientos y trató de volver la conversación a su cauce:

—¿No crees que este gobierno lograra concluir un tratado de paz con los chilenos?

—Sólo si está dispuesto a ceder territorio nacional y todavía no creo que haya nadie que acepte eso.

—Pero llegaremos a eso, ¿verdad?

—Posiblemente, no sé.

—Bueno papá, pensaré lo que me has dicho antes de tomar una decisión.

—Me parece bien, hijo.

\*\*\*\*\*

—Eugenia, ya estoy desesperado.

—¿Qué te pasa, Andrés?

—Tu madre pone un sinfín de obstáculos entre nosotros. Siempre me pregunta cuando voy a hacer algo. Me mira como si fuera un delincuente. Luego cuando decido realizar algo, ofrecerme a Montero, meterme a sacar cara por el país, ella, como mi padre, me aconsejan mucha prudencia y precaución.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

La observó un largo momento y luego lanzó una mirada a la sala elegante de siempre donde se reunían...

—¿Te casarás conmigo?

Eugenia lo miró asustada y después de un rato dijo:

—¿Quieres decir sin el permiso de nuestros padres?

—Sí, nos casaremos y luego tendrán que aceptar el hecho.

—¿Quién nos casará?

—No sé. Buscaré a un cura.

—¿Y si ninguno quiere?

—Nos casaremos tú y yo, ante Dios.

—Yo pensé que no creías en Dios.

—A veces sí, a veces no. Para casarme contigo, sí.

—Francamente me da miedo, Andrés. ¿Qué pasará si nuestras familias nos rechazan?

—Iremos a vivir en una chocita en el campo, —contestó él ligeramente.

—Déjame pensar, por favor.

—Sí, pero no pienses mucho. Mucho pensar te puede hacer daño.

—Pero Andrés, tienes que comprender que el matrimonio es cosa seria. No puedo lanzarme así nomás; sobre todo si no hay el permiso de nuestros padres. Tenemos que pensar en el futuro.

—¿Quién sabe si habrá un futuro?

—¿Qué quieres decir con eso?

—La guerra sigue. Habrá más muertes, más destrucción...

—Por favor, Andrés, —intervino Eugenia enérgicamente— no hables así.

—Mi amor, ésta es la realidad del país. De nada sirve ser avestruces, y meter nuestras cabezas en la arena. Cuando yo vine aquí en febrero, estaba ya harto de la guerra y de toda la miseria que había visto. Esperaba escapar de aquello aquí en Cajamarca. Pero ahora, siento que la guerra nos está persiguiendo y que Cajamarca no saldrá ilesa de la contienda. Es por eso que quiero aprovechar el tiempo que nos queda. Eugenia se sacudió ligeramente y dijo:

—Andrés, todo está incierto.

—Justamente. —Se rió de modo irónico—. Es curioso, cuando me fui a Lima en 1878 quise escapar de lo cierto y de lo acostumbrado aquí en Cajamarca porque me parecían ser tan aburridos. Ahora quisiera que nada cambiara demasiado y ciertamente no a manos de los chilenos.

—Los chilenos no llegarán hasta acá, —interpuso Eugenia con convicción.

—¿Y qué hay para impedirles? No tenemos ningún ejército aquí en el norte capaz de enfrentarse con ellos.

—Don José Mercedes Puga ha organizado una fuerza y también hay aquella del contralmirante.

—Lo que tiene el Dr. Puga es poco más que un escudaron de sus propios peones, mi amor, y los chilenos podrían despachar en dos por dos lo que tiene el contralmirante.

—¿Por qué hablas tan despectivamente de nuestras tropas?

—Yo no desprecio ni a los hombres, ni a la voluntad de luchar, pero el hecho es que no tenemos aquí en el norte un ejército como lo tienen los chilenos.

—Entonces, Andrés ¿Por qué quieres ofrecerte para servir bajo el contralmirante? Según lo que tú mismo me dices te matarán los chilenos en seguida si hay un enfrentamiento.

—Porque soy hombre, Eugenia. No puedo sentarme con los brazos cruzados y no hacer nada. Y por el mismo motivo quiero que seas plenamente mío cuanto antes.

—Por favor, Andrés, dame un poco más de tiempo. Tampoco quiero que te metas en el ejército. Nadie puede negar tu coraje porque ya lo has demostrado en *Miraflores*.

Eugenia se sentía mareada. La sala, elegante y llena del perfume fresco de flores, brindaba un ambiente de seguridad como siempre lo había hecho desde que ella podía recordar. Ahora, pensar en romper abruptamente con todas las convenciones y las tradiciones que esta habitación representaba le era casi imposible. Y cuando el joven elegante, vestido de civil, hablaba de morir en la guerra o huir al campo para vivir en una chocita como si fueran un par de indios, sólo podía decir que el mundo estaba de cabeza.

\*\*\*\*\*

Una escena parecida había ocurrido entre Castinaldo y Segunda. Castinaldo ya estaba cediendo, y se daba cuenta de que el altar sería primero y la cama después; pero como de todas maneras quería tenerla a Segunda en su cama, pensaba que aceptaría la condición.

—Tú ya no eres chileno, cholo Castinaldo. Tú eres peruano.

.....

—¿Por qué dices eso?

—Porque escuché al patrón decir que los peruanos tenían que aceptar lo que dicen los chilenos y agachar la cabeza. Así es contigo, Castinaldo. Si quieres llevarme, das, tienes que casarte conmigo, si no, nada pue.

Estaban a solas en la cocina y Castinaldo hizo un salto para agarrar a Segunda, pero esta lo esquivó. Ya comenzó un juego de brincos y

saltos hasta que Castinaldo atrapó a Segunda en un rincón y le regaló un besote, justo en el momento en que Rosalía entró en la habitación.

—¡Castinaldo! ¡Qué haces con mi hija! —Gritó la cocinera enfurecida.

—Es sólo una broma, —titubeó Castinaldo.

—¡Qué broma ni broma! ¡Fuera de aquí! —Agarró una escoba y comenzó a propinarle al joven una buena paliza.

—¡Ahhh! —Gritó Castinaldo.

—¡Cholo desgraciao! ¡Cholo Sinvergüenza!

Y ¡guac! ¡guac! caían los golpes.

—¿Qué pasa acá? —Llamó doña Mercedes desde la puerta.

Rosalía se quedó como congelada y luego dijo con emoción:

—Disculpe usted, patroncita, pero encontré a este desgraciao besando a mi hija.

—Fue sólo una broma, —interpuso Castinaldo—, no hice nada malo. Yo quiero casarme con la Segunda. —Añadió apresuradamente.

—¡Tú...! —Explotó Rosalía.

—Ya basta, —dijo doña Mercedes en voz baja, pero con su autoridad habitual—. Castinaldo, ven a verme ahorita en mi sala.

—Sí, patroncita.

Con esto, doña Mercedes se retiró de la cocina y Castinaldo la siguió entre las maldiciones susurradas por Rosalía. Una vez sentado tras de un pequeño escritorio doña Mercedes miró al joven parado en su delante. Era un buen mozo, eso no se podía negar, y Segunda podía sacar mucho peor partido. Mejor sería que se casaran.

—¿De veras quieres casarte con Segunda, Castinaldo?

—Sí, patroncita, dejuero.

—He escuchado que a ti te gustan las chicas.

—Es que...

—Mira, Castinaldo —interrumpió doña Mercedes—, no quiero escuchar protestas ni tampoco mentiras. Sólo quiero que entiendas esto: si realmente quieres a Segunda y prometes hacerla feliz, yo te ayudaré. Pero no toleraré sinvergüencerías bajo mi techo.

—Sí, patroncita, no patroncita. —Balbuceó Castinaldo confundido.

Él pensaba que cuando fue llamado a la salita sería para ser despedido y ahora la patrona le estaba ayudando. No sabía qué pensar.

—¿Me has entendido, Castinaldo?

—Sí, patroncita, dejuero

—Entonces, nada más de bromas. Pide bonito a Rosalía la mano de su hija.

Y así sucedió. A Rosalía le hubiera gustado una pedida de mano de acuerdo con las costumbres del campo. Con los consuegros trayendo la chicha, su aguardiente y su comida. Pero era realista y se daba cuenta que el huérfano Castinaldo, a pesar de todo, era un buen cholo y sería el mejor marido que podía esperar para su hija.

—Te envidio Castinaldo, —le dijo Andrés.

—¿Por qué, patrón?

—Porque has conseguido la chica que quieres. Yo todavía estoy fregado porque doña Octavia Santolalla no suelta la presa tan fácilmente como Rosalía lo ha hecho.

—Tendrá usted que sacarla robadita, patrón, como lo hacen en el campo, —contestó Castinaldo con una sonrisa.

—Así lo estoy pensando.

—Cuenta conmigo, patrón, yo le ayudaré.

—Gracias, Castinaldo.

\*\*\*\*\*

La boda entre Segunda y Castinaldo se fijó para la Navidad. Mientras tanto llegaron nuevas noticias. Doña Mercedes vino de la calle y se fue de frente a la biblioteca de su marido.

—Lizandro, el General Iglesias ha mandado decir que está dispuesto a servir bajo las órdenes del Presidente Montero.

—Vaya, Mercedes, no hemos escuchado nada de él últimamente. Yo pensé que desde que había sido capturado por los chilenos a fines del año pasado ya se había retirado de la vida pública. Don Mariano Castro me había dicho que estaba en su hacienda en *Udima*.

—Yo no sé nada de eso, Lizandro. Solo te cuento lo que están diciendo en la calle.

—Gracias, mi amor. Temo que no ayude la causa del país.

—¿Por qué?

—Porque no confió en él, como no confió en los demás políticos y militares. Iglesias, como Montero, era fiel seguidor de Piérola. Montero cambió de parecer cuando vio que podría ser el vicepresidente del Dr. García Calderón y con miras de ser presidente. Ahora que Piérola no cuenta y el Dr. García Calderón está preso en Chile, viene Iglesias para unirse a Montero.

—Mejor que estén unidos que separados.

—Mejor que Iglesias se quede en *Udima* porque aquí, lejos de crear unión, creará más divisionismo. No te olvides que él no se lleva para nada con nuestro amigo el Dr. José Mercedes Puga, quien ahora está muy ligado a Montero. Temo que como Iglesias le creó problemas a Puga con Piérola, ahora lo haga con Montero.

—¿Tan mal concepto tienes de Iglesias, mi amor?

—No es de confianza, Meche.

—¿Cómo el presidente tampoco?

—Así es, no confió en ninguno y siento que nos van a jalar hacia el abismo.

\*\*\*\*\*

Los Miranda se preparaban para celebrar la Navidad en forma tradicional, pero sin mayores festejos. Era como si ellos, y toda Cajamarca, estaban colectivamente conteniendo el aliento. El Presidente Montero parecía no estar nada apurado para crear un gobierno y tomar

una iniciativa, más bien daba la impresión que estaba contento de esperar para ver qué sucedería.

—Te lo dije, Andrés, —observó su padre el día en que doña Mercedes y sus hijas estaban plenamente ocupadas creando un nacimiento en el comedor, y los hombres se habían retirado a la biblioteca para ayudar en la medida *que no estorbemos los trabajos de las damas*—. En Montero no se puede confiar. O uno maneja los asuntos del país, o ellos le manejan a uno.

Andrés miró intensamente a su padre.

—Ya sé lo que estás pensando, hijo. Quien tanto habla no es ningún gran ejemplo de un hombre de acción, o de iniciativa. Lo admito y por eso nunca he querido meterme en los asuntos políticos. No es mi campo. Pero sí, tengo derecho de evaluar lo que hacen aquellos que incursionan en ese mundo.

—Claro, —musitó el joven, sin mucha convicción—. Y ¿qué piensas que va a suceder, papá?

—Voy a ponerme en el pellejo de los chilenos. ¿Tú crees que se quedarán tranquilos en Lima sabiendo que aquí en el norte hay un gobierno y que Cáceres en el sur se ha adherido a ese gobierno?

—Pero precisamente estamos diciendo que no hay un gobierno.

—Eso lo sabemos nosotros, mas no se presentará así a los chilenos en Lima. Saben que el contralmirante ha jurado como presidente. Saben que don José Mercedes Puga ha estado de lo más activo creando una fuerza armada, y saben que Iglesias está aquí. Entonces van a presumir que se está creando un gobierno unido y fuerte.

—Y la realidad es todo lo contrario.

—Así es, hijo.

—Esto es peligroso. Porque los chilenos podrían decidirse mandar un ejército contra nosotros.

—A eso voy. Mira, apenas terminamos los festejos de la Navidad, quisiera que fuese a *Santa Ana* para arreglar con Felipe una estadía prolongada de tu madre y de tus hermanas. ¡Ojalá no sea necesario que vayan por allí!, pero prefiero estar prevenido.

La conversación fue interrumpida por la llegada de un vecino, don Tomás Romero y Flores. Hombre de baja estatura, pero atlético y dinámico. No perdió tiempo en saludos y cortesías, sino de frente se fue al grano.

—Lizandro he venido a ver cuál es tu opinión respecto a Iglesias.

—¿Por qué? —Preguntó el anfitrión, indicando a don Tomás que tomara asiento.

—Tú sabes que él estaba con Piérola y a él se debió que el dictador destituyó como Vocal de la Corte Suprema al Dr. José Mercedes Puga.

—Que Iglesias estaba siempre al lado de Piérola, por supuesto lo he sabido. —Pensó un momento. No quería dejarse enredar en los conflictos y rencillas entre vecinos. Entonces disimuló y dijo—: No faltaban rumores, pero tú sabes cómo es nuestro Cajamarca en cuanto

rumores. Aquí, lejos de ser la voz de Dios, la vox populi me parece más bien ser del diablo.

—Dejémonos de esos enredos, Lizandro. Yo pensé que me puedas apoyar en impedir que Iglesias domine a Montero y que salga con sus gustos y caprichos.

—¿De qué gustos y caprichos hablas?

—Mira, es lógico que Montero dé el mando político-militar en el norte a Puga, pero sospecho que Iglesias esté tramando algo por allí para evitar eso.

—A mí me ha dicho don Mariano Castro que el general quiere ponerse plenamente al servicio de Montero y de la Patria.

—Y ¿tú lo crees?

—¿Por qué no lo voy a creer, Tomás?

—Mira lo que Iglesias ha estado haciendo últimamente.

—No tengo idea qué ha estado haciendo.

—¡Nada! A eso voy. Puga ha trabajado como él solo, pero Iglesias se retiró a su hacienda, y no ha hecho absolutamente nada.

—De repente ha habido motivos.

—¡Motivos! Oye, Lizandro, comienzo a creer que estás de lado de Iglesias. Sé que eres muy amigo de Mariano Castro.

—Sí, lo soy, —contestó don Lizandro con paciencia.

—Y ese tipo domina a su cuñado, —manifestó Romero golpeando una mano contra la otra.

—No sé qué quieres decir con eso. Mariano es una excelente persona que siempre ha servido a Cajamarca.

—Tiene ideas derrotistas. Quiere hacer las paces con los chilenos a todo trance y a cualquier costo, cuando lo que tenemos que hacer es hacerles frente.

—Bueno, yo tengo entendido que el General Iglesias ha venido precisamente para hacerles frente.

Don Tomás hizo un resoplido como de incredulidad y luego dirigió la mirada a Andrés que había estado sentado en silencio durante la discusión.

—Y tú jovencito, ¿qué haces?

Andrés se ruborizó y contestó con voz baja:

—Estoy estudiando aquí hasta que pueda volver a la universidad y he estado pensando que quizá me ofrezca...

Don Tomás no le dejó terminar y explotó:

—¡Estudiando! Muchacho este no es tiempo para estudiar. ¿Por qué no te has enrolado en una de las fuerzas?

—Mi hijo estuvo en la batalla de *Miraflores*, —interpuso don Lizandro.

—Eso fue hace casi un año. Yo voy a armar una fuerza. ¿Me acompañaras?

Andrés sintió la mirada de los dos hombres como lanzas penetrando hasta el más íntimo de su ser, y después de lo que parecía ser horas contestó:

—Lo pensaré, don Tomás.

—¡Bah! No hay mucho que pensar. Esta ya no es hora de pensar sino de actuar.

—Sí, señor.

—Sabes dónde vivo y te espero. Me hace falta la gente con experiencia. Tú ya has recibido tu bautismo de fuego y caerás como anillo al dedo. ¿Está bien?

—Sí señor.

—Bueno ya me voy, —dijo Romero, parándose.

—¿No aceptarás una bebida o algo, Tomás? —Preguntó don Lizandro

—No, gracias Lizandro. Estoy apurado y tengo mucho que hacer. Sea como sea voy a armar una compañía de tropas, y recuerda, quiero que influyas para que Montero nombre al Dr. Puga como jefe militar y político de esta zona. —Y sin más se despidió y se fue.

—¿Y qué vas a hacer, Andrés? —Preguntó don Lizandro cuando regresó de acompañar a su visitante a la puerta—. Estabas pensando en ofrecerte a Montero.

—No he decidido nada todavía porque no he visto al presidente muy activo. Ahora mi primera reacción a la oferta de don Tomás es que la última cosa que quisiera hacer es acompañar a un loco como él en Dios-sabe-qué chifladura. Si tengo que meterme de militar otra vez creo que lo haré con el General Iglesias.

—Eso me parece más acertado. Si bien es cierto que no confió mucho en Iglesias, como tú, tengo aún menos confianza en el amigo Tomás, y aún mucho menos en el Dr. Puga.

—Aunque me dicen que él ha actuado muy bien en Chachapoyas.

—De repente, pero es demasiado vehemente para mi gusto.

\*\*\*\*\*

Las fiestas navideñas pasaron y se celebró la boda entre Castinaldo y Segunda en la Iglesia de San Pedro. Esa noche los dos compartían la cama que durante tanto tiempo Castinaldo había buscado. El año 1881 estaba terminando muy bien, pensó él, y esperaba ver a su primer hijo en 1882.

—Nuestro cholo nacerá en setiembre, —sopló en el oído de la Segunda.

\*\*\*\*\*

Los ciudadanos principales de Cajamarca también querían despedir bien el año 1881 y para eso se organizó un gran baile en la casa de don Juan Castro, primo de Doña Mercedes. Don Juan poseía una mansión elegante en la esquina de las calles Apurímac y Junín, y su mujer tenía un gusto refinado en cuanto a muebles y el adorno de una casa. Había logrado darle un aire de estilo gótico a su patio, de acuerdo con la moda arquitectónica de Europa y de los Estados Unidos. Ella había pasado una temporada de su vida en Chorrillos justamente cuando su hermana estaba decorando una hermosa mansión en el balneario. Allí había visto



no solo los diseños según los cuales el arquitecto creó en madera y estuco una especie de *Neuschwanstein*, aquel castillo en Baviera construida por Luis II bajo la inspiración de la óperas de Wagner, sino también los espejos, los cuadros y los muebles traídos desde París. Mientras no cabía realizar semejante construcción en el corazón de Cajamarca, por lo menos había logrado remodelar el interior de su casa y amueblarla de acuerdo con este gusto moderno.

—Hermosa tu casa, querida, —susurró doña Octavia Santolalla, verde de envidia.

—Gracias, Octavita.

—De veras, un paraíso, —observó Mercedes Espinach, comparando la elegancia de la madera calada con su casa más sobria y sólida.

Este ambiente Wagneriano era el trasfondo romántico para el inicio del año 1882.

Tras de un biombo y unas plantas frondosas, Andrés soplabá su amor en el oído de Eugenia.

—Vamos, Eugenia, vamos esta noche.

—Por favor, Andrés, dame un poco más de tiempo. Me da miedo lanzarme a una aventura tan arriesgada.

—Quiero tomarte en mis brazos, quiero que seas completamente mío. Te ruego, Eugenia, no demores mucho más porque me estás volviendo loco.

—Te lo prometo, Andrés, sólo un poco más.

—Brindamos por nosotros, entonces.

Cogieron los dos vasos de champán que estaban sobre una mesita, entrelazaron sus brazos y tomaron.

—¡A nosotros!

Salieron de su escondite y, después de participar en un par de bailes de figura y un vals que hubiera agraciado el Hofburg de Viena, se pararon a un costado mirando a los asistentes.

—La gente siempre piensa que está de lo más elegante, pero algunas de las chicas y las damas se han puesto unos vestidos realmente ridículos, —observó Eugenia. —Mira a esa chica que parece un pavo real. Está bien para un baile de disfraces, pero no para este baile de categoría.

—Yo pienso que uno de los problemas es que nadie tiene un espejo en su casa porque si se miraran se darían cuenta cuán estrafalarias son, —contestó Andrés.

Repentinamente Eugenia estallo en carcajadas y tuvo que agitar su abanico para disimular.

—¡Andrés, mira! ¡Doña Gregoria Zúñiga ya se pasó!

—Parece una unsha, —respondió Andrés—. Tiene tanta joya que no hay sitio dónde colgar más.

Entre los asistentes estaban el Presidente Montero, don Mariano Castro, el Coronel Lorenzo Iglesias, que era hermano del general, el Dr. Puga y el señor Tomás Romero y Flores. Todo el mundo sabía cuáles eran las rivalidades entre estos personajes y observaban con interés como se comportaran. De hecho se portaron de lo más bien. Se saludaron cortésmente el uno al otro, eran abstemios en el consumo del alcohol, cosa que evitó una subida de ánimos con posibles consecuencias trágicas. Y varias damas ayudaron a la esposa de don Juan Castro a mantener a los caballeros ocupados en el baile.

Doña Mercedes Espinach observó a Carolina Puga:

—¡Qué bien se ha organizado esta fiesta! Mi primo Juan Castro y su mujer han hecho el milagro de lograr que las fieras de la selva se portaran como unos mansos corderos.

—Sí, y espero que éste sea un presagio para el año. ¡Ojala que este año 1882, que ahora comienza, los hombres del país se unan para conseguir nuestra libertad de los chilenos!

La orquesta tocaba alegremente. Los hermosos vestidos de seda y encaje de las damas brillaban y centelleaban bajo la luz de los candelabros y las arañas de cristal. Mientras la mayoría de los hombres estaban vestidos de civil, no faltaban los que ostentaban uniforme militar y así robaron los corazones de las damas. Hacía calor, a pesar de la noche con el cielo limpio que anunciaba que en la madrugada caería la helada; calor a pesar de los vinos y el champán espumante, y aún los refrescantes helados de surtidos sabores. Había una abundancia de todo y el Contralmirante Montero bromeó:

—De veras esto podría ser el Palacio de Gobierno en Lima en sus mejores momentos.

No fue el comentario más acertado porque hizo a todo el mundo recordar a quienes ocupaban el palacio. Sin embargo, la fiesta seguía a todo dar y una de las estrellas más fulgurantes entre los asistentes fue Adelaida Miranda, rodeada por su acostumbrada cortejo de jóvenes. El grupo prestaba un tono de sana y despreocupada alegría a la fiesta, produciendo a su vez un hondo contento en los corazones de las mamás.

—Mira cómo están gozando tu Adelaida y mi Amalia con ese cortejo de jóvenes —comentó doña Carolina Puga a Mercedes Espinach—. ¡Qué gusto me da verlas tan alegres!

—Sí, los chicos son bien simpáticos. Yo los veo tan sanos y buenos. Me imagino que un día uno de ellos será mi yerno, pero no tengo idea cuál Adelaida escogerá, —contestó doña Mercedes.

—Tienes razón. No faltan los que se quejan siempre de la juventud...que ya no son respetuosos, que son malcriados, que no estudian, y no sé cuánta cosa más, pero los veo bien a los chicos, y a nuestras hijas también.

Las damas estaban sentadas en el corredor que circundaba el patio que se había adaptado como un gran salón de baile. La alegría y la elegancia de la escena eran absorbentes. Los danzantes ahora estaban

ejecutando otro vals al estilo vienés, cada pareja dando giradas hermosas. La sencillez del baile y la cercanía que guardaba cada pareja les permitía que conversen:

—Enrique, ya que eres todo un hombre, ¿qué vas a hacer cuando termines en *San Ramón*? —Preguntó Adelaida a Enrique Villanueva.

—Todavía no sé, —replicó con una sonrisa—. Creo que primero tendré que meterme de soldado contra los chilenos.

—La maldita guerra otra vez, —suspiró Adelaida—. ¿Cuándo terminará?

—Cuando hayamos vencido a los *rotos*.

—Pero, Enrique, todos sabemos que no podemos hacerlo. ¿Por qué seguir con una lucha inútil cuando podríamos hacer las paces?

—Ninguna lucha es inútil, Adelaida. Créeme, yo prefería morir luchando que someterme como un cordero manso ante el invasor.

—Por favor, Enrique, no hables así. Eres joven como yo, y tenemos la vida por delante.

—¡Ojalá, Adelaida, ojalá!

Amalia Puga estaba bailando con Gregorio Pita, pero no conversaban. Los dos tenían una expresión de casi total absorción en sus propios pensamientos. Para Amalia la escena brillante y centelleante provocaba sentimientos poéticos, mientras para Gregorio había algo más profundo todavía. Él sentía en el colorido del vibrante espectáculo como si la vida ancestral del valle de Cajamarca había brotado durante un instante en una flor de extraordinaria lozanía.

Para ayudar a atender a tanta gente, doña Mercedes había prestado los servicios de Castinaldo y Segunda a los Castro, y los dos se encontraban sumamente atareados.

—¡Pucha! ¡Platos por aquí! ¡Copas por allá! Esto es un completo loquerío, —se quejó Castinaldo.

—¿Qué pa' hacer pue? —Contestó Segunda, sus brazos hundidos hasta los codos en un lavatorio donde estaba limpiando los platos que llegaban desde el comedor—. Mira, qué bonitos son estos platos, —añadió, alzando uno a la vista—. Son mejores que los que tienen los patroncitos.

—A mí me da ganas de tirarlos para ver hasta dónde podrían volar, —dijo Castinaldo, haciendo como lanzar uno.

—¡Oye, no seas tan bruto, Castinaldo!

Por toda respuesta su marido de pocos días se rió y le dio un buen beso. Luego salió para seguir atendiendo a la gente.

Fueron más de las tres de la mañana cuando don Lizandro escoltó a su familia a casa. Sentía que quizá sus temores de noviembre con respecto a la persona del Presidente Montero, y la capacidad de su gobierno, no tenían tanta razón de ser.

\*\*\*\*\*

A los pocos días la ilusión y el espejismo de la fiesta quedaron hechos añicos.

—¡No puede ser, carajo! —Gritó Tomás Romero y Flores al Dr. Puga—. ¡Cómo se le ha ocurrido a ese idiota Montero nombrar a Iglesias como jefe militar y político en el norte en vez de ti!

—Iglesias siempre me ha odiado y ha maquinado esto, —replicó Puga.

—Espero que no aceptes esta situación, José Mercedes.

—¿Qué me aconsejas hacer, Tomás?

—Mira, tú tienes tropas leales a ti en Chota. Vamos allá y nos levantaremos contra estos imbéciles.

—Sí, así lo había pensado.

—No tenemos que perder ni un minuto. Una vez que Montero vaya a Huaraz, Iglesias estará aquí como el gran jefe y hará lo que en gana se le dé.

—¿Tú me acompañarás, Tomás?

—Por supuesto. ¿Piensas que puedo quedarme aquí tranquilo mientras Iglesias tiene el mando? No hombre, yo también tengo algunas gentes de mi parte y las traeré para luchar a tu lado.

—Muy bien. Entonces nos iremos en la madrugada, antes de que Iglesias pueda actuar.

—Trato hecho—. Se dieron la mano y tomaron una copa brindando por su revolución.

—Por ti, José Mercedes. ¡Salud!

—Por ti, Tomás.

—¡Qué se confunda Iglesias y muerte a los chilenos, carajo!

Dicho esto último los dos tiraron sus copas al suelo donde se hicieron mil pedazos.

\*\*\*\*\*

Los próximos días vieron los molinos de rumor en plena actividad, dando mil razones por qué el contralmirante había nombrado al General Iglesias como jefe político y militar en el norte y cien razones contradictorias por qué no se había nombrado al Dr. Puga; aunque al fondo la razón que más prevalecía era la que se refería a la antigua enemistad entre los dos hombres.

El Presidente Montero mismo se retiró de Cajamarca y se dirigió hacia Huaraz, más al centro del país y, por tanto, un lugar más estratégico como sede del gobierno. Repentinamente la ciudad se quedó semivacía y el que dominaba la escena local era el General Miguel Iglesias. Luego llegó la noticia el día 19 de febrero que el día anterior el pueblo de Chota se había levantado, desconociendo la autoridad de Iglesias, lanzando esta proclamación:

*“Primero. Que la desgraciada situación en que hoy se halla la República es la obra exclusiva de los caudillos que asaltando el poder, so pretexto de salvarla, han cometido toda clase de exacciones para conciliar sus propios engrandecimientos de partidario.”*

*Segundo. Que entre todos los que figuran con el pretexto ostensible de salvar la Patria con la fascinadora voz de guerra a muerte al enemigo común o la adquisición a una paz honrosa, el Contralmirante don Lizardo Montero es el que más se ha distinguido en el terreno de las violencias y de la inacción para continuar la guerra.*

*Tercero. Que el referido contralmirante ha traicionado la confianza nacional que el Congreso depositara en él tanto por los motivos expuestos, cuanto por muy significativos hechos, de haber rodeado y llamado a formar parte de su gobierno al círculo de personas que en la aciaga fecha de Diciembre del '79 asaltaron a la Republica en el abismo en que se encuentra.*

*Cuarto. Que en las actuales circunstancias es obligatorio a los pueblos proveer y contribuir por sí a su defensa propia, mientras se restablezca o constituya el gobierno que atienda a sus verdaderos intereses. Por tales razones y en uso de la soberanía que le es propio: Que siendo indispensable consultar la unidad y orden de todos los actos del pueblo, elegimos al señor Coronel Doctor José Mercedes Puga, como Director Constitucional Jefe Político y Militar del Norte, para que encarrile y organice los procedimientos del pueblo con arreglo a la carta fundamental.”*

—Gracias a Dios no fuiste con Tomás Romero, hijo, —observó don Lizandro durante el almuerzo ese día. El General Iglesias no va quedarse quieto ante este reto, estoy seguro.

Y como para dar razón a sus palabras a poco rato llegó Don Mariano Castro a la casa.

—¡Lo que ha hecho Puga no tiene nombre! El hombre es un traidor y le importa un bledo la Patria. Lo único que busca es su propia vanagloria.

—¿Iglesias lo va a dejar en Chota o irá contra él?

—Tiene que ir mi querido Lizandro. Y por esto he venido. He hablado con mi cuñado sobre tu hijo Andrés, y él quiere ofrecerle una comisión en la columna de caballería.

Una vez más Andrés sintió las miradas sobre su persona y ya sabía que no había manera de evitar con honra el servicio militar. Inclino la cabeza y dijo calladamente:

—Me pondré a las órdenes del General Iglesias mañana.

—¡Muy bien, muchacho! —Dijo don Mariano con entusiasmo. Con un buen grupo de jóvenes como tú arreglaremos las cuentas con el sinvergüenza de Puga.

—¿Y luego nos pondremos en acción contra los chilenos? —Preguntó el joven.

—Con toda franqueza, lo dudo. Si Dios quiere, pronto tendremos un tratado de paz con Chile. Justamente el contralmirante espera abrir

negociaciones con el representante del presidente de los Estados Unidos.

—Eso no me suena tan bien, —intervino don Lizandro.

—¿Por qué?

—La política es de los Estados Unidos ha cambiado hacia nosotros desde el asesinato de su presidente Garfield. Me parece que él tenía buenas intenciones para con nosotros. Pero con el nuevo presidente la figura ha cambiado y él quiere presionarnos para que aceptemos la paz de acuerdo con las condiciones impuestas por los chilenos.

—Yo pensaba que querías la búsqueda de la paz.

—Por supuesto. Pero si no es una paz concertada, sino una paz impuesta, va a crear muchos más problemas de difícil solución.

—Ojalá te equivoques, Lizandro, y que pronto tengamos una paz duradera la cual nos permita volver a nuestro diario quehacer con tranquilidad.

—Mientras tanto, mi hijo va a luchar contra sus propis paisanos, —observó Lizandro amargamente.

—Eso es por culpa de Puga.

La conversación siguió un rato más y luego don Mariano Castro salió, dejando a padre e hijo a solas.

—Ya te has comprometido, hijo.

—Así, es.

—Justo cuando estabas felicitándote de no seguir a Puga y Romero.

—Papá, te dije el otro día que posiblemente me ofrecería a servir con Iglesias. Además ¿quisieras que don Mariano vaya pregonando que soy un cobarde?

—Por supuesto que no. Tampoco me agrada la idea que te metas en una lucha fratricida.

\*\*\*\*\*

Como suele suceder con frecuencia en la guerra, no sucedió casi nada. Andrés recibió una comisión como teniente y tuvo que preocuparse de buscar su propio uniforme, montura y armas, cosa que logró dentro de unos días. Hubo muy poco en cuanto a maniobras o preparativos para una campaña militar, y Andrés seguía cortejando a Eugenia, ahora con la ventaja de llevar uniforme que impresionó no sólo a la chica, sino también a su madre.

—Andrés, eres todo un soldado de lo más elegante, —le dijo doña Octavia Santolalla.

—Gracias, señora. Espero cumplir con mi deber.

—Date una vuelta. Andrés, para que te pueda admirar mejor, —le pidió a Eugenia.

Obedientemente cumplió, y lentamente giró delante de las dos damas en la sala de la casa Zaldívar.

—Andrés, vamos a pedir al maestro Fernando Soto que venga mañana a tomar apuntes para un retrato. Eres espléndido.

—Vaya, Eugenia, te he estado visitando casi todo un año y recién quieres que me pinten un retrato cuando llevo el uniforme militar. ¿Estas enamorada de mí o de mi uniforme?

—De los dos, —se rió Eugenia—. Ahora no te pongas malcriado. Tú viniste acá todo orgulloso como un pavo real, y no me digas que no. Vamos a tomar el chocolate.

Andrés se dejó llevar al sofá y doña Octavia se retiró discretamente.

\*\*\*\*\*

Mientras Andrés seguía en amores con Eugenia, luciendo el uniforme de *La Columna de Honor*, el primero de abril el General Iglesias mostró sus pensamientos y publicó una declaración a favor de la paz.

*Miguel Iglesias a sus ciudadanos:*

*Por mucho que contraríe mis naturales inclinaciones ocupándome de mi persona, consagrado como estoy al servicio de la Patria, creo que tengo la perfecta obligación de explicar a los pueblos móviles que determinan mis actos, a fin de que conociendo con claridad y precisión, se juzguen y se estimen si los merecen mis verdaderos propósitos.*

*Vencido en la jornada de Chorrillos, después de que las tropas que me obedecían dejaron bien en alto el honor nacional, vimos reducida a la condición de prisionero de guerra, hasta tanto que el jefe de las fuerzas invasoras tuvo a bien no poder obstáculos a mi regreso a esta ciudad.*

*Ningún compromiso verbal ni escrito contraí con las autoridades chilenas para volver a mi hogar. Mi prisión fue rota por el hecho del consentimiento.*

*La conducta generosa que se usó conmigo y que no puedo desconocer, me colocaba en situación bien excepcional; pero como no había dejado de ser peruano, sentía los rudos golpes que el infortunio se ha complacido descargar sobre mi desventurada Patria.*

*Llegó un momento en que, aniquilados nuestros elementos de combate, vacilante la fe de los hombres verdaderamente patriotas y alterando el orden interior del país por incalificables rivalidades, le amenazaban un provenir de desorganización y ruina.*

*Se trataba de una cuestión meramente interna. Se trataba de impedir que el Perú se presentase al mundo como una horda de insensatos devorándose entre sí, cuando precisamente reclamaban el común peligro que nuestra sociedad afianzarse sus vínculos de cohesión para salvar en un esfuerzo común, a la sombra de orden, de la justicia y de la ley.*

*A situaciones semejantes yo no podía, como ningún buen peruano, permanecer indiferente.*

*Conciliándose mi fe de caballero y mi honor de soldado con mis deberes de ciudadano, y cuando la Patria pedía a gritos un impulso de abnegación a todos sus hijos leales, acepté un puesto público bajo las banderas de la ley, resuelto a secundar el pensamiento grandioso, reaccionario, que agita a la nación entera y que se precisa desarrollar por sus órganos más acreditados.*

*La unificación de la república era una necesidad inaplazable, perentoria, se creyó que mi concurso, en condición determinada, podía contribuir a robustecerla, y mi patriotismo se dictó apoyar al gobierno que acaba de inaugurarse con el beneplácito unánime de la nación.*

*Así no solo me siento tranquilo, sino también aplaudido por mi conciencia, que me señala la causa de todos los desastres en la criminal desunión que nos enerva, en el egoísmo de los titulados partidos políticos, y la única esperanza de mejores días para la patria es la concordancia de la familia peruana, en la identidad de miras e intereses, en el orden, en la libertad, en la paz.*

*Fomentado indefinidamente la idea de una guerra insensata, después San Juan, de Miraflores, y de las crueles revueltas de Lima y Arequipa, las fuerzas nacionales se debilitaban cada día, alejándose cada vez más el ambicionado periodo de la convalecencia.*

*La urgencia de ajustar la paz con Chile del mejor modo posible, y de que la república se levante unida y vigorosa para sacudirse de los pasados extravíos y entrar de lleno en la senda regeneradora, se me presenta fuera de toda duda.*

*A ambos fines quiero construir con todas mis fuerzas.*

*Soldados de la nación, no comprendo las luchas intestinas cuando no las guía una idea elevada, una necesidad absoluta de recobrar derechos que no arrebatan, de salvar el honor nacional comprometido, de sostener las libertades públicas holladas.*

*Pero mi espada no ha lucido jamás en los campos estériles de anarquía, para ensangrentar el suelo patrio en servicio de pasiones personales.*

*Si algo ambiciono por mi parte, es la gloria del buen ciudadano, la satisfacción de haber cooperado, por los medios dignos de mi alcance, a la reconstrucción del gastado edificio nacional, el respeto y la estimación de mis compatriotas y un nombre sin mancha que legar en mis hijos al provenir.*

*Afortunadamente, para realizar estas nobles aspiraciones, me siento rodeada de hombres que piensan y quieren como yo; que ajenos a toda pretensión mezquina, consagrados están por entero a la obra santa de la rehabilitación del país, y mi fe renace, mis esperanzas se ponderan, porque veo iniciada, creciente, próxima a realizarse la revolución pacífica que debe salvarnos.*

*Conocedor de la suspicacia exagerada de los diversos bandos que aún se agita en la república, he creído indispensable dar este público testimonio de mis ideas y sentimientos.*

*Desnudo estoy de ambiciones bastardas.*

*La ventura de los pueblos será siempre mi suprema complacencia.*

*Las pompas de los caudillos no se me seducen.*

*Otros laureles más hermosos y duraderos aspiro para mi frente aun serena. Voluntad inquebrantable, guiada por un corazón ferviente de patriotismo, tengo a Dios gracias para alcanzarlos”.*



*Miguel Iglesias.*

*Cajamarca, Abril 1ro. de 1882.*

La opinión en Cajamarca se dividió ante esta declaración. La gente que había firmado el acta del 24 de marzo el año anterior mayormente seguía opuesta a celebrar una paz impuesta por Chile. Los que anhelaban la paz a cualquier costo estaban de acuerdo con Iglesias.

—Creo que ha hablado con coraje, honor y sensatez, —observó don Mariano Castro—. Es cien veces más cuerdo que ese loco Puga. ¿Qué me dices Lizandro?

—Me encuentro perplejo con toda franqueza y no sé qué pensar.

—Lizandro, mi amigo, no puedes pasar la vida sin comprometerte nunca. Tienes que decidirte por un lado u otro. El hombre virtuoso es un hombre decidido.

—Aristóteles decía que la virtud consistía en encontrar la justa medida. Eso es lo que busco yo.

Pocos días más tarde, Andrés se despidió de su familia y de Eugenia, y salió en compañía del General Iglesias y sus fuerzas rumbo a Chota para sofocar la rebelión de Puga.

## IV

La llegada de las fuerzas de Iglesias contra los insurrectos en Chota no tuvo en mucho el cariz de una acción bélica y la verdad de las cosas fue que conforme avanzaba el general, los pueblos en el camino se adhirieron a su causa y abandonaron la de Puga. El doctor optó por retirarse a su hacienda *La Pauca*. Por supuesto en Cajamarca, y en el resto del país, cada uno tenía que interpretar estos acontecimientos tal como podía, para algunos lo que había hecho Puga era una traición y, por lo tanto, la adhesión de los pueblos a Iglesias era un hondo patriotismo. Para otros, Puga fue el gran patriota y héroe de la causa y, cuando los pueblos lo abandonaron, fueron ellos los traidores.

En la casa de los Miranda, don Lizandro prescindió de estos juicios y estaba sumamente contento de saber que su hijo no había tenido que realizar ninguna acción bélica contra sus paisanos.

Mientras tanto, la posibilidad de una paz negociada con Chile iba retrocediendo y las noticias llegaban a Cajamarca en el sentido de que el enemigo había emprendido la marcha contra el norte ahora que este estaba unido otra vez.

El General Iglesias permaneció en Chota, mientras en la zona de San Miguel se presentaron los chilenos y pusieron cupos de guerra sobre las haciendas, incluyendo a la de *Udima* que pertenecía al mismo Iglesias.

—Las cosas se están poniendo más serias, mi amor, —observó don Lizandro a su mujer—. Yo había pensado mandarte a ti y a las chicas a *Santa Ana* si se presentaran los chilenos por acá, mas ahora tengo mis dudas.

—Yo no tengo ninguna duda, Lizandro. Me quedaré contigo y las chicas se quedarán conmigo.

—Pero, mi amor, estamos hablando de la posibilidad de una invasión de Cajamarca por tropas enemigas. No es broma.

—Ya lo sé. Sin embargo, ningún chileno me va a obligar de huir de mi casa.

Don Lizandro la jaló hacia sí y dijo sobriamente:

—Mi amor, sabes lo que hicieron en Chorrillos. Andrés ya nos lo ha contado.

—Si, lo sé. Pero yo no me muevo de aquí. Entonces cambiemos de tema, por favor.

—¡Pero las niñas! —Insistió su marido.

—Daré un balazo a cualquier soldado que trate de poner, aunque sea un dedo sobre ellas, —contestó doña Mercedes con una fuerza que sorprendió a su esposo.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Lizandro. Mi padre me enseñó a manejar un arma cuando era niña. Los campos no eran tan tranquilos que digamos en aquel entonces y él nos enseñó a mí y a mis hermanas como defendernos.

—Nunca me habías dicho eso antes.

—Nunca me preguntaste, pues, —contestó ella con una sonrisa ligera y pellizcando la mejilla de su marido.

—Uno aprende algo nuevo cada día, —suspiró don Lizandro. Luego añadió en tono de broma—: ¿Y cuántas personas has matado, por si acaso?

—Todavía ninguna, —replicó su mujer—. Pero ya sabes, si cualquier chileno viene acá con intenciones deshonestas, recibirá su balazo.

—Ya lo sé.

Don Lizandro lanzó una mirada alrededor del comedor y, luego, por la ventana al patio. Era junio y el patio estaba bañado por un sol esplendoroso, la luz llenaba el corredor y filtraba en la habitación que tenía un aspecto de absoluta permanencia con los muebles, sólidos más que refinados, incluyendo varias sillas de cuero repujado del tiempo de la colonia y con los retratos ancestrales que miraban desde las paredes con aires patricios. Era sencillamente imposible imaginar un cambio o un estorbo en este estado de cosas. Sobre la mesa había comida en abundancia, como siempre lo había habido, y estar hablando de tropas enemigas en esta casa parecía tan extraordinario como hablar de una visita del Emperador de China o del Zar de Rusia.

Sin embargo, noticias desconcertantes seguían llegando. Más tarde ese día don Mariano Castro les vino a decir:

—¡Aunque ustedes no lo crean, he tenido que pagar un cupo de guerra a los chilenos por mis haciendas: seis reses y ciento cincuenta soles! Todavía pienso que estoy soñando una pesadilla y que pronto me despertaré.

—Mariano, si todo va bien, los chilenos no vendrán acá. No hay ningún blanco militar aquí, ni siquiera hay un soldado en Cajamarca. Todos están con tu cuñado en Chota. Espero que él pueda hacerles frente y derrotarlos.

—Yo no tengo mucha fe en eso. Si derrotamos a este grupo vendrán más. Los chilenos siempre tienen tropas que mandar.

Al día siguiente, el 28 de junio, ya no era don Mariano quien traía las malas noticias, sino la cocinera Rosalía que llegó casi histérica a la casa.

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Qué pasa Rosalía? —Preguntó doña Mercedes, asustada al ver la cara de terror que tenía la cocinera.

—¡Chilenos! ¡Chilenos, aquí en Cajamarca!

—¡Qué!

—Los he visto con mis propios ojos, ña Mercedes.

—Seguramente son soldados nuestros.

—No, señora, de juro. Unos tremendos hombrazos con uniformes azules. Dispararon y gritaron como fieras. ¡Ay, señora! ¡Qué va a ser de nosotras!

Doña Mercedes dejó a la cocinera llorando y corrió a buscar a su marido. Irrumpió en la biblioteca, llamando con urgencia:

—¡Lizandro! ¡Lizandro!

—¿Qué hay, mi amor?

—Lizandro, Rosalía ha venido diciendo que ella ha visto a los soldados chilenos aquí en Cajamarca.

—¿Estás segura?

—Yo no sé si realmente son soldados chilenos; podrían ser los nuestros, pero Rosalía insiste que son chilenos. ¿Qué debemos hacer?

—Llámalo a Castinaldo, y que me acompañe a averiguar.

—Ten cuidado, Lizandro.

—No te preocupes. Por supuesto, andaré con cuidado. Iré a buscar a Mariano Castro. Él sabrá lo que está sucediendo.

No fue necesario salir, pues justo en la puerta se encontraron con el mismo Mariano que subía para avisarles que un pelotón de chilenos había ingresado en la ciudad y que había una revuelta por el barrio San José.

—Lizandro, me hierve la sangre al saber que los chilenos han entrado acá. Pero no son muchos y nuestros muchachos los han obligado a replegarse.

—¿Qué muchachos? No hay ningún soldado peruano por acá.

—Bien lo sé. Un grupo de gente de allí de San José. ¡Hasta mujeres se han metido en pelea!

—Te lo creo, —contestó Lizandro secamente—. Después de lo que mi mujer ha amenazado si un soldado se asoma por acá.

En eso escucharon disparos y gritos. Los dos hombres se acercaron rápidamente a la ventana que daba a la calle y vieron a un grupo de soldados. Lanzaban insultos y groserías y disparaban a las ventanas de las casas. Una bala destrozó la luna de la ventana donde Lizandro y Mariano observaban la escena. Los dos hombres se cayeron al piso, pero no sufrieron más que un susto, y a Mariano los vidrios rotos le cortaron la mano.

Más tarde los dos estaban entre el grupo de ciudadanos llamados al Ayuntamiento por el Capitán Del Orto que encabezaba el pelotón chileno. La cólera saltaba de sus ojos y los envolvió a los presentes con un lenguaje que los dejó lelos.

—Y les advierto, carajo...

—Un ajo más, —observó don Lizandro en voz baja a su vecino— y tendremos toda una chacra.

—Si pasa algo con solo uno de mis hombres, ustedes pagarán caro carajo...

—Otrito.

—Cajamarca recordará siempre a los chilenos, porque los vamos a aplastar como los miserables gusanos de mierda que son.

Después de esta arenga grosera don Mariano comentó con calma a Lizandro:

—No es un caballero y punto. Y aunque él no lo sepa, ha provocado en mí lo que yo pensaba era imposible: el deseo de hacer la guerra. Te lo prometo yo voy a equipar una fuerza contra los chilenos y la llamaré *Los Vengadores de Cajamarca*. ¡Sí señor, yo que he abogado por la paz y el entendimiento con el enemigo, pelearé contra el!

Don Lizandro se asustó. Pero lo comprendía, porque algo de los mismos sentimientos picaba su sangre.

Después de una noche tensa, los chilenos se retiraron al día siguiente, pero Cajamarca no era lo que había sido hasta el día anterior. Aunque había hecho poco más que tirar piedras contra los invasores, ya todo el mundo tenía ganas de tomar las armas contra ellos y cualquiera idea de hacer la paz se había esfumado como el rocío de la mañana ante el sol abrasador del día.

\*\*\*\*\*

Junio dio paso a julio y un repique de las campanas de la Iglesia Matriz anunció la llegada del General Iglesias y sus hombres desde Chota. La voz de la campana *María Angola* sonaba honda y la plaza se llenó de gente para dar la bienvenida a las tropas peruanas. Todo era alboroto y alegría. Los niños corrían, los perros ladraban, las chicas tiraban flores. Cuando Eugenia vio a Andrés bien montado y hecho todo un oficial militar, corrió en un delirio de entusiasmo, tirándolo besos y flores. Andrés paró su caballo, se agachó y, antes de que Eugenia advirtiera lo que sucedía, la alzó a la silla y le dio un beso delante de todo el mundo. La sangre pulsaba en sus venas. Había sido una declaración pública: *¡Ella es mía!*

Una hora más tarde la escena en la sala de la casa Zaldívar era una comedia con doña Octavia haciéndose la desmayada, con varias amigas agitando abanicos, y limpiándose la cara con agua florida y de colonia.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Alzó a mi hija como si fuera una chola del campo y, por poco, no la pasea al hombro por la Plaza de Armas. ¡Ay, Virgen Santísima! ¿Qué voy a hacer?

—Ya, calma, calma, Octavia.

—¡Qué calma, ni calma! Ese sinvergüenza me ha hecho el hazmerreír de Cajamarca. Sabía en mis huesos que él no vale. Es un librepensador como su padre. ¡Ay, Dios mío!

La escena de la casa de los Miranda era algo parecía, con sus padres lanzándole reproches a Andrés por semejante conducta. Pero

más tarde él compartió unos tragos de aguardiente con Castinaldo quien lo felicitó:

—¡Así se hace, patroncito! Robadita, como le dije. Y ahora, ¿Qué va a pasar?

—Ya no hay nada que hacer sino pedir la mano de la chica a su madre. Esta misma noche iré con mis padres para hacerlo.

Inicialmente hubo un ambiente tan glacial que Andrés temía que doña Octavia pensara seriamente a mandar a su hija a las monjas, o algo por el estilo. Luego se dio cuenta que solo era teatro. Secretamente, Octavia admiraba a su futuro yerno, pero quería sacar partido del asunto. Comenzaron a circular unos platos de dulces y luego los licores. El hielo se derritió en lágrimas, después vinieron las risas y, finalmente, la pareja cantó para el deleite de los adultos.

—Y ¿cuándo podemos pensar en la boda? —Preguntó tentativamente doña Mercedes—. Quizás sería mejor esperar hasta que pase toda esta alarma con los chilenos.

—Papá, mamá, doña Octavia, —dijo Andrés con firmeza—. Queremos que sea inmediatamente. Si tengo que luchar por Cajamarca, quiero hacerlo no como un joven aventurero, sino como jefe de una familia.

—Pero Andresito —comenzó doña Octavia—, hay que pensar en las propiedades del caso y tendremos mucho que preparar. Solo el vestido de mi hija requiere seis meses mientras que lleguen las telas y los diseños desde París.

—Mamá, no quiero destrozar tus ilusiones, pero Andrés tiene razón. En pocos días él pueda encontrarse en la guerra. A mí no me importa el vestido, ni nada. Nos casaremos lo más antes posible.

Ya que se encontraba con la decisión tomada y sobre la cual se había angustiado durante meses, Eugenia tenía la misma prisa que Andrés. No les fue fácil. Cada persona que tenía algo que ver con el matrimonio, desde el abogado hasta el sacerdote, y desde la modista hasta la cocinera, ponía sus perros. Pese a todo, lograron vencer los obstáculos, y el 7 de junio se celebró la boda en la Iglesia Matriz de Santa Catalina. Luego pasaron al banquete en casa de los Zaldívar.

Aunque doña Octavia solo había tenido pocos días para organizar todo, el banquete fue tan brillante como en los mejores tiempos, por la riqueza de la comida y la bebida, y la elegancia de la concurrencia. Si en la recepción del Año Nuevo hubo algunos uniformes militares que se veían entre los fracs sobrios de los civiles ahora había muchos más y cada oficial se encontraba rodeado de un buen número de damas. El que llevaba la ventaja más grande en esto era un oficial que parecía ser un niño. Se trataba del Teniente Néstor Batanero Infantes que a los catorce años se había enrolado en las filas del *Batallón Cajamarca* y peleó en *El Morro Solar*. Allí era el abanderado de su batallón y cuando vio que la derrota se acercaba, se envolvió en el pabellón nacional y se echó a rodar desde la cima hasta la playa. Esta hazaña le hacía un gran héroe en los ojos de las damas cajamarquinas que circulaban a su alrededor como polillas entorno a una vela. Tenía una modestia que

aumentaba su encanto, y un humor en los ojos que iba como lanzado directamente a los corazones de sus admiradoras.

Entre otros que querían conversar con este joven teniente estaban los amigos sanramoninos Gregorio Pita, Enrique Villanueva y José Manuel Quiroz. Descuidaron sus acostumbradas atenciones a Adelaida Miranda para escucharlo. Pero solo con dificultad lograron que cuente como había sido la batalla en *El Morro Solar*, y los tres amigos se quedaron asombrados por la sencillez de Batanero.

—Si yo hubiera hecho lo que él hizo, lo gritaría, lo difundiría desde los techos, —dijo Pita enfáticamente.

—Pero como no lo has hecho, no tienes nada que gritar, ni difundir, —contestó Villanueva con sorna.

—Verdad que no lo he hecho, pero te lo juro que lo voy a hacer.

—¿Cómo? —preguntó Quiroz.

—Me voy a ofrecer para luchar contra los chilenos.

—Ya me he ido al cuartel —dijo Villanueva—, y me han dicho que no aceptan a colegiales mocosos.

—¡Qué cosa! Somos mayores que Batanero, —protestó Pita.

—Entonces, mañana nos iremos los tres, —dijo Quiroz con entusiasmo.

—De acuerdo.

Juntaron las manos y dijeron en voz baja cargada de emoción:

—¡Juramos!

En esto se presentó Adelaida a su lado.

—¡Qué barbaridad! Durante toda esta fiesta me he encontrado completamente abandonado por estos *caballeros*. Entonces, le voy a pedir a aquel joven teniente que me atienda.

—Momentito, Adelaida —dijo Pita—, no queríamos descuidarte, mas comprenderás que justamente ese teniente es un héroe para nosotros y queríamos conversar con él.

—Y yo, ¿qué soy?

—Eres... —comenzó Villanueva.

—¿Soy qué? —Insistió Adelaida.

—La ladrona de nuestros corazones, la reina de nuestras vidas, la estrella en nuestro firmamento... —con esto no pudo contener la risa y enseguida todo el grupo estaba con su acostumbrada alegría hasta que doña Mercedes se acercara y susurró a su hija:

—Adelaida, un poco de moderación, por favor. Tus carcajadas son más fuertes que la música de la orquesta.

Adelaida volteó y dijo apasionadamente:

—Mamá, quien sabe pueda ser la última vez que nos reímos juntos.

Horas más tarde Andrés alzó a Eugenia en los brazos y la llevó triunfalmente a la habitación que había sido preparada para los dos.

—No pensé que esto iba a ser posible, —se rió, ayudando a Eugenia a quitarse su vestido que, a pesar de no ser de la última moda de Paris, había impresionado a la concurrencia.

—Yo tampoco.

Unos minutos después Andrés apagó todas las luces menos una y se deslizó entre las sabanas de seda al lado de su esposa.

—Vamos a crear nuestro primer hijo, mi amor, —susurró suavemente.

\*\*\*\*\*

Los días de los arreglos para la boda también vieron una actividad frenética en cuanto a las preparativas bélicas de la ciudad. Nadie tenía ilusiones sobre la capacidad del enemigo, pero todo el mundo estaba resuelto a luchar contra él. Por las noticias que llegaban desde el centro del país se sabía en Cajamarca que un enfrentamiento con los chilenos estaba acercándose por la región de Huancayo, y esto les daba aún más ánimo a los cajamarquinos. Una de las personas más activas fue don Mariano Castro. Había prometido armar una columna y esto comenzó a hacerse realidad, y en la casa de los Miranda cayó la noticia como una bomba la mañana después de la boda, que don Lizandro mismo se había inscrito en *Los Vengadores de Cajamarca*.

—¡Mi papá! —Exclamó Andrés.

—Sí, hijo, —contestó su madre con serenidad.

—Pero... —las palabras no le salían.

—Hijo tu confrontaste tu miedo en *La Columna de Honor*, ahora no prives a tu padre el derecho también de luchar en defensa de su tierra natal.

—Comprende, mamá, mi padre es un hombre de libros, es un hombre de paz, la única arma que sabe usar es una escopeta para cazar venados en *Santa Ana*.

—Y ¿tú supiste más cuando te enrolaste en Lima?

—Es que yo soy joven. Tengo fuerza... —se calló ante la mirada de su madre, inclinó la cabeza y comenzó a retirarse.

—Tu padre está en la biblioteca, Andrés. Sería bueno que pases por allí para felicitarlo y desearte suerte.

—Sí, mamá, gracias.

Lo encontró a su padre con fusil en las manos mirándolo. Curioso; había cambiado de semblante. Andrés siempre lo había visto como un hombre mucho mayor que sus años, con la frente arrugada y canas en el cabello y las barbas. Pero ahora don Lizandro tenía un aspecto más joven que sus cuarenta y siete años, y una luz brillaba en sus ojos como nunca antes su hijo lo había visto.

Al sonido de las botas del joven sobre el piso de madera don Lizandro levantó la vista.

—¡Hijo!

—Papá, he venido a felicitarte y desearte suerte.

—Gracias.



Se abrazaron.

—Siéntate y tomaremos una copa. No sé cuándo lo podremos hacerlo otra vez.

—Después de la victoria, papá.

—¡Ojalá! ¡Ojalá! —Contestó don Lizandro en voz baja. Luego dijo—: es terrible tener que admitir que por primera vez en mi vida me siento realizado como hombre. Sé que estoy cometiendo una tontería en correr para ser un soldado a los años que tengo, y sé que estoy pecando contra mis convicciones sobre la guerra y la paz. Pero tengo que hacerlo, hijo. Tú me hablaste de honra la vez pasada que conversamos acá. Y ahora siento lo mismo. No podría seguir viviendo tranquilo en esta casa sin levantar un dedo para defenderla. Ya que he visto al enemigo en carne y hueso, y ya que le he escuchado proferir insultos y groserías contra todo lo que yo tengo por sagrado, no puedo quedarme con los brazos cruzados. Hijo, te quiero muchísimo y si caigo en la batalla cuida de tu madre y de tus hermanas, como también de la esposa que ahora tienes.

—No vas a caer, papá. No hay que pensar en eso. Cuando estuve en el reducto y vi a los chilenos masacrar a mis compañeros, supe en mis adentros que yo tenía que vivir. Que no iba a morir allí en manos de esos carniceros. Vas a vivir papá, y cuando seas abuelo y tengas a mis hijos en tus brazos, les contarás como tú y yo luchamos juntos en la defensa de Cajamarca.

—Conmigo también, —dijo una vos firme desde la puerta.

Los dos voltearon la cabeza. No habían escuchado a nadie, pero vieron que Juan estuvo parado allí.

—¿Qué dices, Juan? —Preguntó don Lizandro.

—Yo también voy a luchar.

—Momentito... —dijo su padre poniendo las manos a la cabeza—. Juan, eres un muchacho, no sabes lo que estás diciendo.

—Por supuesto que lo sé.

—Estás en el colegio, hombre, —intervino Andrés—. Papá y yo estamos hablando de la guerra, no de juegos deportivos.

—Muy bien lo sé, —contestó su hermano sin emoción—. Y en el colegio hemos jurado ir en defensa de nuestra Patria y nuestra bandera.

—¿Cómo es eso? —Preguntó su padre.

—Mira este mensaje, papá, —dijo Juan, alcanzándolo un trozo de papel arrugado, sobre el cual estaba escrita una proclama. *“Alumnos de San Ramón, la Patria esta invalida, la planta del chileno ha hollado el suelo de Cajamarca; ¡nuestra bandera está necesitada de defensores, corramos a la guerra!... a defender la tumba de nuestros padres, la Santidad de nuestros hogares, ¡la honra de nuestra Patria...!”*

—¿Quién escribe esto?

—No sé papá. Pero la leyó Gregorio Pita después de la clase. Subió al muro de la pileta del primer claustro y la leyó a nosotros. ¿Quién puede quedarse atrás después de escuchar eso? ¡Yo también me voy, papa! Cayó un silencio entre los tres y luego don Lizandro dijo en voz baja:

—Juan, si yo caigo en la batalla y tu hermano también, ¿quién va a cuidar a tu madre y a tus hermanas?

—Papá, eso no es justo, —lloró el muchacho—. Tengo el mismo derecho que ustedes a luchar en defensa de mi Patria y mi Bandera. No puedes prohibirme. No puedes usar argumentos así. ¡Dile, Andrés!  
—Añadió, volteándose hacia su hermano.

—¿Escucharás a tu madre, Juan, si no me escuchas a mí?  
—Preguntó don Lizandro.

El joven colapsó sobre un sofá llorando, ya no quería decir nada. Don Lizandro salió de la biblioteca y llamó a su esposa:

—¡Mercedes, por favor, ven! Juan ha venido a decirme que él también se enrolará. No puede ser, pero no quiero escucharme ven y háblale al joven.

Pálida y erguida, doña Mercedes siguió a su marido y entró en la biblioteca. Juan seguía llorando, echado sobre el sofá, y Andrés estaba parado a su lado, mudo. No sabía qué hacer.

—Juan —dijo don Lizandro suavemente—, aquí está tu mamá.  
El joven levantó la cabeza, y con la cara manchada de lágrimas la miró. Doña Mercedes se acercó, extendió la mano y jaló a su hijo a su pecho. Con la otra mano desordenó los cabellos del muchacho y el luego preguntó:

—Juan, ¿juraste defender a la Patria y a la Bandera allá en *San Ramón*?

—Si, mamá, lo juré.

—Entonces que no sea yo quien te haga quebrar tu palabra. Anda con mi bendición a cumplir lo que juraste.

—¡Gracias, mamá! —Gritó Juan—. ¡Gracias, gracias!  
Don Lizandro se puso blanco, tieso y luego murmuró:

—¡Que Dios te perdone! ¡Mercedes! ¡Qué has hecho!  
Volteó ella en el centro de los tres hombres, una diosa que irradiaba luz y fuerza, y contestó:

—He ayudado a mi hijo a cumplir lo que ha prometido. Siempre les hemos enseñado a nuestros hijos que sean caballeros y fieles a su palabra. Qué los sean pues, y que Dios y la Virgen Santísima los bendigan y los acompañen.

—Me has vencido, Mercedes, —suspiró don Lizandro.

—No digas eso. Di más bien quien hemos ganado. Ahora quiero que ustedes tres me hagan un favor. Acompañeme un rato al oratorio. Es mi último pedido antes que salgan de Cajamarca.

—Con todo gusto, mamá, —dijo Andrés.

Doña Mercedes se cogió al brazo a su marido y ellos salieron primero de la biblioteca, los dos hermanos abrazados los siguieron. Cruzaron por la sala y pasaron al oratorio que estaba a continuación. El rezo del rosario brotó del corazón de los cuatro y al final doña Mercedes suplicó la bendición de la Virgen sobre su esposo e hijos. Mientras estaba allí, llegó Eugenia que se arrodilló al lado de Andrés y lo cogió de la mano.

El resto de la ciudad también estaba convulsionada. Los jóvenes del colegio *San Ramón* corrían por las calles dando vivas por el país y alrededor de la casa de don Mariano Castro, donde se formaba la columna de *Los Vengadores de Cajamarca*, y ante el cuartel de *La Columna de los Honor* se remolinaban los jóvenes tratando de ingresar en las filas del ejército. No todos fueron aceptados, pero los mayores y los de más talla sí, entre ellos los tres muchachos que habían promovido toda esta revuelta: Gregorio Pita, Enrique Villanueva y José Manuel Quiroz.

La escena en la casa de Enrique Villanueva era aún más conmovedora quizá que aquella en la casa de los Miranda, por tratarse de una madre viuda. Tomaban el café, el café de las tres de la tarde, en el salón de su casa. La mamá triste y sombría, enflaquecida por el dolor y vestida de luto, se hallaba allí. Los niños conversaban en un rincón saboreando su frugal loche, cuando de pronto se oyeron los taconazos de las botas y el ruido de las espadas. En la puerta del salón acabaron de aparecer tres jóvenes oficiales, mejor dicho, tres niños vestidos de militar. Llevaron ropa blanca de jerga con visos negros, un quepí forrado en tela blanca, y sencillas espadas.

—¿Hay café para nosotros? —Exclamó Enrique Villanueva.

—¡Adelante! —Respondió su madre, y los tres oficiales entraron.

—¡Enrique, Enrique! —Gritaron los niños, lanzándose.

—¿Piensan todavía marchar en campaña? —Preguntó su madre con voz triste.

—¡Sí! —Dijeron los tres.

—Pregúntale a cualquiera, madre mía, —dijo Enrique—. Un indescriptible entusiasmo reina en la ciudad, se han alistado alumnos del tercero y cuatro años, muchos del segundo, que son de buena talla; del comercio han salido más de cincuenta, y mucho más jóvenes que yo. ¿Cómo quieres, madre mía, que yo no me ofrezca como voluntario a luchar por mi Patria? Sete razonable, madrecita mía; te voy a contar algo que te anime y fortalezca: cuando las madres de los espartanos venían a sus hijos marchar a la guerra, les gritaban con gozo: “*Vete, corre y no vuelvas sino con el escudo o sobre él*”, es decir muerto o triunfate. “*Lucha por tu Patria; el río Eurotas no corre para los esclavos ni los cobardes*”.

—Esas mujeres no tenían corazón, —exclamó su madre, bañando sus mejillas con lágrimas.

—No, señora, —dijo otro de los jóvenes oficiales—. Lo tenían grande y generoso. Habían sido educados en la moral más austera, y el amor a la Patria lo sobreponían a todo otro afecto.

—Y, sin embargo, la mejor moral aconseja “*amarnos los unos a los otros*”. ¡La guerra es tan monstruosa! —Exclamó la mamá de Enrique—. Ustedes no saben, niños, lo que es dejar el hogar vacío; van gozosos al campo de batalla mientras nosotras sus madres que los seguimos con el espíritu, los vemos hambrientos y cansados, bañados en sudor y

sangre, luchar y morir, solos y abandonados, sin recibir socorro ni consuelo.

—Madre mía; pero es hermoso morir por la Patria y bañarse en la sangre del enemigo común, y después, vivir en la inmortalidad. ¿No quieres la gloria para tu hijo? —Preguntó, Enrique Villanueva.

—En esa ambición cabe mucho egoísmo, hijo de mi alma. Esta respuesta era una objeción cruel y abrumadora. Aquellos niños pisaban un abismo; la lógica del amor materno y el espíritu de la fraternidad los arrollaban. Así lo habían comprendido cuando variaron el ataque. Exclamaron los tres:

—Pero si no hay peligro, el enemigo ya ha contramarchado, vamos solo a intentar una persecución...

En ese momento una corneta tocaba en la esquina de la casa, y un clarín, con sus lúgubres y prolongadas vibraciones, llamaba al cuartel.

—¡Al cuartel, al cuartel, conectarse en el cuartel... al cuartel! Esa era la interpretación que daban los oficiales al largo sonido del clarín, así lo habían aprendido en la academia.

—Nos llama, —dijeron los tres oficiales y se pusieron de pie.

—¿Marchan entonces? —Preguntó su madre.

—Sí, madre mía, —dijo Enrique—. Marchamos. Dame tu bendición, y en nombre de las madres de mis amigos dala a ellos, —Y, adelantándose, se postró de rodillas a sus pies.

Los otros dos cayeron de rodillas.

—Como dijiste enantes, —lloró su madre— que es hermoso morir por la Patria, verdad que es hermoso, como es triste y sombrío. ¡Adiós, hijos míos! Dios y la Virgen Santísima las amparen ¡Adiós! —Y, levantando la mano, los bendijo.

La corneta continuaba con su lúgubre llamada:

—¡Al cuartel, al cuartel, concentrarse en el cuartel... al cuartel... al...cuartel...!

\*\*\*\*\*

Esa misma tarde, un poco antes de la salida de don Lisandro, Andrés y Juan a sus respectivos cuarteles, se presentaron tímidamente en la biblioteca Castinaldo y Segunda. Segunda estaba con el embarazo avanzado.

—Patroncito, —dijo Castinaldo, suavemente.

—¿Sí, Castinaldo?

—Usted y los patroncitos Andrés y Juan se van a la guerra.

—Así es, Castinaldo.

—Yo también quiero ir; yo también soy peruano, soy cajamarquino, y quiero defender a mi tierra.

Don Lizandro miro al joven y sus ojos se llenaron de lágrimas. No había venido solo, ni a escondidas, sino apoyado por su mujer y él veía

en el rostro de Segunda la misma determinación, el mismo espíritu que había visto en el de Mercedes. Dijo pausadamente:

—Castinaldo, te agradezco profundamente lo que acabas de decir y te agradezco a ti también Segunda por tu coraje y tu apoyo. Veré que los demás miembros de la familia sepan de esto. Pero ahora, deseo pedirte un favor, Castinaldo. Quiero que te quedes aquí para proteger a mi familia en caso de que las cosas nos vayan mal. Tú eres el único hombre que queda aquí. El viejo Manuel ya está chocho y mi hijito Miguel es un niño. Por favor, quédate para que protejas a mi gente.

Un silencio cayó entre los tres. Luego Castinaldo agachó la cabeza y dijo:

—Bien, patroncito.

—Gracias

Una hora más tarde toda la familia estuvo reunida en el patio y después de los besos y abrazos de despedida, don Lizandro dijo:

—Quiero que todos ustedes sepan que Castinaldo, apoyado por Segunda, también la querido acompañarnos a luchar contra los chilenos. Yo le he pedido que se quede aquí para que haya más protección de la casa.

Andrés se adelantó y dio un fuerte abrazo a Castinaldo y le dijo:

—Gracias, hermano. Ahora confío a mi mujer a ti. Cuídala por favor—.

Juan también le dio un abrazo a Castinaldo, pero la emoción le inhibió hablar. Luego los tres hombres Miranda salieron y fueron caminando hacia el centro de la ciudad.

\*\*\*\*\*

Sin la presencia del marido y los dos jóvenes hijos, la casa de los Miranda parecía estar muerta. Doña Mercedes, Eugenia, Adelaida y los niños comían esa noche del 8 de julio casi en silencio. Miguelito había llorado a mares porque no le dejaban ir con su padre y sus hermanos, y solo se había tranquilizado cuando doña Mercedes lo cogió y le puso en la silla de su padre a la cabeza de la mesa.

—Ahora tú eres el jefe de la familia hasta que regrese tu papá y tus hermanos. Sabes que el jefe de una familia no puede llorar; entonces quita esas lágrimas y pórtate como un verdadero hombre.

Con eso el muchacho se contentó y sonrió a su madre y a sus hermanas.

En el silencio de la noche se escuchaban las cornetas que sonaban en los cuarteles, y en toda la ciudad tanto militares como civiles se iban alistando para la prueba que les quedaba por delante. Durante el 09 y el 10 de junio seguían los voluntarios acuartelados y luego el 11 comenzaron a salir. El General Miguel Iglesias y su hermano Lorenzo ya habían salido de Cajamarca rumbo a *San Pablo* donde estaban acampadas las fuerzas chilenas en la iglesia y el convento parroquial. Las tropas peruanas estaban divididas en dos grupos, uno bajo el mando del general y el otro bajo el mando de su hermano. Viendo que

no tenían suficientes soldados para hacer frente a los chilenos, el general mandó a Cajamarca para pedir refuerzos y la primera división salió el 11 de julio.

Aquí estaba *La Columna de Honor*, y doña Mercedes, con Eugenia, más sus hijas y Miguelito, se fueron a la plaza para despedirlos. A la cabeza de la tropa vino el Coronel Eudocio Rabines. Estaban también Andrés y los jóvenes sanramoninos. Los Miranda gritaban y agitaban pañuelos cuando vieron a Andrés, y Adelaida sentía que su corazón se quebrara cuando los jóvenes de *San Ramón* pasaron.

—¡Adiós, muchachos! ¡Adiós!

—¡Qué les acompañe Dios!

—¡Qué la Virgen les bendiga!

—¡A triunfar, muchachos!

Todos los que estaban en la plaza aquel día se desbordaron de emoción, y luego irrumpieron en lágrimas cuando la columna había pasado y salido de la ciudad rumbo a *San Pablo* por la vía de *Jancos*.

—Ya se fueron, —dijo Adelaida—. ¿Cuándo los veremos de nuevo?

—¡Ojalá que sea pronto, hija! —Respondió su madre.

—¿Y mi papá y mi Juan? —Preguntó Miguelito.

—Todavía están aquí.

—¿Por qué no se van también a la guerra?

—Seguramente irán pronto, pero ya son soldados y tienen que obedecer órdenes. No pueden hacer lo que quieren.

—Yo sí, me iría

—Por eso no dejan a los muchachos que sean soldados.

—Pero algunos que vimos era niños, mamá.

—Esos eran niños-hombres, hijo.

—Pero tú me dijiste que yo soy jefe de la familia, también soy hombre.

—Claro, tú eres un niño-hombre civil, porque los jefes del hogar son civiles.

—Con eso el muchacho se quedó contento.

Al día siguiente se repitió la escena y esta vez salieron *Los Vengadores de Cajamarca*. Entonces, la familia pudo despedir a don Lizandro y a Juan. También iba don Mariano Castro. La emoción, si era posible, fue aún mayor que la del día anterior. El 12 de julio, un silencio embarazoso se asentó sobre la ciudad, luego circuló por las calles y las casas un mensaje patriótico escrito por el Dr. José Urteaga. Las palabras hicieron eco a las de la Marsellesa, escritas cuando el pueblo francés yacía bajo la amenaza de bayonetas extranjeras:

*¡A las armas cuidados! Tal es el grito que en coro se oye repetir en todos los ámbitos de la ciudad histórica. Los enemigos de la Republica, los mercenarios de Cartago; esa soldadesca la más infame y la más impúdica del mundo, intenta hollar otra vez el sagrado suelo de Cajamarca.*

*La época que atravesamos es muy parecida a los tiempos primeros de la edad media, porque nuestro enemigo viste el ropaje de los antiguos bárbaros, donde se ostenta todos los colores del crimen, desde el libertinaje de las bacanales y la impúdica altanería de los pretorianos, hasta la ferocidad de Atila y la rapiña de Gensérico. Para tales enemigos no cabe otra resolución ni otra consigna que morir o vencer.*

*Pero, es necesario, ante todo, ahogar las emulaciones del partidarismo, transigir los odios; es preciso decimos, que se acabe la época de los procónsules romanos, que no repitamos lo de Dionisio de Siracusa: “La tiranía es el mejor epitafio”. Es preciso, en fin, que en el campo y en la fortaleza solo la bandera de la unión de la Patria.*

*Nuestros antepasados ahora 350 años, al sufrir la repentina invasión española, nos legaron un sublime heroísmo, porque su resignación fue la resignación de Sagunto i de Numancia; su muerte fue la muerte de Catón i de Bruto; la trágica muerte del suicida, antes que soportar la dominación extranjera.*

*Cuando evocamos el recuerdo de estas tradiciones épicas, sentidos toda la vehemencia de ese patriotismo que exalta el entusiasmo, que divisa la Religión, que inmortaliza la Historia.*

*Nuestros padres abrigaron siempre las singulares virtudes de Leónidas; por eso creemos que nuestros hermanos oprimidos en sus horas de tribulaciones, al maldecir a sus opresores, les dirán: “Id a Cajamarca y veréis como se lucha y como se triunfa por la libertad y la Patria”.*

*Ayer cuando enemigos aprovechando de la ausencia de nuestro ejército, ocupaba nuestra ciudad, nuestras madres venerables, alarmadas como amazonas, poniendo espantos a la hueste araucana y Cajamarca, cual otra Betulia, ofrecía a la Patria, a la América, al mundo una Judit, que se ha hecho expiar, con más de una vida, la impúdica insolencia del bandido chileno.*

*Sí, ciudadanos; por eso nuestras madres, a semejanza de las espartanas gritan en coro, id al combate y cuando volváis, que sea con el escudo o sobre el escudo. Antes tales ejemplos de heroísmo es indudable que la Perla de los Andes será la Zaragoza del Perú.*

*¡A las armas ciudadanos!*

*Cajamarca, Julio 12 de 1882.*

*José A. Urteaga.*

Las cuatro de la mañana en el pueblo de *San Pablo*. Los soldados chilenos dormían en la iglesia y en el convento parroquial, pero en una habitación varios prisioneros no habían dormido nada. Eran moradores sanpablinos, y se encontraban amarrados con los brazos en cruz, esperando a ser fusilados ese día. A ellos les iban a tocar a pagar por la muerte de seis soldados chilenos que habían hecho desmanes en el caserío *La Suncha* que luego, estando borrachos, fueron aprehendidos por algunos vecinos que los mataron. Esto había sucedido ya hacía dos días y, al ver que los soldados no regresaban al cuartel, se inició la búsqueda inmediata. Fue gracias a la actividad de los gallinazos que volaban sobre un despeñadero, fueron encontrados los cadáveres allí.

—Por este crimen de matar cobardemente a mis soldados les voy a hacer pagar caro a los cojudos peruanos, —rabió el comandante chileno y ordenó—: Tráiganme a seis hombres.

—¿Seis hombres cualesquiera, mi Comandante?

—Los primeros seis que encuentres.

—¿No importa la edad?

—¡Carajo! ¡Basta de preguntas y tráigamelos! Los quiero acá, con la edad que sea.

Y los habían traído. Ahora, después de pasar la noche amarrados, solo les quedaba que los llevaran a la plaza y los fusilaran.

—Porque eso es lo que vamos hacer a ustedes, —se había reído un sargento anoche, agitando un fusil bajo sus narices.

El más anciano del grupo, ya abuelo, encomendaba su alma a Dios en oración silenciosa. El más joven se retorció entre ataduras y pensaba en su china. Estaba esperando su hijo. Hacía frío y lo único que se escuchaba era el murmullo de un par de centinelas.

—¡Ojalá que vengan los peruanos hoy, para darles otra paliza!

—¿Sabes? Ya me harté de esta guerra.

—¿Por qué? ¿Qué más quieres? Hay mujeres y botín, hay trago y el gusto de sacar la mierda a cualquier persona que se oponga a nosotros. Francamente, yo estoy en mi salsa.

—Y al fin ¡qué? ¿Qué vamos a ganar con todo esto?

—¡Plata, hombre y pasarlo bien!

—Y el odio de la gente aquí.

—A mí, ¿qué me importa que me odien? Son unos cholos de mierda que no valen nada.

—Yo no los veo así hermano. Yo sé que nuestros jefes dicen que son salvajes y que quisieran matarlos a todos, pero los he notado que son buena gente.

—Y ¿lo que hicieron con los compañeros que fueron a *La Suncha*? Los mataron rudamente y los botaron por la peña como animales.



—Y ¿qué fueron a hacer esos compañeros a *La Suncha*? No fue ningún paseo para buscar la amistad. Cometieron desórdenes. Eso lo sabemos todos.

—¡Qué va! Estaban borrachos y se les pasó la mano y ¿qué?

—La gente tenía derecho a molestarse.

—Pero no a degollarlos.

—Y ¿nosotros no hacemos eso?

—Es diferente.

—Yo no lo veo.

—Oye, cojudo, ¿eres chileno o peruano?

—Soy humano.

—¡Cállense! —Gritó alguien—. ¡Déjennos dormir, carajo! —Y volvió el silencio de la noche.

Las tropas peruanas de la Primera División, que se encontraban a unas dos leguas de *San Pablo* en un lugar denominado *La Capellanía*, pasaron la noche con mucho menos comodidad que los chilenos. No tenían vivacs y tuvieron que acomodarse tal como podían en el campo. Solo algunos oficiales pudieron gozar de la hospitalidad de una choza campesina. Andrés se encontró con los sanramoninos que estaban en *La Columna de Honor*, y no había visto a su padre o a Juan, que estaban con *Los Vengadores de Cajamarca*, desde que se despidieron en la casa en Cajamarca.

Ya toda la euforia de enrolar y salir de la ciudad entre los vítores y el entusiasmo de la gente se había evaporado. Hacia frío y, mirando las cosas objetivamente, los jóvenes se daban cuenta de que se había metido en una aventura descabellada. ¿Qué podría hacer un grupo de profesores con sus alumnos, más algunos ciudadanos, contra una fuerza adiestrada para la guerra?

—Temo que nos hayamos metido en una camisa de once varas, —murmuró José Manuel Quiroz, estirando su cuerpo que no encontraba ningún alivio sobre el suelo duro.

—¿Te estás arrepintiendo por haber venido? —Preguntó Pita.

—No, no he dicho eso, solo les estoy diciendo que lo que estamos haciendo es una locura.

—La locura de luchar por la Patria, —observó Villanueva.

—Que es una locura hermosa, —añadió Pita.

—Ya lo sé, ya lo sé, —asintió Quiroz.

—¿Y no dices nada? —Preguntó Villanueva y Andrés.

—No. Sentimiento y emoción no me faltan, pero estoy con mis recuerdos del reducto en *Miraflores* el año pasado. ¡Ojalá que los jefes esta vez sepan conducir mucho mejor la batalla!

—En Eudocio Ravines, el jefe de esta columna, tenemos a alguien que vale, —dijo Pita—. Es gracias a él que estamos equipados y en el mismo *Miraflores* mostró que sabe luchar.

—Si, cayó herido allí, —aseveró Andrés—. Yo no lo vi en esa batalla porque estuve con un grupo de limeños, pero tengo entendido que actuó bien. Lo importante es que haya alguien que sepa aprovechar de los

errores del enemigo y como sacar partida de la valentía de nuestros muchachos. Recuerden que a ustedes los han nombrado oficiales y tienen que mostrar calma y decisión. Sobre todo, hay que evitar que se siembre un pánico entre la tropa una vez que el humo de la artillería obnuble la visión y las bombas morteras comiencen a caer.

—Sabes, Andrés —intervino Quiroz—, lo que más me preocupa es que tenga temor. Dicen que los chilenos son unos brutazos y que luchan como fieras sin miedo de nada.

—No debes pensar así, José Manuel. Miren ustedes, los chilenos son tan mortales como nosotros. Una bala bien dirigida matará a uno de ellos tan fácilmente como uno de nosotros.

La conversación siguió durante las largas horas de la noche. Como no podían dormir, sentían instintivamente que era mejor conversar que caer en un silencio introspectivo.

—No somos muchos, Andrés, —observó Quiroz.

—Quizás, —contestó él con un ademán—. Y ¿cuántos espartanos tenía Leonidas en la batalla de *Las Termopilas*?

—Unos trescientos contra miles de persas.

—También murieron todos, —dijo Villanueva.

—Y ganaron la inmortalidad. Esa es la tarea que nos espera una vez que nos lleguen las ordenes de avanzar.

La Segunda División, bajo el mando del Coronel Manuel Callirgos Quiroga, se encontraba aquella noche más lejos de *San Pablo* que la Primera. Había marchado a la máxima velocidad que podía, pero para hombres como Mariano Castro y Lizandro Miranda la experiencia había sido matadora y estaban ya casi exhaustos.

—Nunca se me hubiera ocurrido pensar que me encontraría es este trance a mis años, —dijo don Lizandro con un toque de humor amargo a Mariano Castro.

—Yo tampoco, hermano.

—Me preocupa saber si tendré suficientes fuerzas para luchar contra los chilenos. Ellos son soldados bien adestrados y nosotros no somos más que una colección casual de viejos y muchachos.

—Tú sabes, Lizandro, igual que yo, que cuando se tiene que hacer algo se saca las fuerzas de donde sea. Acuérdate que estamos defendiendo nuestros hogares. Tenemos motivos muchos más fuertes para luchar que los chilenos, que no son más que una horda de invasores ladrones.

—Lo sé muy bien, Mariano, y me hace pensar que tú y yo somos dos más en una cifra incalculable de hombres de todos los rincones del orden terrestre que a lo largo de la historia han salido con palos, arcos y flechas, espadas o fusiles, para defender a sus familiares, sus casas y los frutos de sus labores. Desde aquel hombre primitivo que defendió su cueva contra el ataque de una tribu hostil, hasta el patricio romano que luchó contra el asalto de Atila, o el caballero sureño contra las hordas del General Sherman hace apenas 20 años en los Estados Unidos,

nunca han faltado civiles luchando en defensa de todo lo que tiene por sagrado.

—Espero que tengamos más éxitos que los que pelearon contra Atila y Sherman, —contestó don Mariano sarcásticamente.

—Tienes razón, —replicó Lizandro Miranda con una sonrisa invisible en la oscuridad de la noche.

\*\*\*\*\*

Mientras estaba totalmente oscuro, el Coronel Ravines ordenó a sus hombres que avancen hacia *San Pablo*. Esperaba llegar allí y abalanzarse contra los chilenos, cogiéndoles de sorpresa. Así con esta maniobra los peruanos querían ganar ventaja sobre el enemigo mejor armado y preparado. Pero el movimiento no pasó ignorado por los chilenos, a tal punto que rápidamente se ubicaron en dos lugares elevados: *El Panteón* y *Batan*.

—Desde aquí los podemos abatir sin movernos, —sonrió uno, mostrando sus dientes blancos en la oscurana.

—Lo que yo quiero es terminar con estos y marchar sobre Cajamarca. Dicen que hay mujeres bonitas allá y que las iglesias están llenas de oro y plata.

—¿No tenías suficientes mujeres en Chorrillos y botín también?

—Eso fue hace tiempo. Tuve unas mujeres, pero perdí lo que saqué porque no tuve suerte en los naipes.

—¡Dejen de conversar, carajo! —Susurró un oficial—. Y miren bien. Tenemos que derrotar a los peruanos antes de que puedan ocultarse. Calculamos que llegarán acá al rayar el alba.

—Sí, señor.

El silencio volvió. En la oscuridad siempre se da el peligro de imaginar que hay movimiento de gente cuando de hecho no existe nada. Por eso se impartieron órdenes estrictas que nadie abriera fuego por su cuenta. Los oficiales chilenos no querían que los peruanos supieran donde tenían sus posiciones.

—A los cholos les vamos a coger de sorpresa, —había dicho el comandante araucano.

*La Columna de Honor* avanzaba en silencio, sus hombres mirando con cuidado a un lado y otro. Debido a la noche, era inevitable que de cuando en cuando alguien se tropezara en el camino quebrado y pedregoso, y que imprecaciones susurradas escaparan de los labios de los soldados. Conforme avanzaban cada uno guardaba sus propios pensamientos. Villanueva pensaba en su madre viuda. Gregoria Pita soñaba con el futuro. José Manuel tenía presente la imagen de Adelaida y Andrés sentía que los brazos de Eugenia lo envolvían.

Ya la lóbrega noche comenzaba a ceder ante la luz del amanecer y el cielo negro se iba destiñendo hasta volverse color perla. Los pájaros y las chicharas abrieron su concierto matinal con la acostumbrada obertura, cuando repentinamente se escuchó:

—¡Fuego!

Una lluvia de balas rajó *La Columna de Honor* que fue prácticamente diezmada. Hicieron lo posible para devolver el fuego, pero la descarga chilena ya había segado la vida del Coronel Ravines, Gregoria Pita, José Manuel Quiroz y Enrique Villanueva. Andrés sentía que las balas pasaban por su cabeza como granizo y una voló su quepí, pero por un milagro, después de la primera racha, se encontraba no solo con vida, sino ileso. Con los compañeros que todavía habrían sobrevivido trató de organizar el contraataque, pero les fue imposible por el calibre del fuego chileno. Además, los jóvenes se encontraban atrapados.

—Cuiden sus municiones, muchachos, —ordenó Andrés—. Traten de asegurar que cada disparo tumbe a un chileno.

Pasaron diez minutos con un fuego ya inconstante. Luego un segundo grupo de peruanos se lanzaron con la finalidad de desalojar a los chilenos del *Batan* y la batalla fue feroz. Entre los que corrían en ese asalto estaba Juan Miranda, joven, atleta, que se adelantó y se abalanzó sobre los chilenos como una fiera. Pronto fue alcanzado por sus compañeros y la refriega se extendió. En un momento Juan vio a su padre quien, con varios hombres mayores, había avanzado más lentamente. Pero don Lizandro estaba haciendo un buen uso de su fusil y parecía que lo manejaba con la misma deliberación y paciencia que tenía cuando consultaba los libros de la biblioteca. Mientras Juan luchaba con todo el brillo de la juventud, su padre realizaba una acción mesurada y calmada.

Los peruanos comenzaron a ceder. El impulso de la carga en el entusiasmo les había permitido desplazar a los chilenos, pero estos tenían siempre la ventaja de estar más arriba, además poseían mejor armamento y superioridad de números. Poco a poco los chilenos retomaban la iniciativa y a los peruanos les vino la orden de repliegue.

Juan ya estaba cerca de su padre y la retirada amenazaba desintegrarse en un caos total. Una bala alcanzó a don Lizandro en la cadera y se cayó. Juan corrió para ayudarlo.

—Déjame, muchacho, caeré preso, pero tú todavía puedes escapar.

—No puedo abandonarte, papá.

—Muchacho, por favor obedéceme. Tú y los demás se reagruparán para atacar de nuevo, pero yo ya no puedo hacer nada.

Juan miró alrededor. Los compañeros ya estaban a más de cincuenta metros de distancia y en el campo yacían varios heridos. Los chilenos se iban acercando.

—Entonces me voy porque tú me lo ordenes, papá.

—Vete con Dios, hijo.

El muchacho corrió a toda velocidad, pero ya no venían las balas. Volteo la cabeza y vio que la caballería chilena se había metido y luego

se horrorizó al ver que estaba haciendo el repase, ultimando a los heridos. Un chileno se acercó a su padre...

—¡Papá... nooo!

Vio que el chileno le hundía una lanza en pleno corazón. Juan comenzó a volver, corriendo, gritando. Un compañero lo alcanzó y lo detuvo brutalmente.

—Juan, ¿qué haces?

—Voy a matar a ese desgraciado hijo de puta que acaba de asesinar a mi padre. ¡Suélteme, carajo!

—¡No seas idiota! Tenemos que luchar juntos. Si vamos uno por uno nos acabarán.

El soldado logró hacer que volviera Juan quien, loco de dolor, reaccionaba solo mecánicamente a los órdenes. La lanzada en el corazón de su padre también había destrozado el suyo.

Es ese instante los demás efectivos de los escuadrones que habían salido de Cajamarca llegaron a las alturas del cerro *El Cardón* y desde allí se abalanzaron sobre los chilenos en la pampa abajo. Esta vez el asalto contra el enemigo mantuvo su empuje y los chilenos disminuyeron la resistencia. En pocos momentos su repliegue se convirtió en una huida desordenada y el campo de batalla se encontró en manos de los peruanos. Eran apenas las diez y media de la mañana.

Ingresaron en el pueblo de *San Pablo* desde donde la mayoría de los pobladores había huido. Uno de los primeros en llegar a la plaza fue Andrés y, con algunos más, se fue de frente al cuartel chileno. Encontraron una confusión total de cosas botadas por un lado y por otro y, en el patio del convento, los civiles que todavía estaban amarrados a la pared esperando ser fusilados. Cuando Andrés irrumpió en el patio con un salto, vio que los prisioneros lo miraron con terror. Pensaban que era el último momento de sus vidas. Luego se dieron cuenta que él no era chileno sino peruano.

—¡Viva el Perú! —Gritó uno.

—¿Quiénes son ustedes?

—Nos apresaron como represalia por la muerte de algunos soldados chilenos.

—Ya están libres, —dijo Andrés, cortando sus ataduras.

—¡Gracias a Dios! —Dijo uno, cayéndose de rodillas.

—Y ¿qué hay de los chilenos? —Preguntó otro.

—Los hemos batido.

Fueron llegando más soldados y dos oficiales y hubo más explicaciones sobre los prisioneros, luego todos fueron a la plaza y entre lágrimas de emoción izaron la Bandera y cantaron el Himno Nacional.

Andrés vio a Juan entre *Los Vengadores de Cajamarca*. El muchacho estaba erguido, pero como cadáver parado. Se acercó:

—Juan.

—¿Sí?

—¿Qué te pasa? Soy tu hermano.

—Si, lo sé, Andrés. ¿Sabes lo que hicieron con papá?

—No. ¿Qué ha pasado? —Preguntó Andrés asustado.

—Lo mataron.

—¡Qué!

—Yo lo vi. Estuvimos juntos. Papá estaba herido y quise ayudarlo, pero me ordenó que lo dejase. No quise hacerlo y él insistió. Corrí y miré hacia atrás, y vi a un soldado chileno ultimarlo.

—Y ¿estuvo herido? —Preguntó Andrés, incrédulo.

—Hicieron su maldito repase y a los heridos los mataron. —Y con eso Juan se desplomó llorando.

Andrés se quedó atolondrado. No pudo creer lo que le había dicho su hermano. Dejó a Juan en manos de algunos amigos y fue a pedir permiso para buscar en el campo de batalla a su padre.

—Siga nomas, Teniente, el capellán está ungiendo los cadáveres y de repente él le pueda ayudar a encontrar a su padre.

En esto se presentó don Mariano Castro y se acercó a Andrés.

—¿Es verdad que mataron a tu padre?

—Juan me contó que lo ultimaron en el repase.

—Muchacho, no sabes cuánto lo siento, —y lo abrazó como un padre a su hijo.

—Don Mariano, justo voy a buscar el cadáver. ¿Podría usted acompañarme?

—Con todo gusto, muchacho.

Salieron caminando lentamente. La euforia de la victoria se había desvanecido en ellos, y ninguno de los dos tenía ganas de conversar. Llegaron al campo de batalla y vieron que había varios cadáveres caídos en ángulos casi obscenos: los brazos abiertos aquí, las piernas dobladas allá, los ojos desorbitados. Bajo las órdenes de un oficial, algunos soldados peruanos estaban recogiendo a los chilenos heridos y otro grupo estaba juntando indumentaria y armas. Andrés vio al capellán en la distancia y se fue caminando con don Mariano hacia él. El sacerdote estaba rezando en latín justo sobre la forma postrada de don Lizandro.

—“...*Me guías por el sendero justo,  
por honor de tu nombre.  
Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo,  
porque tú vas conmigo:  
tu vara y tu cayado me sosiegan*”.

Andrés y don Mariano se pararon en silencio al lado del sacerdote, y cuando este terminó diciendo:

—*Requiescat in pace. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Contestaron:

—*Amen* —y se persignaron.

El capellán volteó la cara hacia los dos hombres, sin decirles nada, pero como preguntarles quien era el caballero.

—Mi papá, —dijo Andrés—. Don Lizandro Miranda.

—Mi más sincero pésame, Teniente.

—Gracias, padre.

Las lágrimas caían ya abundantemente de sus ojos y don Mariano también lloraba. Se sorprendieron de ver que el capellán se unía también con sus lágrimas. Luego él les dijo:

—Como ustedes, también yo he perdido a un ser querido en esta batalla.

—¿Quién fue, padre? —Preguntó don Mariano.

—Mi hermano, el Teniente Néstor Batanero.

—¿El joven que salvó la bandera en *El Morro Solar*?

—Él mismo. Hace media hora lo encontramos, todavía en pie, pero muerto.

—Mi más sincero pésame, padre, —dijo don Mariano, acercándose.

—Gracias.

—Y el mío también, —añadió Andrés.

Don Mariano y Andrés dejaron la escena y se pusieron a caminar lentamente al pueblo. Andrés caminaba cabizbajo y ninguno de los dos decía nada hasta que don Mariano comentó:

—Andrés, ya que has perdido a tu padre, quisiera que me consideres digno de ocupar su lugar. Nada más de “don”, nada más de “usted”.

Andrés lo miró un momento y luego dijo en voz baja:

—Gracias, Mariano.

\*\*\*\*\*

Durante los días siguientes el ejército peruano se quedó en *San Pablo*, reorganizándose, juntando el armamento y bienes abandonados por los chilenos. Había que enterrar a los muertos o arreglarlos para que sean llevados, y también se tuvo que atender a los heridos. Los moradores se esmeraban en atender a los soldados peruanos que habían alcanzado esta victoria y aún más hondo fue el regocijo cuando llegaron noticias de la victoria del general Cáceres en el centro del país. Juan estuvo en un delirio de fiebre y Andrés temía que iba a perder la razón. Lo cuidaba sentándose al lado de su cama en una casa de *San Pablo*. La señora de la casa se esforzaba en atender al joven, y después de un par de días la fiebre bajó y Juan volvió en sí. Pero había cambiado totalmente. Ya no era aquel joven fogoso y entusiasta que se conocía en Cajamarca, sino un hombre con un odio tan profundo que no había manera de exorcizarlo.

.....  
—Juan, mañana salimos rumbo a Cajamarca y llevamos el cadáver de papá.

—¿Has mandado avisar a mamá lo que ha sucedido?

—La lista de muertos y los heridos la han mandado los jefes. Ella ya debe saberlo. Y ¿cómo te sientes ahora?

—El cuerpo está bien y no tiene por qué sentirse mal. Pero nunca olvidaré lo que vi a ese soldado hacer a papá y nunca lo perdonaré.

Al día siguiente, llegó el General Miguel Iglesias y lanzó una proclama, saludando a las tropas peruanas:

*Habéis combatido y vencido al enemigo; el arrojo de que hicisteis gala ha sido precursor del triunfo, y vuestros nombres quedarán grabados y esculpidos en letras de oro.*

*La defensa que hoy habéis hecho de vuestros derechos, auxiliándose y contribuyendo a nuestro triunfo, es la prueba más grande y satisfactoria de todo lo que debe y puede hacer un pueblo de abnegado patriotismo....*

*Cajamarquinos: La gloria del triunfo del 13 de julio de 1882, os pertenece a vosotros, colaboradores muy eficaces de tan grande suceso os contará eternamente en el seno de los suyos*

*Os doy las gracias y espero siempre de vosotros igual conducta.*

*Vuestro conciudadano y amigo.*

*Miguel Iglesias.*

Luego se emprendió la marcha hacia Cajamarca. La ciudad recibió a sus hijos victoriosos con repique de campanas y una alegría desbordante, teñido del hondo dolor por la muerte de tantos: doscientos cincuenta en total.

Llevaron el cadáver de don Lizandro a su casa donde la capilla ardiente fue levantada en la sala, delante las puertas abiertas del oratorio. Andrés y Juan nunca habían visto a su madre tan hermosa y tan en control de todo como ahora; vestida de seda negra, se movía con una dignidad que llenaba a sus hijos de orgullo. Ellos dos retenían sus atuendos militares y recibían a los vecinos a las amistades que llegaban para rendir homenaje a don Lizandro.

—No puedo creer, Andrés, que cuando venga a esta casa ya no encontraré a don Lizandro en su biblioteca, —dijo el alcalde acongojado—. Un hombre de paz y es increíble que haya muerto en el campo de batalla. Ahora tú tienes que llevar con la misma dignidad de tu padre la honra de esta casa y de esta familia.

—Intentaré hacerlo, don Telésforo, y espero poder contar siempre con la misma amistad y apoyo que usted ofrecía a mi padre.

—Con todo gusto, Andrés.

El General Iglesias pasó un rato y rindiendo homenaje, como también su hermano Lorenzo y todos los notables de la ciudad. La casa estaba repleta de gente y en ningún instante se dejó de atender y repartir comida y bebida. Mientras tanto las cuentas de nácar de los rosarios pasaban por los dedos de las damas en la sala, y las velas alzaban sus luces hacia el cielo, flameantes con el viento de la tarde que soplaba frío, como de costumbre en el mes de julio. El aroma de las ofrendas florales era sofocante y empapaba el ambiente.

Adelaida hacía lo posible para secundar a su madre y la gente comentaba como *“ella y el joven Juan ya no son adolescentes, sino adultos maduros dignos de sus padres”*. Pero el dolor no solo de haber perdido a su padre sino a los jóvenes amigos que siempre le había



rodeado era demasiado, y de cuando en cuando la muchacha ya no aguantaba más y se retiraba a la cocina a llorar en los brazos del viejo Manuel o de Rosalía.

—Ya, ya, niña, —le acariciaba la cocinera—. No llores tanto. Recuerda que tu papa era todo un caballero y que no le gustaría ver a su hija con la cara manchada de lágrimas.

—¡Oh, Rosalía, no puedo creer que esté muerto, y los jóvenes también! Eran tan alegres, tan buenos mozos. ¿Por qué Dios no los ha dejado vivir?

—Lo que hace el Taitita yo no lo entiendo, niña, pero no hay nada que hacer, sino aceptar su santa voluntad.

—No lo puedo hacer, Rosalía. Nunca pensé que tendría que pasar una prueba tan dura. Qué haya muerto uno lo podría aceptar, ¡pero los tres, Rosalía, los tres! —Y de nuevo se disolvió en lágrimas.

Eugenia se puso plenamente a la altura de la situación y Andrés observaba con orgullo profundo a su joven esposa actuando con la misma dignidad de su madre. Durante un rato, cuando los dos lograron estar solos era ella la que tomó a Andrés en sus brazos y le dejó llorar como un muchacho.

—Gracias a Dios que me he casado contigo, Eugenia, —lloró Andrés—. Si no fuera por eso, creo que me volvería loco, como lo ha hecho Juan.

Ella pasaba sus manos por sus cabellos y dijo:

—¿Qué ha pasado con Juan?

—El vio al soldado chileno matar a mi padre a sangre fría, y lo comprendo. El pobre muchacho nunca será el mismo otra vez.

—En todo este dolor, no puedo hacer más sino dar gracias a la Virgen Santísima que tú estás sano y salvo, —suspiró Eugenia.

\*\*\*\*\*

Enterraron a don Lizandro con toda la pompa que la ciudad pudo ofrecer. Cientos de personas vestidas de negro acompañaron en el cortejo fúnebre, primero a la Iglesia Matriz de Santa Catalina y luego al Campo Santo. Fue el día en que Cajamarca enterró colectivamente a sus héroes y de todas las casas de la ciudad salieron los habitantes, convirtiendo así las calles en ríos de lágrimas que convergieron sobre los templos y sobre el panteón. No hubo casa que no estuviera de duelo. No hubo persona que no ostentara el color negro. En el colegio *San Ramón* el dolor y el orgullo se mezclaron en un sentimiento indescriptible. Aunque Pita, Villanueva y Quiroz habían caído en los primeros minutos de la batalla, si no había sido por ellos, Cajamarca no tendría la alegría de haber salvado la honra de la Patria.

—¡Bien valía su imperecedero ejemplo para las sucesivas generaciones! —Dijo la persona encargada de ofrecer el elogio funerario.

\*\*\*\*\*

En el pueblo costeño de San Pedro de Lloc, llegaron al comandante chileno Ramón Carvallo Orrego, no solo las noticias de la derrota en *San Pablo*, sino también de la proclama triunfal de Miguel Iglesias. Con una copia textual en la mano se paseaba de un lado a otro de la habitación en la casa que había tomado para cuartel general blasfemando y vociferando contra esos *hijos de puta* y dando patadas a los muebles.

—¿Cómo sucedió esta desgracia, carajo? Nuestras tropas estaban mejor armadas y más numerosas y se dejaron abatir por un puñado de cholos de mierda. Siento que me han dado una patada en las bolas y me voy a vengar, carajo. ¡Voy a vengarme!

Llamó a un ayudante:

—Habla por telégrafo para informar al Contralmirante Lynch en Lima de lo sucedido.

—Sí, mi Comandante.

—Y de una vez solicitemos permiso para asaltar Cajamarca.

—Sí, mi comandante.

—¡A esa ciudad le voy a sacar la mierda!

—Dicen que tiene bastante riqueza, señor, —dijo el ayudante obsequiosamente.

—Así es, y la voy a saquear, como Pizarro lo hizo. Voy a ordeñar sus tetas hasta que grite de dolor y que no tenga ni un sol de cobre. Apretaré las bolas de los cholos que piensan que pueden burlarse de Chile. Bien les voy a mostrar que no es así y ¡lo haré con gusto, carajo!

Las comunicaciones iban y venían entre Lima y San Pedro de Lloc. Las órdenes fueron impartidas a los oficiales chilenos y en pocos días se ensambló una fuerza de mil doscientos hombres. Los soldados esperaban con ganas la salida a la sierra:

—¡A saquear se ha dicho!

—¡Mujeres, muchachos!

—¡Oro, plata, trago!

—Me daré el gusto de tumbar hija, madre y abuela, y degollar al que trate de impedírmelo.

—Dicen que van a clavar un tremendo cupo sobre la ciudad y hay permiso de obligar a los cholos a soltar sus soles. Tin, tin, tin, van a caer las monedas cuando los agarremos de las piernas y los sacudamos.

—¿Ustedes saben que los muy cojudos y cobardes mataron a sangre fría algunos compañeros nuestros antes de la batalla de *San Pablo*? Entonces, si agarramos a cualquier soldado peruano, ¡bam! Y se acabó.

Llegó el 3 de agosto y la fuerza punitiva se puso en marcha hacia la cordillera.

\*\*\*\*\*

—Es imposible detenerlos, —explicó el General Iglesias al alcalde de Cajamarca, don Telésforo García, que protestaba ante el abandono de la ciudad por las tropas, dejándola a merced de los chilenos. Y ninguna gracia se podía esperar.

—General, usted no nos puede abandonar.

—Don Telesforo, la verdad es que no les puedo defender. No tengo con qué hacerlo.

—Y ¿qué va a pasar con nosotros?

—Seguramente les va a imponer un cupo de guerra.

—¿Y si, no podemos pagar?

—Ustedes me disculparán, pero no puedo hacer más por la ciudad de Cajamarca y tengo que poner a salvo al ejército. Si no hago eso, ¿con que podemos hacer frente a los chilenos?

—Aquí todo el mundo está llano a colaborar en la defensa en la ciudad.

—Muchachos y mujeres, —contestó el general con ironía—. ¿Qué podrán hacer ellos?

—Fueron los muchachos cajamarquinos los que ganaron en *San Pablo*.

—Ya no estamos en *San Pablo*. Los chilenos vienen con una fuerza tres o cuatro veces más grande que la que yo tengo, y bien armada. Ya sé por experiencia que esta ciudad es casi indefensible. Ninguna vez en su historia, cuando ha sido atacada, ha logrado resistir al invasor. Yo mismo traté de defenderla en 1867 contra el Coronel Balta y no pude hacerlo. Cuando nos levantamos en armas en 1874 contra Manuel Prado, no pudimos rechazar el ataque del Coronel Aguirre que vino después a aplastarnos. No, don Telésforo, yo sé que Cajamarca es indefensible y no tengo más remedio que retirarme con mis soldados más adentro.

—General, le hago una última suplica. ¿No sería mejor que permanezcamos todos en un intento heroico para resistir al enemigo, en vez de jugar al gato y al ratón?

—Mi querido don Telésforo, los sentimientos nobles que usted expresa le hacen honra sin duda, pero seamos prácticos ¿de qué sirve echar en una pira sacrificial la vida de los jóvenes, y las casas y las iglesias de Cajamarca?

—Sirve para salvar nuestro honor y dignidad. El mismo Cristo dijo que el hombre no solo vive de pan. Tenemos que pensar en las generaciones futuras. ¿Cómo nos mirarán? Por mí, prefiero que seamos como Leonidas y los espartanos y que muramos todos, a que seamos tildados de ser Judas.

—¡Ya basta, señor alcalde! Soy el jefe político-militar, y he tomado mi decisión. Mañana el ejército se retira de Cajamarca y sugiero que ustedes animen a las ciudadanas que puedan, que se vayan también. Qué Cajamarca sea un desierto como Moscú cuando entró Napoleón.

—Muchas gracias, —contestó el alcalde fríamente y se retiró del despacho del general.

\*\*\*\*\*

Una vez que la ciudadanía estaba enterada del propósito de Iglesias, comenzó un éxodo. Muchas familias que podían refugiarse en sus haciendas se fueron, pero no todos tenían este parecer.

—No Andrés, no me voy a *Santa Ana*, —dijo doña Mercedes con determinación.

—Mi papá quería que vayas con las chicas, mamá.

—Ya lo sé, y le dije claramente que no lo iba a hacer.

—Pero mamá, piensa en el peligro de quedarte aquí, piensa en Adelaida y la pequeña Marujita, piensa en mi Eugenia. Yo he visto lo que el ejército invasor puede hacer. Chorrillos ha quedado estampado en mi memoria y nadie puede borrar las escenas de destrucción y vandalismo que vi allí. ¡Por favor mamá, sé prudente!

—Sí lo sé, Andrés. No quiero despreciar tu preocupación y tu interés por mí y tus hermanas, pero hay momentos en la vida en que no puedo ser *prudente*. La prudencia fácilmente se confunde con la cobardía y ni yo, ni tus hermanas, ni tu mujer tampoco, somos cobardes. ¿Me has entendido, Andrés?

—¿Entendido? No lo creo, pero veo que yo no he logrado convencerte tampoco. Nos quedaremos todos aquí.

—Así sea.

Andrés dejó a su madre de la sala y se fue en búsqueda de Juan, a quien eventualmente encontró en un depósito al fondo de la casa.

—¿Qué haces aquí, hermano?

—Estoy buscando unos revólveres que estoy seguro tenía mi padre. Busqué en todos los cajones de su escritorio en la biblioteca y nada. Luego me acordé que tenía un baúl aquí.

—Y ¿qué piensas hacer con esos revólveres?

—Convertirme en un guerrillero, hermano. El General Iglesias no solo se retira de Cajamarca, sino que está disolviendo el pequeño ejército que tuvo.

—Ya lo sé.

—Yo no voy a dejarme ser *disuelto* así nomás. Es la vida de nuestro padre que los chilenos cojudos tienen que pagar, y ¡voy a cobrar esa deuda, carajo!

—¡Oye, Juan! ¡Nunca te he escuchado hablar así! Mi padre jamás profería groserías y tú eres todavía un muchacho.

—No Andrés. Dejé mi niñez y mi pubertad en el campo de *San Pablo* al lado del cadáver de mi padre. Ahora soy hombre, y no solo hombre, sino alguien dedicado a la venganza. Ya, olvídate de los buenos modales. Si puedo matar a los chilenos, lo haré y si los puedo torturar, también lo haré. Ya no tengo piedad.

—¡Juan, por favor, no seas así! Yo también lloro la muerte de nuestro padre. Yo también quiero venganza, pero no quiero verte tan duro, tan lleno de odio. No creo que mi padre quisiera verte así tampoco. Piensa en mamá. ¿Qué va a decir ella si te ve cómo estás, si te escucha hablando en forma tan grosera?

—Lo que hago, lo hago también por ella.

—Y ¿crees que ella quiere esto?

—Andrés, —dijo Juan con voz baja y fría como hielo—. No es cuestión de lo que piensen o quieran los demás, sino de lo que debo hacer yo. —Extendió el brazo, puso su mano en forma de revolver y dijo—. ¡Bam, carajo! Otro chileno muerto. —Y se rió como maniático.

—¡Dios mío! —Exclamó Andrés, saliendo de la habitación—. No solo tengo que preocuparme de mi madre, de mi mujer y de mis hermanas, sino de este loco también.

Afuera se encontró con Castinaldo a quien lo vio con cara de preocupado.

—¿Algo pasa, Castinaldo?

—Sí, patroncito Andrés. Mi Segunda se ha puesto mal. Todavía falta bastante tiempo para que dé a luz. Está en el sétimo mes, pero tiene dolores y náuseas y esto me preocupa.

—Por supuesto. ¿Has hablado con Rosalía?

—Sí y me mira con cólera. Me ha dicho que si yo no me hubiera casado con Segunda ella estuviera bien.

—¡Tonterías, hombre! Anda, vete a la casa del Dr. Quiroz y pídele de mi parte que venga.

—Sí, patroncito. Gracias, ya voyme.

Con esto Castinaldo dio media vuelta y corrió en búsqueda del médico.

Andrés se fue a la sala donde encontró a su madre con Eugenia y Adelaida. Las dos últimas estaban tocando una melodía triste en el piano, mientras doña Mercedes bordaba. Andrés se sentó al lado de su madre y le dijo en voz baja:

—¿Sabes lo de Segunda?

—¿Qué tiene algunos problemas con el embarazo? Sí.

—Ya le he dicho al Castinaldo que vaya a buscar al Dr. Quiroz.

—Está bien, Andrés, pero mira, un embarazo es asunto de mujeres y cuando los hombres se meten, solo causan problemas. Yo ya he visto a Segunda y le he dado un brebaje. Tiene que descansar, por supuesto, pero yo no creo que haya ningún peligro. Si viene el Dr. Quiroz le explicaré lo que he hecho, pero, por favor, deja esto en mis manos.

—Sí, mamá, —contestó Andrés con mucha contricción.

—Acuérdate, los hombres sirven para poner encinta a las mujeres y para emborracharse cuando nacen sus hijos. Por el resto, son un estorbo.

—Muchas gracias.

—De nada.

Doña Mercedes se sonrió y pellizco la mejilla de su hijo como si fuera todavía un niño. Luego añadió:

—Y no dudo en que en pocos meses se repetirá la misma historia con Eugenia.

—Claro no deseo que sufriera ningún dolor, pero que esté embarazada, ¡ojala!...

—Y ¿qué otro problema tienes, Andrés?

—¿Cómo sabes que tengo otro problema?

—Hijo, te puedo leer como tu padre siempre leía sus libros. A ver, ¿qué hay?

—Juan.

—¿Qué le duele la muerte de tu padre?

—Es más que eso. Como él vio lo que sucedió, ha jurado venganza como no puedes imaginar.

—También lo conozco a Juan como te conozco a ti, Andrés. Él es más romántico que tú, es más idealista. Tú te fuiste a Lima para estudiar Derecho, pero este a Juan nunca le interesaba. Creo que ha soñado siempre en ser poeta o algo por el estilo. Entonces, la herida que él ha recibido es mucho peor de lo que tú puedes imaginar.

—Y ¿se puede curar?

—Solo el tiempo nos dirá, —contestó doña Mercedes con un suspiro.

## VI

El 8 de agosto de 1882 un sol abrazador quemaba a los mil doscientos chilenos que llegaron al mismo punto en el camino donde Andrés Miranda había frenado su mula en febrero del año anterior. La vista era tan hermosa ahora como en aquel entonces, aunque los colores del pasaje se habían tornado más opacos, por ser este el tiempo de sequía. No había la frescura y el verdor que dan las lluvias del invierno.

—¡Allí esta, carajo! ¡Por fin!

—Bonito el sitio.

—Será más bonito cuando le hayamos sacado la mierda.

Carcajadas.

La columna continuó su marcha hacia abajo y alcanzó las primeras casas. Nada se movía. No había nadie. Un silencio llenaba el ambiente. Luego las botas de los soldados golpeaban los adoquines de las calles. Por aquí y allá una mirada furtiva se presentaba en una u otra ventana. Un gato echado sobre un tejado se levantó rápidamente y desapareció. Llegaron a una bocacalle y un perro avanzaba lentamente por la calle arterial. Cuando vio a los chilenos se paró, levantó la pierna y orinó. ¡Bam! Un balazo voló al perro a la otra vida.

—¡Animal desgraciado!

Pasaron la Cruz de Piedra y seguían bajando hasta llegar a la plaza.

Pueblo de muertos.

Los oficiales se reunieron un rato y luego vinieron las órdenes del Comandante Ramón Carvallo Orrego:

—Tomarán las casas del General Iglesias, de Juan Castro, de los Egúsquiza, y de los Luna. Yo me estableceré en la casa de Mariano Zaldívar y para los oficiales se tomará la casa de Lizandro Miranda.

Un grupo recibió la orden de ver si en el hospital había soldados chilenos heridos en la batalla de *San Pablo*, y otro grupo fue en busca del alcalde.

—Y tráiganlo aquí, —ordenó Carvallo.

Pronto los soldados se dispusieron en grupos para tomar las casas mencionadas en la lista. La casa de Iglesias fue saqueada en tal forma que los soldados chilenos se parecían en su furia y orgía de destrucción a las turbas parisienses que saquearon las *Tullerías* en agosto de 1792. La imprenta que pertenecía a la señora Catalina Iglesias fue destrozada en minutos, y los tipos fueron tirados por los balcones. Las arañas de

cristal en la sala fueron jaladas al suelo y los fragmentos machacados en las alfombras. Los cuadros y muebles fueron cortados con las bayonetas, tumbados al suelo y pisoteados.

Llegó luego un grupo a la casa de Juan Castro y le informó del cupo que tenía que pagar.

—Ese es imposible, señores. No tengo ni la décima parte de lo que ustedes me piden.

—¡Oye, cojudo, no te estamos pidiendo nada! ¡Te estamos ordenando que pagues!

—No puedo. No tengo con qué.

—Te damos un par de horas para que nos des una respuesta favorable. Si no, quemamos tu casa.

Un pelotón se estacionó en la puerta.

—Para que no pienses que puedes sacar algo. ¿Entiendes?

—Gracias a Dios que a mi mujer la mandé al campo, —dijo al único sirviente que se había quedado en la casa—. Si ella estuviera aquí estos la matarían con el susto. Igual que lo sucedió en Chorrillos nos está pasando acá.

Un par de horas más tarde los soldados tiraron algunas de las lámparas de kerosene sobre los muebles y las columnas del patio y prendieron fuego a la casa, a los pocos minutos grandes lenguas de fuego saltaron entre los salones del primer piso. El techo de este se incendió y en media hora la casa era una enorme pira que atraía la atención de los vecinos que se quedaban como mesmerizados mirando la destrucción del palacete de los Castro. Mientras tanto los soldados pasaron en búsqueda de más desmanes.

En el ayuntamiento el Comandante Carvallo gritaba al alcalde:

—¡Setenta mil soles de plata sellada, carajo!

—Señor Comandante, eso es imposible. No hay esa cantidad de dinero en todo Cajamarca.

—Entonces Cajamarca terminara como Chorrillos.

—Por favor, compréndanos ustedes.

—¡Comprenderlos! ¿Por qué mierda les tengo que comprender? Ustedes mataron a mi gente y ahora les voy a hacer pagar la cuenta.

—Le digo, señor Comandante, es imposible pagar esa suma.

—Les doy una semana.

¡Bam! ¡Bam! Caían los golpes sobre la puerta de la casa de los Miranda. Toda la familia, menos Andrés y Juan, estaba reunida en la sala con Rosalía, Castinaldo y el viejo Manuel. Segunda se encontraba en su cama.

—Anda, abre la puerta, Manuel, —dijo doña Mercedes con voz estrangulada.

—¡Abran, carajo, o la tumbamos! —Gritaron los soldados desde la calle.



—Sí, señora, —contestó Manuel y se fue temblando, cruzando el patio hasta llegar a la puerta. La abrió lentamente y un grupo de soldados irrumpió en la casa. Uno le dio un empujón al viejo Manuel que se cayó de espaldas.

—Eso te pasa por cojudo y no abrir pronto la puerta. Un par de oficiales subió las gradas que conducían al corredor delante de la sala. Uno se volteó y ordenó:

—Quédense tranquilos allí en el patio. Y que nadie toque nada. ¿Entendido?

—Sí, mi Teniente, —contestó un sargento.

Los dos oficiales entraron en la sala y se pararon, mirando a la familia. Por su parte, ella vio a dos jóvenes bien apuestos. Los oficiales no se quitaron sus quepis y la familia se mantuvo sentada.

—Teniente Lagos y Teniente Vergara, —dijeron los oficiales. Doña Mercedes contestó:

—Y ¿a qué se debe esta incursión en mi casa?

—Señora, esta casa será usada como residencia de algunos oficiales del ejército chileno.

—Y ¿nosotros?

—La desocuparán dentro de media hora, y los sirvientes se quedarán para atendernos.

—¡No puede ser! ¿Adónde iremos?

—Ese es su problema, señora, —contestó Lagos—. Tienen ustedes una media hora. Si cualquier miembro de su familia se encuentra aquí cuando regresemos, quedará para atendernos. —Mientras hablaba, de soslayo miraba a Eugenia y a Adelaida. La primera bajó la cabeza. Pero Adelaida contestó la mirada con una lanzaba de odio profundo. Fue el teniente que tuvo que bajar la vista.

—Una de mis criadas está en cama, enferma, —dijo doña Mercedes.

—Llévensela con ustedes, entonces.

—Pero moverla podría causar su muerte.

—Es su mala suerte, señora. Media hora. Hasta luego. —Los dos oficiales dieron la vuelta y salieron de la sala.

—¡Mamá! —Gritó Adelaida—. ¡Quisiera matarlos!

—Sssh, Adelaida, —amonestó su madre—. Ahora tenemos que ver a donde iremos. Quizá a la casa de don Mariano Castro, o a tu madre, Eugenia. No sé cuántas casas estarán ocupadas.

Suspiró honradamente y luego dijo a Castinaldo:

—Corre muchacho a ver a donde podemos ir.

—Sí, patroncita.

—Adelaida, Eugenia, vayan a sus cuartos a juntar un poco de ropa. Yo voy a ver qué puedo hacer para mover a Segunda. Ven Rosalía.

—¿Y nosotros? —Preguntó Marujita.

—Tú y Miguelito también junten ropa.

—¡Odio a los chilenos! —Gritó Miguel.

—Ya, cállate muchacho, —insistió su madre—. ¿No ves que están allí en el patio?

Pasaron unos minutos en una fiebre de actividades mientras trataron de juntar lo más necesario.

—¡Solamente lo que ustedes pueden llevar chicas! —Llamó doña Mercedes—. De nada sirve juntar baúles de cosas que no podemos mover.

En eso apareció un tipo harapiento en la puerta, cojeando. Los soldados se rieron de él, pero lo dejaron entrar. Un sargento se acercó:

—¿Qué quieres?

—Siempre vengo a ver a mi patroncita, jefe.

—Tu *patroncita* ya no puede hacer nada por ti.

—Por favor, jefe, déjeme pasar pa' verla.

El sargento estaba de buen humor y lo dejó entrar en la sala. Precisamente es ese instante Eugenia entró por otra puerta y cuando lo vio le preguntó con aspereza:

—¿Qué quieres? ¡Quién eres?

El harapiento levanto el dedo a los labios y se quitó el sombrero.

—¡Andrés! —Dijo con voz estrangulada, tragando un grito.

—¡Shhh!

—¿Qué haces aquí? —Susurró ella.

—Les acompañaré y puedo llevar algo. No me den mucho, porque si los chilenos ven que soy fuerte me apresarán para servirles. Ahora, vamos.

En el mismo momento entró doña Mercedes apoyando a Segunda, que caminaba con mucha dificultad. Cuando vio a Andrés se asustó, pero antes de poder decir algo Eugenia la hizo callar. Para evitar que los niños lo conozcan, Andrés reemplazó el sombrero y cargó una alforja que Eugenia había traído. Luego, cuando todos estuvieron reunidos, salieron de la sala, cruzaron el patio entre los silbidos, groserías y mofas de los soldados. Andrés sentía que la sangre se le hervía. Alcanzaron la puerta cuando al mismo tiempo se presentó Castinaldo.

—Doña Octavia dice que vayan allí.

—Gracias, Castinaldo.

—El joven quiso acompañarlos y llevar a Segunda.

—Tú te quedas acá, jovencito, —le dijo el sargento chileno dándole un jalón.

—Pero ella es mi señora.

—Me importa un pito.

—Por favor, jefecito.

Recibió un puntapié y se cayó de bruces entre las flores.

—Ahora levántate, carajo, y vete a ayudar a preparar la comida.

Mientras la familia hizo su lenta procesión a la casa de los Santolalla, Rosalía, Castinaldo, y el viejo Manuel comenzaron su vía crucis de preparar comida, de servir licores, y de ver la casa convertida en un burdel de los chilenos.

—¡Imagínese! ¡Uno de esos oficiales jóvenes sinvergüenzas con dos cholas en la cama de los patrones! ¡Virgen Santísima! —Lloró Rosalía.

En sus borracheras los oficiales rompían los servicios, hacían jirones de los cuadros, usaban los ornamentos de porcelana para practicar el tiro al blanco y destrozaban los muebles. En la biblioteca sacaron las páginas de los libros para hacer mechas y encender sus puros. Limpiaron sus botas y sus armas con los manteles del comedor, mientras todos los objetos de plata: los candelabros, las fuentes y los marcos de la fotografía de la familia, fueron llevados para ayudar a pagar el cupo de guerra.

—Son puercos, —opinó el viejo Manuel.

Les encantaba propinarse golpes y patadas a Castinaldo a cada rato. Y no había nada as que hacer sino aguantar.

\*\*\*\*\*

Mi Comandante, hay un grupo de mujeres que quieren hablar con usted.

—¿Qué desean? ¿Vender sus favores? —Se rió Carvallo groseramente.

—No sé, mi Comandante.

—Qué pasen, entonces.

El Comandante Ramón Carvallo estaba sentado en el escritorio de don Mariano Castro cuando entraron doña Jesús Apaéstegui de Revoredo, doña Isabel Zaldívar de Miranda y otras tres damas. Estaba fumando un puro y, sin levantarse, ni quitar el puro de la boca, les preguntó a qué se debía su visita.

—Señor, —dijo doña Jesús.

—Ustedes ya han incendiado la casa del señor Juan Castro y saqueado varias casas más. ¿Es su intención continuar con esta conducta tan bárbara que hace poca honra a la nación a la cual usted pertenece?

—El comandante estuvo tan sorprendido ante semejanza fresca al punto que abrió la boca y el puro cayó sobre papeles.

—¡Mierda!

—Y ¿así se habla en Chile en la presencia de las damas? Carvallo no contesto nada.

—Nosotros pensamos que los chilenos eran cristianos, —interpuso Isabel—. Pero con nuestros propios ojos vemos que no es así. El comándante continuaba mudo ante las damas y doña Jesús tomó la palabra de nuevo:

—Hemos venido para insistir que ustedes depongan su actitud tan amenazante y cruel. Queremos hacerle entender que no es nada heroico, ni noble, aplastar a la población de una ciudad totalmente indefensa. Ustedes han ingresado aquí sin soltar una bala porque aquí no hay soldados, no hay ejército, como muy bien lo saben. Entre las naciones civilizadas si tiene que haber guerra, es un asunto de militares, de destruir arsenales y fortificaciones. No es un asunto de incendiar las casas de la gente indefensa y de aterrar a las mujeres a los niños.

Un pensamiento veloz cruzó por la mente del chileno que en cuanto aterrara a las mujeres cajamarquinas, obviamente se había fracasado hasta ahora. Pero todavía no dijo nada.

—Además, señor Comandante, —añadió Isabel Zaldívar—. Pensamos que es nuestro deber hacerle recordar que mientras hoy usted se siente victorioso y tiene, como se dice popularmente, la sartén por el mango, mañana muy bien puede no ser así. Hace tres semanas, nuestras armas también triunfaron sobre las suyas, y en tres semanas más, quien sabe, podrá ocurrir lo mismo.

Por fin hablo el comándate:

—Señoras, les felicito por su coraje en venir aquí a decirme lo que piensan. Les debo advertir que acato las órdenes que me imparte el Contralmirante Lynch desde Lima, las cuales incluyen la imposición de un cupo de guerra y la toma de las medidas necesarias para asegurar que este cupo se nos pague. Quiero que sepan que cumpliré estas órdenes. Lo que sí se les puedo prometer es que no habrá acciones fuera de ellas.

—Sus soldados están desvalijando nuestras iglesias.

—Para pagar el cupo de guerra, señora.

—Y ¿qué es esto de quemar edificios donde se encuentra armas?

—Un edificio donde hay armas es un arsenal por definición, ¿sí o no?

—Podría ser una casa...

—Una casa convertida en un arsenal. Entonces, en ese caso, mis órdenes son estrictas: a todos los arsenales se los destruirán completamente, incendiando el edificio.

Las damas se miraron entre sí.

—Espero haberles aclarado la situación, señoras y ahora, si ustedes tendrían la bondad de retirarse, yo tengo muchos asuntos que atender. Muy buenos días.

Se levantó de la silla, inclino la cabeza y se sentó.

—Buenos días señor Comándate, —contestaron las damas y se retiraron.

\*\*\*\*\*

Los invasores daban golpes en todas las puertas de las iglesias de la ciudad y se escuchaba a cada momento los gritos:

—¡Abran, carajo, abran!

—¡Todas las alhajas, los adornos y los cálices son nuestros!

—Correaban los soldados mandados a despojar los templos de sus riquezas.

En San Pedro, el sacerdote tuvo que presenciar no solo la destrucción de los armamentos sino la profanación de la Hostia cuando un soldado rompió la puerta del tabernáculo, sacó el viril de oro donde estaba Sagrada Forma, y la tiró al suelo.

—¡Por la gran puta es puro oro! —Dijo alegremente, metiendo el viril en su bolsillo.

—¿Qué clase de gente es esta? —Se preguntó al sacerdote, estupefacto.

En la iglesia de San José la incursión no fue tan seria porque no había casi nada de valor en esa parroquia pobre. En Santa Catalina, por el contrario, extrajeron cuanta pieza de plata había en los altares y en las imágenes. Llevaron vinajeras, cálices, ánforas de conservación de los santos oleos, la cruz alta, y el incensario de plata. Rompieron puertas y alcancías en la sacristía y tiraron los ornamentos y los libros por los suelos.

—¿Dónde está la custodia, cura de mierda? —Preguntó un sargento, agarrándolo de la garganta al sacerdote, don Mariano Valera.

El sacerdote se hizo que no sabía nada respecto de la custodia:

—Yo no soy párroco aquí, solo el encargado.

—¡Carajo, tiene que haber una custodia! ¿Qué clase de católicos son ustedes que no tienen custodia?

A poco tiempo llegó un oficial que dijo al sargento:

—Suelta al cura. Ya sabemos dónde está la custodia. La han escondido en el convento de los franciscanos.

El sargento soltó al sacerdote y dijo a la vez:

—Cuidadito, porque mañana estaremos aquí de nuevo para incendiar este templo. Ustedes son unos cojudos mentirosos y la única forma de enseñarles a no mentir es chamuscándolos.

La incursión en el convento de los franciscanos reveló no solo la presencia de la custodia de Santa Catalina, sino varias cajas de alhajas de los vecinos de la ciudad.

—¿Ustedes tan solo son unos pobres franciscanos que no tienen nada? —Burló el oficial encargado de la incursión.

—Estas no son nuestras.

—Pero ustedes las han recibido y ahora van a tener que pagar su multita, —dijo el oficial con sorna, añadiendo con énfasis y lentamente: —mil soles de plata sellada y cuarenta y ocho horas de plazo.

—¡Qué! —Contestó el padre guardián, espantado.

—Usted me escuchó, padre.

—No hay manera de encontrar esa suma.

—Entonces, pobres de ustedes si no pagan.

—Esto es peor que el tiempo de la barbarie.

—¿Nos tilda de barbaros?

—Ustedes mismos lo hacen.

—Mire, padre, si quiere usted que encendemos este templo y su convento, siga nomas con sus insultos.

—El padre guardián se calló. Sabía que no había manera de reunir cien soles de plata, mucho menos mil, y le haría falta toda su habilidad para evitar que los chilenos destruyeran su convento.

\*\*\*\*\*

Uno de los escuadrones de tropas que recibió la orden de desvalijar los templos se presentó en las puertas del hospital de Belén, donde las Madres de la Caridad habían atendido a los chilenos heridos en la batalla de *San Pablo*.

—Llame a la superiora, —dijo el sargento a la religiosa que contestó la puerta.

Los soldados entraron en el gran patio del hospital. Mascaban tabaco y escupían libremente al suelo mientras esperaban. Las construcciones hechas de cantería con proporciones masivas los impresionaron y ninguno de ellos había visto un conjunto de edificios tan hermosos en Chile.

Se presentó la madre superiora.

—Hermana —dijo el sargento—, tenemos órdenes de llevar todo cuanto hay de oro y plata en esta iglesia.

—La religiosa lo miró con desdén y luego le dijo:

—Como ustedes no tienen ni siquiera sentimientos humanos, no voy a perder mi tiempo invocando sus sentimientos cristianos. Ojalá que un día pese en sus conciencias el sacrilegio que cometen aquí, y que sus madres nunca sepan de él.

Con eso la religiosa dio media vuelta y los dejó.

—¡Perra! —Espetó el sargento—. Vamos muchachos, —dijo a sus soldados.

Entraron por la puerta lateral en la iglesia más hermosa de Cajamarca y se quedaron asombrados ante la belleza de sus proporciones y sus adornos.

—¡Putra madre! ¡Que templo!

Caminaron boca abierta mirando los altares y la riqueza de sus tallados. Cuando observaron la gran cúpula celeste con su profusión de estrellas doradas uno de los soldados exclamó:

—¡Mierda! ¡Parece el mismísimo cielo!

Otro se persigno.

—¡Déjate de cucufaterías, Pérez! Y manos a la obra, —ordenó el sargento.

Sistemáticamente se pusieron a desvalijar la sacristía y las imágenes de los altares, aparte de una u otra exclamación sobre el valor y el peso de las coronas y los adornos, todos seguía sin pausa hasta que llegaron al altar del Señor de los Auxilio.

—Pérez, sube y saque esas joyas.

El soldado subió lentamente al altar y luego se quedó como paralizado ante la imagen.

—¡Apúrate, hombre! Todavía tenemos que ir a las Monjas.

El soldado no se movió.

El sargento se molestó y le profirió un chorro de groserías, pero nada...

—¡Quítate de allí, carajo! —Dijo. Dio un salto y subió al altar.

De pura cólera pateó a los vasos de flores que se cayeron al suelo, haciéndose añicos y derramando el agua; luego el sargento alzó la mano para quitarle la corona de la cabeza a la imagen y se quedó mirándola perplejamente ojo a ojo. La mano se le paralizó. El sargento se volteó y expresó con voz media quebrada:

—¡A este, no! ¡Déjenlo porque me da miedo!

Salieron del templo con el botín bajo la vista de las religiosas. Ninguna les dijo nada, pero los soldados se sintieron humillados por las miradas de las hermanas: damas que dedicaban su vida solo a hacer el bien al prójimo y que lo había hecho inclusive a algunos compañeros suyos.

\*\*\*\*\*

La incursión en el monasterio de las Concepcionistas fue mucho menos traumática. Un oficial encabezó el pelotón y, aunque encontraron algunas alhajas de los vecinos de la ciudad, mayormente no molestaron a las hermanas.

\*\*\*\*\*

En el Ayuntamiento la cantidad de dinero joyas y alhajas para pagar el cupo iba aumentando lentamente, mas solo había alcanzado la mitad de los setenta mil soles. El cupo había sido impuesto, formalmente, el día 11 de agosto y el dinero tenía que estar listo para el 19. Don Telésfero García estaba desesperado.

—Ya sé lo que Atahualpa debía haber sentido cuando veía que llegaba el oro, poco a poco, desde todos los rincones del Tahuantinsuyo, preguntándose cuando se iba a cumplir el rescate. —Estuvo con él don Mariano Castro. —Don Mariano, tú que has sido alcalde acá, ¿tienes idea quién tendrá más dinero para dar a estos perros hambrientos chilenos? Encontraron la custodia de Santa Catalina en los franciscanos.

—¿La custodia nueva se ha entregado? —Preguntó don Mariano.

—Sí. Tuvimos que hacerlo.

—¡Qué pena me da! Esa custodia es hermosa y lleva un perla preciosa.

—Ya sé, ya sé, —contestó el alcalde con una impaciencia nerviosa—. Pero tenemos que cumplir con el cupo si vamos a salvar la ciudad. Hay la custodia también de *La Merced*, pero el fraile allí es más terco que una mula y la ha escondido no sé dónde.

—Si ya se ha entregado la custodia de Santa Catalina y también las de las otras iglesias, supongo que es lógico entregar aquella de *La Merced*. Tendremos que ir a la casa de fray Baltazar Rodríguez.

Después, el mismo fraile hizo un informe sobre lo ocurrido y escribió: *“Más toda deferencia por conservar aquella alhaja fue inútil; toda resistencia vana. Pues el señor Alcalde, usando la fuerza, sin escuchar*

*mis excusas, se constituyó en mi casa domicilio y me condujo al templo donde entregué la custodia y su pedestal”.*

Ya había pasado varios días de la ocupación de la ciudad por los chilenos y la gente se iba acostumbrando a ver a los soldados por las calles y varias casonas convertidas en cuarteles. La calle del Tambo, donde estaba la casa del General Iglesias, todavía estaba llena de los restos de los muebles sacados de esa casa, y también de la mansión del doctor Puga una cuadra más arriba. Las casas mismas yacían con los portones abiertos y cualquier persona podía entrar y rebuscar entre los escombros para llevar lo que se le antojera.

En una habitación de la residencia de doña Octavia Santolalla, Segunda se retorció de dolor y doña Mercedes le bañaba la frente con una fragante colonia.

—Tranquila, tranquila, Segunda. Tienes que sobreponerte, tienes que llevar tu embarazo a término y a dar a luz a un cholito fuerte. No me digas que unos cuantos soldados chilenos te hayan asustado.

Porque en esta casa, como en tantas otras, los soldados habían entrado para llevar toda cosa de valor que en ella encontraban. Cuando llegaron a la habitación donde estaba Segunda, doña Mercedes intentó impedir su ingreso.

—Solo hay una pobre mujer enferma en la cama.

—Vamos a verla, —dijo un soldado a doña Mercedes, dándole un empujón.

Cuando Segunda vio a tres soldados entrar bruscamente en el cuarto, sus ojos casi saltaron de temor. Quiso gritar, pero el grito se atracó de miedo en su garganta.

—¿Qué te pasa? —Inquirió el soldado que había empujado a doña Mercedes. Arrancó las frazadas de la cama, exponiendo a la chica con su barriga hinchada.

—¡Quieres que lo saque a tu hijo con esta? —Dijo maliciosamente, agitando la hoja de su bayoneta ante la cara de la muchacha atemorizada.

—¡Quítate de allí? —Gritó doña Mercedes.

El soldado se volteó. Su cara estaba sin afeitado, su aliento fétido todavía apestaba de la borrachera de la noche anterior. Jugando con la bayoneta dijo:

—¿Tú también quieres?

—¡Déjala y vamos! —Intervino otro de los soldados.

—¡No te metas conmigo, carajo! Botaré a esa chola de la cama y tomaré a esta perra.

—No seas cojudo, hombre. Nos han dicho *nada de molestar a las mujeres*.

Ya furioso, el primer soldado se abalanzó sobre su compañero, y los dos se cayeron al suelo en una lluvia de golpes e improperios. Otro salió rápidamente para buscar ayuda y dentro de un par de minutos una



oficial llegó y puso al fin a la pelea. Pidió disculpas fríamente a las mujeres y se retiró con sus soldados. Cuando la puerta se cerró doña Mercedes cruzó la habitación rápidamente, cogió las frazadas, y volvió a cubrir a la Segunda.

—Llora, niña, si quieres para aliviar tu tensión, pero ya pasó el peligro, —y comenzó a bañar la frente con agua de colonia.

Cuando doña Mercedes bajó, encontró que en el comedor los soldados habían hecho destrozados.

—Simplemente por gusto, —lloró Octavia—. Mira como han tirado mis figuritas de porcelana de Dresde por las ventanas. Nunca hubiera pensado que había tanto afán de destrucción.

—Tienes que calmarte, Octavia. Esta pesadilla pasará. Por lo menos tú estás en tu casa, ¡Dios sabe lo que estarán haciendo en la mía!

Con las sirvientas, las damas limpiaron las habitaciones y trataron de poner orden. Pasaron esa noche con miedo; solo un grupo de mujeres y niños en la casa. El esposo de doña Octavia, don Pedro, estaba como siempre en su hacienda, y nadie sabía por seguro donde estaban Andrés y Juan. Andrés les había acompañado hasta acá el día que los chilenos llegaron, luego se había esfumado, y las mujeres no sabían nada de él. ¿Y Juan? Él se había desaparecido desde antes del 8 de agosto.

Al día siguiente, después de una noche intranquila con Segunda, doña Mercedes bajó un poco más tarde que de costumbre para tomar el desayuno. Todavía no había nadie, porque doña Octavia y su hija se habían ido a la misa en Santa Catalina. Repentinamente hubo una bulla en el zaguán y en seguida Eugenia entro en el comedor. Su cara estaba encendida y su voz entrecortada de emoción.

—¿Qué pasa, Eugenia? —Preguntó doña Mercedes.

—¡Ven, ven inmediatamente! Los chilenos van a quemar la iglesia de *La Recoleta*.

—¡Qué!

—Sí. Mi mamá ya se fue por allá con otras damas de la ciudad para tratar de impedir que lo hagan.

Doña Mercedes se dejó jalar por Eugenia y, tal y conforme como estaba, y se fue sin ponerse un sombrero o cambiar de zapatos. Cuando llegaron a la plaza delante de *La Recoleta* encontraron que ya había bastante gente, sobre todo mujeres. Una fila de soldados chilenos impedía la entrada al templo. Las dos damas se abrieron paso entre la gente hasta encontrarse en la primera fila.

—¿Qué sucede? —Preguntó doña Mercedes al suboficial chileno en su delante.

—Vamos a quemar este arsenal.

—¡Arsenal! ¿No ven ustedes que está es una iglesia, una casa de oración?

—Yo no sé qué haya sido, señora, pero hemos encontrado armas escondidas, y donde hay armas es un arsenal.

—¡Esto no puede ser!

—Así es, señora; entonces deje de empujar aquí.

Un grupo de soldados entró en el templo por la puerta principal, llevando sogas.

—¿Qué van hacer esos? —Preguntó Eugenia.

—Ya verán.

La muchedumbre empujaba desde atrás y muchas de las mujeres estaban llorando.

—¡Por favor, dejemos sacar las imágenes!

Doña Octavia apareció en ese instante y se arrodilló suplicando que no destruyan el templo.

—Si tienen que saquear y destrozar, aquí están las llaves de mi casa. Saquéenla si quieren.

Ya un llanto y gemido se alcanzaba hacia el cielo.

—¡Por Dios, tengan compasión de nosotros!

—¡Dejen que salvemos a nuestros Santos Patronos.

—¡Salvemos a la Virgencita de la Aurora!

—¡Tengan piedad!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! —Vinieron las carcajadas de los soldados.

—¡Esto es mejor que un circo, carajo! —Se rio uno.

Con eso se escuchó un tremendo ¡crack! desde dentro del templo.

—¡Viva Chile!

Los soldados habían jalado el retablo del altar mayor al suelo. En seguida se escuchó más bulla al caerse los retablos de los altares laterales y a poco rato comenzó a salir humo por la puerta. Los soldados que habían cometido este sacrilegio vinieron corriendo y tosiendo por el humo que se ponía más denso y más negro cada instante. Luego la iglesia se convirtió en un monstruo apocalíptico arrojando por sus ventanas y claraboyas torrentes de humo. Tanta era la cantidad que la plaza se oscureció.

Ya había una confusión total. La gente gritaba y empujaba. Los soldados se encontraban asfixiados por el humo, y en ese instante varias mujeres aprovecharon del pánico y del caos.

—¡Vamos a salvar lo que podamos! —Gritó doña Mercedes.

Las damas se lanzaron hacia la puerta y sin pérdida de tiempo se metieron en la iglesia. Rápidamente regresaron llorando y, tal como podían, traían las imágenes de San Sebastián, de San Antonio, y de la Virgen de la Aurora. La muchedumbre estalló en vivas por el Perú y algunos de los soldados dispararon al aire en un intento de imponer orden.

Entre los gritos de la gente, el crepitar de las llamas del incendio y los disparos, vino un momento en que el humo se disipó y se escuchó una llamada desde arriba en la fachada del templo.

—¡Miren, muchachos!

La gente dirigió la mirada hacia un soldado armado con una barreta. Se había colocado al lado de la imagen de la Virgen de las Nieves que coronaba el frontispicio de la iglesia. El individuo metió la barreta bajo el pedestal de la imagen y gritó:

—¡Muchachos! ¡Allá va esta santa que no quiere chamuscarse! ¡Qué se vaya abajo, carajo!

La gritería entre los espectadores aumentó a un clamor de espanto y con eso el hombre perdió el equilibrio y se cayó al patio.

—¡Ahhh!

Un golpe seco del cuerpo contra las piedras le rompió todos los huesos y lo mató al instante.

—¡Castigo! ¡Castigo!

Ya el incendio había pasado su mayor intensidad y las llamas iban disminuyendo. La muchedumbre comenzó a disolverse, horrorizada por lo que habían visto. Así se podría imaginar el fin del mundo.

Cuando doña Mercedes, Eugenia y su madre llegaron de nuevo a casa estaban despeinadas, con el vestido desordenado, la cara y las manos manchadas. Pero había un cierto sentido del triunfo.

—Los bárbaros han hecho lo que han podido, pero felizmente no les hemos permitido una victoria completa.

Grande era su sorpresa a ver a Andrés sentado en el corredor esperándolas. Estaba vestido sencillamente de civil, sin nada de uniforme militar o de disfraces de campesino.

—¡Andrés, qué bueno verte! —Exclamó su madre.

Eugenia corrió y se tiró en sus brazos.

—¡Vaya! ¡Por Dios! ¿Qué han estado haciendo ustedes?

—Vamos adentro y te contaremos todo, Andrés, —contestó su suegra enérgicamente.

Andrés se quedó boca abierta al ver a doña Octavia subir las gradas como una jovencita y, cuando le contaron de lo sucedido, recordaba que debajo de la fachada de respetabilidad se su suegra se escondía otra persona.

Le contaron todo lo que había ocurrido en *La Recoleta* y él, por su parte, dijo tener la esperanza que pronto los chilenos abandonarían Cajamarca.

—Yo estoy en casa de unos amigos y me quedaré hasta que las ratas se hayan ido.

—Y ¿Juan? ¿Sabes algo de él, hijo? —Preguntó doña Mercedes.

—No, mamá, no sé absolutamente nada.

\*\*\*\*\*

Los chilenos tenían que mostrar un acto más de barbarie; como si incendiar varias casas, *La Recoleta* y el colegio *San Ramón*, no fuera suficiente muestra de su afán de destrucción. So pretexto de haber encontrado armas en el techo del templo de *La Merced*, este también fue entregado a las llamas. Una vez más las damas cajamarquinas acudieron a la escena de tan ruin actuación; suplicaron a los soldados y recibieron las mismas respuestas soeces. También una vez más ellas lograron sacar a las imágenes, sobre toda aquella de la Virgen de las Mercedes.

Luego los chilenos se fueron. No habían logrado juntar más que 40, 904 soles, pero se fueron.

—¡Gracias a Dios! —Coreó toda la ciudad.

En una quebrada al camino tomado por los chilenos, que conducía a Bambamarca y Chota, Juan Miranda estaba esperando. Disparó y tuvo el gusto de ver a un soldado chileno desplomarse.

—¡Viva el Perú! —Gritó y desapareció entre las rocas y los matorrales—. Ya comienza mi venganza, —suspiró a sí mismo.

\*\*\*\*\*

—Mamá, quédate aquí. Yo voy a ver cómo está la casa, —insistió Andrés.

—Hijo, ¿tú piensas que después de todo lo que hemos pasado, no puedo afrontar los destrozos que los chilenos hayan hecho en mi casa?

—De todas maneras, será mejor que yo vaya a ver como está.

—No, hijo. Yo te acompañaré.

Y no dio su brazo a torcer.

Juntos se fueron madre e hijo. Cuando llegaron a la calle casi esperaron ver las manchas de humo en las paredes y las vigas chamuscadas del techo, pero no. Allí estaba la casa con la puerta entreabierta y la empujaron. El patio estaba cual si fuera un chiquero. Las plantas habían sido pisoteadas. La pileta en el centro estaba destrozada y, tirados por todos lados estaban muebles, libros y ornamentos. Apestaba.

Los dos caminaron lentamente de habitación en habitación. Todo era igual. Destrucción y vandalismo salvaje.

—No hay nadie, parece. ¿Dónde estarán Rosalía, Castinaldo, y el viejo Manuel? —Preguntó doña Mercedes preocupada.

Los encontraron en una habitación al fondo de la casa. A primera vista los tres estaban muertos, mas no fue así. Estaban completamente embriagados. Después de ser atendidos y pasada la borrachera pudieron contar, entre sollozos y lágrimas, como había sido la última noche de ocupación. Una orgia. Contaban los detalles de cómo los oficiales habían emborrachado a Castinaldo y al viejo Manuel y los habían hecho pelear en un duelo en la sala. Estaban tan borrachos que

las balas de las pistolas se habían hundido en la pared y habían hecho pedazos una araña de cristal.

—¿Ya se han ido, patroncito? —Preguntó lloroso el viejo Manuel a Andrés.

—Sí, ya se han largado, felizmente.

—Y ¡miren como han dejado la casa los desgraciados! —Gritó Rosalía.

—Ahora cállense ustedes, —dijo doña Mercedes con firmeza—. ¡Basta de lloriqueos y lamentaciones! Tenemos que limpiar la casa y volver a vivir aquí.

—Costará una fortuna arreglar todo, —observó Castinaldo.

—Como no hay ninguna fortuna, no podemos hacer más que limpiar y reparar lo que se pueda, —contestó su patrona.

Les llevó casi una semana de duro trabajo y cuando terminaron las habitaciones tenían una apariencia extraña porque estaban semivacías. Los espejos rotos y los cuadros mutilados habían sido bajados de las paredes. Los muebles destrozados fueron arrumados en un depósito. Habían recogido y lavado las cortinas, juntamente con todas las frazadas, las sabanas, los tapices y las alfombras. Habían desinfectado cada rincón de la casa. En la biblioteca habían hecho modos de restaurar algo del orden que tanto cuidaba el difunto don Lizandro.

Al segundo día de estas operaciones de limpieza, mientras Eugenia ayudaba a Rosalía en la cocina y doña Mercedes, con Castinaldo y Andrés, estaban hirviendo las frazadas, vino un golpe a la puerta principal. El viejo Manuel fue a contestar y se encontró con una señora anciana apellidada Gaitán.

—Buenos días, vecinita, —dijo el viejo Manuel.

—Buenos días, Manuel. ¿Esta doña Mercedes?

—Sí está, pero no se pueda recibir a alguien.

—Anda y dile de mi parte que es muy urgente. —Lo miró y añadió—: No seas malito, Manuel.

—Bueno, espero que no le sorprenda si no le reciba.

El viejo desapareció a paso lento, dejando a la señora Gaitán sentada en el zaguán. A poco rato vino doña Mercedes, secándose las manos con una toalla.

—Vecina, buenos días. ¿Qué tal? ¿A qué se debe su amable visita?

—Buenos días, doña Mercedes. Mire usted, ha pasado algo y no sé qué hacer.

—Venga a la sala y cuéntame. Disculpa qué todo esté en desorden, porque acabamos de tener huéspedes chilenos y usted sabe cómo son ellos, —se rió.

Una vez en la sala señora Gaitán explicó que el día que se habían ido los chilenos un desertor de ellos se había presentado en su casa.

—Me dio un tremendo susto.

—Me lo imagino.

—Ahora lo tengo allí y no sé qué hacer. No quiero decir nada a las autoridades. El muchacho me da pena y al mismo tiempo también me da miedo tenerlo en mi casa; pues, tarde o temprano alguien se va a enterar.

Doña Mercedes pensó un momento y luego dijo:

—Llamaré a Castinaldo para que lo traiga aquí. ¿Qué le parece?

—¿No le será una molestia?

—De ninguna manera. Yo necesito ayuda para limpiar mi casa y luego si el joven se acostumbra con nosotros lo mandaremos al campo.

—¡Qué buena idea! ¿Y las autoridades?

—No se preocupe. Yo y mi hijo hablaremos con ellas.

Así llegó Enrique Pérez a la casa de los Miranda. Era un joven flaco, casi tímido y explicó a la familia que ya estaba harto de la guerra, de las destrucciones, del odio...

—Soy de un pueblito de la sierra de Santiago. Estoy enterado de que mi mamá ha fallecido y no sé cómo es que entre cristianos y hermanos que somos nos matamos sin saber por qué. Desde hace tiempo he tenido la idea de desertarme al ver que el pueblo peruano es bueno y no nos comen cuando nos matan, como dicen nuestros jefes. Aquí venimos a hacer lo que quisimos contra esta ciudad y lo que buscaba nuestro jefe era un pretexto para incendiarla.

—Ya no te preocupes más de todo aquello, Enrique. Te puedes quedar con nosotros.

—¿Informarán ustedes a las autoridades de mí? —Preguntó el chileno con temor.

—Mira —contestó Andrés, —en esta ciudad somos amigos de las autoridades. Les explicaremos las cosas bonito, y no pasará nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

Doña Mercedes se acercó, abrazó al joven y le dijo con cariño:

—Bienvenido a nuestra casa, Enrique.

Y los otros siguieron. Luego Castinaldo añadió con una sonrisa:

—Y ahora de juro nos puede ayudar a limpiar toda la cochizada que han dejao tus paisanos.

\*\*\*\*\*

Los chilenos salieron de Cajamarca para llegar a Chota el 28 de agosto. Tanta fue la cólera que tuvieron, no solo por encontrar la ciudad abandonada, sino porque desde allí había salido un contingente que luchó en *San Pablo*, que la incendiaron en su totalidad. Las noticias de este acto de barbarie llegaron a Cajamarca casi al mismo tiempo que el llamado *Grito de Montán*.

Iglesias se estaba dirigiendo a su hacienda, en *Udima*, cuando los chilenos estaban en Chota, pero se detuvo en *Montán* y aquí insistió que la única alternativa que la quedaba al Perú era hacer las paces con Chile cuanto antes.

—¿Qué piensas de esto, don Mariano? —Preguntó Andrés cuando se había enterado de las iniciativas del general.

—Para mí no hay más remedio. ¡Ojalá que se consiga la paz lo antes posible!

—¡Para mí es un traidor!

El grito asustó a Andrés y a don Mariano quienes, volteándose, vieron a Juan en la puerta, revólver en mano.

## VII

—¡Juan! —Dijo Andrés entre sorpresa y susto—. Pasa hermano, pero, por favor, deja ese revólver sobre la mesa.

El joven entró en la biblioteca donde estaba sentado don Mariano Castro, y Andrés se hizo como darle un abrazo de bienvenida. Fue rechazado.

—Andrés, si tú vas a estar con Iglesias, yo no te puedo abrazar.

—Somos hermanos, —contestó Andrés, suavemente.

—Éramos.

Don Mariano se sentía incómodo, tosió ligeramente y dijo:

—Andrés, mejor será que yo me vaya. Seguramente tú y Juan quisieran conversar sin la presencia de una tercera persona.

—Eres como miembro de la familia y mi padre siempre te tenía mucho afecto, entonces no te sientas como una tercera persona entre nosotros. ¿Qué dices, Juan? —Apeló a su hermano.

—Me da igual, —contestó fríamente el joven, encogiendo los hombros.

—Muchas gracias, Andrés. De todas maneras será mejor que me vaya.

—Te acompaño a la puerta. —Volteó hacia su hermano y dijo—: ¿Me esperas un ratito, Juan?

Los dos salieron sin decir más y solo cuando llegaron al zaguán don Mariano observó:

—Me preocupa ver a tu hermano así.

—A mí también.

—Ten cuidado con él, porque he visto en su ojo una mirada casi de maniático.

—Juan no ha estado bien desde que los chilenos mataron a mi padre. ¡Ojalá que ahora se quede en casa y mi madre lo pueda ayudar!

—Así lo espero, Andrés, —contestó don Mariano con poca convicción.

Con eso se despidieron y Andrés regresó a la biblioteca lentamente y preocupado. No quiso tener un enfrentamiento amargo con su hermano, ni correr el riesgo de una pelea. Forzó una sonrisa e ingresó:

—Bien, Juan. ¿Te puedo servir algo? Solo hay un poco de anís porque los chilenos vaciaron la bodega.

—No gracias.

—¿Has visto a mamá? ¿Ella sabe que estás aquí?



—Todavía.

—¿Quieres que la llame?

—No. Quiero decirte algunas cosas y luego me voy.

—¡No quieres ver a mamá!

—Por lo pronto, no.

—Andrés hizo un ademán de sorpresa y tomó asiento frente a su hermano.

—Ahora, ¿qué hay?

—¿Tú vas apoyar a ese traidor Iglesias?

—No hay por qué hablar en esos términos, Juan. Olvides que Iglesias es el héroe de *El Morro Solar* y que ganó la victoria de *San Pablo*.

—Me importa un bledo lo que haya sido. Pues a mí me interesa lo que es ahora. Es un traidor. —Dijo con un siseo bajo.

—No puedes decir eso.

—Te lo juro, te lo repito, y te lo subrayo, —espetó Juan, aún más venenosamente—. Después de toda la sangre que hemos derramado, después de todos los nuestros sacrificios, y después de todas nuestras humillaciones, él está dispuesto a sentarse con los chilenos y suscribir una paz vergonzosa.

—Juan, entiende lo que quiere el general: que se ponga coto a todo lo que está sucediendo. El pueblo ya no aguanta más. Tanto sacrificio, tanto sufrimiento, tienen sus límites. Casi no hay familia en Cajamarca que no esté llorando por la muerte de sus seres queridos. Mira lo que hicieron los chilenos en el sur, en Chorillos, acá, y en Chota.

—Es precisamente por eso que no podemos hacer las paces con ellos. Tienen que pagar sus crímenes; no salir beneficiados y premiados.

—¡Hazme el favor, hermano! ¿Qué más podemos hacer? No tenemos la más mínima posibilidad de poner un ejército en marcha que pueda derrotar definitivamente a los chilenos.

—¡Mentira! Puga es capaz de hacerlo.

—¡Nuestro querido Dr. José Mercedes! —Andrés se rio irónicamente—. El Dr. Puga puede armar a unos cuantos peones de *La Pauca*. Pero los chilenos los despacharán en dos por tres. Ah sí, morirán heroicamente, no lo dudo, pero morirán. Ya tenemos más que suficientes derrotas heroicas. Lo que hace falta son victorias contundentes y eso, te digo, es imposible.

—Entonces, ¿estás contento con humillarte y aceptar lo que nos impongan los chilenos? ¿Para ti, estamos tan derrotados que ya no hay más que hacer?

Andrés contestó:

—Por supuesto que no estoy contento, hermano. Pero sí, soy realista. Reconozco una situación que parece que tú no reconoces.

—No acepto que estamos derrotados. Los derrotados son los cojudos políticos que nos condujeron a dónde estamos ahora, y los líderes como Iglesias, que no quieren seguir luchando. Yo no soy uno de ellos. Yo sé que una buena fuerza guerrillera puede ganar a los chilenos. Nos costará tiempo y nos costará lágrimas y sangre, pero se lo puede hacer.

—Y ¿esto es lo que propone el Dr. Puga?

—Precisamente.

—Sí, habrá lágrimas y sangre, pero por el resto, no estoy tan seguro.

Juan se paró y dijo con mucha serenidad a su hermano:

—Andrés, yo vine acá con el propósito de invitarte a venir con nosotros; a pedirte que pongas nuestra hacienda de *Santa Ana* a nuestra disposición. Pero veo que es inútil porque estás vendiendo nuestro honor por un plato de lentejas: por una paz vergonzosa. Ya no quiero tener parte en ella y sepas que partimos enemigos.

—Juan, por favor, siéntate podemos discrepar, pero no tenemos por qué ser enemigos.

—¿No dijo Cristo: “*El que no está conmigo, está contra mí*”?

—También dijo: “*El que no está en contra de mí, está conmigo*”.

—Tú estás en mi contra. No estás conmigo, Andrés.

—No comparte tus ideas, nada más. Somos hermanos, y podemos ser amigos.

—¿Nada más que mis ideas no compartes? —Contestó Juan amargamente—. ¿No entiendes que, si no compartes mis ideas, no compartes nada?

Andrés vio que era inútil seguir discutiendo y simplemente preguntó sin emoción.

—¿Cuándo te unirás a Puga?

—Cuanto antes.

—¿Te despedirás primero de mamá?

—Mejor que no sepa que he estado aquí.

—¿Iras sin su bendición?

—No quiero herirla.

Con esto dio vuelta, cogió el revólver de la mesa donde la había dejado y salió.

Andrés se quedó un rato, y en su corazón maldijo la guerra que no solo había arruinado el país, sino que había provocado esta honda ruptura en la familia. Pensó: *Si muchos piensan como Juan, iremos a la peor de todas las guerras: la guerra civil.*

\*\*\*\*\*

El almuerzo ese día en la casa de los Miranda fue tenso.

—Juan ha estado aquí, ¿verdad, Andrés? —Preguntó doña Mercedes.

—Sí, mamá, —Contestó él sin mirarla.

—Y ¿por qué no me avisaste?

—Él no quiso que tú supieras de su visita.

—¿Sabes por qué?

—No. Simplemente me dijo que sería mejor que no te enteres de su venida acá.

—Ya me había dicho el viejo Manuel, porque él fue quien le abrió la puerta. Yo fui a la sala para esperar su llegada allí y sentí que mi

corazón se partía en dos cuando lo vi bajar las gradas al patio, y salir dándome la espalda.

—Lo siento, mamá. Así lo quiso Juan.

—¿Y ahora?

—Me ha dicho que se unirá a las fuerzas de Puga.

—Yo pensé que el doctor estaba quieto en su hacienda de *La Pauca*, —intervino Eugenia.

—En su hacienda muy bien puede estar, —contestó Andrés—. Pero quieto no está. Nunca lo ha estado, y nunca lo estará.

—Me da mucho miedo pensar en lo que podría suceder con mi hijo, —sollozó doña Mercedes—. Y no comprendo por qué no quiso hablar conmigo.

—Sospecho que temía que las lágrimas de una madre podrían hacerle cambiar su propósito, —dijo Eugenia.

—Entonces mal tendrá la conciencia. Cuando el apeló a mí para luchar con las fuerzas cajamarquinas contra los chilenos, yo no me opuse. Y si el huye de mí ahora es porque sabe una cosa es luchar contra el enemigo y otra cosa es luchar contra los de la casa.

—Mamá —dijo Andrés—, por lo pronto no hay nada que podamos hacer. Aceptemos que Juan se ha ido y buscaremos la manera de hacerlo volver.

\*\*\*\*\*

El conflicto que había estallado en el corazón de la familia Miranda estalló también entre los familiares de otras casas, y entre familia y familia. Lo que había estado latente desde que un grupo de ciudadanos había firmado el acta del 24 de marzo de 1881 ahora irrumpió en fuego abierto. A Andrés le daba una pena profunda ver como todo había cambiado en menos de dos meses. El 8 de julio Cajamarca entera estaba unida en su entusiasmo para resistir a los chilenos a como dé lugar. Ahora a mediados de setiembre, no había nada más que división u odio. Estaba hundido en estos pensamientos cuando Eugenia entró de golpe en la biblioteca.

—¡Andrés!

.....  
—¿Si, mi amor?

—¡Ven a felicitar a Segunda!

—¿Ya nació su criatura?

—Así es. Es una niña sana y gorda.

Andrés se levantó y siguió a Eugenia que continuaba hablando:

—Imagínate, después de todo lo que la pobre sufrió el mes pasado, la criatura ha nacido sana y buena.

Ingresaron en la habitación donde estaba el resto de la familia, incluyendo a Miguelito y Marujita que se habían encantado con su *hermanita*. Doña Mercedes alzó la criatura en alto y la mostró a Andrés.

—Mira, ¡que rica está esta cholita!

Castinaldo estaba reclinado sobre la cama con un brazo alrededor de Segunda, y con la sonrisa de oreja a oreja, mientras Rosalía se ocupaba en quitar los tachos de agua y las toallas sucias. Como ella siempre tenía que quejarse de algo o de alguien, pegó un grito a Castinaldo

—¡Oye, cholo flojo, no te echés allí como si tú hubieras dado a luz! ¡Ayúdame a limpiar!

—Yo le ayudaré señora, —intervino Enrique Pérez, el chileno que ya se había integrado en la familia de tal forma que nadie podía imaginar cómo se había vivido sin él.

—Mis más sinceras felicitaciones, Castinaldo, —dijo Andrés, acercándose a la cama y tendiéndose la mano.

—Bien habla el hombre, —comentó Eugenia—. Entre ellos se apoyan. ¿Y la pobre Segunda y todo lo que ha tenido que aguantar? Rosalía tiene razón con la queja a su yerno. ¿Quién ha dado a luz, Castinaldo o Segunda?

Andrés la miró sorprendido, pero antes que pudiera contestar ella añadió, tocándose suavemente la barriga:

—Y en algunos meses te estarán felicitando a ti por todo mi trabajo.

—¿Verdad?

—Sí, mi amor, también estoy embarazada.

Andrés saltó con un grito de alegría que provocó a la recién nacida empaparse en llanto.

—¡Oye Andrés! —Protestó su madre—. Mira lo que has hecho. Realmente ustedes los hombres son unos tremendos estorbos cuando hay trabajo serio que hacer, como dar a luz o ayudar a bien morir.

La reprimida cayó sobre su hijo como si fuera agua sobre un pato y el siguió con una expresión de pura alegría. Luego dijo:

—Castinaldo, tenemos que celebrar el nacimiento de... —pausó—. ¿Cómo se llama la niña?

En eso todos los presentes se miraron los unos a los otros como bobos. A nadie se le había ocurrido pensar en un nombre para la criatura. Castinaldo miró a Segunda y ello lo miró a él y, en vez de proponer nombres, se pusieron a reír.

—¿Por qué no la llamamos María Paz? —Intervino Enrique Pérez. Lo miraron sorprendidos y luego aplaudieron la idea.

—Y ¿tú serás el padrino? —Dijo Castinaldo.

Hubo más aplausos. La niña comenzó a llorar de nuevo y luego Andrés llevó a Castinaldo y a Enrique al comedor para brindar por la niña. Tuvieron que mandar a comprar chicha en la calle y se pegaron una tranca de lo más alegre. Escuchando sus risas al pasar por el comedor, doña Mercedes sonrió y pensó: *Por primera vez desde el matrimonio de Andrés hay una alegría en la casa. Gracias a Dios, gracias a la Virgen de los Dolores y gracias a María Paz.*

\*\*\*\*\*

La persona más afectada por la presencia de Enrique Pérez en la casa fue Adelaida. Desde la muerte de su padre y de sus tres amigos, la

muchacha apenas había sonreído. Tanto Andrés, como su madre, sentían preocupación al ver a la chica pálida y flaca, sin mayor interés en nada. Con la llegada del joven chileno, Adelaida comenzó a cambiar. No solo era Enrique servicial y atento, sino también tenía una gracia natural y era buen mozo. Conforme iban pasando los días, Adelaida iba recuperado el ánimo.

—Me alegro ver a Adelaida reponerse un poco, —comentó doña Mercedes a Andrés una tarde después de la comida cuando los dos se encontraban solos.

—Si y creo que podemos agradecer a Pérez por eso.

—Ya lo sé, hijo. Pero también eso me preocupa.

—¿Por qué, mamá?

—¿Qué haremos si se les ocurra enamorarse?

—¡Mamá, por favor! Quique no es más que un humilde campesino, aparte de ser chileno. Imposible que se enamoren.

—En asuntos del corazón, en última instancia no pesan mucho ni dinero, ni clase, ni raza, ni nación. Adelaida ha sufrido golpes tan duros que podrían enamorarse con el primero que le ofrezca un bálsamo para sus heridas.

—Mamá, ella no puede olvidar que eran chilenos los que mataron a mi papá y a los muchachos de *San Ramón*.

—Andrés, créeme, Adelaida probablemente no lo ve a Enrique como a un chileno, sino como a un joven gracioso y lleno de vida. Acuérdate que nosotros mismos no lo vemos como chileno, sino como cualquier huérfano que ha solicitado nuestra ayuda.

—Precisamente por eso estoy seguro que Quique no faltará el respeto a esta familia que tanto lo ha ayudado. Él sabe muy bien que no solo su libertad, sino la vida misma, nos debe a nosotros.

—Por supuesto, hijo, pero si se enamora de Adelaida, nada de eso va a contar.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Sería bueno que lo llesves a *Santa Ana*. Así yo lo había pensado desde que lo recibimos en esta casa. Allí, si Dios quiere, se enamorará de una china del campo y se quedará tranquilo.

—¿Y si no quiere irse?

—Mira, Andrés, —contestó doña Mercedes con un toque de impaciencia—, primero lo llevas contigo, como podrías llevar a Castinaldo, o sea quien sea. Luego, una vez allí, le explicas que por su propia seguridad sería mejor que se quede en ese lugar y no habrá más que decir. Lo que quiero que comprendas es que se debe poner coto al contacto entre Enrique y Adelaida antes que algo serio ocurra.

—Y ¿Adelaida? ¿No se sentirá desganada de melancolía? Francamente lo que más me preocupa es la salud de ella.

—Estoy totalmente de acuerdo, Andrés. Tenemos que incorporarla a reuniones con otros jóvenes aquí en Cajamarca para que se vaya olvidando a sus amigos de antes. Ella es joven y a las jóvenes se las pueda distraer rápidamente.

—¡Ojalá! —Contestó Andrés con escepticismo.

—Es una pena que su amiga Amalia Puga ya no pueda venir...

—¡Por supuesto que no, mamá! Hasta que cambien las cosas, ningún miembro de la familia Puga podrá entrar en esta casa.

—Por eso, hijo. Pero de todas maneras en una pena porque las dos chicas se entendían muy bien.

—Bueno, pena o no, no hay nada que se pueda hacer sobre eso, mamá. Yo llevaré a Quique a *Santa Ana* cuanto antes. De todas maneras, quiero ver con mis propios ojos como van las cosas por allí. Mientras tanto, tú tratarás de invitar a algunos jóvenes a la casa.

—Gracias, Andrés, por haberme comprendido mi preocupación. Como se dice, mejor es prevenir que lamentar. No quiero que pienses que yo no aprecio a Enrique. Desde luego que lo aprecio. Pero tenemos que ser realistas: cada uno es lo que es.

Andrés sonrió ligeramente y miró con cariño a su madre meciéndose en su silla favorita, que felizmente se había escapado de la destructora furia araucana. Recordaba que su padre, a pesar de sus ideas liberales, no quería aceptar cambios hondos en el status quo social y ahora le parecía que lo mismo se podía decir de su madre, a pesar de su profunda y sincera fe cristiana. “*Y si soy honesto conmigo mismo, piensa igual que ambos*”, musitó.

\*\*\*\*\*

Andrés dejó pasar algunas semanas más, y una vez que estaba convencido de que una cierta normalidad iba regresando a la ciudad, decidió realizar la visita a *Santa Ana*, llevando consigo a Enrique Pérez.

—Tienes suerte, compadre, —le dijo Castinaldo—. *Santa Ana* es bien bonita de juro. También hay buenas chinas, —añadió con un guiño—. Lo sé porque he estado ahí varias veces: una vez para la fiesta y la pasé de lo mejor, —concluyó expresivamente.

Enrique sonrió sin decir nada.

—Franco, compadre —continuó Castinaldo—, robas tu china por allí y arreglamos todo con el patroncito Andrés.

—Y ¿si mi corazón ya anda por otro camino?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hay una chinita aquí que me va gustando.

Castinaldo lo miró con incompreensión en los ojos.

—Adelaida, —susurró Enrique.

—¡Oye, no seas cojudo, compadre! Anda, vete a *Santa Ana* y no friegues.

\*\*\*\*\*

Había llovido ligeramente durante la noche antes del viaje de Andrés y Enrique, y el campo brindaba ese olor especial que se percibe después de las primeras lluvias. Todo era fresco y los dos hombres sintieron como si una nueva vida fuera corriendo por las venas.

Los caballos en que iban montados no eran de los mejores porque no quedaba uno bueno en todo Cajamarca.

—Espero que encontremos algunos en la hacienda, Quique, porque este par de bestias da lástima.

—¿La hacienda está lejos, señor Andrés?

—Normalmente lo hacíamos en un día bien jalado, pero creo que con estos animales no lo lograremos. Antes, si íbamos en dos días, nos quedaremos una noche en *Santa Marta*.

—Podemos pasar esta noche allí, entonces.

—No sé cómo será. Me han dicho que tus paisanos la han quemado. Enrique se ruborizó y no contestó nada.

Subían desde el valle de Cajamarca hasta las alturas donde corrían los vientos y los dos hombres también querían hacerlo, pero las bestias no daban para eso.

—No vale forzarlos a los pobres, —comentó Andrés—. Mejor que vayamos a paso lento y que lleguemos, antes que los matemos corriendo acá.

Una y otra chinalinda volaba en la altura, pero vieron pocas señales de vida. Al comenzar la subida pasaron algunas chozas que habían sido quemadas y sus dueños se habían arrinconado en las ruinas a lo mejor que podían. Andrés se sentía un tanto confundido. En cuanto a la naturaleza, todo era bello e imponente, lleno de colorido y de vida, pero apenas pasaban por donde los chilenos habían sentado mano, no se veía otra cosa sino destrucción y muerte.

Como a las cuatro de la tarde llegaron a la última fila antes de bajar a la hacienda de *Santa Marta* y vieron que todo había sido destruido. Las casas yacían sin techo, los corrales estaban con los cercos rotos y cuando se acercaron más veían que los soldados debían haber metido sus caballos hasta en los jardines de la casa hacienda para pisotear las flores. Pasaron un rato para mirar la escena de desolación y fue Enrique que rompió el silencio.

—¿Usted comprende don Andrés, porque tuve que desertar? Ya no soportaba más. Cada vez que nos metíamos en una casa era para destrozar y pisotear las cosas de la gente. Yo me sentía hecho un asco, pero muchos de mis compañeros lo hacían con un gozo desbordante. Si podían poner sus botas sucias sobre los manteles de una mesa lo hacían. Si podían tirar el servicio de porcelana para que se haga añicos, lo hacían. Cuando actuábamos así, yo pensaba en la casita de mi mamá donde ella cuidaba sus bienes con mucho cariño porque éramos pobres y no teníamos gran cosa. Mi madre tenía algunas cosas bonitas, como un mantel de encajes que usábamos los días de fiesta, y un espejo grande. Cuando vi a mis compañeros pisotear manteles o limpiar sus armas con ellos, pensaban que era el mantel de mamá. Cuando los vi romper cuadros y espejos, sentía que era el espejo que nosotros teníamos. Ya no daba para más. No era una persona humana sino un animal, o una fiera mejor dicho. Yo no quiero ser así. No me importa ser pobre, pero sí quiero ser gente.

—Te comprendo, Enrique. Para mí lo que has hecho es lo mejor. Sé que has tenido mucho coraje para desertar, porque supiste que si te cogían te fusilarían, y no tenías ninguna seguridad que nosotros te recibiremos bien.

—La última noche antes de hacerlo, no dormí nada. Hasta tarde había estado con mis compañeros. Algunos estaban molestos porque no habíamos incendiado todo Cajamarca. No habían podido sacar todo el botiquín que querían y esperaban que les vaya mejor en Chota.

—Sí —alegó Andrés con amargura—, les fue mejor. Incendieron toda la ciudad.

—¡Qué bárbaro! —Enrique pausó y luego continuó con su historia—: Estaba allí echado sobre un colchón, tapado con dos frazadas y pensé: mejor que me maten antes de seguir en este plan. Si me agarran me gritarán que soy un cobarde, un desgraciado, un traidor. Yo pensé, prefiero traicionar lo que ellos hacen, y no traicionarme a mí mismo y a mi madre.

—Tú nos dijiste el día que llegaste a la casa que tu madre había fallecido.

—Así me lo han dicho. Siempre pienso en ella: era una mujer humilde, pobre. No sabía ni leer, ni escribir. Pero, me enseñó mucho y era muy buena. Nadie que llegaba a nuestra casa salía de allí sin recibir un plato de comida o un aguadito. Ella se hubiera avergonzado de mí si hubiera sabido que yo había roto las cosas de la gente, que había robado, o que había violado a sus hijas. Cuando yo pensé en todo esto me daba fuerzas para dejar el ejército chileno, y así me deserté.

—Te felicito, Quique.

Ya habían llegado a paso lento a las ruinas de la hacienda. A primera vista parecía que no había nadie, pero un niño se asomó repentinamente y comenzó a gritar. Corrió hacia una choza que tenía todavía algo de techo y de donde se veía una pequeña espiral de humo.

—Seguro que piensa que somos soldados, —comentó Andrés. Se desmontó y fue caminado hacia la choza. Un campesino se presentó en la puerta con ojos desorbitados de miedo.

—Somos amigos, —llamó Andrés—. No tengas miedo. Soy el señor Andrés Miranda de la hacienda *Santa Ana*. En eso vino corriendo el hombre y gritando.

—¡Patroncito! ¡Patroncito!

Tal era su emoción que apenas pudo hablar. Insistió en que Andrés y Enrique entraran en la choza y que se sentaran al lado de la candela donde su mujer preparaba un poco de comida en una olla rota.

Su historia era como las historias de toda la gente que había tenido la mala suerte de vivir donde había llegado el ejército chileno y Andrés sentía nuevas olas de náusea al escuchar de la destrucción y el saqueo de la hacienda.

—Ya no tenemos casi nada, patrón.



Pasaron la noche tal como podían, pero Andrés no pudo dormir y le entró un pánico porque pensaba que quizás había una destrucción en *Santa Ana* igual que en *Santa Marta*. Trataba de calmarse con el pensamiento que seguramente se lo hubiera mandado a decir, porque las malas noticias siempre llegan. Como no había escuchado nada, esperaba que esto fuera buena noticia.

Efectivamente, la tarde del día siguiente vio a los dos hombres descendiendo las últimas laderas con la puesta del sol lanzando sus rayos sobre los pastos verdes de las invernadas, los corrales y los techos intactos del complejo de edificios de la hacienda *Santa Ana*.

—Gracias a Dios, Quique, parece que no ha pasado nada aquí. Vamos bajando antes de que se ponga el sol.

Descendieron lentamente y Andrés sintió no solo alivio al poder llegar a un lugar que no había sido afectado por la guerra, sino le trajo a la memoria su regreso a Cajamarca, a principios del año pasado. Una vez más la pesadilla de la guerra quedó exorcizada y pronto las escenas de la vida cotidiana de la hacienda tenían su propio valor terapéutico.

La hacienda *Santa Ana*, como la casa de los Miranda en Cajamarca, databa del siglo anterior. No ostentaba mayores lujos, pero la casa era grande y cómoda, de un solo piso continuado alrededor de un patio amplio. En el centro de este había un hermoso porotillo donde se amarraban los caballos cuando esperaban la salida de los patrones a cualquier sitio. La capilla era toda una señora iglesia con su torre y campanas. Había oficinas, almacenes, y luego los corrales y los campos. Agrupados cerca de la entrada principal estaban las casas de los peones que formaban una calle que terminaba en un portón grande de rejas de fierro. Tras las habitaciones principales de la casa se encontraba un jardín que ya estaba un tanto desordenado. Había sido un lugar favorito de la abuela de Andrés, pero, desde su muerte, nadie se había preocupado mucho de aquel. La esposa de su tío Felipe criaba sus animales y tomaba interés en las huertas de verduras, pero un jardín lleno de flores le parecía una pérdida de tiempo. Entonces, el lugar tan cuidado de antaño ahora estaba hecho una selva de rosales y hortensias. Para Andrés, en esta ocasión, el jardín era como un Edén, un pequeño paraíso totalmente libre de los acontecimientos del momento y, al segundo día de su llegada, se perdió allí. Entre las masas densas de flores con su fuerte perfume se echó para tratar de ordenar sus pensamientos.

Como *Santa Ana* estaba en plena producción y no había pasado ningún cupo de guerra a los chilenos, tenía almacenadas abundantes provisiones para llevar a los Miranda en Cajamarca. Su tío Felipe ya había indicado anoche, con su parca y taciturna manera, que no tenían de qué preocuparse: el continuaría como siempre frente a la hacienda y aseguraría un ingreso económico para toda la familia.

—Muchas gracias, tío, —había contestado Andrés—. Por supuesto, eso es un gran alivio para mí. Tendremos que hacer unos gastos en Cajamarca para reparar los daños que hicieron los chilenos y quiero estar seguro que habrá comida.

—No te preocupes, sobrino, las cosas seguirán como antes.

Andrés sentía un fuerte anhelo que las cosas siguieran como antes. El pasado había tomado los tintes del paraíso perdido, y quería, a todo trance, recuperar lo que había gozado de niño y joven. Se daba cuenta de la seguridad que había tenido su vida, aunque podía haber sido monótona, era reconfortante. Esto de vivir de zozobra, de tener que optar por esta posición política o por aquella ya lo tenía nervioso. Más y más apreciaba como había vivido su padre y se daba cuenta que él mismo era una astilla de aquel palo. Echado aquí entre las flores, Andrés veía al difunto don Lizandro como un símbolo de estabilidad y serenidad. Aunque Andrés no se daba cuenta, se encontraba ante el dilema que había caracterizado a Cajamarca desde hacía mucho tiempo: ser la cuna de aspiraciones contradictorias, algunas jalando hacia adelante y otras hacia atrás. El que había sido un entusiasta para ser moderno e ir a Lima a estudiar y encontrarse en la vanguardia de las ideas, ahora miraba más hacia atrás. Anhelaba la seguridad del antaño, y sentía que dentro del conflicto de los dos patriotismos luchando entre sí: el de su hermano Juan que quería seguir resistiendo a los chilenos, a costa de todo, y el del General Iglesias, era este último el que mejor la ofrecía.

Después de un largo rato oyó voces discutiendo y se prestó para escuchar de qué se trataba.

—Te lo digo, tío. Yo tengo aquí tanto derecho como tú o Andrés, y voy a llevar lo que hace falta a mi gente.

—Sobrino, la hacienda pertenece a la familia. Yo la trabajo para toda ella y no para uno u otro miembro. Quiero que me comprendas; la producción que hemos sacado es para dar de comer a tu madre y a tus hermanos en Cajamarca. No es para dársela a un grupo de *Montoneros*, por más amigos tuyos que sean.

—Mira, tío, yo no he venido a discutir. Me das lo que mi gente necesita por las buenas, o lo tomaremos por las malas.

—¡No puedes hacer eso, Juan!

—¿Quieres probarme?

—Y ¡si yo me opongo!

—Si es necesario, tío, te mato.

—Lo terrible es, muchacho, que de veras creo que no me estás mintiendo. Te has vuelto completamente loco y serás capaz de cualquier estupidez.

—¿Es una estupidez luchar por la Patria?

—Yo no veo nada de luchar por la Patria, sino solo vagar y atemorizar a la gente que quiere trabajar. Si tú y tus *Montoneros* quieren tener comida, prodúzcanla pues.

—No seas tonto, tío. Todo ejército siempre ha cobrado cupos para poder luchar. No se puede luchar con la barriga vacía.

—Estamos hablando de tus *Montoneros*, un grupo de vagos y ladrones. No estamos hablando de un ejército.

—Mi gente es parte del ejército bajo el mando del Dr. José Mercedes Puga, que es el jefe supremo del norte.

—¿Desde cuándo? El único jefe aquí en el norte es el General Iglesias y el Dr. Puga se fue a su hacienda desde hace tiempo.

—Ya no. Desde que Iglesias lanzó su grito traicionero lo hemos elegido al Dr. Puga en su lugar.

—¿Cuándo?

—Hace poco, en Bambamarca.

—Las noticias que han llegado acá nos dicen que el General Iglesias ha llamado a elecciones y que se va a instalar una Asamblea en Cajamarca con poderes extraordinarios.

—Y ¿tú piensas que vamos a reconocer a una pandilla de traidores?

—Juan, yo no sé qué vas a hacer. Yo soy un agricultor y he pasado mi vida sembrando y criado animales. No sé nada de la política, ni me interesa porque parece que solo nos trae problemas y dolores de cabeza.

—¡Vaya! Mi padre vivió enterrado en su biblioteca y tú vives enterrado aquí.

—Enterrados o no, mi hermano Lizandro producía ideas y yo produzco de qué comer. Tú, ¿qué produces?

—¡Basta de discutir, tío! Ya te he advertido que necesito comida y acémilas. Vendré con mi gente dentro de pocos días y pobre de ti si no están listos. ¿Entendido?

—Entendido, —contestó don Felipe, resignadamente.

Andrés escuchó los pasos de los hombres retirándose, pero se quedó entre las hortensias un buen rato. Tenía la impresión que Juan no sabía que él estaba en *Santa Ana* y pensaba que sería mejor que no se entere.

Se estaba oscureciendo cuando Andrés regresó a la casa y se encontró con su tío en el corredor, sentado en una mecedora y fumando su pipa. Lo saludó y lo vio preocupado.

—¿Algo pasa, tío? —Preguntó.

—No. Nada. ¿Por qué?

—Pareces preocupado.

—La hacienda siempre da preocupaciones.

Como, obviamente, no quería decir nada sobre la llegada de Juan, Andrés preguntó:

—¿Llegan muchas noticias aquí, tío, de lo que sucede en Cajamarca?

—Casi nada sobrino. Antes no faltaban viajeros que nos traían las últimas novedades. Pues, ahora con varias haciendas destruidas y los caminos tan peligrosos, casi no pasa nadie. Tú eres la primera persona que llega aquí en semanas.

—¿No te da miedo vivir tan aislado?

—Antes no, pero ahora las cosas están cambiando demasiado. Además, hay algo importante que quiero conversar contigo.

—¿Qué es?

—La necesidad de armar a los peones para defender la hacienda. Hay esto de los *Montoneros* del Dr. Puga. Ellos creen que tienen el derecho de robar lo que quieren. Con toda franqueza, no los entiendo. ¿Qué diferencia hay entre ellos y los chilenos? Cuando escuché de lo que los chilenos habían hecho en *Santa Marta* me fui allá y te lo digo sobrino, me senté y lloré al ver tanta maldad y tanta destrucción. Pero, en fin, eran los chilenos que lo hicieron y de ellos nada bueno se puede esperar. Ahora merodean los *Montoneros*, y ellos son peruanos que quieren hacer lo mismo. —Pausó, saco la pipa y la vació al suelo. Miró a Andrés un instante y luego bajó la vista.

Andrés tosió, como para tener coraje y luego dijo:

—Tío hablemos claro. Te ha visitado Juan, ¿sí o no?

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve en el jardín y los escuché.

Don Felipe se puso colorado y dijo en voz baja:

—Sí, ha venido Juan. No quise que tú supieras porque me parecía que iba a haber un problema más para ti.

—Yo sé todo de Juan. Está con el Dr. Puga y sus *Montoneros*.

—Y quiere que yo le entregue víveres y caballos de la hacienda.

—Así escuché. Además, él ya ha estado en Cajamarca y me propuso la idea de hacer de *Santa Ana* una base montonera.

—¿Por qué tiene que venir acá y fastidiarnos?

—Tío, para Juan la guerra sigue, y no caben más sino aliados y enemigos. No hay lugar para los neutrales. Así me lo ha dicho a mí. Me ha preguntado si estoy a su favor o estoy en su contra. Ni siquiera a mí, su hermano, me permite prescindir de una decisión.

—¿Y estás a su favor o en su contra?

—No estoy a su favor porque creo que el General Iglesias tiene la razón. Yo he luchado bajo las órdenes de Iglesias. Sé que no es un cobarde, sino un caballero de alto honor. Soy amigo, como lo fue mi padre, de su cuñado don Mariano Castro Zaldívar, que comparte plenamente las ideas del general. Ellos abogan por la paz, aunque sea una paz humillante para nosotros, porque ya no podemos hacer más.

—¿Y Juan quiere a todo trance continuar la guerra?

—Así es, tío.

—Entonces, como te dije enantes, si queremos proteger la hacienda tenemos que armar a los peones. No hay otra manera.

—Estoy de acuerdo. Pero primero sacaremos cuanto podamos y lo llevaré a Cajamarca mañana mismo si es posible.

—Creo que sí.

—¿Me prestarás algunos peones? Quiero dejar al chileno Enrique aquí.

—Como gustes. Parece ser un buen muchacho.

—Sí lo es, pero por su propio bien estará mejor aquí y no en Cajamarca.

—Y si vuelve Juan y sus *Montoneros* ¿qué haré con el chileno?

—Escóndelo, porque Juan ha jurado a matar cuanto chileno que pueda.

Al día siguiente hubo una actividad frenética en la hacienda desde antes de la madrugada, con los peones llenando grandes costales de granos y papas y cargando las acémilas. Apenas comenzaba la luz del día a teñir los picachos de los cerros cuando la caravana estaba lista para salir rumbo a Cajamarca. Don Felipe asignó a algunos peones jóvenes para que acompañaran a su sobrino como escolta.

—No están bien armados, Andrés, pero es lo mejor que puedo hacer por el momento.

—Ya, gracias, tío.

Cuando todo estaba listo, Andrés llamo a Enrique y le dijo:

—Quique, tú te quedarás aquí.

—Pero, patrón... —comenzó el chileno.

—Nada de peros.

La noticia golpeó a Enrique porque hasta ese momento no le había dicho nada sobre quedarse en *Santa Ana*. El comentario de Castinaldo lo había tomado como broma, pero ahora veía que la cosa iba en serio y él quería regresar a Cajamarca. Tenía que estar cerca de Adelaida y en desesperación dijo:

—Patrón, yo soy soldado y sé manejar armas. Sería mejor que le acompañe.

—Andrés reconoció el valor del argumento. Además, vio que Quique estaría en peligro si Juan regresaba pronto a la hacienda, entonces asintió de mala gana. No había más tiempo que perder y se despidió apresuradamente de su tío.

—Hasta pronto, tío.

—Que te vaya bien, Andrés.

—Gracias.

—Muchos saludos a tu madre y dile que haremos todo lo posible para mantener a *Santa Ana* en plena producción.

—Bien, así le diré.

—Y no te olvides de las armas. Tenemos que defendernos.

—No te preocupes.

Se dieron un fuerte apretón de manos y los dos sentían pena al tener que separarse tan pronto. Desde la visita que Andrés había realizado con su padre en setiembre de 1881, una amistad y un aprecio mutuo había creído entre los dos. Andrés comprendía que su tío era parecido a su padre en muchos sentidos, aunque aparentemente estuvieron a leguas de distancia. Había optado por una vida al margen de la política después de una amarga experiencia de ella. También, como su padre, su tío se había encontrado involucrado en ella de nuevo contra su

voluntad. Lizandro ya había dado su vida y Andrés temía algo parecido podría pasar con su tío si los *Montoneros* seguían activos en la zona.

\*\*\*\*\*

Era un día hermoso y la caravana avanzaba lentamente. Cada uno de los hombres que la acompañaban guardaba silencio y se ocupaban con sus propios pensamientos. Una vez que llegaron a la jalca, el viento corría y cantaba en el ichu que brillaba como plateado bajo el sol. El paisaje se abría y se veían los picachos rocosos como cataratas de piedra creadas por algún movimiento telúrico original. Aparte del ichu no había ninguna señal de vida y por eso era un paisaje extrañamente estéril. Después de varias horas, la amplia planicie se iba angostando y los viajeros entraron en un desfiladero estrecho donde solo había rocas amontonadas.

Fue allí que los *Montoneros* los esperaron. No hubo ninguna posibilidad de resistir. Eran cincuenta *Montoneros* bien amargados contra los diez peones, más Andrés y Enrique, que acompañaron las acémilas cargadas. Viendo la situación, Andrés ordenó a su gente a rendirse. No quiso derramar sangre inútilmente.

Su hermano se acercó con una sonrisa fría.

—Así pensabas fregarnos, Andrés, —comentó.

—Pensaba en mi madre y en mi familia en Cajamarca.

—Mala suerte para ellas, Andrés. Yo y mi gente necesitamos estos víveres y las bestias. Aquella acémila de ti y las de tus peones también.

—¿Qué es esto, Juan? ¿Un asalto?

—Me importa un bledo lo que se llame. Desmonta.

Andrés miró un momento a su hermano que tenía su revólver en la mano y supo que no dudara un instante en apretar el gatillo. Desmontó.

—Ordena a los demás que hagan lo mismo, —dijo Juan.

Andrés dio el orden con una cólera que la estrangulaba.

—¿Este es el chileno? —Preguntó Juan, indicando a Enrique.

Andrés ya sentía que la sangre se enfriaba. Un pánico lo invadió y dijo.

—Ha desertado del ejército enemigo. Ya no es chileno.

—No tan fácilmente puede el tigre despintarse las rayas, hermano. Nació chileno y morirá chileno. —Volteó la cabeza y miró a unos de sus hombres.

—Pedro, ven y mata a este animal chileno.

—¡No, Juan! —Gritó Andrés— ¡No puedes hacer esto! —Agarró a Enrique para protegerlo.

—Déjalo, Andrés o te matarán a ti también.

—Juan, ¡por favor, no hagas esto! Lleva toda la comida, lleva nuestros caballos; lleva todo lo que quieras, pero no mates a Quique.

—Ya es *Quique*, —dijo Juan en tono de mofa. Su voz se enfrió en seguida—. Ahora lárgate del cojudo chileno. —Alzó su mano.

—¡Nooo!

—¡Fuego!

El *Montonero* Pedro disparó y Enrique se desplomó a tierra.

—¡Remátalo!

—¡Por Dios, Juan! —Gritó Andrés, que se había caído con Enrique.

—Los chilenos remataron a mi padre y yo he jurado rematar a cuantos chilenos que encuentre. —Volteó hacia Pedro— Hazlo con tu machete.

El *Montonero* obedeció la orden. Limpio su machete en el ichu y, sin más, el grupo juntó las asimilas cargadas y se fue, dejando a Andrés todavía tendido en el suelo con Enrique, y los peones aterrorizados mirando.

\*\*\*\*\*

En octubre se llevaron a cabo las elecciones organizadas por el General Iglesias y se anunció que la Asamblea elegida se reuniera el 25 de noviembre en Cajamarca. Como la puntualidad no es exactamente una virtud nacional, la Asamblea se instaló con un mes de retraso, el 25 de diciembre.

Por estar don Mariano Castro tan comprometido con esta empresa de su cuñado, él no tenía mucho tiempo para visitar a los Miranda, aunque hacía un esfuerzo especial de cuando en cuando porque estaba muy preocupada por Andrés.

Desde el día que había llegado el grupo de los peones de *Santa Ana* cargando el cadáver de Enrique Pérez, y casi jalando a Andrés, este último se había sumergido en una honda depresión. No le cabía en la cabeza por ningún lado lo que había hecho su hermano:

—Quique era un muchacho tan bueno, tan humilde y sencillo. Había mostrado que no quería tener parte de las fechorías de sus paisanos y simplemente porque nació en Chile, Juan tuvo que matarlo. ¡Semejante brutalidad no tiene nombre! ¿De dónde ha brotado esta crueldad en mi hermano? Somos de la misma sangre, somos de carne y hueso iguales, y no comprendo cómo podría ser tan salvaje.

El efecto de la muerte de Enrique sobre Adelaida fue simplemente catastrófico. Aunque la chica no se había dado cuenta plenamente de que se estaba enamorando del joven chileno, ahora que estaba muerto reconocía los sentimientos que tenía en el corazón. No quería ver a nadie, y cuando su madre sugirió que podía invitar a algunos jóvenes para tocar música, Adelaida le miró con los ojos fantasmales y le dijo:

—Mamá, ¿cómo quisiera que yo jalara a más jóvenes a la muerte?

—¿Qué quieres decir con eso, hija?

—Tú sabes que todos los jóvenes que han estado a mi lado han muerto. Ya no quiero que venga ninguno más porque el también morirá pronto.

—No hables así, Adelaida.

—Pero así es, mamá.

Al mismo tiempo doña Mercedes tenía que sacar fuerzas para ayudarle a Andrés. Tenía miedo que se podría quebrar y, a la vez, compartía la misma incomprensión con respecto a Juan.

—Si tú eres hermano de Juan, Andrés, recuerda que yo lo llevé en mi vientre. Yo le di la vida.

—Era tal alhaja cuando era muchacho, mamá, —dijo Andrés llorando—. Era alegre, despreocupado, hasta casi irresponsable. Siempre se reía. Las chicas lo buscaban y siempre tenía una gracia o un chiste a flor de labios. Tocaba la guitarra, cantaba. ¿Y ahora? Ahora mamá, se ha convertido en no sé qué clase de monstruo.

—No tienes que decirlo, hijo. Demasiado bien lo sé.

Había momentos en que Mercedes Espinach sentía que ya no podía resistir más: la muerte de Lizandro, el saqueo de la casa, y ahora la locura de Juan y la depresión de Andrés y Adelaida. Entraba de cuando en cuando en su oratorio donde se le venían las palabras que había escuchado cantar y las monjas tantas veces en los oficios por los difuntos: *“De profundis clamavi, Domine”*. De verdad sentía que se hundía y que solo Dios la podía salvar. Y aún aquí en el oratorio, en este lugar sagrado, donde había suplicado la bendición de Dios y la Virgen Santísima para su esposo y sus hijos, había algo que laceraba su corazón cada vez que levantaba los ojos al retablo sobre el altar. La hornacina central, donde antes había una imagen pequeña de la Virgen de los Dolores, estaba vacía. Rosalía le había contado que el día antes de que se fueran los chilenos de la casa, el oficial Lagos había cogido la imagen diciendo:

—Creo que a mi madre le gustaría esta Virgen. Ella es bastante devota y le vendrá muy bien.

—*¡Ojalá que mi Madrecita ablandara el corazón de aquel joven!* — Pensaba doña Mercedes cada vez que miraba la hornacina vacía. Pero a pesar de la ausencia de la imagen, Doña Mercedes encontraba consuelo y sosiego en este lugar. Aquí se fortalecía su fe y aquí lograba las fuerzas necesarias para seguir luchando contra la adversidad.

Felizmente, poco a poco los ánimos de Andrés se nutrían de la firmeza que veía el en su madre y una noche, mientras doña Mercedes elevaba sus plegarias a Dios y a la Virgen, Andrés en la cama al lado de Eugenia, acariciaba suavemente su barriga:

—Déjame sentir la vida creciendo allí. No sabes cuánto quiero ver a nuestra criatura.

—A mí me da miedo que nazca, —contestó Eugenia.

—¿Por qué, mi amor?

—¿A qué mundo va a venir? Imagínate si es varón, podría ser otro Quique. Creo que me volvería loca saber que habían matado a mi hijo como mataron a Quique. Y me volvería aún más loca si mi hijo resultara como su tío Juan.

—Sé exactamente lo que sientes, Eugenia, pero nuestro hijo ya está en marcha y tenemos que crear el mejor mundo que podamos para él.



Por eso ahora quiero sentirlo en tu barriga. Quiero que sepa que estoy pensando en él, que lo amo y que haría todo lo que pueda por él.

Eugenia se acercó más a Andrés abrazándolo:

—Tengo miedo. No sé cómo he logrado pasar estos últimos meses. Tengo miedo que el odio que se va sembrado entre nosotros no va a terminar. Sabes cómo están algunas familias ahora en Cajamarca, reducidas a la miseria. Los Zúñiga que tenían la hacienda *Santa Marta* no saben qué hacer para sobrevivir. Ayer no más encontré a doña Georgina y no puedo creer cómo se ha envejecido, la pobre. ¿Te acuerdas de ella en aquella fiesta del Año Nuevo?

—Sí, creo que hice un comentario sobre los diamantes que lucía.

—Ella misma, —Eugenia se rio ligeramente—. Dijiste que parecía una unsha, y que no tenía donde colocar una joya más.

—Y ¿ahora?

—Ha perdido todo. Con las justas salvó su casa aquí en la ciudad pagando un cupo fuerte. Allí se fueron las joyas por supuesto. Luego vino la destrucción de la hacienda, porque los chilenos dijeron que era un centro de los *Montoneros* del Dr. Puga.

—Sí, mi amor, destruyeron todo. Una familia que todavía vive allí me dijo que habían incendiado los graneros y almacenes de comida y en la casa repitieron de lo Chorrillos y de acá.

—¿Cómo van a levantar los Zúñiga eso de nuevo?

—No tengo idea.

—Ya son mayores. Perdieron un hijo en el combate de *Angamos* y el otro en *El Morro Solar*. Solo les queda una hija y ¿quién va a querer casarse con ella si ya no tiene nada? Gracias a Dios que hemos escapado a lo que ha sucedido con ellos.

—Mira, Eugenia, es temprano para cantar victoria. Juan nos quitó la comida que traíamos de *Santa Ana* y yo sé que él quiere usar la hacienda como una base de los *Montoneros*.

—No debo decirlo, Andrés, pero creo que comienzo a odiar a Juan. Tú y tu madre dicen que es bueno, pero para mí es malo.

—No digas eso de Juan, Eugenia.

—Muy bien, lo sé qué no lo debo hacer, pero ya ha pasado la raya. Yo no puedo perdonarlo por lo que hizo con Quique. No tiene nombre. Quique era un buen muchacho.

—Estoy de acuerdo, pero para mí Juan lo mató porque no estaba en sus cabales. Él también, en el fondo, es bueno.

Eugenia se puso a llorar suavemente, repitiendo:

—Tengo miedo, Andrés, tengo miedo.

Se abrazaron fuertemente.

—Protégeme de Juan y de todos los locos que andan sueltos matando, violando, y destruyendo.

—Ya, ya, mi amor, no te preocupes. Yo te voy a proteger a ti y a nuestra criatura también.

Doña Mercedes se puso de pie en el oratorio después de haber estado arrodillada un bien rato. Sentía como si una fuerza nueva corría por su cuerpo. Se persigno y salió.

\*\*\*\*\*

Justamente en esos días pasó don Tomás Romero y Flores por la casa. Llegó de noche, de modo furtivo. Dijo que había estado con Juan y que traía una carta para doña Mercedes.

—Yo no quiero que nadie sepa que estoy aquí en Cajamarca y espero, señora, aunque ustedes sean partidarios de Miguel Iglesias, me sepan respetar como mensajero de su hijo.

—Don Tomás, esta es una casa peruana. En ella es bienvenido todo cajamarquino y todo peruano de buena voluntad. Es más, están bienvenidos todas las personas de buena voluntad, sea cual sea su procedencia. Por favor, tome usted asiento mientras leo la carta de mi hijo. ¿Quizá le pueda servir algo?

—Muchas gracias, doña Mercedes, siempre he sabido que es usted una dama en el sentido pleno de la palabra.

Le trajeron chocolate y pan a don Tomás que se sentó al filo de una silla en la sala. Doña Mercedes le pidió disculpas, abrió la carta y se puso a leer:

*Querida madre:*

*Que estas cuantas líneas te encuentro gozando de buena salud por el favor de Dios y la Virgen.*

—“*Todavía el joven invoca a Dios y la Virgen*”, —pensó.

*Seguramente mi hermano Andrés te habrá contado de un deber doloroso que tuve que cumplir: me refiero no solo a la necesidad de llevar una cantidad de comida y algunos animales para aprovisionar a las fuerzas para luchar por la plena libertad de nuestra amada Patria, sino también a la obligación de purgar del suelo cajamarquino a un individuo chileno que ustedes habían cobijado. Madre, no puede haber paz, no puede haber alegría, hasta que se haya limpiado totalmente el Perú de todos aquellos que lo han hollado. Hay hombres políticos y hombres militares que son indignos de la nacionalidad peruana. Pero también hay gusanos que se meten hasta en el seno de nuestras familias con el propósito de corromper y carcomer nuestro honor y nuestra dignidad. Sus crímenes solo pueden lavarse con su propia sangre. Créeme madre que te quiero más que todos mis hermanos porque sé cuán alto llevas el amor a la Patria. Para ti no puede haber componendas con el diablo y el enemigo. Por eso me dirijo a ti con la plena confianza que me comprendas. No pido ningún perdón porque no he cometido nada que requiere de él. He actuado con honor y con hondo patriotismo.*

*Me despido afectuosamente.*

*Tu hijo, Juan.  
¡Qué viva el Perú!*

Doña Mercedes puso el papel sobre la mesa y agachó la cabeza sobre la mano izquierda.

Don Tomás la miró y luego preguntó:

—¿Habrá una respuesta, señora?

—Sí, no... no sé, —contestó ella—. Tengo que pensar bien qué decir a mi hijo.

—Lamentablemente yo tengo que salir dentro de una hora, señora. Si usted desea mandar algo, me lo puede alcanzar en mi casa, como está cerca...

—Muchas gracias, don Tomás.

—Entonces señora, con su permiso me retiraré. He venido para atender un asunto urgente.

—Siga no más. —Se levantó para escoltar a su visitante a la puerta, Pero él insistió en que no se molestase:

—Yo saldré por mi cuenta, no se preocupe.

—Muchas gracias y muy buenas noches.

—Buenas noches, señora. —Besó su mano y salió de la sala.

Ella, por su parte, cogió la carta de su hijo y se fue a su salita apresuradamente para escribir una respuesta. Comenzó y luego botó el papel. Comenzó de nuevo y de nuevo lo botó. Fue al quinto intento que lo logró escribir escuetamente:

*Querido hijo:*

*Sabes que te amo muchísimo. No comprendo lo que has hecho, pero te encomiendo a Dios y siempre soy tu madre.*

*Un beso*

*Mercedes Espinach viuda de Miranda.*

Mandó la nota con el viejo Manuel a la casa de don Tomás Romero y Flores.

\*\*\*\*\*

—Ahora don Miguel Iglesias es el Presidente Regenerador de la Republica, —comentó Andrés a Castinaldo, cuando llegó la noticia de esta elección realizada por la Asamblea reunida en Cajamarca.

—Así es pué, contestó Castinaldo mecánicamente—. ¿Ya habrá paz, patrón?

—No tengo idea. A que sepa yo, nadie reconoce este gobierno y de lo que me han contado, el general dio un discurso en que atacó a los políticos y militares peruanos que él considera culpables por la situación en que nos encontramos. En eso, sigue lo de siempre, atacar a los nuestros y no a nuestros enemigos.

—Yo no entiendo nada de estas cosas, señor, dejuro.

—Yo tampoco, Castinaldo. ¿Cómo está Segunda?

—Ahora está muy bien y María Paz se hace más chaposita cada día.

—Hablar de ella lo hizo pensar en el chileno Enrique que le había dado ese nombre y que iba a ser su padrino. ¿Patroncito?

—Sí.

—Quería preguntale si usted y su dignísima madre serían los padrinos de mi criatura. ¿Recuerde esté que iba a ser Quique, por haber escogido

su nombre y luego...? —Su voz bajó y las palabras quedaban deshilachadas.

—¡Por supuesto, Castinaldo! Será un placer. Comprendo lo que sientes. Todos hemos sentido lo que sucedió con Enrique.

El bautismo se llevó a cabo pocos días después y la niña protestó a gritos cuando el sacerdote derramó el agua sobre su frente y dijo:

—*María Paz, Ego te baptizo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Cuando salieron del templo de San Pedro la lluvia caía a cantaros y doña Mercedes observo:

—¡Ojala que esta lluvia lave a Cajamarca de todas sus manchas!

## VIII

El viejo Manuel introdujo a don Mariano Castro, acompañado por otro caballero, en la biblioteca de la casa de los Miranda. Don Mariano saludó a Andrés, presentó a su acompañante, don Julio Hernández, diputado en la Asamblea y añadió:

—Vengo a despedirme, Andrés. Me voy mañana a Lima como comisionado para tratar con el enviado chileno, Jovino Novoa, lo concerniente al problema de la paz.

—¿Chile ya reconoce al gobierno del General Iglesias?

—Todavía las cosas no son muy claras, Andrés. Los chilenos tienen al Dr. García Calderón preso y han estado tratando con él. Parece que él no está dispuesto a ceder en nada a las demandas araucanas y además no cuenta con nadie acá ahora. Por supuesto, Montero y Cáceres están furiosos con mi cuñado, pero seamos francos, ¿qué ha hecho Montero?

—No mucho, me parece.

—Siempre hemos dicho que hay que tener cuidado con él. No es de confirmar, —intervino Hernández.

—¿Y Cáceres? —Preguntó Andrés.

—El General Cáceres es harina de otro costal, —asintió don Mariano—. Es el único que ha logrado una acción bélica exitosa contra los chilenos, pero yo no estoy convencido que logrará su propósito de quitarnos de encima al enemigo. Les damos a los chilenos un golpe por allí y vuelven a aparecer por otro lado. No, Andrés, el país está demasiado postrado para poder enfrentarse bélicamente a los chilenos. No nos queda más remedio sino hacer la paz.

—¿Y la Asamblea acepta eso?

—Mire, señor Miranda —dijo Hernández— creo que yo puedo decir que mi punto de vista es aquel de la Asamblea. ¿Es posible la continuación de la guerra con buen éxito hasta vencer a Chile? No. ¿Puede soportar el Perú un año más la situación lamentable que los desastres le han creado? No. ¿La resistencia obcecada e inerte tendrá otro fin de la conquista u ocupación indefinida de nuestro territorio? No. Luego no queda más camino para la salvación del Perú que el de la marcha a la única paz posible, a la paz inmediata.

—Me preocupa —contestó Andrés— que mientras se haga la paz con Chile se ahondara más la guerra entre nosotros mismos.

—Cuando se haya arreglado con Chile ya no habrá motivo para estar peleando entre nosotros, —dijo don Mariano—. Todo esto de los

*Montoneros* ha surgido porque Puga no está de acuerdo con el General Iglesias sobre los términos de la paz. Cuando la paz está firmada, ya lo hecho, hecho estará, y no habrá más que hacer.

—Me gustaría compartir tu optimismo, Mariano.

—Con pesimismo no vamos a lograr nada, señor Miranda, —intervino el diputado Hernández.

—De acuerdo. Solo temo que todavía nos quede largo trecho para caminar por estas cañadas oscuras en que nos encontramos.

—Bueno, Andrés, yo voy hacer lo que esté en mi poder para conciliar un tratado de paz cuanto antes, —dijo don Mariano—. Espero interesar a José Antonio Lavalle para que nos acompañe en la negociación.

—Y ojalá que tenga más éxito que él tuvo cuando se fue a Chile para tratar de evitar la guerra en '79, —observó Hernández.

—Mariano, seguramente quisieras despedirte de mi madre, —interpuso Andrés—. La llamaré.

—Muchas gracias, sería imposible irme a Lima sin despedirme de ella.

Mientras Andrés se fue en búsqueda de su madre, don Mariano comentó al diputado Hernández:

—Una gran mujer doña Mercedes. No escatimó en nada que su marido y sus dos hijos vayan a la guerra. Supo sobrellevarse cuando falleció mi gran amigo Lizandro Miranda. Y ahora tiene el problema que su hijo menor se ha juntado con Puga y sus *Montoneros*.

—Entonces, el joven está fuera de ley.

—Sí, según lo que ha determinado la Asamblea.

—En ese caso ojalá que no lo capturen.

La conversación fue interrumpida por la llegada de doña Mercedes y Andrés. Don Mariano pensaba que era aún más hermosa como viuda vestida de negro con un collar de encaje blanco que cuando se vestía de colores. Avanzó y besó la mano, seguido por el diputado.

—Me dice Andrés que nos dejes, Mariano.

—Así es, pues, Mercedes.

—Te vamos a extrañar, —dijo, sentándose e invitando a los señores que hagan lo mismo.

—Espero que no sea por mucho tiempo. El general me ha pedido que vaya como uno de los comisionados para concretar los términos de la paz.

—¡Ojalá me no sean demasiado duros!

—Haré todo lo que está en mi poder para suavizarlos —contestó don Mariano sinceramente.

—Aunque ustedes seguramente pensarán que una mujer de su casa, como yo, nada sabrá de política, debo confesar que tengo mis opiniones sobre todo lo que ha sucedido.

—Cuéntanos, por favor, —dijo don Mariano—. No podemos negar que las damas también juegan un papel importante en la historia, como la actual Emperatriz Tze Hsi de la China.

—De lo poco que sé sobre ella —respondió doña Mercedes con una mueca—, es inescrupulosa como ella sola, pero lucha tal como pueda para salvar a la China de los europeos voraces. Y creo que ellos son realmente los culpables de esta guerra que hemos sufrido con Chile, sobre todo los ingleses, que también son la causa principal de las desgracias de la China.

—El armamento del ejército chileno es de fabricación alemana, mama —ofreció Andrés.

—Eso muy bien puede ir, pero siempre me decía tu padre que la economía chilena está dominada por el capital inglés, y son sus intereses y sus miradas los que están puestos dentro de toda la cuestión del salitre. Ellos quieren que el sur del Perú pasara a Chile para salvaguardar esos intereses. Estoy segura de que si los países poderosos hubieran querido parar la guerra lo hubieran hecho sin problemas. Al fin y al cabo, el almirante francés, Petit Thouars evitó la destrucción de Lima con solo una amenaza. ¿Qué no hubiera podido hacer los países europeos y los Estados Unidos juntos?

—Señora, los Estados Unidos se oponen a la intervención de Francia y Gran Bretaña, porque no quieren que Europa meta las narices en las Américas, y su intervención no nos ha favorecido hasta ahora. Ahí está el problema. No están de acuerdo entre ellos porque sus propios intereses están en conflicto.

—Sí, ellos se miran mal entre sí y han dejado que nosotros peleemos con el país vecino.

—Así es en este mundo, Mercedes, —dijo don Mariano—. Los pequeños sufren y luchan por las causas de los grandes, mientras estos disfrutan.

—Y para poner fin a todo esto —dijo Hernández—, tenemos que firmar una paz que tendrá el precio de ceder una parte del territorio nacional.

—Sí, ahora que Chile ha tomado el sur del Perú, no quiere soltarlo por nada, —dijo don Mariano.

—Pero Mariano, si tú firmas un Tratado de Paz con Chile en que se cede territorio peruano, estarás en contradicción con la Construcción de 1860, y hasta te podrían enjuiciar por la traición a la Patria, —opinó Andrés.

—Tenemos que correr el riesgo, Andrés. ¿Qué es realmente traición a la Patria: hacer un Tratado de Paz en que tenemos que ceder terreno, o seguir luchando como Puga y sus amigos para asegurar que los chilenos nos van a aplastar aún más?

—Estoy plenamente de acuerdo contigo, —intervino de nuevo Hernández—. Para mí, el traidor aquí es Puga, y Mariano es el vencedor patriota.

—No creo que todos vean las cosas así, —contestó Mariano Castro con una sonrisa invernal—. Y durante años en el futuro discutirán sobre lo que voy hacer en Lima.

—¡Bah, Mariano! —Tosió doña Mercedes—. No hay nada más fácil que sentarse en un escritorio en treinta o cincuenta años, con la

seguridad y la paz envolviéndole a uno y criticar lo que nuestra generación ha tenido que hacer. Sigue tu conciencia Mariano y que Dios te acompañe.

—Mil gracias, Mercedes, por esas palabras. Sabía que viniendo a esta casa recibiría un aliento para la tarea difícil que me espera en Lima. Gracias.

La tomó de la mano y después de besar las puntas de los dedos se despidió cortésmente.

\*\*\*\*\*

Mientras don Mariano Castro Zaldívar salía hacia Lima para intentar lograr las paces con Chile en nombre del gobierno del General Iglesias, por las calles de Cajamarca no faltaban los rumores:

- ¡Ya viene Puga a asaltar la ciudad!
- ¡El Coronel Recavarren está en marcha!
- ¡Cáceres mismo viene!
- ¡La paz se ha firmado con Chile!
- ¡Los chilenos todavía no se irán!
- ¡Los chilenos vienen de nuevo a la sierra!

Los Miranda intentaban mantenerse al margen, pero cada salida de Rosalía al mercado traía en cosecha las últimas *dicen que*. En cada visita que las damas hacían a familias vecinas y amigas la conversación giraba sobre lo mismo.

—Ya, Mercedes, no sé qué vamos hacer, —lloraba doña Octavia Zaldívar un día a principios de febrero de 1883—. Creo que no sufrimos tanta zozobra cuando los chilenos vinieron el año pasado.

—Octavia, no nos queda más remedio sino hacer frente a la situación y seguir adelante, —contestó Mercedes Espinach.

—Pero mi pobre Eugenia ya está en el séptimo mes del embarazo y no quiero una repetición de todo lo que tuvo que sufrir Segunda, —suspiró, mirando a su hija—. A mí me preocupan todos estos rumores.

—No te preocupes por mí, mamá, —contestó Eugenia con un intento de sonreír—. Me siento bien.

—Sí, pero si otra vez llegan tropas chilenas a la ciudad, ¿qué estragos cometerán?

—Mamá, de nada sirve preocuparnos ahora. La vez pasada sobrevivimos y si hay *otra vez*, seguramente lograremos a sobrevivir también. Hay tantos rumores: que ya vienen, que ya no, que ya no sé qué... Me parece que lo mejor es mantener la calma y ver qué pasa.

Efectivamente, Eugenia tenía razón porque nada dramático ocurrió en Cajamarca. Agentes de ambos bandos trataban de jalar la opinión pública hacia sus respectivas posturas, pero a la hora de la hora lo que le interesaba a la mayoría de la población era la sobrevivencia, y Rosalía tenía bastante que decir al respecto:



—¡Qué vayan esos ociosos al mercado para ver lo que se puede comparar con unos cuantos soles de cobre! Nada, pues de juro. Ni siquiera si tienes soles de plata o de oro hay gran cosa allí. Ya he escuchado tanto de hacer una paz vergonzosa, de mantener el honor del país, de no rendirnos nunca, y les pregunto si puedes comer el honor, porque algo hay que comer pues, con la paz o sin la paz.

—Tienes sobrada razón, Rosalía, —observó Eugenia.

—Claro que sí, señora.

Al gran alivio de doña Mercedes y doña Octavia, Eugenia pudo dar a luz sin mayores problemas a principios de abril. Fue un día de esos en que no es por nada que se habla de *aguas mil*. La lluvia caía en torrentes y el dormitorio estaba oscuro aún en pleno día, pero todo llegó a su feliz término y la partera pudo poner en manos de una radiante Eugenia un varoncito que hacía bastante bulla y quería su primer almuerzo al instante.

No hubo vacilaciones ni dudas con respecto al nombre de este señor.

—Lizandro, tiene que ser, —anunció Andrés.

—Bien, ahora puedes tomar tus tragos y felicitarte a ti mismo, hijo.

—Muchas gracias, mamá, pero esta vez voy a quedarme con ustedes para admirar a mi hijo. ¡Mi hijo! —Repitió fuertemente y lo recibió en sus brazos.

—Yo recuerdo cuando don Lizandro, su papá, nació, —dijo el viejo Manuel, que estaba de ayudante y había traído el agua y las toallas para la partera—. Eso sí fue toda una fiestaza. Pero este muchachito nace un día en que hasta Dios está llorando a cántaros.

Andrés frunció la frente y luego dijo:

—Puede ser que cuando mi padre nació hicieron fiesta, pero falleció en circunstancias muy tristes. Hoy, mi hijo nace en un día triste, pero les prometo que la vida va a cambiar, y vamos a tener muchos días de fiesta.

Todos aplaudieron, y doña Mercedes añadió:

—Aunque el día afuera está triste, tenemos mucha alegría en nuestros corazones. ¿Saben qué...? —Suspiró con voz de conspiradora—, el otro día logré comprar una pequeña botella de pisco que he estado guardando justamente para esta ocasión.

Más aplausos. Doña Mercedes se fue a su salita y regresó triunfante con la botella, y todos brindaron por el recién nacido. La pequeña María Paz no pudo brindar, pero desde las espaldas de su madre ofreció una sonrisa beatífica.

\*\*\*\*\*

Abril cedió paso a mayo y aunque no hubo mucho ánimo para florecer, por lo menos la naturaleza brindó una alegre fiesta a Cajamarca. Claveles, hortensias, cartuchos y cucardas llenaban los patios de la casa de los Miranda y las otras casonas de la ciudad. Madreselva escalaba por los pilares de los corredores. En las afueras de

la ciudad las retamas y los geranios silvestres salpicaban los cercos de pencas con colores.

Eugenia estaba sentada en el corredor de la casa con el pequeño Lizandro en su cuna al lado. Sobre una alfombra la María Paz gateaba y jugaba. En eso, Adelaida se acercó con un trabajo de bordado en las manos.

—¿Te puedo acompañar, Eugenia?

—Con todo gusto, —contestó su cuñada, feliz de ver a la chica con el mejor ánimo que había mostrado desde el día en que se había enterado de la muerte de Enrique.

—¿Y Andrés?

—Salió con Castinaldo.

—¿Sigue buscando armas para los peones en *Santa Ana*?

—Así es.

—Yo sé que mi padre nos contaba de bandoleros y problemas en campo cuando él era joven. Pero todo eso desapareció y yo me he ido varias veces a *Santa Ana* y nunca hubo nada para provocar alarma.

—Eso fue antes de la invasión y todo este lío entre los *Azules* y los *Montoneros*.

—¿Por qué los llaman así?

—Francamente, Adelaida, no tengo idea. Creo que quizá lo llaman a los que apoyan a Iglesias *Azules* porque llevan uniforme azul.

—Igual que los chilenos.

—Así, es.

—Bueno, sea cual fuere la razón, todo me parece absurdo.

—A mí también. Fíjate, ya vamos con cuatro años de guerra contra los chilenos que han dejado el país por los suelos y todavía hay gente aquí que quiere que de remate nos masacremos entre nosotros mismos. Esto es más que absurdo; es criminal. Yo esperaba que con la paz que don Mariano Castro y el señor Lavalle están negociando ya Andrés podría dedicarse a levantar las fortunas de la familia, pero no. Tiene que estar buscando armas para seguir peleando.

—¿Quién habla de pelear? —Vino la voz de Andrés desde la puerta del comedor.

—Yo, mi amor, —contestó Eugenia, estirando el cuello para ver dónde estaba su marido.

Andrés bajó al corredor y vino caminando hacia las damas.

—¿Has conseguido las armas que buscabas? —Preguntó Eugenia.

—No todas, pero poco a poco estoy juntándolas. —Se acercó, besó primero a su esposa y luego a Adelaida, y tomó asiento entre las dos. Se inclinó un momento sobre la cuna de su hijo. Lizandro estaba medio dormido e inicialmente lo profirió una mirada de sorpresa, que, repentinamente, cambió en una sonrisa amplia. Andrés sintió un profundo contento al verlo. Luego volteó hacia Adelaida para admirar su trabajo.

—¡Qué bonito bordado, Adelaida!

—Quiero hacer un juego completo para las sillas de la sala.

—Me alegro. Gracias a estos esfuerzos la casa va recuperando poco a poco sus aires de antes.

Adelaida sonrió y agachó la cabeza de nuevo sobre el trabajo mientras Andrés volteó su atención a su esposa.

—¿Piensas llevar las armas pronto a *Santa Ana*? —Preguntó ella.

—Todavía. De nada servirá llevar algunas cuantas y luego perderlas en un ataque de los *Montoneros*. Tengo que juntar el número suficiente para poder rechazar cualquier asalto de parte de ellos.

—¿Es verdad que los *Montoneros* son tan salvajes como los chilenos, Andrés? —Preguntó Adelaida con un tono bajo y triste.

—Andrés la miro de nuevo y después de un rato de silencio contestó.

—Creo que sí, Adelaida.

—¿Por qué actúan así?

—Una vez que un hombre se encuentra fuera de toda ley es capaz de cualquier cosa.

—Y ¿*Santa Ana* corre peligro?

—Por lo pronto está efectivamente en manos de Juan y sus *Montoneros*. Como quieren que la hacienda produzca comida para ellos no creo que la vayan a malograr, pero al mismo tiempo nosotros no recibimos nada de la producción. Ese es el problema. Una vez que tenga las armas necesarias, retomaré *Santa Ana*.

—Juan, Juan, Juan, —murmuró Eugenia—. Por lo pronto parece que todos nuestros males radican en él. ¿Por qué no puede dejar de meterse en tanto lío y ayudar a la familia a levantar cabeza?

—Lo trágico de Juan —replicó Andrés—, es que tiene, creo, un ideal noble, y él no se da cuenta que lo están usando. El honor de la Patria y de la Bandera significa mucho para él.

—Y ¿para nosotros, no? —Interrumpió Adelaida

—Para nosotros, también, pero lo vemos de otra perspectiva.

—Para mí —dijo Eugenia enfáticamente—, Juan es un tonto. Yo no veo nada de Honor, de Patria o de Bandera en este conflicto entre los *Azules* y los *Montoneros*, sino sólo un choque de intereses entre hacendados aquí en Cajamarca. Iglesias nunca le pasó a Puga, ni Puga a Iglesias.

—Y ¿qué piensas hacer con Juan allá en *Santa Ana*?

—Por lo pronto dejarlo. No nos queda más remedio. No lo puedo sacar y no hay ninguna fuerza del orden aquí en Cajamarca que valga la pena llamarse así. Tengo que esperar que Juan vuelva a sus cabales y se dé cuenta que es un peón más en juego del ajedrez político.

\*\*\*\*\*

Ya eran los primeros días de julio y Juan llegó cansado a *La Pauca* después de dos días de viaje. Pero el cansancio se le fue con el recibimiento caluroso del Dr. Puga y las felicitaciones por su labor.

—Juan, muchacho, eres uno de mis mejores tenientes. Has organizado un buen grupo de *Montoneros* y comprendes cómo es esto de

la guerrilla. Creo que todavía crees en la victoria sobre los chilenos y el vendepatria Iglesias.

—Por supuesto, doctor, —contestó Juna, cogiendo un vaso de aguardiente entre las manos y colocándose al lado de la chimenea—. Yo he leído de lo que las guerrillas españolas pudieron hacer contra las fuerzas de Napoleón y sé que podemos dar los mismos golpes aquí y allá; nunca descansar y ponerlo al enemigo completamente nervioso. Es una guerra de desgaste, lenta, pero, al final, la victoria es segura. Cáceres ha podido hacer casi milagros sin armas o apoyo, y aquí tenemos mucha gente de nuestra parte. Allí por Bambamarca he aprendido lo que podemos hacer.

—Sí, te felicito, Juan. Te has mostrado no sólo audaz, sino valiente. No tienes miedo para matar a los chilenos y a los *Iglesistas*.

—La guerra es la guerra, don José Mercedes. No invitamos a los chilenos para que vengan aquí, y si han venido que reciban su merecido.

El doctor se rió. Sabía que el joven ya tenía varias muertes a su cuenta y le hacía falta una persona como él para una misión peligrosa.

—Juan, quiero pedirte un favor.

—Diga, doctor.

—Mira, yo sé que Cáceres está avanzando hacia el norte y sé que los chilenos están merodeando por la zona de Huamachuco, pero no sé qué es lo que yo debo hacer. Quiero que vayas a buscar a Cáceres y que me traigas sus órdenes, mientras yo vaya con mi gente hacia Ichocán, y luego pasaré a Cajabamba para estar allí el día ocho. Quizá una maniobra coordinada lograra golpear duro a los chilenos.

—Listo, doctor

—Te vestirás de paisano. No llevarás nada y te irás como el viento.

—Puede usted contar conmigo, doctor.

—Eso muy bien lo sé, muchacho—, contestó Puga, dándole una palmada en la espalda—. Harás el viaje de tu vida que podría salvar a la Patria. Ahora, anda vete a descansar, y mañana temprano te vas. Cajabamba está con nosotros, allí no hay problemas, pero acuérdate, cojudos *Iglesistas* hay por todos lados y tienes que tener cuidado.

—¡Cómo no, doctor!

Juan durmió profundamente esa noche y soñó con la hazaña que iba a realizar. Antes del alba estuvo levantado. Comió en la amplia cocina de la casa, y la cocinera llenó su plato varias veces.

—Come, muchacho, come.

—Gracias abuelita —contestó, metiendo más carne y papa en la boca.

—¿A dónde te vas, niño?

—Por allá, —indicó Juan, vagamente.

—Cuidado, hay mucha gente mala.

—Sí, lo sé. No te preocupes.

—Qué la Virgen te acompañe.

—Gracias.

Y con eso salió, montó su caballo y se fue entre los cantos de los gallos y de las chicharras. La mañana era fresca, clara, y una vez que la luz abrió lentamente las cortinas de la noche Juan pudo avanzar rápidamente. Era tarde cuando llegó a Cajabamba, donde tuvo que pasar la noche, descansar y comer. Preguntó en la casa donde se hospedó, qué noticias había.

—No sabemos, joven. Dicen que los chilenos están avanzando. Dicen que Cáceres viene. Dicen que los chilenos ya se entendieron con Iglesias. Todo se dice, pero nada se sabe.

Por su parte, Juan fue parco con sus palabras. Se hospedaba en esta casa porque Puga le había dicho que la familia estaba de su parte y era de mucho confiar. Sin embargo, Juan sabía demasiado bien que en la guerra, como en el amor, hasta las paredes tienen oídos y son capaces de traicionarlo a uno. Otra vez salió temprano y avanzó tan rápidamente como pudo, y fue ese mismo día, el siete de julio, que llegó al campamento de Cáceres. El joven sintió que fue un honor grande ser recibido inmediatamente por el *Héroe de la Breña* y aún más cuando el general lo invitó cordialmente a sentarse y que le contara la situación de las fuerzas de Puga.

—Es gente bien experimentada, mi general; guerrilleros más que soldados convencionales.

—Bien, —contestó Cáceres—. Ahora estudiaremos con atención el mapa.

Extendieron un mapa de la zona sobre una mesa y Cáceres explicó a Juan dónde estaba él, dónde estaban los chilenos, según la información de las patrullas que habían mandado, y dónde debería estar Puga.

—Me dijo que iba a Ichocán y que luego avanzaría hasta Cajabamba para estar allá el día de mañana, —dijo Juan.

—Eso está muy bien. Ahora, tienes que volver con las órdenes que te daré para Puga. Quiero que él avance para poder situarse el día diez tras de la retaguardia de los chilenos. Ese es el día en que les vamos a atacar.

—Sí, mi General.

—¿Oíste algo de los chilenos cuando viniste?

—Nada

—De todas maneras, ten cuidado muchacho.

—Lo haré.

—Si logramos el golpe que quiero dar a los chilenos en Huamachuco, espero poder estropear el proceso de paz que el General Iglesias ofrece a Chile. Sé que ya firmó un protocolo preliminar en mayo. Pero todavía estamos a tiempo.

Cáceres llamó a su secretario y dictó las órdenes. Luego despidió a Juna diciéndole:

—Te mando como Milcíades mandó a Filípides a Esparta para pedir ayuda. Corre como él y ganaremos.

Después de comer, Juan salió esa misma tarde de regreso. Era una tarde triste, de neblina, pero como el camino era arenoso y no había llovido ya en dos meses, el joven pudo avanzar a todo galope a pesar de la poca visibilidad, y esperaba estar en Cajabamba en la madrugada del ocho. El camino serpenteaba entre matorrales y bosques y la neblina se adhería a éstos como largos dedos de fantasmas. Hacía fría. Pero Juan no lo sentía. Sabía que la misión que Cáceres le había encargado era demasiado importante para preocuparse de cosas insignificantes como el frío o el calor. Conforme galopeaba soñaba con la victoria que Cáceres iba a ganar. Esta vez, sí, los chilenos se encontrarían entre el martillo y el yunque. Juan saboreaba la derrota que caería sobre los orgullosos araucanos. *San Pablo* había sido una victoria, por supuesto, pero políticamente no había tenido mayor resonancia. Huamachuco iba a ser otra cosa. Él mismo tenía fuertes ganas de participar en la batalla, y su sangre hervía al pensar que tendría la oportunidad de matar a los chilenos a diestra y siniestra. El lema de ellos *Hoy no hay prisioneros* sería el suyo. Recordaba la mirada de terror en los ojos de Enrique Pérez cuando dio la orden a un *Montonero* a matarlo. Ahora imaginaba las caras aterradas de docenas de chilenos y tenía el gusto de verlas disolver en una pulpa de carne y sangre bajo el impacto de las balas o rayarse rojas bajo los cortes de las bayonetas. *¡Sí, pasado mañana será una fiesta!*

—¡Alto!

Juan hizo como tratar de esquivar al soldado.

—¡Alto, carajo!

—*¡Putá, una patrulla chilena!* —Pensó.

Al mismo tiempo una bala pasó cerca de su cabeza. Con las justas tuvo tiempo de tirar el paquete de órdenes de Cáceres entre los matorrales antes de ser alcanzado por un soldado que le obligó a desmontar.

—¿Por qué no paraste?

—El animal se asustó y yo tenía miedo, jefe, —contestó Juan que trataba de hacerse lo más zonzo posible.

—¿Quién eres? ¿A dónde vas? —Preguntó un sargento que había llegado inmediatamente.

—Yo soy Juan Vásquez. Tengo un fundito mucho más arriba, casi en la jalca, y he estado tras de mi ganadito.

—¿Galopando así? No te lo creo.

—Es verdad jefecito, es verdad.

—Rebúsquenlo, —ordenó el sargento.

—Yo no tengo nada, —insistió Juan.

—¡Cállate, mierda! Rebúsquenlo y rápido.

Lo rebuscaron y lo único que encontraron era su revólver.

—Estás armado.

—Todos tenemos que andar armados, jefe. Hay tanta gente mala y nunca se sabe si se va encontrar con los *Montoneros*.

—Apuesto a que tú eres uno.

—No, jefe, dejuero que no.

—De todas maneras vienes con nosotros.

—Jefecito, por favor, y ¿mi ganadito?

—Qué se joda tu ganadito.

Lo llevaron para que sea interrogado por un oficial.

—No tiene nada. A lo mejor lo que dice es la verdad; aunque nunca se puede creer a un peruano.

Lo detuvieron toda la noche y no lo soltaron hasta la mañana siguiente. Inicialmente Juan tuvo que hacerse el disimulado y no avanzar demasiado rápidamente, porque sabía que si hacía algo sospechoso lo llevarían de nuevo, y que le sacarían información bajo tortura. Ganó el camino donde había sido detenido y encontró el paquete entre los matorrales. Luego galopó como nunca había galopado en su vida.

A la hora de almuerzo llegó a Cajabamba y, en vez de encontrar la ciudad llena de las tropas del Dr. Puga, chocó con el ambiente somnoliento, típico de un pueblo serrano en la tarde. Juan se fue de frente a la casa donde se había hospedado dos noches antes.

—¿El Dr. Puga? —Gritó ansiosamente.

—No ha venido

—Me dijo que iba a llegar aquí hoy.

—Debe haber sufrido algún contratiempo.

—¡Carajo!

—Si ha dicho que viene, capaz esté avanzando abajo en el valle.

—Entonces, me voy en seguida.

—Descanse un rato y coma usted algo.

—No hay tiempo. Pasada mañana Cáceres ataca a los chilenos en Huamachuco, y Puga tiene que estar allí.

—Está lejos aún. El doctor tendrá que marchar toda la noche.

—Ya lo sé. Deme un caballo y me voy.

Otra vez a cabalgar a toda velocidad. No había señales de Puga y sus hombres en todo el Valle del Condebamba. Cruzó el río Crisnejas y preguntó si alguien había visto al doctor.

—No patroncito. Pa aquí no ha pasao nadie.

Subió la cuesta al otro lado del río y por fin llegó en la noche a Ichocán. Ya estaba totalmente exhausto.

—¿Dónde está el doctor Puga? —Gritó cuando entró a la plaza y vio a un grupo de personas sentadas allí conversando y tomando.

Uno se acercó lentamente:

—¿Usted busca al Dr. Puga?

—¡Sí, carajo!

—No hay por qué gritar, joven.

—Por favor, es urgentísimo.

—En ese caso usted tiene mala suerte, porque el doctor Puga se fue anteayer a Matara.

—¡Putá, no!

—Sí, jovencito.

—¿Por qué se ha ido allá?

—Creo que alguien le dijo que había tropas del General Iglesias avanzando, y se fue a luchar contra ellos.

Las blasfemias y groserías que Juan espetó cayeron de sus labios en un torrente, acompañado de copiosas lágrimas.

—¡Carajo, el doctor tiene que estar en Cajabamba y se ha ido marchando al norte!

—Sí, anteayer se fue.

—¿Puedo cambiar mi caballo aquí?

El individuo lo dudaba. El doctor había llevado los pocos buenos animales que había, pero, después de más gritos y groserías, Juan logró cambiarlo. Tomó un poco de caldo y se lanzó de nuevo, ya borracho de sueño, llegó a San Marcos y no pudo continuar porque se caía de cansancio.

—Tiene usted que descansar, joven.

—Ya debería haber puesto las órdenes del General Cáceres en manos de Puga para que mañana tomara posición tras de los chilenos.

En la madrugada continuó y encontró a Puga en Matara.

—Doctor ¿Qué hace usted aquí? Debe estar cerca de Huamachuco. Hoy es nueve de julio, y mañana, el diez, Cáceres ataca a los chilenos. Quería que usted estuviera por la retaguardia del enemigo para atacarla desde atrás.

Puga se puso pálido y balbuceó:

—¿Qué me dices, Juan?

—Aquí están las órdenes en este paquete, doctor. —Lo alcanzó a Puga y se desmayó.

No fue hasta la tarde que Puga se puso en marcha con sus hombres. Insistió que comieran bien antes de salir de Matara:

—Porque nadie puede hacer nada con la barriga vacía.

Juan se había recuperado lo suficiente para acompañar la marcha que le parecía increíblemente lenta, y no fue hasta la mañana del día once que llegaron a Cajabamba. Pronto vieron a un soldado con uniforme desordenado y sin arma corriendo velozmente hacia ellos.

—¿A dónde vas, soldado? —Demandó Puga.

—A donde sea, carajo. Ya los chilenos nos han derrotado.

—¡Oh, no! —Lloró Juan—. ¡No, no puede ser!

—Estábamos ganando. Pero al final nos faltaron municiones. Si el cojudo de Puga hubiera llegado, hubiéramos ganado, carajo.

\*\*\*\*\*

—¿Por qué están repicando las campanas mamá? —Preguntó Andrés a doña Mercedes cuando entró ella en la casa después de haber asistido a la misa, temprano.

—Según dicen en la calle, por la derrota de Cáceres en Huamachuco.



—Pero es una derrota peruana a manos de los chilenos. ¡Cómo es posible que se repique por una victoria chilena!

—No lo ven así. Están diciendo que la victoria es del General Iglesias porque la derrota es de su adversario Cáceres.

—Eso no lo entiendo. Voy a salir a ver lo que está pasando.

—¿No tomarás el desayuno conmigo?

—Discúlpame, mamá, primero quiero enterarme bien sobre lo que está sucediendo.

Andrés buscó su sombrero y salió a la calle. En el barrio de San Pedro había poca actividad, más cuando se acercó al centro encontró a grupos de personas, todas alegres por la noticia sobre la batalla de Huamachuco. Se sentía aturdido al escuchar las vivas, no sólo por el General Iglesias, sino también por los chilenos que habían derrotado a Cáceres.

Al llegar al Municipio Andrés decidió entrar y hablar con el alcalde.

—¿Está don Telésforo en su despacho?

—Sí, señor Miranda—, contestó su secretario.

—¿Puedo pasar?

—Pase nomás, señor. Hay varios vecinos allí.

Andrés pasó al despacho. Notó que detrás del escritorio del alcalde había un retrato amplio del General Iglesias y, justo cuando él entró, un grupo de caballeros estaban alzando sus copas en brindis al general.

—Llegas a tiempo, Andrés, —lo saludó don Telésforo—. Estamos brindando por nuestro querido paisano el General Iglesias, Presidente Provisorio del Perú.

Andrés miró el círculo de caras alegres, y luego dijo con voz carga de emoción.

—Brindar por el General Iglesias me parece excelente, pero si es su intención brindar a la vez por la derrota de Cáceres, no les puedo acompañar.

Una avalancha de improperios e insultos fue la respuesta que recibió.

—¡Fuera con el traidor!

—¡*Cacerista* de mierda!

—¡No queremos a *Caceristas*!

—¡Abajo Cáceres!

—¡Qué viva Iglesias!

—¡Qué viva la paz!

—¡Qué viva Chile!

Andrés no pudo creer a sus propios oídos. Jamás había pensado que aquí, en el despacho del alcalde de Cajamarca, escucharía a un grupo de personas gritar vivas por Chile. La bulla de voces bajó mientras los presentes vaciaban sus copas; luego don Telésforo le preguntó:

—Andrés, ¿no estás a favor de la paz?

—Desde luego que estoy a favor de ella.

—Entonces tienes que agradecer a los chilenos por la derrota de Cáceres, porque él no está a favor de la paz.

—A mi manera de entender —contestó Andrés—, la derrota de Cáceres es la derrota del Perú.

—¡Cacerista!

—¡Traidor!

—Sinvergüenza!

—Por favor, señores, —dijo don Telésforo, levantando la mano—. Un poco de orden y calma. —Volteó hacia Andrés y observó fríamente:

—Andrés, sabemos que tu hermano Juan está muy unido a Puga y que tu hacienda *Santa Ana* es una base para los *Montoneros*. Entonces, lógicamente, concluimos que tú también te has vuelto *Cacerista*.

—No, señor alcalde, yo no soy *Cacerista*, yo soy peruano.

Todos los demás presentes lo miraron como si hubiera dicho algo incomprensible.

—Andrés, —don Telésforo intentó usar un tono familiar y cariñoso, que ya tenía facetas de hablar a un niño un tanto malcriado—. Todos somos peruanos, por supuesto, pero en estos momentos tienes que escoger entre Iglesias y Cáceres. Todo hombre de bien y que piensa tiene que seguir a uno de ellos.

—Con toda franqueza, no sé a quién sigo, pero lo cierto es que jamás escucharán vivas de mi persona por Chile. Me parece de lo más despreciable. Buenos días.

Se volteó y salió del despacho del alcalde. Se sentía como mareado y quería vomitar, pero logró cruzar el patio y así pasar a la calle. Afuera las campanas seguían su odioso repique, y había más gente llenando las calles y gritando sus vivas por la paz.

—¿Qué paz es esta? —Lloró a su madre y a Eugenia una vez que había retornado a la casa, y encontró a las dos damas todavía sentadas tomando el desayuno.

—Y ¿negaste brindar por el General Iglesias? —Preguntó doña Mercedes a la par que Andrés iba explicando lo que había sucedido.

—Sí, lo negué. Todo esto es absurdo. A nadie, me parece, le interesa el país. Sólo interesa el grupo, la facción, sea Puga, sea Cáceres, sea Iglesias; en fin, cualquiera caudillo o caudillito. Ya se han olvidado que los chilenos han venido aquí y nos han aplastado. Lo único que les interesa es aplastar a otros aún más débiles.

—Siempre ha habido facciones aquí en Cajamarca, hijo, —comentó doña Mercedes—. El año pasado parecía que la presencia del enemigo común nos iba a unir a todos, pero no fue así y ahora me temo que los conflictos vayan a ser peores que nunca.

—¿De veras piensas eso, doña Mercedes? —Inquirió Eugenia con voz triste.

—Me pesa decirlo, pero sí. Nuestra unión ha sido tan efímera como la victoria de *San Pablo*, y la guerra civil que ya hay se ahondará más.

\*\*\*\*\*

En la cocina de la casa de los Miranda, las dos criaturas María Paz y Lizandrito, habían sido el centro de la atención de Rosalía y Segunda, hasta que la primera de ellas gritó repentinamente a su yerno.

—¡Segunda embarazada otra vez! ¡Qué barbaridad, Castinaldo! ¿No tienes otra cosa que hacer?

—¿Quieres que ponga encinta a las criadas de los vecinos en vez que a Segunda? —Preguntó Castinaldo con una sonrisa burlona.

La respuesta fue una olla tirada a su cabeza que, por desgracia, alcanzó al viejo Manuel, quien despertó con un sobre salto.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez los Chilenos?  
Castinaldo y Segunda se disolvieron a carcajadas de risa.

—A decir verdad, suegra —dijo Castinaldo entre risas—, un pelotón de mujeres como tú hubiera barrido a los chilenos del mapa.

—¡Sin duda! —Espetó Rosalía. Luego abrió fuego verbal contra el viejo Manuel que todavía se estaba frotando la cabeza—. ¡No te sientas allí como un inútil! ¿Cuándo vas a traer el culantro que te pedí?

—Verdá, me había olvidao, —dijo el anciano levantándose lentamente de su silla y estirándose.

—Y ¡el perejil también!

—Ya deja de gritar, mamá, —protestó Segunda.

—Es tiempo que la niña Mercedes buscara a alguien más joven aquí en la casa, —se quejó el viejo Manuel arrastrando los pies hacia la puerta—. Yo ya no doy.

—Tendrás que seguir trabajando, Manuel —observó Castinaldo—, porque los patrones no tienen ni medio con qué pagar a otro sirviente.

—¡Cállate, desgraciao! —Intervino Rosalía. ¿Quién eres tú para hablar de la pobreza de los patrones?

—Yo no soy nadies, pero ¿es verdá o no es verdá lo que yo he dicho?

—Que sea verdá o no, nada tenemos que ver, y tú no tienes por qué hablar.

—Muy bien, me callaré, pues.

—¡Dios sea bendito!

Rosalía volvió la atención a la olla en que estaba tratando de preparar una sopa. Dio vueltas con una cuchara de palo a la masa que había allí. Un par de lágrimas se deslizaron de sus ojos y cruzaron por sus mejillas. Qué gusto había tenido antes de cocinar para los patrones, preparar el shámbar y las cecinas, freír los cuyes, amasar la harina de choclo para las humitas; aderezar y dorar la carne de chanco, de pavo, de pato y de res. Pero ahora, nada de esto. Sólo se podía cocinar maíz, papas y verduras; lo mismo día tras día. Anhelaba los días cuando los patrones invitaban a sus amigos a una comida, mientras Manuel y Castinaldo tenía que ser ágiles para cambiar los platos conforme potaje seguía potaje, y ella misma sudaba con la Segunda sobre las ollas, los peroles y las sartenes. ¿Regresarán aquellos días felices y tan remotos?

Escucharon las campanas que seguían repicando y el enojado grito de Andrés.

—¡Qué se callen, carajo! ¡Campanas traidoras, Cállense!

## IX

Después de la batalla de Huamachuco los días pasaron sin mayores novedades para Andrés y los Miranda. Se sentían mal vistos por muchos de los vecinos porque Andrés se había negado celebrar la victoria de los chilenos sobre las tropas de Cáceres. Él insistía y volvía a insistir:

—Este no ha sido un triunfo de Iglesias sino una derrota de los peruanos.

En la práctica, el General Iglesias había sido favorecido por cuanto vino a ser reconocido cada vez más por los chilenos y el proceso de concertación del tratado de paz seguía adelante con más ímpetu.

Llegó octubre y el veinte de aquel mes se firmó en Lima el Tratado de Ancón. Tres días más tarde Iglesias ingresó en Lima y ocupó el Palacio de Gobierno sobre el cual flameó de nuevo el Pabellón Nacional. Fue un momento de gran emoción que encubrió en algo la derrota humillante del país.

Por esos mismos días, lo que quedó del Gobierno del Contralmirante Montero y el ejército a su mando en Arequipa se disolvió, mientras el mismo Montero salió del país rumbo a Bolivia. A pesar de la derrota de Huamachuco, el General Cáceres todavía se mantenía en pie en la sierra central y lanzó una proclama a los departamentos que aún estaban a su mando.

*Un crimen sería, ciertamente, sostener el estado de guerra con todos sus horrores y sin ninguna de sus ventajas sólo por conseguir la satisfacción de un amor patrio exagerado o el predominio de bastardos intereses sobre las ruinas nacionales.*

*Pero cuando lo que se persigue como principal objetivo es la paz, entonces es una necesidad y un deber patriótico demandarla con las armas en las manos, con toda la altivez de quien no ha perdido la conciencia de su derecho ni el amor por la libertad e independencia.*

*Mas, lo que hoy pretende el General Iglesias, olvidando en su obra lamentablemente el buen nombre del Perú, es una paz implorada a Chile de rodillas, paz humillante y vergonzosa, que subleva todos sentimientos de indignación ante la cual el patriotismo se encuentra escarnecido y desgarrado.*

Suscrito ya el Tratado de Ancón. Cáceres tuvo que admitirlo como hecho consumado, pero no reconocía al gobierno firmante de Miguel Iglesias.

—Yo tampoco lo reconozco, —afirmó el doctor José Mercedes Puga que, después del error que contribuyó a la derrota de Huamachuco, se mantenía en pie con sus *Montoneros*—. Juan, todo no está perdido, ni mucho menos. El pueblo no acepta la paz que se ha firmado. Los que están a favor de ella son los zánganos y vendepatrias de siempre. Ni siquiera la misma gente de la ciudad de Cajamarca está a favor de Iglesias. Voy a manchar sobre ella y la tomaremos.

—Muy bien, doctor. Los *Montoneros* estamos a sus órdenes.

El día primero de noviembre, cuando estuvo en Llollón, Puga fue atacado por un grupo de *Iglesistas*, y en la lucha que se desató resultó victorioso.

—Estos son los gusanos que defienden al traidor Iglesias, —espetó el doctor, mirando al grupo desconsolado de prisioneros.

—Cuando los veo me da ganas de hacer el repase que hicieron los chilenos nuestra gente, —masculló Juan.

—Te comprendo muchacho, pero no vamos a caer en la trampa de hacernos odiar como los chilenos. A estos hay que darles una maja y soltarlos. Lo importante es que ya tenemos más armas gracias a esta victoria sobre los *Iglesistas*.

El día cuatro de noviembre, las fuerzas de Puga entraron en Cajamarca y, otra vez, hubo saqueo. Destrozaron la prefectura que era símbolo del gobierno del General Iglesias y luego el Dr. Puga lanzó un reclamo a los soldados que le habían acompañado y otra al pueblo de Cajamarca:

*Ya se ha limpiado la sucia traición que hasta ahora ha manchado el nombre de esta ciudad. ¡Viva el General Cáceres! ¡Muera el traidor, Iglesias!*

Otra vez repique de campanas. Otra vez los brindis. Y otra vez Andrés se mantuvo alejado de los acontecimientos, aunque lo que más había impresionado a Juan era el hecho de que su hermano no era considerado *Iglesista*, y su nombre no figuraba entre los seguidores del gobierno de Lima.

—Sería bueno jalarlo a nuestro lado, ahora, —observó Puga.

—¿Quiere que lo intente?

—Sí, Juan. Tu hermano lleva la capa de tu padre y tenemos que reconocer que, a pesar de sus vacilaciones, don Lizandro murió en defensa de la Patria. Eso no se olvida fácilmente. Andrés tiene mucho de él y las mismas dubitaciones, pero creo que en el fondo es un buen muchacho. Anda y convéncelo.

—Haré todo lo posible, doctor.

Ese mismo día. Juan tocó discretamente la puerta de la casa familiar en Cajamarca y, como si la vida siguiera igual allá, quien le abrió fue el viejo Manuel.

—Más viejo y más chocho, pero siempre el mismo Manuel, —dijo Juan, dándole un abrazo.

—Patroncito Juan, ¡qué gusto de verlo!

Las lágrimas de alegría cruzaron por la cara arrugada del anciano. Este volteó y llamó.

—¡Niña Mercedes, patroncito Andrés, ha vuelto el patroncito Juan!

La familia se había reunido en la sala donde doña Mercedes y Eugenia estaban con Andrés, Adelaida y los niños, cantando como era costumbre en las tardes, tratando de mantener algo de la vida de antes de la guerra y calmar los nervios y la tensión creada por los últimos acontecimientos, cuando escucharon el llamado del viejo Manuel.

—¿Mi hermano? —Preguntó Andrés, dejando de lado la guitarra con que acompañaba el canto.

Doña Mercedes dejó su sitio y corrió a la puerta de la sala. Abriéndola, vio en la luz tenue del zaguán a su hijo abrazando el viejo Manuel.

—¡Juan, Juan! ¡Hijo mío! —Exclamó y bajó por las gradas al patio. El joven se separó de Manuel y se tiró a los brazos de su madre.

—¡Mamá! —Lloró.

—¡Hijo, has vuelto a casa!

Después de un rato de abrazos, besos y lágrimas, doña Mercedes cogió a Juan por el brazo y le dijo:

—Vamos, hijo. La familia te espera en la sala.

Mientras tanto Andrés había salido al corredor y esperaba que su hermano subiera las gradas. Los dos se miraron.

—Bienvenido a casa, Juan.

—Gracias, hermano.

La escena en la sala era de pura alegría y vinieron corriendo no solamente los chicos, sino también desde la cocina Rosalía, Castinaldo y Segunda.

—¡Qué gusto de verlo, patroncito Juan, qué gusto! —Lloró Rosalía—, ¡Ya no se vaya usted otra vez!

—Castinaldo, trae algo de comer y con qué brindar, —ordenó doña Mercedes—. De veras celebraremos esta noche.

Pasó la euforia y luego Juan dijo a su hermano:

—Andrés quiero conversar contigo.

—Con todo gusto, Juan. Vamos a la biblioteca.

—*Cuántas conversaciones se habían llevado a cabo en este santuario de su padre,* —pensó Juan cuando ingresó en la habitación tan acostumbrada. Si era verdad que mostraba algunas señales de los maltratos de los chilenos y del paso del tiempo, todavía el espíritu de su padre parecía estar presente.

—No te puedo ofrecer un puro, Juan, sólo un poco de aguardiente.  
—Estoy bastante acostumbrado a aquel, hermano. La vida de un *Montonero* no es suave y se toma lo que se puede.  
Andrés sacó una botella del aparador y sirvió dos vasos del licor.  
—¡Salud!  
—¡Salud, Andrés!  
—Siéntate.  
—Gracias, —contestó Juan mirando intensamente a su hermano.  
—Ahora ¿de qué quieres conversar?  
—Sé que negaste celebrar el triunfo de Iglesias.  
—No ha habido ningún triunfo que celebrar, ni el diez de julio, ni el veinte de octubre. Han sido dos derrotas.  
—Me alegro escucharte decirlo. ¿Quieres decir que no te consideras *Iglesista*?  
—Una de las cosas que no logro hacer entender a nadie es que no soy, y nunca he sido, ni *Iglesista*, ni *Cacerista*, ni *Pugista*, ni vainas. Me considero cajamarquino y peruano. Basta con eso.  
—Andrés, eso no significa nada. Tienes que tomar partido. Eres demasiado como nuestro querido padre que nunca quería comprometerse.  
—Si hubiéramos tenido a más gente como él dirigiendo los destinos del Perú en vez de los *partidarios*, de repente jamás nos hubiéramos metido en el desastre de los últimos años, Juan.  
—Quizá, no sé. Pero cuando tuvo que hacerlo, nuestro padre tomó su decisión y luchó en la guerra, a pesar de todas sus convicciones pacifistas.  
—Sí, luchó por la Patria, no por Iglesias, ni por cualquier otro caudillo.  
—Y ¿tú estás dispuesto a luchar por la Patria, hermano?  
—Siempre he tratado de hacerlo.  
—Pero, ¿ahora?  
—Ahora, ¿qué?  
—Ya estamos en el suelo y mordiendo el polvo. Luchar por la Patria quiere decir levantarnos y poner de nuevo la cabeza en alto. Por eso he venido, para asegurar tu adhesión a nuestra causa.  
—No te entiendo Juan, ¿qué causa?  
—La de los *Montoneros*.  
—¡Oh, no! No has entendido nada de lo que yo he querido decirte. No voy tras ningún caudillo, sea Puga, sea don Jesús Elías, sea...  
—¿Cáceres? —Interrumpió Juan.  
—Sea Cáceres  
—Entonces eres *Iglesista*.  
—Por favor, Juan ¿Por qué insistes en colocar las lealtades de uno en ese casillero estrecho: ¿O Cáceres o Iglesias?  
—Porque así es. Esta es nuestra realidad.  
—Bueno, yo no lo acepto, como no la acepté la vez pasada que viniste para convencerme que siga a Puga.



—Nosotros esperábamos que ya hubieras cambiado, que ya te hubieras dado cuenta de las cosas. Pero parece que nos hemos equivocado y sigues tan terco, tan cobarde, como antes.

Andrés angostó los ojos y mordió su cólera. Dijo en voz fría:

—No voy a dejarme jalar a la guerra sucia de ustedes y que esto quede absolutamente claro.

La tensión entre los dos iba aumentando. Hubo algunos intercambios más y todo terminó cuando Juan salió de la biblioteca tirando la puerta y gritando:

—*¡Azul de mierda!*

\*\*\*\*\*

El año 1883 se acercaba a su fin y Andrés vino caminando por la calle Junín hacia su casa. Escuchó a unos niños cantando villancicos en una casa. Pasando los escombros de la casa de Juan Castro, donde se había recibido el Año Nuevo hacia dos años, pensó:

—*Cuando vine aquí esperaba encontrar la paz y la tranquilidad. Pero nada. Todo ha sido confusión y zozobra. Y ahora no hay ni señales de paz. Ya la ciudad se ha polarizado en las dos facciones de los Montoneros y los Azules, mientras a mí me odian los dos.*

Un poco más allá, pasó la casa de Tomás Romero y Flores y se preguntó por dónde estaría él con el Dr. Puga y Juan. Llegaban noticias de las refriegas en el campo, de los robos, y las muertes, mientras cualquier día esperaba escuchar que algo haya sucedido con su hermano o con uno de sus compañeros.

Ya en su casa se encontró con la gran sorpresa de que su tío Felipe estaba allí.

—Deben haber pasado muchos años que no has venido, tío, — dijo Andrés, después de los saludos.

—Así es, sobrino.

—¿Algo malo ha sucedido en *Santa Ana*? —Preguntó Andrés preocupado.

—No felizmente, todo lo contrario. Ya durante meses los *Montoneros* nos han dejado en paz y he venido a ver si podrías traer las armas que has estado consiguiendo y ayudarme a sacar los víveres que yo tengo almacenados. Además quería conversar contigo sobre los animales y sobre las mejoras que se pueden hacer.

—¡Qué buenas noticias! Yo temía que había sucedido algo terrible. Tú sabes que todos los días nos llegan rumores e informaciones sobre un asalto por allí, muertos por allá, robos y violaciones.

—Bueno *Santa Ana* felizmente está completamente libre de eso. Y en toda esa zona es lo mismo. No sé si lo sabías, pero se ha comenzado la reconstrucción de *Santa Marta*.

—¿Los Zúñiga están allá, tío?

—No, Andrés. Es gente a quien yo no conozco, pero debe tener plata porque la obra avanza a todo dar.

—Y ¿no tienes idea quiénes son?

—No.

—Tendré que averiguar, entonces.

Las noticias alegres del tío Felipe permitieron que el ambiente en la casa de los Miranda cambiara. Desde aquel día que Juan se fue gritando *¡Azul de mierda!* se había asentado sobre la familia una tristeza como una neblina de invierno. Lo que más molestaba a Andrés era que ya casi todos habían tomado la parte de su hermano.

—No deberías ser tan intransigente, Andrés, —le había amonestado Eugenia—. Tienes que aprender a ceder un poco.

—Disculpa mi amor, yo no voy a ceder mis principios, ni siquiera para darle gusto a mi hermano. Estoy seguro que él y muchos otros están totalmente equivocados.

—No seas tan terco, Andrés. No puede ser que sólo tú tengas la razón y que todo el mundo esté equivocado. Todos nuestros amigos han tomado partida en seguir o al General Iglesias o al General Cáceres.

—Y, como ellos se portan como los cerdos de Gadara y se lanzan por el abismo ¿yo también tengo que hacer lo mismo?

—No me parece nada correcto decir que nuestros amigos se portan como cerdos, —respondió Eugenia fríamente.

Doña Mercedes igualmente sentía que Andrés era el culpable de la ruptura con su hermano.

—Juan vino aquí con las buenas intenciones de hacer las paces, como él mismo me lo dijo y tú has echado todo por la borda con tu terquedad, hijo. Eres como tu padre. Aparentemente él era vacilante, pero en realidad era terco como él solo. Su vacilación no era más que aferrarse a sus propias opiniones y, en el fondo, le importaba un pepino lo que le decían los demás.

Era la primera vez que Andrés había escuchado a su madre criticar a su marido, pero lo que más le dolió era que ella pensara que Juan había venido con buenas intenciones.

—Mamá, Juan vino para hacer las paces bajo sus condiciones, exactamente como los chilenos han hecho con el país.

—¡Cómo se te ocurre comprar a mi hijo con los chilenos! —Contestó su madre indignada.

—Mamá —insistió Andrés—, Juan vino a imponer la reconciliación y su condición era que yo me juntara con los *Montoneros*.

—Por mí, si esto traería la paz entre ustedes dos, hazlo.

—Disculpa, pero ni para darte gusto a ti, ni a Eugenia, ni a Juan, lo voy a hacer. No creo en los caudillismos y punto.

—Exactamente. Eres terco como una mula.

Y allí se habían quedado las cosas.

Aun en la cocina se daba cuenta que la visita del patroncito Juan había dejado las relaciones entre los miembros de la familia mucho peor que antes.

—No sé qué pasa entre la niña y el Andresito, —comentó Castinaldo.

—La niña tendrá la razón, —decretó Rosalía—. Desde que yo la conozco ella siempre ha tenido la razón.

—Eso lo dices porque eres mujer. De lo que yo sé las mujeres nunca tienen la razón. Para hacerles entender bien hay que darles su maja.

—¡Vaya, vaya! Ahora mi yerno quiere darme mi maja

—Sí, te hace falta.

—Ya sé que has pegao a mi Segunda, cholo sinvergüenza.

—No es tu Segunda, suegra, sino es la mía. Y si yo quiero darle su tunda, lo haré. ¿Entiendes?

—¡Cholo malcriao! —Gritó Rosalía.

Castinaldo avanzó como darle un golpe, pero ella agarró un tizón de la candela.

—Te acercas más y te doy con esto.

—¡Eres una gran puta!

—¡Acch! —Gritó Rosalía, y atrajo la atención de doña Mercedes que entró súbitamente en la cocina.

—¿Qué sucede acá? Rosalía, ¿qué haces con esa tea?

—¡Ay, niña! Este sinvergüenza de mi yerno quería pegarme.

—¿Es verdad Castinaldo?

—Es que... —comenzó Castinaldo.

—Miren, no quiero líos entre ustedes. Basta con los problemas que tengo sin que ustedes me den más. ¿Me entienden?

Agacharon la cabeza un momento y luego comenzaron a reír.

—Ahora, déjense de estupideces y quiero que prepares un buen almuerzo, Rosalía. Ha llegado mi cuñado de *Santa Ana* y ha traído comida.

Al escuchar eso la cara de la Rosalía se ilumino.

—¡Por fin podré cocinar algo! —Gritó a Castinaldo—. ¡Anda cholo idiota y trae las comiditas que nos ha traído el patroncito Felipe!

Castinaldo quiso mandarla a buena parte, pero salió contento al saber que hoy todos podrían almorzar como gente.

Aunque no había el servicio amplio de antes, los potajes llegaban uno tras otro a la mesa y los gritos de alegría, y las protestas de que ya estaban llenos, llenaban los oídos de doña Mercedes con gozo.

—Después de tiempos se dice en esta mesa que ya no se puede comer más.

—Me alegra de ser instigador de esto, —observó Felipe con su seca sonrisa.

—Y ¿has venido para invitarnos a *Santa Ana*? —Intervino Eugenia.

—Así es. He explicado a Andrés que ya vamos un buen y tiempo sin recibir molestias de parte de los *Montoneros*. Y de Juan, ni noticias.

—¿Y los *Azules*?

—Nunca han estado activos en nuestra zona.

—Entonces, Felipe ¿Piensas que no habría peligro en ir por allá?

—Preguntó doña Mercedes.

—Efectivamente.

\*\*\*\*\*

Los días siguientes estaban ocupados con los preparativos para el viaje y la casa se llenó de alegres gritos y risas, mientras los miembros de la familia alistaban su ropa y los útiles necesarios para una estadía de un par de meses. El tío Felipe, acostumbrado a la vida sencilla del campo, observaba con humor a las damas y a Adelaida discutir sobre los vestidos que llevarían.

Justo en medio de estos preparativos para el viaje llegó una mañana doña Octavia Zaldívar.

—¡Hola mamá! —La recibió Eugenia, los brazos llenos de toallas y sábanas.

—Hija ¡qué haces! —Preguntó doña Octavia sorprendida.

Cuando Eugenia le explicó que la familia tenía planificado una estadía en *Santa Ana* su madre se escandalizó.

—¿Cómo se les puede ocurrir pasar varios meses en el campo ahora? No hay lugar seguro de las depredaciones de los bandoleros.

—Dice el tío Felipe que no hay ningún peligro por *Santa Ana* y que se está reconstruyendo *Santa Marta*.

—Yo no fiaría en lo que dice don Felipe Miranda. Seguramente se siente solo y quiere que alguien vaya a acompañarlo. Yo aconsejaría que no vaya nadie, ni siquiera Andrés, y mucho menos tú y Mercedes. Realmente no sé qué pueden estar pensando.

En esto apareció Mercedes misma, también con los brazos llenos.

—¿Qué tal Octavia? —Dijo alegremente—. ¿No te parece estupendo que podamos ir otra vez a *Santa Ana*?

—Con toda franqueza Mercedes, me parece la estupidez más grande. Ya le he dicho a Eugenia que no se puede confiar en las noticias de que no hay bandoleros por allí. Los hay por todos lados.

—No exageres, Octavia. Además, para decirte la verdad, estoy harta de vivir encerrada aquí en Cajamarca. Ya son años que no salgo de esta pequeña y chismosa ciudad. Hasta que vino la guerra íbamos todos los años, y ahora a mí me encantaría una temporada en el campo.

—A mí también, Mercedes, pero cuando haya seguridad, hija.

—De todas maneras nos vamos, porque aquí en Cajamarca me siento sofocada. La postura política de Andrés no cae bien a nadie. Los *Iglesistas* protestan que es un *Cacerista*, los *Caceristas* que es un *Iglesista*. Él, que es tan terco como su padre, no quiere dar su brazo a torcer. Total, mejor que vayamos a donde no le importara a nadie lo que es, o lo que no es.

—No sólo Andrés es terco. Para mí, tú y Eugenia son igualmente tercas.

—Por favor, mamá si queremos ir, déjanos ir.

—Y ¿con el Lizandrito también?

—Por supuesto, piensas que voy a dejar a mi hijo aquí?

—Déjalo conmigo, Eugenia. Tú sabes que a mí me encantaría tenerlo y él sólo va a incomodarles durante el viaje.

—Imposible, mamá.  
—Por favor, hija, no seas malita.

Poco a poco doña Octavia iba convenciendo a su hija y luego a doña Mercedes. Después de tener el consentimiento de las dos, faltó la aprobación de Andrés.

—No creo que Andrés estará contento con la idea de dejar a su hijo aquí en Cajamarca.

Inicialmente no lo fue, pero doña Octavia no era nada sino persistente y persuasiva. Después de casi una hora de discusión, Andrés cedió y convino que Segunda acompañara a Lizandrito en la casa de doña Octavia. Y como Castinaldo iba a acompañar a la familia a *Santa Ana*, sólo Rosalía y el viejo Manuel se quedarían en la casa de Cajamarca.

—¿Quién va a proteger a quién si viene ladrones, es lo que yo quiero saber? —Regañó Rosalía. Pero como ella siempre tenía que estar quejándose de algo, nadie le hizo caso.

\*\*\*\*\*

El viaje a *Santa Ana* fue durante un día caluroso de febrero. Las lluvias habían sido un tanto esporádicas, pero los campos bajo cultivo se veían bien; además Andrés notó que algunas de las casas y chozas quemadas por los chilenos ya estaban reconstruidas. El progreso de la familia, acompañada no sólo por el tío Felipe, sino también por varios peones bien armados, gracias a las compras hechas por Andrés, fue lento. Pero no había prisa y tenían la intención de pasar la noche en *Santa Marta*.

Conforme se distanciaban de Cajamarca el buen humor de todos se aumentaban.

—¡Qué alegría estar de nuevo en el campo! —Suspiró doña Mercedes—. Me siento libre. Miró a Adelaida y vio que por primea vez en meses la chica tenía un buen color en la cara.

Eugenia y Andrés cabalgaban juntos y conversaban animadamente. La frialdad que había entre ellos desde la visita de Juan se iba derritiendo como la escarcha entre el sol matinal. Eugenia nunca había venido por esta ruta porque la hacienda de su familia quedaba directamente en la dirección opuesta, al sur de Cajamarca, y Andrés tenía el gozo de poder indicarle las facciones distintivas del paisaje y contarle las leyendas e historias vinculadas con los lugares que iban pasado.

—Cada cerro, cada pampa y cada bosque parece ser un personaje, —comentó ella.

—Por supuesto, mi amor. Aunque llevemos apellidos españoles también tú y yo tenemos sangre indígena: una sangre que brota de este paisaje vivo.

Así pasó el día y eran las cinco de la tarde cuando alcanzaron las laderas que bajaban a *Santa Marta*.

—¡Qué diferente se ve ahora! —Comentó Andrés, pensando en la última vez que había venido.

Aunque la hacienda todavía no era lo que había sido antes de la guerra, se notaba que estaba en plena reparación. De nuevo había corrales con animales. Se veían los campos sembrados, y la gran casa hacienda estaba en reconstrucción.

Fueron recibidos efusivamente por los nuevos dueños, don Jorge Vívez y su mujer doña Florinda Meza. Los Miranda no los habían conocido antes, y cuando Andrés había averiguado en Cajamarca sobre ellos nadie había podido darle mucha razón. Aun su suegra, doña Octavia, no había sabido nada.

—Y si tu querida madre no logra descubrir nada, entonces el caso es bien curioso, —opinó Andrés a Eugenia poco antes del viaje.

El recibimiento fue casi excesivamente cariñoso en la opinión de doña Mercedes, pero después de la inacostumbrada cabalgata, ella estaba dispuesta a recibir todas las atenciones que sus anfitriones querían brindarle.

—Ustedes nos disculparán —suplicó doña Florinda—, pero todavía no hay ninguna parte de la casa terminada.

—En contraste con lo que yo vi en octubre de 1882 es un palacio, —ofreció Andrés.

—Además, lo único que yo pido es un rincón para dormir y un plato de comida, —aseguró doña Mercedes, ansiosa de calmar a Florinda Meza, que parecía estar nerviosa.

—Pero ustedes que han sido hacendados durante toda la vida saben cómo deben ser las cosas, mientras para Coco y mí es toda una novedad.

—¿No han tenido una hacienda antes? —Preguntó Eugenia intencionalmente.

—La verdad es que no, —contestó la mujer tímidamente—. Mi Coco tuvo mucha suerte en la guerra y ganó dinero, y siempre hemos querido tener una hacienda.

—Entonces, ¿la han comprado de los Zúñiga? —Preguntó Andrés—. Ya hace bastante tiempo que no sabemos nada de ellos.

—Sí, —dijo doña Florinda con una sonrisa expansiva—. Pudimos comprarla baratísima. Parece que los Zúñiga necesitaban plata a como dé lugar, y mi Coco pudo regatear, como buen comerciante que es.

Los Miranda se miraron entre sí. Pese a que Georgina Zúñiga siempre había sido huachafa y su esposo un saco largo, fueron buena gente, vecinos y amigos de años. Daban una gran pena saber que, en su desgracia y la penuria a causa de la guerra, habían tenido que vender *Santa Marta* como si fuera una bagatela.

Después de cambiar la ropa y arreglarse un poco, los Miranda fueron invitados a pasar al comedor. Si bien era cierto que todavía la casa

estaba a medio construir, ya había un ambiente de comodidad y bienestar en las habitaciones principales. En el centro del comedor se encontraba una mesa larga con un juego de imponentes sillas, talladas en caoba y tapizadas con terciopelo azul. Sobre la mesa estaba tendido un mantel hermosamente bordado, encima del cual había un despliegue impresionante de vajilla y fuentes. Todo estaba alumbrado por una veintena de velas largas y blancas, colocadas en cuatro candelabros masivos de plata. Apenas los comensales estaban sentados cuando comenzó un desfile de potajes y bebidas.

Doña Mercedes sentía que esta opulencia exagerada era una ofensa contra los pobres Zúñiga, y sus pensamientos divagaban tras ellos. Inicialmente ella no prestaba mucha atención a la conversación que era bastante forzada hasta que el licor comenzaba a soltar las lenguas de los comensales. Estaban probando un rico asado cuando se reveló que don Jorge había ganado su dinero gracias a la escasez provocada por la guerra.

—Para mí la guerra ha sido una bendición, —dijo él, tomando otra presa de una fuente en su delante—. Lo que le hace falta a mucha gente es tener cabeza y ver por dónde andan las cosas. Una vez que me di cuenta que la guerra era inevitable, traje especies en cantidad y llené mis almacenes.

—Sí, mi Coco ha sido muy inteligente, —le secundó su mujer—. Gracias a él no hemos sufrido nada.

—¿Ha tenido usted un negoció en Lima? —Preguntó doña Mercedes.

—En Lima, Arequipa y Trujillo, señora. Yo no soy ningún aficionado de los libros, pero sé que alguien escribió que el dinero es como el estiércol y produce más cuando está bien esparcido.

Los Miranda hicieron muecas ligeras mientras Andrés dijo secamente:

—Francisco Bacon lo dijo. Un filósofo inglés que no se destacaba por su alto sentido ético.

Como un silencio siguió esta observación, Andrés luego preguntó:

—¿No han tenido que pagar ningún cupo de guerra ustedes?

—Ninguno, mi querido amigo, —contestó Vívez.

—Aquí en Cajamarca tuvimos que entregar todos nuestros objetos de plata —ofreció doña Mercedes, mirando fijamente a los candelabros, — sin hablar del saqueo que sufrimos.

Don Jorge tomó otro trago y dijo:

—Yo supe relacionarme bien con los jefes chilenos. Unos cuantos regalos bien colocados me han ahorrado un sinfín de molestias. Seguramente si hubiera tenido que pagar un cupo me hubiera quedado en la miseria.

—¿No le dio ninguna vergüenza tratar con el enemigo? —Inquirió Adelaida, rígidamente.

—Mire usted, señorita. En primer lugar la guerra fue una tontería provocada gracias a las estupideces de nuestros líderes políticos. Bueno, si ellos han querido ser estúpidos, es su asunto; pero, ¿por qué tengo que seguirles ciegamente? Además una vez que la guerra estaba

perdida, y cualquiera idiota podía pronosticar que íbamos a perder, uno tenía que vérselas.

—Pero, don Jorge —protesto Eugenia—, el honor de la Patria...  
No pudo terminar porque VÍvez le cortó:

—Mi estimada señora, ése es un sentimiento admirable y un lujo que podemos darnos cuando tenemos la barriga llena y un buen techo sobre la cabeza. Aparte de eso es una tontería. Les debo confesar que grandes sentimientos acompañados de pocos sesos me cae un tanto ridículo.

Los Miranda al instante se pusieron como congelados. Luego dijo doña Mercedes con controlada calma:

—Señor VÍvez, somos huéspedes bajo su techo, pero debo decirle que las expresiones que usted acaba de usar nos ofenden. Mi marido dio su vida por esa *tontería* como usted denomina el honor de la Patria, y mi hijo aquí presente ha participado en dos batallas libradas contra los chilenos. Además, muchos de nuestros amigos han perdido casi todo debido a la guerra, entre ellos los Zúñiga.

VÍvez tuvo la sensibilidad de ruborizarse un poco.

—Disculpe usted, señora, si le he ofendido en algo. Quizá el licor me haya permitido soltar indiscretamente la lengua. Pero, creo sinceramente que si había más gente que veía las cosas como yo en 1879, hubiéramos evitado la guerra, y todos estaríamos mucho más prósperos y felices ahora.

—Eso quiere decir que deberíamos haber aceptado todas las condiciones que Chile quiso imponernos, —dijo Andrés.

—Lo estamos haciendo ahora, señor Miranda, —contestó VÍvez fríamente—. Entonces, ¿cuál es la diferencia? —Y antes de que Andrés pudiera responder, golpeo la mesa y dijo—: La diferencia es que en 1879 hubiéramos mantenido intacta la riqueza del país, mientras que ahora estamos en la ruina.

—Pero no hemos perdido nuestro honor, —aventuró Adelaida—. Y si aceptamos lo que los chilenos querían en 1879 lo hubiéramos perdido ese también.

—A mi parecer, señorita, lo que usted dice es discutible. Pero si lo acepto, tengo que preguntar de qué sirve el honor cuando su precio es la bancarrota y la miseria.

—Doña Mercedes se levantó con dignidad y dijo:

—Señor VÍvez, doña Florinda, agradecemos su hospitalidad. Obviamente no vemos las cosas con la misma óptica, pero quiero que ustedes sepan que para mí, y para mi familia, el honor de nuestra querida Patria es una perla que no tiene precio. Prefiero encontrarme en la ruina económica mil veces antes de estar en la ruina moral.

Con eso la comida terminó. Se desearon las buenas noches y se retiraron a sus respectivos dormitorios, con la excepción del tío Felipe que aceptó la invitación de Jorge VÍvez a seguir tomando. Andrés le lanzó una mirada colérica cuando escucho a su tío decir:

—Con todo gusto, don Jorge. —Luego comprendió por el guiño de Felipe que éste tenía la intención de seguir jalándole la lengua a su



anfitrión. Pero de todas maneras sentía cólera y tiró la puerta del dormitorio.

—¡Qué gente! —Exclamó Eugenia desvistiéndose—. Este tipo no tiene ningún principio.

—Si, lo tiene, —espetó su marido—. Su primer principio es acomodarse bien con quien sea que tenga poder.

—Suena como una especie de prostitución, —observó Eugenia sentándose ante el tocador para peinar su abundante cabellera.

—La es. —Luego Andrés se rió.

—¿De qué te ríes?

—Esta noche he visto a las damas de mi familia salir en defensa de los principios morales, pero cuando yo me aferré a los míos, y los de mi padre, esa vez que vino Juan, todas ustedes se me vinieron encima.

—Eso fue diferente.

—¿Por qué?

—Porque.... —su voz se deshilachó y ella volteó a mirar Andrés—. Ay, yo no sé por qué, pero...

—Pero, ¿qué? Mi amor.

—No seas tan perverso, Andrés. Tú sabes muy bien lo que quiero decir.

Su marido se rió a carcajadas.

—¿Por qué te ríes otra vez?

—Mi amor, eres una delicia. Ya sabes, esta noche contigo yo abandono todos mis principios de buena educación.

Con eso avanzó rápidamente y la tomó en sus brazos.

—¡Andrés! ¿Qué haces?

La llevó a la cama donde la echó alegremente.

—¡Vaya! —Protestó ella.

—No mi amor, ¡Vamos!

Y la barrera que se había levantado entre ellos desde la visita de Juan se vino abajo.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente, después de un buen desayuno sin la presencia de don Jorge Vívez, a quien el tío Felipe había dejado anoche insensible después de escuchar una diatriba contra “las cojudeces del honor y de la dignidad”, los viajeros fueron despedidos por doña Florinda y retomaron el camino hacia *Santa Ana*.

Cuando pasaron por el desfiladero donde Juan había ordenado la muerte del chileno Enrique Pérez, Andrés sintió que su buen ánimo se derretía. Pasaron el lugar solitario en silencio. Como era jalca, el viento corría velozmente entre el ichu y este era el único sonido. Por el resto, hubo un silencio total. Mientras cabalgaban por este lugar de tan triste recuerdo el sol se ocultaba tras de las nubes que iban acumulándose.

—Parece que lloverá pronto, —observó el tío Felipe—. Avancemos más rápido.

Pero por más que quisieron avanzar no había manera de evitar que la tempestad les coja. No pasaron siquiera quince minutos y se encontraban dentro de una neblina densa con la lluvia cayendo a cántaros. No había a dónde esconderse, ni una roca, ninguna cueva, nada. Solamente había ichu. El viento se intensificaba y la lluvia parecía que no sólo caía del cielo sino que brotaba también de la tierra. Los ponchos de lana gruesa los protegían un tiempo, pero poco a poco la lluvia iba encontrando cómo penetrar y mojarlos.

Después de una hora estaban totalmente mojados, congelados y malhumorados, pero no había más que hacer que seguir adelante. En la tarde, ya cerca de *Santa Ana*, la lluvia paró y las nubes se desvanecieron tan rápidamente como habían venido. Los rayos del sol iluminaban los campos de la hacienda, como doña Mercedes recordaba que siempre lo habían hecho cuando uno llegaba de viaje desde Cajamarca.

—Años que no veo *Santa Ana*, —dijo ella—. Allí esta como lo he conocido. ¡Que bella es!

Como para Eugenia era la primera vez que veía la hacienda, miraba con sumo interés a todo lo que estaba a la vista: el valle, los bosques, las invernadas, los sembríos, el río, los corrales y la casa.

—Es perfecta, —comentó—. Parece una joya en su estuche.

El recibimiento de la familia tenía todo el calor y el cariño tradicional, más cuando Eugenia vio en el dormitorio su gran cama con sabanas blanquísimas, sentía que había llegado al cielo.

—Valió la pena el viaje duro y la mojada para poder descansar aquí.

\*\*\*\*\*

—Juan, quiero que restaures la base que tuviste antes en la hacienda de tu familia, —le dijo el Dr. José Mercedes Puga al joven Miranda—. Yo voy a avanzar sobre Trujillo, pero nos hacen falta buenas bases en la sierra para aprovisionarnos.

—¿Cuántos hombres puedo llevar, doctor?

—¿Cuántos necesitas?

—Unos veinte serán suficientes. En *Santa Ana* sólo está mi tío y su familia y los peones de la hacienda, que no tienen armas.

—Entonces llévate veinte. Pero no te demores, la acción tiene que ser rápida y luego vuelves aquí.

—Sí, doctor.

Así que el mismo día en que la familia Miranda salió de Cajamarca rumbo a *Santa Ana*, también Juan y sus veinte *Montoneros*

abandonaron la sierra de Trujillo con igual propósito. Cabalgaban sin mayores precauciones porque sabía que ya no habría ninguna oposición efectiva para detenerlos. Si bien toda la campiña de Cajamarca tenía muchos *Azules*, no estaban tan organizados como los *Montoneros*. La tempestad que afligió a la familia en su viaje también alcanzó a Juan y a su gente, pero estos tuvieron la suerte de estar en una zona donde había cuevas y pudieron protegerse de la lluvia.

—De aquí, vamos rápidamente, alcanzaremos la hacienda a la puesta del sol, —dijo Juan.

—¿La vamos a asaltar? —Preguntó uno.

—No, no hay por qué hacerlo. Mi tío está allí y ya sabe cómo es el trato. Si él quiere ofrecer resistencia lo eliminaremos a él y a su familia. Nunca he tenido ningún problema porque el pobre tío me tiene miedo.

—Y ¿tú hermano?

—Nada tiene que ver. Está en Cajamarca. Además, él sabe que solo podría visitar *Santa Ana* con una escolta bien armada, y no tiene posibilidad de tenerla, por eso él no va.

—De todas maneras es mejor acercarnos con cuidado. Nunca se sabe qué puede haber pasado en los últimos meses.

Las sombras caían largamente sobre el patio de la casa cuando los *Montoneros* asomaron en la última fila antes de bajar a la hacienda. Ya no se veía claramente.

Mientras tanto, después de refrescarse, la familia se había reunido en el comedor y una vez más gozaba de una cena como en los buenos tiempos.

—A este paso voy a subir de peso en seguida —se rió doña Mercedes—, y tendré que ampliar mis vestidos.

—Yo también, —añadió Eugenia—. El problema es que de tanto tiempo con comida pobre y aburrida, todo ahora parece riquísimo. —Dijo con gran contento—. ¿Me puedes pasar otra chuleta?

—¡Ya basta, Eugenia! —Amonestó Andrés.

—Es la primera vez, casi desde nuestra boda, que puedo comer lo que quiero y la cantidad que quiero. Tienes que permitirme unos cuantos gustos.

—Debo admitir, barriga llena corazón contento, —dijo Andrés, vaciando un vaso de chicha y echándose hacia atrás en la silla grande a la cabeza de la mesa.

—No te emborraches por favor, Andrés, —replicó Eugenia—. Ya, has tomado bastante.

—Estoy lejos de estar borracho, pero si tú quieres tener tus caprichos, yo también quiero los míos. Por cada bocado de comida que comes, yo tomare un buen trago. ¿Qué te parece?

—Siempre sales con tu gusto, Andrés.

—¡Mala suerte! —Se rió y dijo— ¡Salud!

La risa fue cortada por una ráfaga de fuego de fusiles.

—¡Escuchen! ¿Qué es eso? —Preguntó doña Mercedes.

—¡Ojala que sea solo el entusiasmo de los peones con sus nuevas armas y que no haya ninguna riña! —Comentó Andrés.

—Voy a ver, —intervino el tío Felipe, levantándose de la mesa.

Un silencio cayó entre los comensales, pero afuera se escuchaban continuos disparos. Pasaron algunos minutos y Felipe regresó agitado:

—¡Andrés, Juan y los *Montoneros* nos están atacando!

—¡Qué! ¿Cómo sabes que Juan está allí?

—Ha llamado y ha dicho que tenemos que rendirnos. Ven, ayúdame a organizar la defensa. Las damas deben quedarse aquí.

—Yo sé manejar un arma, —dijo doña Mercedes.

—Mamá por favor, no te metas. Quédate aquí con las chicas.

—Tienes que dejarnos un fusil o un revolver, hijo. Ya sabemos lo que ha sucedido en algunas haciendas.

—¡Pero, mamá es Juan que nos ataca! —Contestó Andrés horrorizado a la sugerencia que su madre, o su mujer y su hermana, podrían ser violadas.

—Ya lo sé, hijo. Y dime tú. ¿Qué pasará si Juan muere en la refriega y todavía la hacienda cae en manos de los *Montoneros*? Correremos mucho peligro, sobre todo si se emborrachan.

Andrés vaciló. Ya estaba pálido y se culpaba así mismo por haber traído a las damas de su familia.

—No demores, hijo, —le suplicó doña Mercedes.

Salió rápidamente y a poco rato regresó con un revólver que alcanzó a su madre y otro para Adelaida.

—Andrés, esta arma me da miedo, —dijo Adelaida asustada y dándole una vuelta en la mano la alcanzó a Eugenia.

—A mí no me da miedo, —observó su madre—. Más bien me da seguridad.

—Por favor, ten cuidado, mamá.

—Mejor díselo a cualquiera que intenta que intente entrar aquí, —contestó ella.

Afuera siguieron los disparos de vez en cuando, y hubo uno u otro grito cuando una bala hirió a alguien. Andrés le encontró a Felipe y preguntó:

—¿Cómo va la cosa, tío?

—Por lo pronto parece que los hemos parado. Felizmente uno de los capataces los vio cuando ellos bajaron desde la fila y dio la voz de alarma. Si no, hubieran podido entrar aquí como en su propia casa.

—¿Sabes cuántos hay?

—Quince o veinte, parece.

—¿Piensas que podemos resistir?

—El problema no es de números sino la oscuridad y la falta práctica con armas de nuestros muchachos. He tratado de cubrir todo los lugares estratégicos, pero te digo que es bien difícil. Fácilmente puede haber un rincón desprotegido, y que se metieran por allí.

La oscuridad de la noche fue intensa y ya no se escuchaba nada. Dentro de la casa y de los edificios de la hacienda se iba aumentando una tensión fuerte hasta que repentinamente hubo una explosión y la pared de uno de los almacenes se desplomó. Los defensores de ese lado tuvieron que afrontar el asalto de los *Montoneros*, y hubo disparos y gritos.

—¿Qué pasa acá? —Boqueo el tío Felipe, llegando de prisa al almacén.

—Han volado la pared, patrón, —contestó uno de los muchachos.

—¡Aquí vienen! —Gritó otro.

—¡Carajo, calma, calma! —Ordenó don Felipe—. No disparen hasta que yo diga. —Esperó un momento y luego ordenó—: ¡Fuego!

Volvió el silencio. Luego vino una explosión más fuerte desde el otro lado de la hacienda.

—¡Mierda! —Gritó don Felipe y salió corriendo en dirección del nuevo asalto.

Ya todo era una confusión y había peligro de disparar contra los de la propia banda. Andrés se dio cuenta de que los defensores iban perdiendo, al fin y al cabo no eran más que peones a quienes les habían puesto armas en las manos al último momento, mientras que los *Montoneros* eran bandoleros experimentados. Poco a poco los defensores iban cediendo terreno y, ahora que había luna, se veía que solo la casa quedaba en sus manos. Andrés maldecía que no había tenido tiempo para organizar a su gente, y luego vio a un grupo de *Montoneros* saltar por un corral y venir cruzando el gran patio de la casa a toda velocidad. Con eso se fue de prisa al comedor donde estaban las damas.

—Ya vienen los *Montoneros*. Hemos perdido, —boqueó.

Apenas tuvo tiempo de decir esto, cuando la puerta se abrió de golpe y Juan entró, revólver en mano y seguido por varios hombres.

—¿Qué haces aquí, hermano? —Logró preguntar Andrés.

—Esa misma pregunta te pongo a ti. Tú sabes muy bien que *Santa Ana* tiene que ayudar a sostener a los *Montoneros*. No hay sitio aquí para ningún *Azul*.

—¡Juan! —Interpuso doña Mercedes.

—Buenas noches, mamá —contestó él—, disculpa que tenga que adoptar esta actitud en tu presencia, pero la culpa la tiene Andrés. No debe haberte traído aquí.

—Hijo, *Santa Ana* es la propiedad de la familia. Yo tengo todo el derecho de estar aquí, como tu hermano también. No puedo aceptar tu actitud.

—Mamá, vivimos en tiempos de guerra, y en la guerra hay los que ganan y los que pierden. Yo y mi gente hemos tomado esta hacienda para el uso de las fuerzas del Dr. Puga.

—¿Qué es esto de guerra? La guerra con los chilenos ya terminó, como tú muy bien lo sabes.

—La guerra sigue mamá, entre los cobardes que se rindieron a los chilenos y los valientes que seguimos resistiendo. Yo no reconozco ni el gobierno del señor Iglesias, ni a los que lo siguen. Reconozco al General Cáceres, al Dr. Puga, y al señor Elías.

—A que sepa yo —dijo Andrés en tono irónico—, ninguno de ellos ha sido elegido ni presidente de la Republica, ni nada, por la voluntad popular.

—Tu opinión no me interesa, Andrés. El hecho de las cosas es que yo estoy aquí con veinte hombres armados y llevaremos lo que nos hace falta en cuanto a vivires y animales. Ustedes regresarán mañana a Cajamarca, y no volverán aquí.

Eugenia se había contenido en silencio y estaba pálida, primero de miedo y luego de cólera. Ahora no pudo contenerse más y explotó:

—Juan, esta familia te ha tolerado ya más que suficiente. Yo he pensado que tú tenías buenas intenciones hacia nosotros y hasta culpé a Andrés por no haberse entendido contigo. Pero ahora veo que no es así. Tú y tus *Montoneros* no quieren dejarnos en paz.

Juan se rió cínicamente y le dijo en tono de burla:

—Eres tan buena *Azul* como tu marido.

Andrés intervino súbitamente:

—¡Y basta, Juan!

—¿Ya basta qué, hermano? Yo digo las cosas tales como son. Ustedes son partidarios de Iglesias: son *Azules*. Y hay guerra entre los *Azules* y los *Montoneros*.

—Juan —dijo su madre con voz calmada—, ten la bondad de retirarte con tus hombres de esta casa.

—Mamá, no quiero faltarte el respeto, pero parece que no entiendes. No tienes ninguna autoridad aquí. La única autoridad que manda es aquella del fusil, y ésta es la autoridad que tengo yo. Ustedes pueden retirarse ahora a sus dormitorios y esta parte de la casa estará bajo custodia. Saldrán mañana temprano.

—¿Tú pretendes botarme de mi propia casa? —Explotó doña Mercedes.

—Estoy cansado, mamá, y no voy a explicarte más, —contestó su hijo.

Eugenia se adelantó y con desdén dijo:

—¡Eres un sinvergüenza, Juan!

La respuesta que recibió fue un fuerte lapo en la cara de parte de su cuñado y con eso Andrés se abalanzo sobre su hermano como una fiera. Juan perdió el equilibrio y cayó hacia atrás con Andrés encima, y en el acto de caer disparó. La bala se fue hacia el techo y cortó la cadena con que estaba sujeta una araña de cuatro lámparas de kerosene. En un instante la habitación se había incendiado.

Hubo un pánico de salir y a la vez de separar a los dos hermanos que se daban golpes y gritaban insultos. Después de unos segundos dos de los *Montoneros* lograron agarrar cada uno a un hermano. Estaban

ahora en el corredor que corría por todo lo largo de la casa. Juan espetó:

—Hay una sola manera de terminar esto. Con armas.

—¡No! ¡Un duelo entre hermanos no puede ser! —Gritó doña Mercedes.

—Juan tiene razón, mamá. Qué sea así, —interpuso Andrés.

—De una vez, —insistió Juan.

—¡Andrés, por favor no! —Lloró Eugenia—. No importa que Juan me haya pegado e insultado. Vamos, vamos de acá.

—¡Basta ya, mujer! Las cosas no pueden continuar así. Tenemos que resolver nuestras diferencias.

Ahora el incendio en el comedor era fuerte y los sirvientes, lejos de intentar de apagarlo, huyeron. A la vez, impulsados por el humo, la familia y los *Montoneros* bajaron al patio, ya bien iluminado por la luna.

—Aquí en el patio ajustaremos cuentas, —dijo Juan—. Que traigan dos revólveres. —Luego pidió a uno de los *Montoneros* que sea su segundo y a otro que actué como árbitro—. Necesitas a un segundo, Andrés, —añadió con calma.

Andrés miró a su alrededor, buscando a su tío, pero no lo veía. Sólo estuvo Castinaldo.

—Que sea Castinaldo.

—Muy bien, —dijo Juan.

Castinaldo se asustó y balbuceó:

—Patroncito, yo no sé nada de esto.

—No importa. Estarás allí para cumplir con los requisitos del juego.

—¡Juego! ¡Dios mío! —Exclamó doña Mercedes—. Hijos les suplico que dejen esta estupidez.

—Ya no se puede mamá, —contestó Juan.

En eso se escuchó un estruendo y una sección del techo de la casa se desplomó, lanzando al aire más cascadas de llamas y chispas. Así, el incendio aumentó la iluminación del patio. El *Montonero* designado para sea el árbitro tenía en las manos los dos revólveres. Invitó a los hermanos que se acerquen. Cruzó las armas de una mano a otra varias veces rápidamente y luego las alcanzó. Como Juan había lanzado el reto, le tocó a Andrés escoger primero. Luego los dos se pararon de espaldas.

—Contaré los quince pasos —dijo el árbitro—, y tomados éstos, ustedes se voltearán y podrán disparar. ¿Entiendo?

—Sí, —contestó cada uno.

El incendio se hizo cada vez más intenso y el calor ya se sentía dónde estaban parados en el centro del patio. Eugenia se cayó de rodillas rezando, mientras doña Mercedes se mantuvo rígida. Adelaida no pudo soportar la tensión y corrió.

—¿Listos? —Preguntó el árbitro en voz alta.

—Sí. —Contestaron los hermanos.

—Uno, dos, tres, cuatro,... —los números fueron contados secamente, el árbitro teniendo que aumentar volumen conforme que el ruido del incendio de la casa aumentaba—. ...Once, doce, trece, catorce, ¡quince!  
¡Bam! Se escuchó un disparo.

Andrés sintió la bala cortarle el lóbulo de la oreja izquierda. Se quedó como paralizado con el revólver en su mano, mirando a Juan. Lentamente Juan bajo el brazo, luego grito:

—¡Dispara cobarde!  
Andrés levanto más el brazo y tiro al aire.

Durante un instante el grupo se quedó inmovilizado, pero el silencio parecía durar horas: los dos hermanos en el centro del círculo de los *Montoneros*, las damas, los segundos, y el árbitro. Atrás las llamas bailaban sobre las vigas del techo y otro colapso provocó de nuevo un espectáculo como de fuegos artificiales. Repentinamente, antes de que los espectadores pudieran intervenir, Juan desvaino furibundamente su espada y corrió hacia Andrés, quien se quedó paralizado e indefenso.

—¡De todas maneras mueres, *Iglesista de mierda!*  
Luego, alguien disparó y se escuchó un grito de mujer.  
—¡Qué Dios me perdone, pero eres un endemoniado!

Juan se desplomó.

\*\*\*\*\*

Cuando Andrés se despertó, la habitación estaba llena de luz. Él estaba echado encima de la cama. En una silla Eugenia dormitaba. Andrés no sabía dónde estaba, y su cabeza le daba vueltas como si se despertara de una feroz borrachera. Eugenia se estiró y lo miró, diciendo:

—¿Cómo te sientes, mi amor?  
.....  
—Como borracho.  
—Quédate allí tranquilo. ¿Quieres que te acomode un poco mejor?  
Andrés se alzó un poco sobre los codos y olfateó:  
—Humo.  
—Sí, el incendio de anoche.  
—¿Lo han apagado?  
—Felizmente sí, pero varias habitaciones han sido quemadas. Parece que el tío Felipe con algunos peones lograron dominarlo, pero sólo después que se había quemado el centro de la casa.  
—Dime, ¿qué ha pasado? ¿Murió Juan?  
—Sí, su gente lo ha llevado.  
—¿Los *Montoneros* se han ido?  
—Sí.  
—Y ¿qué más han llevado?  
—Nada, sólo el cadáver de Juan.  
—No te lo creo.



—Algunos querían matarte y abusar de mí, pero él que hizo de árbitro los paró. Luego recogieron el cadáver y se fueron....

—Y ¿cómo está mi mamá?

—Me dijo que la llame cuando te despiertes.

—Llámalas, pues.

Eugenia se fue en busca de su suegra y cuando doña Mercedes entró en la habitación miró un instante a su hijo. No dijo nada ni siquiera tenía lágrimas, pero su pelo estaba completamente blanco.

## BIBLIOGRAFIA.

Asociación de Artistas Aficionados de Cajamarca,  
“Argos”.  
Cajamarca, 1993.

Dammert Bellido, José.  
“Cajamarca durante la guerra del Pacífico”.  
Cajamarca, 1983.  
“La generación Brillante”.  
Cajamarca, 1983.

Paz Soldán, Mariano Felipe.  
“Narración Histórica de la Guerra de Chile  
contra el Perú y Bolivia”. Tomo III.  
Editorial Milla Batres, Lima 1979.

Podestá, Bruno.  
“Pensamiento Político de Gonzales Prada”.  
GREDES, Tercera Edición, Lima, 1988.

Roel Pineda, Virgilio.  
“El Perú en el siglo XIX”.  
IDEA. Lima , 1986.

Sarmiento Gutiérrez, Julio.  
“La Batalla de San Pablo”.  
Tercera Edición.  
Cajamarca, 1991.

Sarmiento Gutiérrez, Julio, y Ravines Sánchez, Tristán.  
“Cajamarca Historia y Cultura”.  
IADAP, Cajamarca 1993.

Taylor, Lewis.  
“Bandits and politics in Perú”.  
Cambridge, Inglaterra, 1986.

Vargas Ugarte, Rubén. S.J.  
“Historia General del Perú”. Tomos IX y X.  
Editorial Milla Batres, Lima , 1971.

Vásquez Pereira, Elsa.  
“Cuentos de mi tierra”,  
INC, Cajamarca, 1987.